



UNIONE EUROPEA
Fondo Sociale Europeo



Corso di Dottorato di ricerca
in Lingue, culture e società moderne
ciclo 37

Tesi di Ricerca

Magdalena, un río de materia narrativa

Nación, crisis ambiental y ecologías líquidas en Colombia

SSD: L-LIN/06

Coordinatore del Dottorato

ch. prof.ssa Anna Cardinaletti

Supervisore

ch. prof. Enric Bou

Dottorando

Santiago Alarcón Tobón

Matricola 881699

La borsa di dottorato è stata cofinanziata con risorse del
Programma Operativo Nazionale Ricerca e Innovazione 2014-2020, risorse FSE REACT-EU
Azione IV.4 "Dottorati e contratti di ricerca su tematiche dell'innovazione"
e Azione IV.5 "Dottorati su tematiche Green"

MAGDALENA, UN RIO DE MATERIA NARRATIVA:
nación, crisis ambiental y ecologías líquidas en Colombia

Soy un grávido río, y a la luz meridiana
ruedo bajo los ámbitos reflejando el paisaje;
y en el hondo murmullo de mi audaz oleaje
se oye la voz solemne de la selva lejana.

Flota el sol entre el nimbo de mi espuma liviana;
y peinando en los vientos el sonoro plumaje,
en las tardes un águila triunfadora y salvaje
vuela sobre mis tumbos encendidos en grana.

Turbio de pesadumbre y anchuroso y profundo,
al pasar ante el monte que en las nubes descuella
con mi trueno espumante sus contornos inundo;

y después, remansado bajo plácidas frondas,
purifico mis aguas esperando una estrella
que vendrá de los cielos a bogar en mis ondas.

José Eustasio Rivera, “Soy un grávido río” (1921)

El río Magdalena se anuncia en la madrugada cuando
el pájaro deja atrás las cumbres más empinadas del
periplo. Tal vez note desde lo alto la abundancia
plácida del valle. Quizás ignora que esa corriente de
agua resignada a disolver la vida en sedimento está
agotada de arrastrar barros y huesos.

**María Ospina Pizano, *Solo un poco* aquí (2023:
83)**

Navegando sobre un río silencioso
dijo un hermano:
“Si los ríos pudieran hablar,
cuánta historia contarían...”
Y alguien habló desde lo profundo de esa selva
misteriosa: “La historia es tan miserable
que los ríos prefieren callar...”.

Fredy Chikangana, “De los ríos” (2010)

A mis papás por todo el amor incondicional
transatlántico,

a mi supervisor Enric Bou por todo el apoyo
y las enseñanzas de vida,

a todas las personas que hicieron de esta tesis
una gran conversación,

al río Magdalena, tan grávido y tan olvidado.

Índice

Introducción	1
Río Magdalena: historias de Colombia	5
Materia narrativa, enmarañamientos y literatura	14
Ecologías líquidas: pensar <i>con</i> el río en la crisis ambiental	24
Una cartografía	31
Capítulo I: Un río para la nación.....	35
José María Samper: una nación, dos ríos Magdalena	44
La arteria de la nación para Salvador Camacho Roldán	55
Paz, canalización y progreso: el Magdalena en <i>Pax</i>	70
Entre el río de agua y el de tinta, 1850-1930	88
Capítulo II: El río muerto.....	94
Notas sobre lluvias incesantes y agua por todas partes	98
La nostalgia fluvial de Gabriel García Márquez	118
Una lectura desde el río Magdalena: <i>El amor en los tiempos del cólera</i> (1985).....	132
Capítulo III: El río de los muertos	148
Geografía del terror: Puerto Berrío en <i>Los escogidos</i> de Patricia Nieto	159
Un río de viscosidad porosa en Marbel Sandoval Ordóñez	171
Capítulo IV: El río vivo.....	186
Ríos violentos y el testimonio de la naturaleza en Daniella Sánchez Russo	189
Grávido río: el río geológico de Ignacio Piedrahita	201
Comentarios finales	214
Bibliografía	217

Introducción

En *Viaje a la Sierra Nevada de Santa Marta* (1869), una de las exploraciones del geógrafo francés Élisée Reclus por el territorio colombiano, podemos leer una evocación significativa de lo que representaba el río Magdalena y de lo que implicaba atravesar su desembocadura en el siglo XIX:

En la América meridional, el Magdalena no le cede en importancia sino al Amazonas, al Orinoco y al Plata; pero ante mí no se presentaba en aquel momento todo el poderoso curso de sus aguas, pues habíamos entrado en uno de sus brazos, llamado Ceniza, cuyo caudal derrama en el mar o algunos kilómetros más al oeste. Este brazo, mucho más ancho que nuestras corrientes de agua de la Europa occidental, casi iguala al Mississippi: como él, esté adornado de grandes árboles de sombrío follaje; más en sus orillas no se distinguen sino una que otra cabaña cubierta de palmeras y platanales esparcidos en las riberas. Las aguas ligeramente movidas por el viento y cortadas por rápidas y pequeñas olas, parecen menos profundas que las del gran río de la América del Norte; pero como las de éste, arrastran tierra de aluvión y los cocodrilos no pueden distinguirse en ellas sino cuando estos monstruos dejan flotar en la superficie sus enormes quijadas con dientes de sierra. (73-74)

En estas líneas se condensan dos de las claves para comprender el río Magdalena: su importancia continental y su magnitud descomunal, incomparable con los estándares europeos. A su vez, Reclus señala algunas de las características materiales de su desembocadura, como el sombrío follaje que le rodea, acompañado por aguas poco profundas y cargadas de tierra de aluvión, en las cuales resulta imposible distinguir a los cocodrilos. Este último elemento le da el nombre singular que posee la desembocadura: Bocas de Ceniza. Su origen se remonta a los tiempos de la conquista, cuando Juan Ledesma y Rodrigo de Bastidas, al encontrarse con el inmenso delta fluvial el jueves anterior a la Semana Santa —exactamente el 1 de abril de 1501—, notaron el contraste entre las aguas color ceniza del Magdalena y las azuladas y cristalinas del mar Caribe. La elección del nombre, que perdura hasta hoy, no deja de ser significativa: ‘bocas’ parte de una metáfora corporal para aludir a su función como entrada y salida de aguas; ‘ceniza’, por su parte, describe una de sus propiedades materiales más visibles: el color turbio de sus aguas. Bocas de Ceniza junto con el nombre atribuido al cauce fluvial —río Grande de la Magdalena—

marcaron el inicio de la conquista y colonización del territorio colombiano y recuerdan hasta hoy las historias materiales ocultas a lo largo del río.¹

Bocas de Ceniza ha experimentado un cambio radical desde el viaje de Élisée Reclus en 1869, debido tanto a procesos naturales como a la intervención humana. Cada año, el Magdalena deposita alrededor de 250 millones de toneladas de sedimentos en el mar, modificando constantemente la geografía visible del lugar: se crean nuevas bocas, se obstruyen otras, y emergen o desaparecen islas en la desembocadura (Fuentes Delgado, 2022). Asimismo, complejos fenómenos hidrográficos y sedimentarios ocurren debajo de la línea del agua, formando un delta submarino compuesto por colinas, cañones y barras de arena en constante transformación. La cantidad de sedimentos que carga el río ha empeorado en los últimos años debido a la deforestación descontrolada y a la misma naturaleza erosionable de la cuenca (Restrepo et al., 2015). Hoy en día, el río Magdalena es uno de los diez primeros ríos del mundo en cuanto aporte de sedimentos a los océanos (Restrepo, 2005: 22).

A lo largo del siglo XX, se ha reforzado la desembocadura con una larga línea de tajamares en las dos riberas que buscan concentrar la fuerza del flujo del río y la redirigen hacia el mar. No obstante, la empresa de permitir el libre tránsito por la desembocadura y de convertir Bocas de Ceniza en un puerto industrial —una obsesión de los gobiernos desde la Independencia del país— no ha evitado que los sedimentos sigan retando la navegación. Ha sido principalmente la acción del ser humano —a través de intentos por controlar, encauzar y canalizar el curso del río— la que ha redefinido y cargado la desembocadura con el peso y las promesas de toda una nación. El antropólogo canadiense Wade Davis relata en *Magdalena: Historias de Colombia* (2021)² la experiencia de estar parado en el tajamar occidental de la desembocadura en el siglo XXI:

¹ A lo largo de esta investigación se utiliza el nombre río Magdalena debido a su uso común y extendido. Sin embargo, esta denominación conlleva procesos de colonización. Diversos pueblos originarios que han habitado desde tiempos precolombinos la cuenca del río lo han nombrado de múltiples formas: *Karakali* o *Karibuaña* (Gran río de los Caimanes), *Guacabayo* (río de las Tumbas), *Yuma* (río de los Amigos), *Arli* (río de los Peces), entre otros. Estas denominaciones reflejan diferentes relaciones culturales, cosmológicas, ecológicas y territoriales con el río Magdalena.

² Publicado originalmente en inglés, *Magdalena: A river of dreams* (2019), fue posteriormente traducido al español y tuvo un moderado éxito editorial en Colombia. El libro de Davis se inscribe en una larga tradición de libros de viajes escritos por extranjeros sobre el territorio nacional que puede ser rastreada hasta las Crónicas de Indias. El libro declara un tono promocional de Colombia y el Magdalena, explicado por su financiación por parte del Grupo Argos, la cementera más grande de Colombia (2021: 25). La narración cae por momentos en la exotización de las comunidades afrodescendientes ribereñas, incluye entrevistas políticas de discutible relevancia y una denuncia concreta sobre las grandes amenazas medioambientales que afectan el río como la deforestación, la minería aurífera o las presas. Para una reseña sobre el libro, léase: Kaul (2020).

A un lado está el mar, de agua oscura y turbia, y pequeñas olas que chocan contra las rocas y salpican la tierra. Al otro lado corre el Magdalena, marrón por el fango, demasiado tóxico como para ser potable, contaminado por desechos industriales y humanos que le llegan desde todos los pueblos y ciudades de una cuenca que alberga a cuarenta millones de colombianos. Los pescadores usan el río para lavar la ropa y bañarse en él, pero ni el más valiente entre ellos se atreve a beber de sus aguas. Algunos, atormentados por el recuerdo de días oscuros, cuando veían cadáveres flotando en un río que se había convertido en el cementerio de la nación, se niegan incluso a comer de la pesca. (36)

En ese sentido, en los discursos sobre Bocas de Ceniza —este colofón de la nación— se vislumbra con claridad el argumento central que se buscó estudiar en este trabajo: el río Magdalena como materia narrativa. En otras palabras, se expone cómo el río se configura como un cuerpo de agua cuya materialidad está compuesta por hilos enmarañados en una vasta madeja de agencias, que pueden ser “leídos” e interpretados como narraciones en formación (Iovino y Oppermann, 2014: 1). En Bocas de Ceniza se concentran algunas de las historias del Magdalena que se difractan en textos de ficción a lo largo de dos siglos y dan cuenta de su transformación acelerada a manos del hombre desde mediados del siglo XIX. Por la desembocadura, las aguas cargadas de historias materiales discurren: las rocas y arenas desgranadas de la montaña o del cauce rocoso, que relatan el tiempo profundo de los procesos geológicos; las sustancias químicas, como el mercurio, o hidrocarburos, como el petróleo, que denuncian el extractivismo de sus suelos; los millones de kilos de desechos que narran el crecimiento humano desordenado y fuera de control de las poblaciones ribereñas; o los cuerpos humanos arrojados al río, que expresan las múltiples violencias que han marcado el territorio colombiano. Pero estas historias son solo una parte de las muchas que rodean el Magdalena.

Magdalena, un río de materia narrativa: nación, crisis ambiental y ecologías líquidas en Colombia dibuja una cartografía del río Magdalena a través de tres de sus propiedades materiales —la fluidez, la ciclicidad y la porosidad—, las cuales se vinculan con tres discursos que históricamente han sido asociados al cauce: el río de la nación, el río muerto y el río de los muertos. Sumado a esto, se brinda una coda alrededor de los discursos contemporáneos sobre el río y como imponen nuevas preguntas sobre cómo trabaja simbólicamente la materialidad del Magdalena. Para desarrollar este análisis, se examina un corpus de textos de ficción, tanto literarios como no literarios, producidos por escritores y escritoras colombianos a lo largo de los últimos dos siglos. La propuesta busca exponer cómo la

materialidad del cuerpo del Magdalena está conformada por signos, heridas y mensajes que encapsulan múltiples narraciones.

El presente trabajo se sitúa temporalmente a partir de la década de 1850, cuando la élite criolla y, en particular, las reformas impulsadas por los liberales radicales promovieron el descenso desde las alturas andinas hacia las tierras medias y bajas —entre ellas, las del valle del río Magdalena—, con el objetivo de promover el progreso de la joven nación. Este impulso civilizador implicó una nueva relación con el territorio nacional y sentó las bases de muchos de los procesos que atraviesan hoy en día a Colombia. Extendiéndose por la segunda mitad del siglo XIX, el siglo XX e inicios del siglo XXI, esta investigación avanza hasta el periodo posterior a la firma del Acuerdo de Paz entre el gobierno colombiano y las FARC-EP en 2016, momento que marca un punto de inflexión en las relaciones entre la sociedad (humana) y su entorno (más que humano) en Colombia, especialmente en los planos jurídicos y estéticos. Al centrarse en la materialidad del río Magdalena y en los discursos que se producen acerca de ella, el presente estudio busca reorientar la atención hacia el cuerpo del río como un sujeto histórico y ecológico fundamental. En este sentido, se busca señalar la importancia de dichas historias materiales en la configuración de la nación colombiana como en la sobrevivencia al estado de crisis ambiental, generado por el hombre, que afecta al río y por ende a Colombia.

A través de la confluencia entre los campos de las humanidades ambientales y los estudios culturales, *Magdalena, un río de materia narrativa* se propone no solo ofrecer una interpretación de los textos de ficción que tematizan el río Magdalena, sino también trazar una cartografía simbólica —entre las múltiples posibles— del cuerpo del río, con el objetivo de subrayar el enmarañamiento inevitable entre su materialidad y las narrativas que lo constituyen. Siempre teniendo en mente como estas se inscriben en relación con la nación y la crisis ambiental. A continuación, se presenta brevemente una contextualización geográfica e histórica del río Magdalena donde se explicitan los alcances y límites de esta investigación. Posteriormente, se explican los dos ejes conceptuales que sustentan esta investigación: 1) materia narrativa, enmarañamiento y literatura; 2) pensar *con* los ríos en los tiempos de la crisis ambiental. Finalmente, se explica cómo se organiza esta cartografía del Magdalena, con el objetivo de mostrar que los componentes aquí reunidos no son sino fragmentos de un mapa más amplio y en permanente transformación.

Río Magdalena: historias de Colombia

En el libro *En busca de Colombia* (2022), el escritor William Ospina reflexiona sobre las conexiones que existen entre dos municipios aparentemente distantes y diferentes de Colombia: San Agustín, en el sur, y Barranquilla, en el norte. A primera vista, podría parecer que no hay relación alguna entre estos dos lugares, separados por más de 1300 kilómetros; sin embargo, Ospina sugiere una respuesta que, aunque elemental, encierra la motivación central de este estudio: “Uno diría que Barranquilla tiene muy poco que ver con San Agustín, y sin embargo algo tremendo las une [...] el río Magdalena, que tiene en ellos su comienzo y su fin” (60). Esta respuesta pone en evidencia una relación sin igual, que señala una de las características fundacionales de la nación colombiana: los ríos, en concreto el Magdalena, actúan como un lazo conectivo que atraviesa y une los diversos territorios del país. En términos del escritor-geólogo Ignacio Piedrahita, la unión del territorio colombiano se debe a “una telaraña irrefutable de aguas” (2020: 31), una red de ríos y afluentes que, en su vasto recorrido, vinculan comunidades, ecosistemas y culturas a lo largo, ancho, alto y bajo de Colombia.³

En particular, el Magdalena es el “río de todas las Colombias” (Ferro, 2021: 175). Sus aguas recorren el territorio nacional a lo largo de 1.528 km, desde su origen en el Macizo Colombiano, en el sur del país, hasta su desembocadura en el mar Caribe. Es el río más largo del país y a diferencia de otros como el río Guaviare (1.497 km) o el río Putumayo (1.500 km), es el único que nace, discurre y muere en su totalidad dentro del territorio nacional. Según los datos recopilados por Cormagdalena (2021), la cuenca del Magdalena cubre cerca del 17% del territorio nacional, agrupa al 49% de la población nacional —alrededor de 20 millones de habitantes— y, junto a la cuenca del río Cauca, agrupa el 80% del Producto Interno Bruto (PIB) del país.⁴ Esta es la principal diferencia con otros cauces fluviales colombianos, cuya presencia a pesar de tener una gran relevancia ecológica y un valor incalculable para comunidades humanas y no humanas, como el río Atrato o el río

³ En este sentido, sigo la invitación del antropólogo Arturo Escobar de ‘sentirpensar’ con el territorio: “pensar desde el corazón y desde la mente, o co-razonar” (2014: 16). Asimismo, a lo largo de este trabajo la noción de territorio es comprendida como “espacios-tiempos vitales de interrelación con el mundo natural” (Escobar, 2014: 59).

⁴ A los datos anteriores se puede agregar que entre la cuenca del Magdalena y el Cauca se ubican 728 municipios (Colombia tiene en total 1102) incluyendo las ciudades más grandes e importantes del país (Bogotá y Medellín). Asimismo, las riberas solo del río Magdalena alojan 125 municipios —alrededor de 6 millones de habitantes—, entre ellos la tercera ciudad más grande del país Barranquilla (Galvis-Aponte y Quintero-Fragozo, 2017)

Patía, no ha tenido la transversalidad del Magdalena sobre una buena porción del territorio nacional.

El río Magdalena surge como curso de agua en el suroeste del país, entre las montañas y los volcanes del Macizo Colombiano, una de las formaciones clave de los Andes colombianos y donde se ubica la estrella fluvial más importante del país.⁵ Puntualmente, el río nace en la laguna de La Magdalena ubicada en el páramo de Las Papas (3.685 m.s.n.m.). Al bajar de las alturas andinas, el curso de aguas se encajona en dirección sureste entre dos de los ramales de la cordillera de los Andes, la Oriental y la Central, lo cual define su estrechez y la rocosidad inicial de sus riberas. El segmento que se extiende desde el nacimiento hasta la ciudad de Honda se conoce históricamente como el Alto Magdalena —con una longitud aproximada de 600 kilómetros—; en este segmento el cauce tiene un desnivel de más de 3.000 m.s.n.m. donde atraviesa diferentes territorios: desde las estribaciones del Macizo Colombiano, donde se ubica una de las expresiones estatutarias más refinadas y originales de América, producidas por la cultura de San Agustín; pasando por las tierras semiáridas con clima de bosque seco tropical del desierto de la Tatacoa cerca de la ciudad de Neiva; para entrar en las tierras calientes alrededor de Ambalema que propiciaron el cultivo de tabaco durante la segunda mitad del siglo XIX.

En esta parte alta de su cuenca, el Magdalena recibe diversos afluentes que afectan su composición; entre ellos el río Bogotá, uno de los más contaminados del país, debido a la carga de residuos y sustancias que proceden de la agroindustria y las aguas residuales domésticas de los siete millones de habitantes de la capital colombiana y que terminan cayendo en sus aguas.⁶ Asimismo, en el Alto Magdalena, la construcción de presas que bloquean el discurrir de algunos de sus afluentes ha formado los embalses artificiales para generación de energía más grandes por superficie del país, con consecuencias devastadoras, para el medio ambiente y las comunidades ribereñas.⁷ La represa El Quimbo, que bloquea el río Páez a 1.300 metros de su desembocadura en el río Magdalena, es uno de los casos

⁵ En este punto debido a la masa nubosa que domina las cumbres nacen cinco de los ríos más importantes del país, los cuales discurren en tres direcciones diferentes: el Caquetá y el Putumayo van hacia el suroriente, a la vertiente Amazónica; el Patía se dirige hacia el suroccidente, a la vertiente del Pacífico; el Magdalena y el Cauca corren hacia el norte, a la vertiente Caribe. Para un comentario geográfico y geológico general del río, véase: Castaño Uribe (2003).

⁶ El proyecto “Río Bogotá” curado por el colectivo entre-ríos ha buscado romper el imaginario del cauce como una causa perdida visibilizando iniciativas comunitarias y familiares en búsqueda de la recuperación de su cuenca. Más información, <https://entre-rios.net/rio-bogota> [consultado 20 febrero de 2025].

⁷ A lo largo de la cuenca del río Magdalena existen más de 25 embalses y proyectos hidroeléctricos.

más conocidos, mostrando los efectos del extractivismo y la desterritorialización generada por los proyectos hidroeléctricos.⁸

La ciudad de Honda se configura como el límite geográfico e histórico con el Magdalena Medio: aquí, la turbulencia del río aumenta y las aguas tienen que sortear las grandes rocas y rápidos que forman un inmenso peldaño conocido como el Salto de Honda. De hecho, esta barrera hidrogeológica fue el motivo de la fundación de la ciudad en tiempos de la Colonia dado que era el camino más corto y rápido para conectar a Cartagena de Indias, en el mar Caribe, con Santa Fe de Bogotá, en las alturas de la cordillera Oriental. A pesar de que el Salto de Honda fue “el mayor escollo para la navegación del Magdalena” (Sánchez, 2017), las agencias de este lugar lo configuran desde tiempos precolombinos como: ordenador del territorio; gestor del relacionamiento cultural, económico y político de los grupos humanos; obstáculo y nodo; gestor de resistencias; y tejedor de saberes adaptativos (Díaz Angarita y Rojas-Robles, 2023: 13).

El Magdalena Medio se extiende a lo largo de 400 kilómetros desde Honda hasta la población de La Gloria. Usualmente, este tramo se subdivide en dos grandes sectores que, aunque guardan características ambientales similares, están influenciados por diferentes accidentes geográficos: el sur, entre Honda y Barrancabermeja, donde el cauce sigue encajonado por la cordillera Central y Oriental; en cambio, el norte, entre Barrancabermeja y La Gloria, donde las dos cordilleras se separan, aumentando el espacio del cauce y dando inicio a la llamada depresión Momposina. El Magdalena Medio se caracteriza por la abundante cantidad de ríos que engrosan, tanto desde el flanco oriental como occidental, el cauce principal.⁹ Muchos de estos sirvieron como guía para conectar a las principales ciudades andinas, como Puerto Liévano (posteriormente, Puerto Salgar) para Bogotá o Puerto Berrío para Medellín, a través de proyectos ferroviarios o carreteros, y para la colonización de la tierra caliente —los valles intermedios y bajos del Magdalena— con el fin tanto de aprovechar las riquezas de los suelos y su facilidad de conexión a través del río con el exterior. En general, los intentos de colonización y fundación de la mayoría de puertos del Magdalena Medio se suceden a partir del siglo XIX, favoreciendo la aparición

⁸ Sigo la definición de ‘extractivismo’ en las Américas ofrecida por Macarena Gómez-Barris: “indicates an economic system that engages in thefts, borrowings, and forces removals, violently reorganizing social life as well as the land by thieving resources from Indigenous and Afro-descendent territories” (2017: xvii). Un ejemplo de los efectos del Quimbo en el territorio es la obra de la artista Carolina Caycedo —*Represa / Represión* (2012-) o *Yuma, o la tierra de los amigos* (2014): <http://carolinacaycedo.com/> [consultado 20 febrero de 2025].

⁹ El Magdalena Medio recibe aportes desde el flanco oriental, a través de los ríos La Miel, Samaná, Río Claro, Cocorná y Caldera. Desde el flanco occidental confluyen los ríos Negro, Carare, Opón, Sogamoso y Lebrija, además de numerosas quebradas que descienden de ambas cordilleras.

de grandes terratenientes y un modelo de explotación extractivista de la tierra y sus riquezas. La lucha por el control de estas tierras y su explotación será el caldo de cultivo de las múltiples violencias del siglo XX en Colombia.

El nombre de la actual ciudad de Barrancabermeja, ubicada en el Magdalena Medio, es un ejemplo que, al igual que Bocas de Ceniza, recuerda la materialidad narrativa del río. Según Jacques Aprile-Gnisset (1997: 6), el nombre aparece por primera vez en un mapa del siglo XVIII como “Barrancas Coloradas” o “Barranca Bermeja”, en un sitio entre la desembocadura del río Opón y el río Magdalena, desde donde se deseaba construir un proyecto carretero para unirlo con la ciudad de Vélez en la cordillera Oriental.¹⁰ El color en el nombre era producto de los minerales que guardaban sus suelos, entre ellos el petróleo. De hecho, cerca de Barrancabermeja se encuentra el Campo La Cira-Infantas, que ha sido desde inicios del siglo XX el centro de la explotación petrolera del país.¹¹ Hoy en día en Barrancabermeja se encuentra la refinería más grande de Colombia, que produce el 95% de la demanda nacional de combustibles, con un impacto ambiental, económico, social y político sobre el territorio y especialmente sobre las aguas del Magdalena.

Aguas abajo de Barrancabermeja, cerca de Puerto Wilches, el río se parte en dos formando los brazos de Morales y Papayal, verdaderas islas fluviales a merced de los cambios del curso del río. A partir de La Gloria y hasta su desembocadura en el mar Caribe se ubica la última sección del río, con una longitud de aproximadamente 450 kilómetros, conocida como el Bajo Magdalena. En este segmento, el cauce entra en una llanura aluvial donde algunos sectores están por debajo del nivel del mar, formando un fenómeno conocido como delta interior. Esto se debe a que el Magdalena recibe las aguas del río Cauca, su principal afluente, y del río San Jorge.¹² En época de crecientes, los tres ríos se confunden y someten la zona a un constante proceso de inundación. En tiempos precolombinos, esta extensa área inundable favoreció la construcción paulatina y el continuo

¹⁰ Hay una extensa discusión si el lugar actual de la ciudad de Barrancabermeja es la misma del poblado prehispánico de La Tora, véase: Aprile-Gnisset, 1997: 2-13. Cabe señalar que es poblado indígena era un punto de encuentro entre las poblaciones andinas y caribeñas, y el lugar por donde la expedición de Gonzalo Jiménez de Quesada pasó en 1536.

¹¹ El desarrollo de la extracción y refinación del petróleo en Colombia está íntimamente ligado con el Magdalena Medio. La exploración moderna de hidrocarburos alrededor de Barrancabermeja se remonta a la Concesión de Mares a Roberto De Mares por treinta años en 1905. El resultado positivo en la exploración en 1916 dio origen al traspaso de la Concesión a la recién formada Tropical Oil Company (Troco) y que dio origen a la llegada a las multinacionales petroleras al país.

¹² El río Cauca es considerado el segundo río más importante de Colombia con una longitud de 1350 kilómetros. Al igual que el Magdalena, su cauce emerge en el Macizo Colombiano, puntualmente en el páramo de Sotará, desde donde discurre entre la cordillera Central y Occidental. Su origen ha sido motivo de constante confusión; ya en tiempos de la Colonia se pensaba que nacía en el mismo lugar del Magdalena. En cambio, el río San Jorge cuenta con una longitud de 368 kilómetros y nace en el parque nacional natural de Paramillo.

reacondicionamiento de un extenso sistema hidráulico que amparó a una sociedad indígena como la zenú. Asimismo, los trabajos del sociólogo Orlando Fals Borda muestran cómo dicho territorio se caracteriza por su carácter anfibio, definido por prácticas, costumbres y representaciones híbridas entre la tierra-agua y lo humano-animal (2002 [1979]).

Antes de la desembocadura del Cauca y el San Jorge, a la altura de la población de El Banco, el río se divide en el brazo de Mompo y el de Loba. El flujo del cauce principal del río por uno u otro de los brazos ha estado históricamente ligado a la voluntad del Magdalena. Durante gran parte de la Colonia, el río discurrió principalmente por el brazo de Mompo, haciendo florecer la ciudad Santa Cruz de Mompo. Fundada en 1540, el poblado creció rápidamente dado su posición estratégica, que la convirtió en la tercera ciudad más importante durante la Colonia, después de Santa Fe de Bogotá y Cartagena de Indias. Iniciando el siglo XIX, un cambio en el curso del río hacia el brazo de Loba sentenció su decadencia y convirtió a Magangué en el principal puerto fluvial en el Bajo Magdalena. El crecimiento del nuevo puerto también estuvo íntimamente ligado al desarrollo de la navegación a vapor (Poveda Ramos, 1998) y a la expansión de la ganadería en las llanuras del Caribe (Van Ausdal, 2009).

Antes de la desembocadura del Magdalena en el mar Caribe, se ubica en su margen occidental el Canal del Dique, una red de ciénagas y caños inundables que conectan artificialmente al río con la bahía de Cartagena. Por la mayor parte de la Colonia, estos más de 100 kilómetros fueron la salida y entrada predilecta para las personas y mercancías provenientes del interior andino o del exterior caribeño, dado que permitían evitar las dificultades que imponía la desembocadura. A pesar de que la vía cayó en desuso a partir del siglo XIX, con la consolidación de Puerto Colombia y el desarrollo de Barranquilla, al igual que Bocas de Ceniza, múltiples trabajos de ingeniería a lo largo del siglo XX han intentado recuperar y ampliar su navegabilidad. Estos trabajos en el Canal del Dique, siguiendo al historiador ambiental José Vicente Mogollón (2013), han gestado un lento desastre ambiental no solo sobre los territorios aledaños al canal, sino en la coralina y cristalina bahía de Cartagena, afectada de repente por los sedimentos del Magdalena.

La historia del canal del Dique es similar a otras que se suceden a lo largo y ancho de la cuenca. Como señala el botánico Enrique Pérez Arbeláez en su libro *Hilea Magdalenesa* (1949: 3), cuando se habla del río Magdalena se suele distinguir entre la red fluvial y los territorios aledaños. Las aguas del río Magdalena han sido pensadas como el camino de la conquista y la conexión interior, posteriormente como las de progreso y la civilización,

como una máxima de comunicación y como el eje geográfico de la nación. Es clave señalar que la comprensión predominante del Magdalena como un río-vía tiene su origen en la oposición del curso fluvial frente a sus territorios aledaños, ubicados en las tierras bajas tropicales. Las prácticas colonizadoras europeas, desde el siglo XVI hasta el XVIII, aconsejaron a los colonos asentarse en las alturas andinas de climas menos cálidos, en teoría más salubres, alejados de las zonas miasmáticas y de las enfermedades.¹³ Como asevera Ana Pizarro para el río Amazonas, con argumentos trasladables al río Magdalena, los ríos fueron el camino para la búsqueda de la supuesta abundancia de ciertos productos codiciados por los conquistadores —sobre todo, el oro o la plata—, como el encuentro con la densa vegetación y nueva fauna tropical (2011: 43-64).¹⁴ En este sentido, el río Magdalena fue el enlace por donde debían circular las personas y las mercancías, conectando el interior andino con el exterior caribeño-atlántico. El territorio tropical andino se configuró a través de un dispositivo espacial que ubicaba la civilización en las alturas andinas alejado del clima más caliente y amenazante de los fondos de los valles, entre ellos el del Magdalena.

Desde la segunda mitad del siglo XVIII y la primera mitad del siglo XIX, la aparición de lo tropical como categoría geográfica precisa —definida por enfermedades, una población concreta y una naturaleza particular— se configuró como un sinónimo de las tierras bajas tropicales andinas (Stepan, 2001; Arnold, 2001). Esto definió los territorios aledaños al río Magdalena como espacios dominados por la ausencia del hombre y la predominancia de la naturaleza, minimizando el papel de los grupos originarios —configurándolos como bárbaros y salvajes—. ¹⁵ Esto permitió que la élite criolla de inicios del siglo XIX movilizara argumentos para plantear la diferencia ontológica con las tierras altas: continuando con la fantasía de Europa en el trópico, en oposición a una naturaleza más amenazante e invasora poblada por gentes más oscuras e indisciplinadas.¹⁶ Sumado a esto,

¹³ Esto se expresa claramente en las “Ordenanzas de descubrimientos, nueva población y pacificación de las Indias” de Felipe II (1543) y explica que los principales centros del poder colonial en el territorio de la Nueva Granada fueron fundados en las alturas andinas como Popayán (1537) o Santa Fe de Bogotá (1538). En estas crónicas y en los procesos de colonización que incitaron se encuentra la clave para leer la historia del trópico andino, que son dos caras de la misma moneda: la promesa de abundancia como las del infierno verde (Martínez-Pinzón, 2016: 14).

¹⁴ En el caso del Magdalena, se trasluce en las Crónicas de Indias, un caso temprano del río Magdalena es la expedición de Gonzalo Jiménez de Quesada (1509-1579) en 1536 que terminaría en la fundación de Santa Fe de Bogotá en 1538. La expedición es relatada en un texto atribuido al mismo conquistador titulada “Epítome de la Conquista del nuevo Reino de Granada” (1539). El clima y la influencia sobre los seres vivos fue uno de los ejes de la literatura europea desde el siglo XVI sobre el Nuevo Mundo y su naturaleza. Antonello Gerbi (1993) ha llamado a esas polémicas relativas a la naturaleza y la población de los nuevos territorios —donde destacan autores como Buffon, De Pauw y Hegel— como “La disputa del Nuevo Mundo”.

¹⁵ Fueron impulsadas por viajeros europeos, en el caso puntual del río Magdalena destacan Charles-Marie de La Condamine (1701-1774) y Alexander von Humboldt (1769-1859).

¹⁶ En el territorio colombiano fue el Semanario del Nuevo Reyno de Granada (1808-1810) y el pensamiento de Francisco José Caldas sus principales artífices, para una síntesis: Martínez-Pinzón, 2016: 21-50.

la Independencia de España (1810-1819) y la construcción de la nueva nación plantearon la constante búsqueda de la apropiación de las materias primas exóticas (tabaco, quina, caucho, café y banano), que no se daban en las tierras frías, con el fin de satisfacer el creciente mercado europeo. Fue a partir de mediados del siglo XIX donde las reformas de los liberales radicales impulsaron medidas concretas para el avance del proyecto civilizatorio, como un descenso desde los climas fríos hasta los climas templados y calientes. Lo cual implicó el inicio de la transformación del territorio colombiano, cuyas consecuencias materiales y simbólicas llegan hasta nuestros días.

Partiendo de este breve recorrido geográfico y del quiebre que se da a partir de 1850, esta investigación propone una serie de estudios de caso donde la materialidad del río se hace narrativa. En este sentido, esta disertación analiza tres características materiales del río y cómo estas cuentan diferentes historias acerca del Magdalena. Primero, se examinará como dicho proyecto político y económico definido, por el historiador ambiental Germán Palacio Castañeda como de “liberación de la naturaleza” (2001: 27-28; 2006: 39-59), construirá el discurso del Magdalena como el río de la nación en base a otra liberación: la de su flujo o, mejor dicho, de la fluidez de sus aguas. El adecuado movimiento por las aguas del Magdalena, es decir, la eficiencia en la circulación de mercancías y personas, será la base, en teoría, para el éxito del proyecto civilizador en las tierras bajas y medias. Alrededor de este se construirán otros discursos ligados a los límites y posibilidades de las tierras bajas, a la enfermedad, al clima y al trabajo (Villegas y Castrillón, 2006; Villegas, 2008, 2014; Martínez-Pinzón, 2016; Mora Pacheco y Cortés Guerrero, 2021). Facilitar el movimiento de las aguas del Magdalena se volverá la máxima del proyecto civilizador de la segunda mitad del siglo XIX y de las primeras décadas del siglo XX, impulsando intervenciones ingenieriles que buscarán domesticar y educar esa “vía primitiva, salvaje, indisciplinada” (10), como la definirían Lorenzo Marroquín y José María Rivas Groot en su novela *Pax* (1907).

Un segundo discurso que se retoma a lo largo de esta investigación es el del Magdalena como un río muerto. Este puede ser comprendido en dos acepciones diversas, pero íntimamente conectadas. Primero, una que empieza a configurarse a mediados del siglo XX, cuando el río Magdalena empieza a perder relevancia como eje de la nación. Los constantes fracasos en la canalización del río, el desarrollo a medias de sus pueblos ribereños y de los proyectos de infraestructura, el acelerado avance de otros medios de transporte (aéreo y terrestre), y los frecuentes incidentes en la navegación fueron algunas de las razones que llevaron a la decadencia del Magdalena como río-vía. Para finales de los años cuarenta, Enrique Pérez Arbeláez se refería a esta como la “zona devaluada de la hoya del

río Magdalena”, e insistía que su devaluación “ha venido avanzado lentamente pero inexorablemente” (1949: 5-6). Esta pérdida de relevancia frente a otros ejes de la nación también se refiere a la degradación del río como cuerpo ecológico, no solo ligada al impacto de la modernización incompleta de la primera mitad del siglo XX, sino también al avance de la deforestación en todo el territorio andino, con la consecuente disminución de las lluvias y del caudal de las aguas que se deslizan hacia el cauce fluvial. Lo anterior muestra como el Magdalena está íntimamente ligado con otros procesos atmosféricos claves en el ciclo hidrológico: no es una parte independiente, sino dependiente de un proceso mucho más complejo. Un balance que el escritor Eduardo Caballero Calderón sintetizaba en la década de los sesenta así: “Es más lo que hemos tirado al caño que lo que nos queda. Más los ríos que hemos mermado o cegado que los que hemos canalizado y enriquecido con reservas de bosque” (1963: 271). Sería otro escritor, Gabriel García Márquez, quien señalaría, veinte años después, con mayor profundidad y resonancia, las consecuencias del proyecto que había comenzado hacía más de un siglo y que había llevado a la consolidación de un río muerto debido a la degradación ecológica: “el río Magdalena está muerto, con sus aguas envenenadas y sus animales exterminados” (1981). Una confluencia de factores inducidos por el hombre, así como de su propia agencia, hace que el discurso del río muerto sea uno de los más vigentes en la actualidad.

En el siglo XX, al discurso del río muerto se puede sumar el del río de los muertos; es decir el curso fluvial como lugar de desaparición de las víctimas de la violencia. Al respecto, habría que hacer dos salvedades: 1) este discurso es extensible a otros ríos a lo largo y ancho de Colombia como lo muestra en detalle el portal investigativo “Ríos de vida y muerte”¹⁷ ; 2) los ríos colombianos han sido cementerios de cuerpos humanos desde los tiempos de la Conquista. En este orden de ideas, esta investigación se centra en el río de los muertos a partir de la década de 1980, cuando las múltiples violencias —guerrillera, paramilitar, estatal, narcotraficante— multiplicaron los cuerpos humanos desaparecidos en las aguas del Magdalena. Esto ha convertido al río en lo que la antropóloga María Victoria Uribe ha definido como “liquid tombs” (2013). En este sentido, la porosidad del Magdalena se ha transformado en una máquina de desaparición y de muerte, donde la

¹⁷ El proyecto fue creado por el medio de comunicación Rutas del Conflicto y la página Colombiacheck en colaboración con la DW Akademie y la Pontificia Universidad Javeriana. Rutas del conflicto es un medio independiente y nativo digital fundado en 2014. Nace con la necesidad de visibilizar las historias del conflicto poco documentadas o excluidas del discurso nacional. En cambio, Colombiacheck es un proyecto de la organización sin ánimo de lucro Consejo de Redacción que busca promover el periodismo de investigación. El proyecto consta de una plataforma abierta, digital y colaborativa donde se publican artículos basados en la técnica de comprobación de hechos y datos.

frontera del río, las de los cuerpos más que humanos que lo habitan y los cuerpos humanos arrojados a sus aguas están en constante transgresión. Este discurso ha sido nutrido por nuevos planos estéticos y jurídicos, especialmente a partir de los procesos de paz de la primera mitad del siglo XXI, y en particular tras los Acuerdos de Paz de 2016, que han buscado resignificar el Magdalena como un río vivo, más allá de un escenario contemplativo e inerte (Bocarejo Suescún, 2018; Herrera y Torres Carrillo, 2022; Orozco Sánchez y Guzmán Chávez, 2022). De hecho, el río Magdalena ha sido reconocido legalmente como sujeto de derecho, haciéndose merecedor de justicia y reparación, y planteando nuevas preguntas sobre los efectos del conflicto armado, su futuro fluvial y su relación con comunidades humanas y más que humanas.¹⁸

Es importante señalar que, aunque *Magdalena, un río de materia narrativa* estudia el río dentro de un arco temporal amplio, no tiene la intención de ser totalizante ni de alcanzar una visión de totalidad. Para una mirada panorámica del río pueden consultarse los distintos enfoques generales, como los presentados en las obras de Picón (1945), Acevedo Latorre, (1981), Alvear Sanín (2005), Castaño Uribe (2007), el Museo Nacional de Colombia (2010), Ferro (2013), Davis et al., (2021) y Forero Flórez y Beuf (2023). También resultan valiosas las recopilaciones de textos realizadas por Ybot León (1952) y, principalmente, los dos volúmenes compilados por Noguera Mendoza (1980a, 1980b). En este sentido, este trabajo no pretende escribir una ‘Historia’ del Magdalena; más bien, propone, sugiere, analiza e interroga distintas propiedades materiales del río, con el objetivo de construir una cartografía particular que permita comprenderlo desde una perspectiva situada y fragmentaria.

Por lo tanto, en esta investigación se concibe al río Magdalena, con sus entramados material-narrativos, como un texto que busca ser leído. De manera general, y sin pretensión de exhaustividad, puede afirmarse que el Magdalena ha ocupado un lugar central en la producción cultural colombiana desde mediados del siglo XIX, como lo evidencian diversos estudios sobre la literatura (Martínez-Pinzón, 2011, 2013; Mutis, 2013, 2014; Villegas, 2014; Acosta Peñaloza, 2015; O’Byrne, 2016, 2018; Cárdenas Santamaría, 2017; Del Valle Idárraga et al., 2020; Serna Dimas, 2020; Escobar Villegas, 2024; Gardeazábal Bravo, 2025), las artes visuales (Herrera y Torres Carillo, 2022; Molano Osorio, 2022;

¹⁸ Al momento de escribir estas líneas, la Jurisprudencia Especial para la Paz (JEP) ha acreditado al río Magdalena como víctima y sujeto de derechos en el marco del Subcaso Magdalena Medio del Caso 08 que investiga crímenes cometidos por miembros de la fuerza pública o en asociación con grupos paramilitares, otros agentes del Estado, y/o terceros civiles en el marco del conflicto armado. Más información disponible en: <https://www.jep.gov.co/Sala-de-Prensa/Paginas/caso-08-la-jep-acredita-al-rio-magdalena-como-victima-y-sujeto-de-derechos-en-el-contexto-del-conflicto-armado.aspx> [consultado el 22 de mayo de 2025]

Sánchez, 2024; Smith, 2025) o sobre el cine como se puede apreciar en el número 16 de los *Cuadernos de cine colombiano* titulado “Los ríos y el cine”. Esta extensa y diversa producción cultural justifica que esta investigación se enfoque exclusivamente en algunos de los textos literarios donde el Magdalena tiene una presencia significativa y da cuenta de su materialidad narrativa del río. En cuanto a la selección del corpus, se prefirieron obras en las que la referencia al Magdalena fuera explícita —ya sea porque el cuerpo de agua es mencionado con nombre propio, cumple una función narrativa o contribuye a la construcción espacial del texto—, y cuyos autores mantuvieran una relación biográfica reconocible con el río.

En este orden de ideas, la materialidad del río Magdalena y su presencia en los textos literarios están íntimamente ligadas con dos preocupaciones que atraviesan esta investigación. La primera es la relación material-narrativa del río con la nación colombiana. Como se ha visto, en este cauce fluvial se enmarañan las historias materiales de gran parte del país, en cierto sentido como argumenta Wade Davis: “Colombia como nación es un regalo del río. El Magdalena es la historia de Colombia” (2021: 27). Por lo tanto, la cartografía propuesta dentro de este estudio busca promover nuevas lecturas para entender la relación que hemos establecido, como nación, con las aguas del Magdalena y las historias que encapsula. La segunda preocupación se vincula con lo que la autora Ursula Heise ha definido como “sense of planet”, es decir, “a sense of how political, economic, technological, social, cultural, and ecological networks shape daily routines.” (2010: 55). En otras palabras, en superar las barreras de materiales y discursivas impuestas por el Estado moderno, las cuales han limitado nuestra visión de la crisis ambiental planetaria. En consecuencia, pensar con la materialidad del río Magdalena también permite interrogar otras escalas —por ejemplo, la geológica— y visibilizar los cuestionamientos en torno a la subversión temporal-espacial que plantea el Antropoceno (Chakrabarty, 2009).

Materia narrativa, enmarañamientos y literatura

La experiencia sensorial de Bocas de Ceniza y las historias del río Magdalena nos muestran cómo la materialidad es una característica inherente a la realidad del mundo. Nuestros cuerpos están al tiempo, compuestos, rodeados por y sumergidos en materia. Esta misma posibilita, además, nuestra capacidad de pensar, a través de redes neuronales e intercambios energéticos, alimentando nuestra imaginación y nuestras teorías. Lo anterior ilustra que los

humanos no solo estamos enmarañados con el mundo material, sino que es este el que, en gran medida, determina y permite que los humanos seamos lo que somos. A partir del pensamiento relacional —que dirige su atención hacia la materialidad del mundo—, se ofrece a continuación un breve recorrido por lo que se ha definido como los nuevos materialismos y algunos de sus conceptos clave, como materia narrativa y enmarañamientos.¹⁹ Posteriormente, se analizará su relación con los textos literarios y, en particular, su aplicación en el contexto latinoamericano.

Los planteamientos de los nuevos materialismos, en líneas generales, se caracterizan por intentar descentrar las visiones antropocéntricas del mundo, volviendo su mirada a la materialidad que nos rodea y proponiendo entender los cuerpos más que humanos como vibrantes, vitales o como partícipes de formas de agencia distributiva (Diener, 2020: 2). En otras palabras, estas propuestas buscan abolir las viejas distinciones entre la materia animada e inerte, problematizando los binarismos que dicha visión antropocéntrica ha construido: materia-significado, cuerpo-mente, civilización-barbarie o cultura-naturaleza. Según Iris Van Der Tuin, los nuevos materialismos pueden ser pensados como una metodología de investigación “for the non-dualistic study of the world within, beside and among us, the world that precedes, includes and exceeds us” (2018: 277).

En las humanidades y ciencias sociales, estas propuestas se pueden definir a partir de tres elementos determinantes. En primera instancia, los desarrollos científicos a lo largo del siglo XX en los campos de la física (la teoría de la relatividad, la mecánica cuántica, la teoría de cuerdas, la teoría del caos, entre otros), así como en la ingeniería genética y la biotecnología, junto con sus correspondientes debates epistemológicos. En segunda instancia, los debates generados entorno a la gran aceleración del cambio climático a partir de la segunda mitad del siglo XX que están propiciando la sexta extinción masiva del planeta y transformando el rol del ser humano en múltiples escalas: desde lo local hasta el nivel planetario (Chakrabarty, 2009; Banerji y Paranjape, 2016). En tercera instancia es la desestimación generalizada de la materialidad en algunas tendencias del pensamiento posmodernista y posestructuralista occidental en las últimas décadas (el llamado giro lingüístico), donde la realidad viene ‘desmaterializada’ en construcciones del lenguaje o la cultura. Todo esto a pesar de que la misma ha permitido desvelar las complejas relaciones

¹⁹ Para una mirada panorámica, véase: Emmett y Nye (2017: 139 – 163); Oppermann (2019). En cambio, para una discusión acerca de los últimos trabajos en el campo y las principales cuestiones que plantea: Gamble, Hanan y Nail (2019) y Diener (2020). Igualmente, una mirada sintética se puede encontrar en la entrada “Mattering” (244-247) de Brandon Jones o en “Neo / New Materialism” (277-279) de Iris van der Tuin ambos en el *Posthuman Glossary* (2018) o en la entrada “Matter” de Héctor Hoyos (285-299) incluida en el *Handbook of Latin American environmental aesthetics* (2023).

del lenguaje con el poder, el conocimiento y la subjetividad (Alaimo y Hekman, 2008: 1). Por lo tanto, es necesario considerar el posmodernismo en términos de reto y legado para los nuevos materialismos, dado que a través de autores como Gilles Deleuze o Félix Guattari se han cuestionado las relaciones entre discurso y materia, así como la división entre lo humano y más que humano (Iovino y Oppermann, 2012: 78).

En el marco de los nuevos materialismos, es posible ubicar la intensificación de los debates alrededor de la materialidad en los trabajos de Rosi Braidotti y Manuel De Landa en la segunda mitad de los años noventa. Sin embargo, estos acercamientos le deben mucho a los planteamientos desarrollados durante esa década en los campos de la ciencia y la tecnología, en especial en su relación con la cultura y en autores como Donna Haraway o Bruno Latour. Los planteamientos de los nuevos materialismos, desde ese momento, han adquirido influencias múltiples que van desde la revisión de diversas tradiciones filosóficas (Lucrecio, Baruch Spinoza, Henri Bergson, Maurice Merleau-Ponty); lo material en los estudios feministas y de género (Judith Butler, Elizabeth Grosz, Luce Irigaray); el giro ontológico en la antropología (Tim Ingold, Philippe Descola, Viveiros de Castro); las ciencias cognitivas (Francisco Varela y Humberto Maturana, Gregory Bateson, David Abram) hasta la revisión de las ideas del postmodernismo ecológico (Alfred Whitehead). Todas estas influencias han dado pie a la proliferación de nuevos conceptos y términos que explican porque el uso del plural en vez del singular para definir el campo.²⁰ Algunos de estos conceptos son “intra-action” (Barad, 2006), “viscous porosity” (Tuana, 2008), “vibrant matter” (Bennet, 2010a) o “trans-corporeality” (Alaimo, 2010). A pesar de las diferencias en las propuestas y las genealogías de pensamiento de las que proceden, todos estos acercamientos proponen, en general, un cambio de atención hacia todo lo más que humano que está dentro y fuera de nosotros.

Al respecto, hay dos momentos clave en la configuración de dicha arqueología del pensamiento en la primera década del siglo XXI. El primero es el volumen colaborativo *Material feminisms* (2008) editado por Stacey Alaimo y Susan Hekman cuyo objetivo era llevar “the materiality of the human body and the natural world, into the forefront of feminist theory and practice” (1). El volumen recoge textos de autoras como Donna Haraway, Karen Barad, Nancy Tuana, Vicki Kirby, Elizabeth Grosz, Stacy Alaimo, entre otras, y es rico en propuestas conceptuales y metodológicas. Ejemplo de ello es el concepto

²⁰ Según Gamble, Hanan y Nail (2019) es posible distinguir al menos tres líneas de pensamiento visibles en los nuevos materialismos: “negative new materialism” (Quentin Meillassoux, Graham Harman), “vital new materialism” (Jane Bennet) y “performative new materialism” (Karen Barad, Vicki Kirby).

de “viscous porosity” (2008: 188-214) de Nancy Tuana que propone una lectura del huracán Katrina. También destaca el concepto de “trans-corporeality” (2008: 237-265) de Stacy Alaimo, que posteriormente sería desarrollado en mayor detalle en su libro *Bodily Natures: Science, Environment, and the Material Self* (2010), donde argumenta la corporalidad humana como siempre abierta hacia lo más que humano, sugiriendo, en última instancia, que es “inseparable from the environment” (Alaimo y Hekman, 2008: 14).

Un segundo momento es el libro colectivo *New Materialisms: Ontology, Agency, and Politics* (2010), editado por Diane Coole y Samantha Frost, cuya pregunta central es la siguiente: “How could we ignore the power of matter and the ways it materializes in our ordinary experience or fail to acknowledge the primacy of matter in our theories?” (1). Este volumen, al igual que el editado por Alaimo y Hekman, presenta una variedad de acercamientos sobre lo que son y deberían ser los nuevos materialismos, así como las tradiciones filosóficas en las que se inscriben. El libro reúne textos de autoras como Jane Bennett, Rosi Braidotti, Sara Ahmed, Elizabeth Grosz, entre otras. Es particularmente llamativo el capítulo de Jane Bennett, “A Vitalist Stopover on the Way to a New Materialism” (2010b: 47-70), donde estudia tres momentos de la filosofía vitalista: los esfuerzos de Henri Bergson y Hans Driesch por dotar al lenguaje científico de la vitalidad de la materia; los peligros del vitalismo en la retórica de la vida del nazismo; y los distintos proyectos conceptuales de Jacques Derrida y Gilles Deleuze en plantear la materialidad fuera del alcance de la conciencia. Jane Bennett retomará algunas de esas ideas en su libro *Vibrant matter: a political ecology of things* (2010a), donde desarrolla el concepto de “vibrant matter” en profundidad.

De forma similar a los dos volúmenes anteriores, y una década después, Simon Diener observa en su comentario sobre los últimos libros en la esfera de los nuevos materialismos que “heterogeneity is a defining characteristic of the conversation and perhaps one reason that it continues to produce such generative thought across the disciplines” (2020: 2). Más allá de la heterogeneidad, estas líneas de investigación han fomentado un pensamiento generativo, facilitando la constitución de nuevos métodos y terminologías que permiten la creación de oportunidades para el trabajo aplicado en diferentes disciplinas. En referencia a esto, Diener agrega que los múltiples planteamientos de los nuevos materialismos son: “an important reminder that we need not have settled all the theoretical conundrums of ontology to effect concrete, practical change in the relational structures in which we are embedded in the here and now” (2020: 4). Dicho de otra manera, el pensamiento crítico durante la emergencia climática no puede contentarse con la idea de que la crítica está

agotada, y menos aún con su perfeccionamiento sin una utilidad práctica concreta. En ese sentido, las propuestas de los nuevos materialismos guardan una estrecha relación con el activismo del pensamiento ecológico moderno. En palabras de Serpil Opperman, se trata de la responsabilidad ética con la que cuentan dichos acercamientos en un mundo postantropocéntrico marcado por las consecuencias de la emergencia climática (2019: 259). En concordancia con esto, el crítico Tobias Skiveren agrega que “the new materialist interest in ontology is driven also by a methodological aim: to reconfigure affective patterns of response and incite more positive engagements with the world” (2023: 191).

Los nuevos materialismos, en sus diferentes vertientes, no han estado libres de debates. Sara Ahmed (2008) ha sido bastante crítica con la política de citas y la supuesta innovación que sugiere el “material feminism”, en especial los estudios incluidos en el volumen de Alaimo y Hekman. Al respecto, Ahmed argumenta que ya los estudios feministas ya contaban con una larga tradición materialista. Por otro lado, Andreas Malm ha cuestionado, desde el ecomarxismo, la supuesta ontología plana que sugieren los nuevos materialismos, y en particular la propuesta vitalista de Jane Bennett. Acerca del debate, Skiveren (2023) argumenta que no se trata tanto de diferencias ontológicas como de actitudes metodológicas.²¹

Los tres argumentos anteriores —responsabilidad ética, heterogeneidad y generatividad— muestran el potencial de la línea de pensamiento de los nuevos materialismos. Estos razonamientos se asemejan a los elaborados por Rosi Braidotti en *El conocimiento posthumano* (2019), respecto de lo que ella define como la convergencia posthumana, señalan lo y que posibilitan el conocimiento posthumano: singularidad, multiplicidad, criticidad y enfoque en la justicia. Recapitulando lo discutido hasta el momento, Serenella Iovino y Serpil Oppermann observan que: “Questioning the dualistic paradigms of transcendental humanism, the new materialisms rethink ontology, epistemology, and ethics —being, knowing, and acting— in terms of a radical immanence” (2012: 450).

Una idea crucial para los nuevos materialismos es que la materia posee agencia (*agency*). En otras palabras, la materia es “more than ‘mere’ matter”; en cambio, es “an excess, force, vitality, relationality, or difference that renders matter active, self-creative, productive, unpredictable” (Coole y Frost, 2010: 9). Siguiendo el proyecto filosófico y político de la materia de Jane Bennett, la verdadera dimensión de la materia es la de no ser inerte ni

²¹ Un resumen sobre la polémica de Ahmed con las propuestas del feminismo materialista puede encontrarse en Diener (2020: 9). En cambio, Skiveren (2023) comenta detalladamente la polémica entre Malm y Bennett.

pasiva, liberándola de una larga historia de automatismo y mecanicismo (2010a: 3). Bennett agrega que su proyecto sigue una tradición del materialismo vinculada a pensadores como Demócrito, Epicuro, Spinoza, Diderot y Deleuze, más que la de Hegel, Marx o Adorno; esto se debe a su interés en la esencia de lo más que humano, exponiendo las hegemonías sociales debidas al poder humano como realiza el materialismo histórico (2010a: xiii). Benet retoma, a su vez, parte del vocabulario desarrollado por Bruno Latour con el propósito de iniciar a pensar en una “more distributive agency” (Bennet, 2010a: ix), donde la materia no se inserta en una dinámica binaria de oposición a la razón o a la mente. Es clave mencionar que la afirmación de que la materia cuenta con agencia se opone a la idea de intencionalidad humana.

En este orden de ideas, como plantean Iovino y Oppermann, lo que está en el meollo de las discusiones sobre los nuevos materialismos es la búsqueda de nuevos modelos que permitan teorizar, por un lado, las conexiones entre la materia y la agencia y, por el otro, el enmarañamiento entre cuerpos, naturalezas y significados (2012: 450). En palabras de Donna Haraway, son “nodos generativos semiótico-materiales” (1992: 67), que explican cómo funcionan las dinámicas de la materia y las configuraciones que asumen. La “teoría del realismo agencial” de Karen Barad, formulada en su libro *Meeting the Universe Halfway* (2007) resuena con lo anterior. Aquí, la pensadora feminista y física cuántica, muestra los enmarañamientos simétricos entre materia y discurso y que le permiten desarrollar una visión onto-epistemológica de la realidad. La materia en términos de Barad no es inmutable, ni pasiva ni independiente, sino que la materia “refers to phenomena in their ongoing materialization” (2007: 151). Es decir que la materia tiene un poder de determinación que le permite asumir formas tangibles (cuerpos) en constante interacción unos con otros. Las configuraciones resultantes de este intercambio muestran cómo los procesos materiales se dan a partir de una constante e indisoluble interacción de agencias o “intra-acción”, es decir “the mutual constitution of entangled agencias” (2007: 33), donde materia y significado son recíprocos y coimplicados, para usar el termino de Barad. Como resultado, la inteligibilidad de la realidad no es una característica que dependa de los humanos sino “an ontological performance of the world in its ongoing articulation” (2007: 149). En un tono similar, Coole y Frost agregan que el paso crucial es el de la “matter is” a la “matter becomes”, es decir “it is in these choreographies of becoming that we find cosmic forces assembling and disintegrating to forge more or less enduring patterns that may provisionally exhibit internally coherent, efficacious organization” (2010: 10).

Bruno Latour observa que la semiótica, la semiología o el giro lingüístico han resultado inadecuadas para entender la sociedad contemporánea, dado que “tienen por objeto hacer del discurso no ese intermediario transparente que pondría al sujeto humano en contacto con el mundo natural, sino un mediador independiente tanto de la naturaleza como de la sociedad” (2007: 96). En cambio, la propuesta de Barad transforma ese mediador independiente en un intermediario transparente, sin llevarlo al extremo de plantearlo como natural sino sugiriendo una reciprocidad entre la materia y discurso. Esto expone la construcción sociocultural planteada por el giro lingüístico no solo como conceptual sino como compuesta por su misma materialidad. Siguiendo a Latour “no son los hombres los que hacen la naturaleza, ella existe desde siempre y siempre estuvo ya presente, lo único que hacemos nosotros es descubrir sus secretos” (2007: 57). Más aún, los discursos y lenguajes pueden tener efectos materiales (como las prácticas de marginación o segregación) y viceversa, la materia puede propiciar la insurgencia de los discursos.

Un ejemplo concreto, como se verá en profundidad en el capítulo tres, es el concepto de “viscous porosity” de Nancy Tuana (2008). Reconocer que un fenómeno como el huracán Katrina es a la vez material y semiótico es el primer paso para redibujar “the maps of knowledge and practice, and to rethink object and subject, nature and culture not as juxtaposed terms but as a circulating system” (Iovino y Oppermann, 2012: 454). En vez de decir que el huracán es natural y cultural, debemos situarlo en lo que Donna Haraway ha denominado como “natureculture” (Haraway, 2003): el continuum entre los supuestos dos mundos (natural y cultural), que en última instancia componen un enmarañamiento (*entanglement*). La decisión de usar esta palabra en español viene proviene de la materialidad contenida en la palabra ‘maraña’, es decir, un conjunto de hebras bastas, enredadas y de grosor desigual que forman los capullos de seda, y cuyo significado remite a la acción y efecto de enredar o revolver algo. En este sentido, la palabra mantiene su dualidad tanto abstracta como figurativa.

Lo anterior plantea un reto directo a la ilusión cartesiana de ver a los humanos separados del mundo que los rodea, alejándose de la idea de la exclusividad humana o de una supuesta superioridad frente a esos otros que habitan el planeta.²² Las historias materiales del río

²² En este orden de ideas, los presupuestos de los nuevos materialismos resuenan con las nociones del antropólogo Tim Ingold cuyos trabajos plantean que la concepción de lo humano debe partir “not as a composite entity made up of separable but complementary parts, such as body, mind and culture, but rather as a singular locus of creative growth within a continually unfolding field of relationships” (2000: 4). Esta mirada le permite desarrollar su perspectiva de “dwelling” que sugiere que los humanos “are brought into existence as organism-persons within a world that is inhabited by beings of manifold kinds, both humans and

Magdalena aparecen no solo sujetas al agenciamiento humano, sino también a un enmarañamiento tanto narrativo y material como biológico y geológico. En palabras de Iovino y Oppermann: “by moving from a subject/object epistemology to a human-nonhuman performative onto-epistemology, new materialism becomes a theory and practice of posthumanism” (2012: 456).

La presente investigación piensa la materialidad del río Magdalena a través de su presencia en diferentes textos literarios, en donde las posibilidades narrativas se abren y se expanden a lo largo del tiempo. Al examinar la materia narrativa y los textos culturales, como señala Iovino, el rol del crítico no solo es el de definir “narrative paths of understanding” (5) —en otras palabras, cartografías—, sino también el de reconocer el enmarañamiento con el intérprete y su rol en la realidad examinada (2016: 4). Con base a esto, Iovino y Oppermann desarrollan una propuesta epistemológico-crítica llamada “material ecocriticism” (2012, 2014). Según las autoras, los textos se convierten en espejos performativos que difractan las historias incrustadas en la materia, a la vez que amplifican nuestra visión de la misma, ayudando así a la realidad a comprenderse a sí misma y condicionando nuestra respuesta hacia ella (2014: 9). En ese sentido, “the project of material ecocriticism can, therefore, be understood as an approach that entails a critical self-reflection on our part as humans and on the constitutive engagement of human discursive systems with the material world” (2014: 10). Un ejemplo de la aplicación de dicha propuesta puede encontrarse en el libro *Ecocriticism and Italy: Ecology, Liberation and Resistance* (2016), donde Iovino desarrolla un mapa de diferentes materias narrativas italianas (la ciudad de Venecia y Nápoles, las colinas del Piemonte y diversos espacios en Abruzzo, Campania y Sicilia) expandiéndola tanto al cuerpo eco-social como a la necesidad de una justicia ambiental.

Sin duda, la propuesta de Iovino y Oppermann sugiere una renovación con respecto al canon ecocrítico en su vertiente estadounidense surgida a partir de los años noventa. Este campo, en su definición clásica propuesta por Cheryll Glotfelty en *The Ecocriticism Reader*, se define como: “ecocriticism is the study of the relationship between literature and the physical environment” (1996: xvii). Como reflexiona Iovino (2015 [2006]: 18), ya en ese acercamiento residían dos tendencias: una que rastreaba la presencia de la relación entre el ser humano y la naturaleza visible por ejemplo en las investigaciones de Lawrence Buell (1998, 2001, 2005); y, una segunda, que seguía una propuesta de tipo ético y pedagógico

non-humans”, afirmando que lo que estamos habituados a llamar como relaciones sociales (entre humanos) son solo “a sub-set of ecological relations” (2000: 5).

que veía la obra literaria como un mecanismo de la difusión de la conciencia ambiental. De ahí que la ecocrítica clásica fijara su atención en autores decimonónicos estadounidenses como Henry Thoreau, Ralph Waldo Emerson, Walt Whitman o John Muir; si bien planteaban una clara relación con el medio ambiente, no dejaban de estar contaminados por tradiciones y concepciones propias del desarrollo histórico-social de los Estados Unidos. Al respecto, Niccolò Scaffai (2017: 57–58) es crítico al resaltar los peligros que tiene ese modelo al ser trasladado a otras realidades —en su caso, el análisis de la literatura italiana—, dado que presentaba tres problemas fundamentales: la antihistoricidad, el peso del canon que carga y el uso de la ‘ecología’ como sinónimo de naturaleza.

En este orden de ideas, la propuesta de Iovino y Oppermann se emancipa de los problemas de la ecocrítica estadounidense al estar orientada, desde sus bases, hacia una perspectiva natural-cultural. Por eso, no es ninguna sorpresa que en los análisis de Iovino resalte el estudio de espacios urbanos. Por ejemplo: “Venice [...] is not only body *par excellence*, but also *par excellence* complexity, [...] a super-organism made of other organisms, their lives porously connected with its life” (2016: 67). Como se señalará más adelante, esta idea de porosidad es esencial para comprender la materialidad narrativa del río Magdalena. No obstante, Scaffai es crítico con la propuesta Iovino y Opperman respecto a la facultad de narrar y el potencial de los objetos de convertirse en narradores (2017: 61). A pesar de que estas críticas son respondidas por las autoras desde acercamientos cercanos a la biosemiótica (2014: 12), y desarrollados en trabajos como el de Oppermann sobre los corales (2024), su aporte sigue siendo poco concreto cuando se establece una relación más cercana con el texto literario. En el mismo camino de Scaffai, Marco Caracciolo argumenta que el problema de la propuesta elaborada por las dos autoras: “doesn’t go very far in specifying the strategies through which stories can channel materiality, or what it means to accept the seemingly paradoxical idea that nonhuman matter can take on narrativity” (2021: 17).

En concreto, la propuesta de Scaffai (2017) reside en la elaboración de una “ecología literaria”, donde la elaboración textual del tema ecológico esté presente en sus formas y dispositivos retóricos: “l’esercizio di una vera e propria critica si attiva infatti quando il tema interagisce con i procedimenti e quando i referenti sono filtrati attraverso i codici” (2017: 71). El término de “ecologia letteraria” ya había sido usado por Serenella Iovino en su libro *Ecologia letteraria: una strategia di sopravvivenza* (2015 [2006]), donde analizaba textos de Anna Maria Ortese, Clarice Lispector, Jean Giono y Pier Paolo Pasolini. No obstante, en ese texto el acercamiento teórico de la autora contenía elementos de análisis cercanos a

la ecocrítica estadounidense. Cabe destacar que, para Scaffai, en el uso de la palabra ‘ecología’ se encuentra implícito el enmarañamiento natural-cultural y la relevancia de la materialidad del mundo. Scaffai construye su propuesta a partir de tres instrumentos teóricos: la geocrítica, la imagología y la crítica postcolonial ecocrítica. El primer aspecto retoma los aprendizajes del giro espacial, en especial las propuesta del crítico de literatura comparada Bertrand Westphal (2011), quien sugiere que el procedimiento de extrañamiento literario es una forma de multifocalidad, dado que “lo spazio venga osservato da soggetti diversi, per mezzo di coordinate diverse” (Scaffai, 2017: 66). En cambio, el segundo, insiste en la importancia en identificar imágenes y estereotipos usados dentro la narración. El último sugiere la importancia de la atención a las relaciones de poder dentro del texto literario y cómo la relación entre ellas atenúa los aspectos conflictuales entre historia humana e historia natural.

A pesar de que la propuesta de ecología literaria de Scaffai resulta útil al relacionar herramientas concretas con el análisis del tema ecológico dentro de la literatura, el crítico es vago al plantear las relaciones de poder y las particularidades que pueden tener estos textos. Acerca de esto, y en relación con América Latina, Gisella Heffes se pregunta sobre el papel de la ecocrítica: “¿De qué manera se conjugan, dentro del campo de esta disciplina emergente, estas preocupaciones medioambientales con las expresiones textuales, visuales y artísticas provenientes de América Latina, donde lo ecológico es abordado ya sea de manera central, ya sea de forma tangencial, y qué elementos específicos podemos identificar en todas estas prácticas culturales?” (2013: 19).

La pregunta clave aquí, como señala Heffes, es por el lugar, y en específico, por el lugar latinoamericano (2014: 12). Al respecto, encuentra que “ciertas praxis estéticas producen una nueva episteme crítica” (2014: 31), que en el caso de su libro *Políticas de la destrucción, poéticas de la preservación: apuntes para una lectura (eco)crítica del medio ambiente en América Latina* (2013) analiza la presencia del medio ambiente, en especial los espacios urbanos, en obras latinoamericanas contemporáneas. Heffes llega a la conclusión de que, para una nueva episteme que se adecue a las particularidades del caso latinoamericano, es necesario pasar de una posición ecocrítica a una bio-ecocrítica (2014: 32). Esta mirada biocéntrica plantea un énfasis más abarcador, donde no solo se reconoce la mirada eco-sistemática, sino que resalta un componente vital donde existen valores intrínsecos propios de la vida tanto humana como no humana (Gudynas, 2014).

Desde la publicación del ensayo de Heffes en 2013, un auge de publicaciones que se sitúan en los intersticios entre los estudios culturales latinoamericanos y las humanidades ambientales ha visto la luz, entre ellas: Hoyos (2019), DeLoughrey (2019), Kressner et al., (2021), Fornoff y Heffes (2021), Pérez Trujillo Diniz (2022), Schmidt y Wehrheim (2022), Anderson (2024), Dünne y Haase (2024) y Fornoff (2024). Al respecto, Heffes (2022) agrega que estos trabajos investigativos —puntualmente en relación a Hoyos (2019) y DeLoughrey (2019)— logran no solo “aprehender lo inasible”, sino también insistir en el continuum natural-cultural presente en el mundo (2022: 43). Solo será un año después cuando Heffes desarrolle con mayor claridad su propuesta epistémica de la bio-ecocrítica basada en la “convergence of ecocriticism and biopolitics which serves as an inter- and trans-disciplinary catalyst that moves beyond the theoretical apparatus coming from Anglo-American scholarship order to formulate new practices of knowledges in the context of Latin American environmental cultural and aesthetic works” (2023: 261). Así, la propuesta de Heffes no solo integra las enseñanzas del *material ecocriticism* de Iovino y Oppermann, sino que también responde a algunas de las inquietudes acerca de la ecocrítica clásica estadounidense —formuladas por Scaffai— adaptándolas a los aspectos particulares del contexto latinoamericano. Al respecto, Heffes agrega: “by placing Latin American figurations within a bioecocritical paradigm that accounts for the material conditions of human and non-human relational networks [...] we can foster alternative meanings and enable new forms of understandings.” (2023: 262).

Ecologías líquidas: pensar *con* el río en la crisis ambiental

Volviendo al río Magdalena, este trabajo busca indagar sobre la materialidad narrativa a través de diferentes textos literarios. Esto significa pensar con las propiedades materiales del río Magdalena, no solo describiendo el fenómeno material, sino evidenciando cómo este está cargado con historias e ideologías cuyo uso nunca es inocente. Vislumbrando los complejos enmarañamientos que componen al Magdalena, donde el río no es solamente un río. Por lo tanto, investigación se inscribe en el marco crítico, conceptual y teórico para el análisis de producción cultural en relación a las aguas planetarias que Lisa Blackmore y Liliana Gómez han denominado como ecologías líquidas (2020: 2). A continuación, se argumenta sobre qué significa pensar con el río en tiempos de crisis ambiental y se desarrollan las tres puntas de lanza para el estudio sobre la materialidad narrativa del Magdalena.

Aproximadamente el setenta por ciento de la superficie del planeta está cubierto por agua en sus estados líquido y sólido; los cuerpos humanos están compuestos en su mayoría por un sesenta por ciento de agua líquida, y la vasta atmósfera gaseosa contiene alrededor del cuatro por ciento de vapor de agua. Los cuerpos y las culturas humanas se configuran a través de encuentros con el agua en sus tres fases: líquida, sólida y gaseosa. Asimismo, el agua es esa sustancia que todas las personas y comunidades usan diariamente, pero poca gente reflexiona al respecto. Como observa el historiador Giulio Boccaletti en su libro *Water. A biography* (2022): “the impact of water on society must be read through the scars left by a continuous cycle of adaptation” y, más adelante, añade: “all communities relate to water over time through a process of action and reaction” (x). El nacimiento del Estado, el desarrollo del comercio, las adaptaciones culturales en condiciones difíciles, las instituciones y la acumulación de los recursos económicos: todo esto sucedió gracias a que las sociedades aprendieron a cómo controlar las inundaciones, las tormentas y las sequías, decidiendo dónde asentarse y cómo vivir ajustándose a las condiciones materiales (Boccaletti, 2022: 294). Al respecto, se puede argumentar que históricamente los sistemas-río han sido centrales para las sociedades humanas, piénsese, por ejemplo, en la ciudad de Tenochtitlan, capital del Imperio mexica: la ciudad asombro a los cronistas españoles por la relación que los habitantes habían establecido con el agua gracias a su infraestructura hidráulica. En ese sentido, los ríos no son simplemente paisajes físicos, sino que son mundos natural-culturales.

A pesar de que desde tiempos inmemoriales el ser humano ha modificado el curso de los ríos, estos territorios se encuentran hoy en día amenazados por la crisis ambiental inducida por la acción humana. El concepto de Antropoceno fue propuesto por primera vez por el químico atmosférico Paul J. Crutzen y el biólogo marino Eugene F. Stoermer en un artículo publicado en un boletín del International Geosphere-Biosphere Programme (IGBP) en el año 2000. Sin embargo, no fue hasta 2002 cuando Crutzen publicó su artículo titulado "Geology of Mankind" en la reconocida revista *Nature* que el término se difundió ampliamente en la comunidad científica. En ambos textos, casi idénticos, los autores sostenían que, debido al impacto significativo de las actividades humanas sobre el ambiente global, se podía afirmar que la humanidad había ingresado a una nueva época geológica. La propuesta central era clara: la humanidad se había convertido en una fuerza geológica tan poderosa que podía ser el principal motor de un cambio de era geológica.

A pesar del consenso generado por el concepto de Antropoceno y, en especial, su buena acogida en otros campos del saber, muchos geólogos han sido reacios a aceptarlo como

categoría. En relación a eso, Andrés Villegas explica que las razones pueden remitir a la presencia de dos tipos de Antropocenos: uno, geológico, medible en la tabla cronoestratigráfica internacional (TCI) dependiente de la Unión Internacional de Ciencias Geológicas (UICG), y otro, consecuencia de la comprensión transdisciplinar y sistemática de la Tierra (2022: 19 – 20). La presente investigación se ubica en esta segunda comprensión del Antropoceno, como un fenómeno ligado a las fronteras planetarias y que “remite al paso del Holoceno a un estado no análogo del sistema, es decir, a un funcionamiento inédito del planeta” (Villegas, 2022: 20). En ese sentido, el ochenta por ciento de la población mundial, hoy en día, se encuentra bajo la amenaza inminente de inseguridad hídrica y de pérdida de la biodiversidad (Rockström et al., 2009). De hecho, el ciclo del agua dulce es uno de los nueve sistemas de soporte de la vida planetaria amenazados por la emergencia climática (Steffen et al., 2020). Como advierte un grupo de científicos en su informe de 2023, los datos no son alentadores respecto a los signos vitales del planeta y los principales generadores de la emergencia climática: “Life on planet Earth is under siege. We are now in uncharted territory” (Ripple et al., 2023).

Las consecuencias del Antropoceno van más allá y sustentan el acercamiento dialéctico entre naturaleza y sociedad que se ha explicado en la parte anterior. El historiador Jason M. Kelly (2014), líder del proyecto “Rivers of the Anthropocene”, sugiere que sería mejor hablar de Antropoceno(s) al plural debido a la multitud de discusiones que agrupa. A modo general, como argumenta el historiador Dipesh Chakrabarty en “The Climate of History: Four Theses” (2009), la categoría de Antropoceno hace colapsar las distinciones entre el tiempo de las sociedades y el tiempo del sistema Tierra. De forma similar, autores como Christophe Bonneuil y Jean-Baptiste Fressoz han argumentado que en el Antropoceno colapsan la escala terráquea y la escala humana: “These phenomena, therefore, have the dual property of being caused by humans and being of a scale rarely noted in the geological past” (2016: 22). Un debate más profundo, proveniente de la teoría marxista, ha generado el análisis de la relación entre el capitalismo y el Antropoceno, llevando a teóricos como Andreas Malm a proponer términos alternativos como Capitaloceno (2020): “si el Antropoceno es la geología de la humanidad, retomando el título del artículo de Crutzen (2002), el Capitaloceno es la geología de la acumulación de capital” (Villegas, 2022: 26). Este concepto está a su vez elaborado a partir de la perspectiva elaborada por James Moore denominada como “ecología-mundo” (2020) donde se relacionan dialectalmente las naturalezas humanas y más que humanas en la trama de la vida. Dada la amplitud del debate alrededor del uso de uno u otro término —algo que escapa a los objetivos de esta

investigación—, me limitaré a presentar algunas las reflexiones sugeridas por Villegas (2022: 34): 1) el cambio de época del Holoceno al Antropoceno es causado por la acumulación de capital y sus responsables se han lucrado de esta lógica a través de la explotación de la fuerza de trabajo; 2) “Los límites de la acumulación de capital son históricos” y, que a pesar de la finitud de la Tierra, se siguen expandiendo hasta cierto punto; 3) La idea de que la crisis ambiental nos pueda llevar a un planeta degradado donde la vida humana y más que humana sea cada día más difícil. Asimismo, a lo largo de este trabajo se prefiere el uso de un término más amplio como crisis ambiental.

En este orden de ideas, las interacciones humanas con los sistemas acuáticos están amplificadas y limitadas por motivos socioculturales: por actitudes y acciones que moldean los sistemas orgánicos e inorgánicos del planeta. En el caso concreto del Magdalena, y sumado a los retos impuestos por la escala global de la crisis climática, el río se ve afectado por actividades antropogénicas concretas como las presas a gran escala, la contaminación del agua, la introducción de especies animales y vegetales foráneas, la deforestación y la erosión (Salgado et al., 2022). Por lo tanto, la solución a la crisis mundial del agua no es simplemente tecnológica, sino también social, cultural y política. De hecho, volviendo a Kelly, en la introducción de *Rivers of the Anthropocene* (2017), se explica que el estudio de los ríos es una excelente arena para la investigación transdisciplinar: “Not only is freshwater one of the most pressing concerns of the twenty-first century, but river systems are structures that exemplify the complicated and complex dynamics of human-nature entanglements” (xvi).

El volumen editado por Kelly constituye solo un ejemplo de la creciente proliferación de estudios que, en los últimos años, se han agrupado bajo la denominación de *blue humanities*. Se trata, sin duda, de un ámbito en consolidación y expansión, como lo demuestra la diversidad de propuestas conceptuales formuladas recientemente, que lo han denominado como “terraqueous ecocriticism (o blue cultural studies)” (Mentz, 2009), “hydro-criticism” (Winkiel, 2019), blue ecocriticism” (Dobrin, 2021) o “hydrohumanities” (De Wolff et al., 2022).²³ En su fase inicial, el enfoque dominante de las *blue humanities* se centró en los océanos y en sus condiciones cambiantes, proponiendo lo que Steve Mentz denominó como un “oceanic turn” (2020). No obstante, esta centralidad oceánica ha sido desplazada en trabajos recientes del propio Mentz (2023) y de Serpil Oppermann (2023), quienes abogan por una perspectiva más inclusiva de las aguas planetarias, incorporando los

²³ Mentz (2023: 17-38) presenta un excelente resumen a la fecha de como se ha ido constituyendo el campo de las *blue humanities* y la convergencia de diferentes áreas disciplinares alrededor del tema del agua.

cuerpos de agua dulce. A pesar de que ambos estudios abordan problemáticas convergentes, sus respectivas formaciones disciplinares —Mentz en literatura y Oppermann en filosofía— enriquecen el campo desde aproximaciones teóricas distintas. En *An Introduction to the Blue Humanities*, Mentz (2023: 1-17) propone concebir las *blue humanities* como “poetics of planetary water”, cuyo objetivo es clarificar “the relationships between human and water in all its forms and phases”. Por su parte, Oppermann, en *Blue Humanities: Storied Waterscapes in the Anthropocene* (2023), sostiene que las *blue humanities* constituyen el estudio de las aguas “from sociocultural, literary, historical, aesthetic, ethical, and multiple other perspectives” (Oppermann, 2023: 7).

Esta investigación busca *pensar con* el río Magdalena, en vez de *pensar acerca* del río del Magdalena.²⁴ Este pequeño cambio preposicional pretende reconocer que las características materiales del río no son simples descripciones de un fenómeno físico inerte, sino tropos y metáforas cargados de historias e ideologías cuyo uso nunca es inocente (Blackmore y Gómez, 2020: 2). De igual forma, este trabajo concibe el río Magdalena como un cuerpo de agua que esta atravesado por otros cuerpos humanos y más que humanos, situado además en un espacio y tiempo concretos. La investigación toma tres propiedades del fenómeno que llamamos río Magdalena —su fluidez, su ciclicidad y su porosidad— que invitan al pensamiento relacional y permiten explorar su materialidad narrativa.

Respecto a la primera propiedad material, el hidrólogo Sean W. Fleming reflexiona que, si uno se parara en la ribera de un río, notaría inmediatamente una cosa: “the water isn’t at a standstill, but flowing by” (2017: 3). En otras palabras, el discurrir de las aguas fluviales por una abertura en la tierra. Más adelante, Fleming añade: “the single most fundamental and overarching aspect of measure of a river is its flow —how much water is coming down the channel— and how that varies over time and space” (2017: 37). Lo anterior señala como el flujo de un río es tanto una característica material como un elemento narrativo fundante: si el agua dejara de fluir, el río dejaría de ser un río y según el sentido común, sería difícil llamarlo de esta manera.²⁵ En el caso del Magdalena, su flujo varía en diferentes

²⁴ Al respecto, Cecilia Chen, Janine MacLeod, y Astrida Neimanis argumentan: “Thinking with water encourages relational thinking, as theories based on notions of fluidity, viscosity, and porosity reveal. But if water is deployed as a potent metaphor in such thinking [...] we must recall that these theories are inspired by relations that are decidedly material. Water is a matter of relation and connection. Waters literally flow between and within bodies, across space and through time, in a planetary circulation system that challenges pretensions to discrete individuality. Watery places and bodies are connected to other places and bodies in relations of gift, transfer, theft, and debt. Such relationality inaugurates new life, and also the infinite possibility of new communities. [...] In these senses, water is a deep source of plurality and potential, as bodies share and connect through their common waters.” (2013: 12)

²⁵ En la geografía física existe el termino de ríos secos que son cauces que usualmente van sin agua dado que están desconectados de los sistemas subterráneos y trasportan agua solo cuando suceden lluvias esporádicas.

temporalidades y escalas, condicionadas por su carácter ecuatorial. Por un lado, se ve afectado por el ciclo circadiano de doce horas de la tierra en las zonas equinocciales, por las dos temporadas estacionales —secas y de lluvias— presentes en la zona intertropical, y por procesos de larga duración relacionados con las variaciones de la órbita terrestre.²⁶ También el flujo se ve alterado por el cambio de altitud entre su nacimiento y su desembocadura, lo que afecta el volumen de aguas que se va ensanchando en camino hacia el mar. En relación con la imaginación y la materialidad, Gaston Bachelard señala ingeniosamente que la relación entre el fluir material de las aguas, la vida y la muerte es más profunda: las aguas que van perdiendo velocidad en su fluir, van perdiendo vida (2022 [1978]: 26). A este argumento cabría agregar que los efectos antrópicos también modifican el flujo de las aguas, como ocurre con la presencia de obras de infraestructuras a gran escala. Por otro lado, la variación altitudinal del Magdalena condiciona los sedimentos que viajan con las aguas, lo cual no solo tiene implicaciones en las zonas costeras, sino en el río mismo. A pesar de que el flujo es “one of the most popular metaphors for life, time, and consciousness, and for death, timelessness, and dissolution” (Herendeen, 1986: 9), esta investigación se centra en la idea de flujo como elemento fundante fluvial y como propiedad material que transforma sus aguas y sedimentos a lo largo del tiempo y el espacio, ya sea por su propia agencia, por la mano del hombre o la combinación de ambas.

Los ríos son la imagen más visible de los sistemas de aguas dulces del planeta. El escritor y poeta estadounidense Henry David Thoreau los definiría como “the natural highways of all nations” (1985 [1849]: 13). No obstante, los ríos son solo una parte del ciclo hidrosocial.²⁷ La segunda propiedad material que retoma este estudio es la ciclicidad de los ríos y su relación con otros fenómenos como la lluvia, el vapor de agua o humedad, entre otros. El arquitecto y urbanista Dilip da Cunha argumenta que los ríos, de hecho, son un producto de la intención humana más que de la naturaleza misma, y su predominancia han marginalizado otras aguas en movimiento, como la lluvia (2019: 1). Ciertamente, “without lines rivers are inconceivable, which is to say that to hear or speak the world river is to

Los ríos secos también son producto de la accionar del hombre como consecuencia de la minera ilegal y la crisis ambiental planetaria. En Colombia es conocido el caso del río Sambigo, ubicado en el norte del país, y el impacto de la minería ilegal.

²⁶ Fleming (2017: 149-169) brinda una buena explicación de estas variaciones en diferentes escalas. Para el caso concreto del río Magdalena, el libro editado por el geólogo Juan D. Restrepo Ángel (2003) brinda desde las ciencias de la tierra una panorámica sobre las variaciones que sufre el curso fluvial y las influencias de los sedimentos.

²⁷ En vez del término clásico de ciclo hidrológico, uso el término de ciclo hidrosocial propuesto desde la ecología política para señalar las relaciones entre procesos hidrológicos y sociales a diferentes escalas. En palabras de Linton, este describe: “the process by which flows of water reflect human affairs and human affairs are enlivened by water” (2010: 68)

think flow and see lines” (Cunha, 2019: 2). Asimismo, los ríos no existen en el vacío ni sus fuentes surgen esporádicamente de la tierra, sino que hacen parte de un proceso dinámico que funciona en diferentes escalas. Siguiendo el argumento de Cunha (2019: 8-9), los ríos en el ciclo hidrológico han sido históricamente imaginados en un tiempo concreto en relación y en relación con la tierra: un espacio donde los mapas son dibujados, las propiedades asignadas, la infraestructura diseñada y donde el pasado es descrito, el presente experimentado y el futuro visualizado. En cambio, a fenómenos como la lluvia, la niebla o el vapor se les ha asignado un carácter efímero, como de visitantes transitorios dentro de este sistema. Cunha explica que esto se debe a que “water is setup up by a material literacy to be dominated by land” (2019: 10). Lo anterior plantea una disonancia con el propio territorio fluvial. En el caso del Magdalena, esto propone nuevos retos para la comprensión del río como parte integral de un ciclo más amplio, donde la lluvia —en especial en su cuenca baja— funge como un actor esencial.²⁸ Este estudio retoma la característica cíclica del Magdalena concretamente su relación con el momento efímero de la lluvia, y cómo este plantea diferentes interrogantes sobre lo que puede ser descrito como río.

La tercera propiedad material que retoma este trabajo es la porosidad de los ríos. Probablemente una de las frases más citadas dentro de las *blue humanities* sea: “we are bodies of water” (Neimanis, 2017: 1). Tomada a la ligera, la propuesta teórica de Astrida Neimanis podría sugerir la disolución de las barreras corporales —tanto del cuerpo de un río como del cuerpo humano—. No obstante, la autora previene esta simplificación al afirmar: “water is always sometime, someplace, somewhere” (2017: 1). En otras palabras, el río está ubicado en un tiempo, un espacio y un lugar concreto, lo que reta las visiones tradicionales del agua como un recurso natural estable y universal. La porosidad de un río puede pensarse de distintas maneras. En el caso de este estudio, se enfoca principalmente en dos relaciones: 1) la de las aguas fluviales con sus tierras aledañas, una conexión que los mapas representan como estable, pero que en realidad está definida por fronteras difusas, configurando territorios híbridos (Kuntala, 2014) y anfibios (Fals Borda, 2002 [1979]); 2) la relación entre los cuerpos asesinados por las múltiples violencias del país y su encuentro con las aguas del Magdalena, generando nuevos enmarañamientos que acentúan el acto violento de la desaparición y transforman las formas de relación que establecen las comunidades ribereñas con el río.

²⁸ La diversidad de climas en Colombia, resultado de la altitud, el encuentro entre nubes provenientes del océano y del continente, la variedad en la forma y tamaño de las montañas, junto con su ubicación en la zona intertropical ecuatorial, está estrechamente relacionada con su abundancia de recursos hídricos. Léase, Castaño Uribe (2003).

Este análisis material-narrativo de las características del río Magdalena, reconoce su materialidad, pero no deja a un lado la concepción de que los ríos son también “something that we construct and to which we give meaning” (Lahiri-Dutt, 2000: 2397). Asimismo, se argumenta que los espacios líquidos del Antropoceno son repositorios de entramados complejos que involucran la circulación de capitales, las tradiciones literarias y los traumas de cuerpos humanos y más que humanos. Pensar con estos espacios, como señalan Lisa Blackmore y Liliana Gómez- Popescu: “speaks directly to the task of thinking critically and narrating ethically our inter-/intraction to other processes and species” (2020: 4). Este es un trabajo que las humanidades ambientales y los estudios latinoamericanos han asumido de forma activa, con importantes aportes que destacan el papel de los ríos y otros cuerpos de agua. Entre ellos se encuentran estudios sobre el Amazonas (Pizarro, 2009; Martínez-Pinzón y Uriarte, 2019; Smith, 2021), el Putumayo (Wylie, 2013), el Paraná (Silvestri, 2021) o diversos cuerpos de agua (Mutis y Pettinaroli, 2013; Blackmore y Gómez, 2020; De Wolff et al., 2022).

En resumidas cuentas, este trabajo invita a pensar con el río Magdalena a través de tres de sus propiedades materiales, aceptando que estas encapsulan narrativas que hablan de mundos humanos y más que humanos. En consecuencia, este marco conceptual de ecologías líquidas plantea que el río “serve as a discursive site of scrutiny, debate, and transgression in which disquiet about the political, natural, human, and collective experiences engendered by encounters with new realities can be expressed” (Mutis y Pettinaroli, 2013: 2).

Una cartografía

El río Magdalena es descrito como un “río difícil” debido a su “poca profundidad, mucha corriente, curso divagante [y] alta sedimentación natural” (Márquez Calle, 2016: 57). Sus períodos de sequía nos recuerdan su rol fundamental como fuente de vida, mientras que sus inundaciones, cargadas de sedimentos y contaminantes, ponen de manifiesto tanto su geología como los efectos derivados de la deforestación, la infraestructura y la violencia armada. De hecho, el río Magdalena se erige como un ejemplo palpable de cómo la materialidad está siempre presente en nuestras experiencias y no puede desvincularse de nuestra forma de conocer el mundo. En este sentido, la presente investigación se organiza en cuatro capítulos que abordan diversos textos literarios a partir de la materialidad narrativa del río Magdalena: un río para la nación, el río muerto, el río de los muertos, y el

río vivo. Cada capítulo se divide, a su vez, en secciones que exploran, a través de diferentes obras de ficción, la presencia de esta materialidad narrativa y su conexión con el discurso del río.

En el primer capítulo se estudia la fluidez del río Magdalena y su relación con la construcción de la nación colombiana. A lo largo de una selección de autores de la élite criolla que se extiende entre la década de 1850 y la de 1930, se muestra cómo el control del flujo del río albergó los sueños y las ilusiones de la nación misma. Por un lado, los textos de José María Samper y Salvador Camacho Roldán plantean un viaje de descenso por el río con el fin de construirlo como la arteria de la civilización de la nación, de asegurar el movimiento constante que exige la economía y el progreso. Luego, la novela *Pax* (1907), a través del proyecto utópico de canalización, muestra cómo la materialidad del Magdalena es también el lugar de los fracasos de la nación colombiana de inicios del siglo XX. El capítulo se concluye planteando la distancia que va apareciendo entre la realidad material y la construcción narrativa de la élite —el río de tinta— que termina por favorecer la muerte material y simbólica del Magdalena.

El segundo capítulo se basa en las reflexiones finales del primero, examinando la muerte del Magdalena y su relación con la ciclicidad de los ríos. Esta relación se comprende no solo como parte de un ciclo hidrosocial mucho más amplio, sino también como un proceso en el que los eventos del pasado influyen en los sucesos actuales y, a su vez, lo que ocurre hoy tendrá un impacto en lo que sucederá en el futuro. Este análisis se realiza a partir de la vida y obra de Gabriel García Márquez, desde 1947 hasta 1989. Sus textos de ficción y no ficción retratan el proceso de transformación ambiental y cultural que sufrió el Magdalena a lo largo del siglo, mostrando su pérdida de relevancia económica y social para la nación colombiana, así como su gradual degradación ambiental. El capítulo también examina cómo las aguas, en el sentido extendido del ciclo hidrosocial, fueron fundamentales en las novelas y cuentos de la narrativa temprana de García Márquez. Asimismo, se analiza cómo, en la configuración del espacio narrativo de sus primeras obras, influenciado por sus años en poblaciones del Caribe colombiano, las referencias geoespaciales son escasas o suprimidas para favorecer una mirada más latinoamericana. Este hecho, rastreable en las primeras páginas de *Cien años de soledad* (1967), se transforma en la década de los ochenta en una "nostalgia fluvial" por el Magdalena de su infancia y juventud. Esto no solo es evidente en sus hechos biográficos, sino también en las tres novelas de esa época —*Crónica de una*

muerte anunciada (1981), *El amor en los tiempos del cólera* (1985) y *El general en su laberinto* (1989)—, las cuales plantean preguntas sobre el pasado, presente y futuro del río Magdalena.

A lo largo del tercer capítulo, titulado “El río de los muertos”, se propone un recorrido por las aguas del Magdalena Medio, enfocándose en la violencia paramilitar, especialmente en la práctica de la desaparición forzada, y su relación con la porosidad del río. En este contexto, se busca resaltar cómo el río, como un cuerpo de agua, está constantemente atravesado por cuerpos humanos y más-que-humanos, reflejando la interconexión entre estos elementos. Además, se argumenta que los límites del río no son fijos ni impermeables, sino que están en constante transformación y negociación entre la tierra y el agua. La primera parada en este trayecto es Puerto Berrío, donde se toma como referencia la crónica *Los escogidos* (2012) de Patricia Nieto. En esta ciudad portuaria, se entrelazan los intereses económicos y políticos con la disputa territorial entre paramilitares y guerrillas, dando lugar a una geografía del terror. Nieto invita a reflexionar sobre las prácticas fúnebres de los habitantes de la ciudad, quienes se enfrentan a los cuerpos anónimos que descienden por el río, evidenciando cómo en el Magdalena se fusionan materialidades, historias y prácticas. La segunda etapa del recorrido se sitúa en el tramo del río entre Puerto Berrío y Barrancabermeja, tomando como referencia la novela *En el brazo del río* (2006) de Marbel Sandoval Ordóñez. A través de las historias de Paulina y Sierva María, la autora muestra cómo esos cuerpos que navegan el río transforman la propia concepción del Magdalena, convirtiéndolo en un cuerpo de agua viscoso y poroso, donde se suceden intercambios constantes entre diversos cuerpos humanos, más-que-humanos y sustancias.

Por último, el cuarto capítulo, titulado “El río vivo”, explora los textos de ficción posteriores a los Acuerdos de Paz entre el gobierno colombiano y las FARC-EP de 2016. Este capítulo plantea la cuestión sobre los efectos del cambio de posición ontológica respecto al medio ambiente en el escenario de posconflicto abierto después de los acuerdos. A pesar de no centrarse en una característica material narrativa puntual, se muestra cómo estos textos recientes abordan, desde diversas perspectivas, la pregunta por la materialidad y los discursos que encapsulan. Por un lado, se analiza cómo, en la novela *Vigilia* (2022) de Daniella Sánchez Russo, destaca la violencia armada y ambiental en la desembocadura del río Magdalena, sugiriendo interrogantes sobre el testimonio de la naturaleza en un territorio que ha sido reconocido como sujeto de derechos. Este enfoque

invita a reflexionar sobre la relación entre el entorno natural y los procesos de violencia, cuestionando cómo la tierra y el agua, como entidades vivas, pueden ser testigos y víctimas de los conflictos que han marcado la región. En la segunda parte de este capítulo, se estudia el diario de viajes *Grávido río* (2022) del geólogo y escritor Ignacio Piedrahita, quien invita al lector a realizar un recorrido a lo largo del Magdalena, proponiendo una reflexión en torno a los tiempos profundos de la geología del río. A lo largo de este viaje, el escritor dirige la atención hacia las diversas capas de materia e historia que constituyen la cuenca del río. Al centrar nuestra atención en las narrativas geológicas del Magdalena, descubrimos que en su cuenca convergen relatos materiales que abarcan el pasado, el presente y el futuro, revelando cómo la historia natural del río se entrelaza con las experiencias humanas y los procesos de transformación del entorno a lo largo de los siglos.

.

Capítulo I: Un río para la nación

¿Piensas acaso que debe abandonarse la navegación del Magdalena, atendiendo a que este dios vencido ya no tiene ánfora qué derramar en sus fuentes ni en las de sus tributarios? [...] Tenemos pues que según el maestro Pulgar no sería acertado el pensamiento de ir abandonando el río Magdalena como principal arteria de nuestro comercio y como eje de nuestras comunicaciones. [...] Pero ¿cómo se atiende a la conservación de esa vía? Mejorándola por medio de trabajos adecuados y constantes. ¿Y cuáles serían ellos? Díganos esto don Luciano. [...] No hay plan, no hay sistema, no hay *suite*, a causa que la mirada es refleja y no ve a los otros, sino al propio yo, centro panteísta de las complacencias y de los apetitos. (Suárez, 1941, vol. 7: 143-147).

El flujo de agua es la esencia que da vida a cualquier río. Volviendo al hidrólogo Sean W. Fleming, el caudal de agua que corre por un río es su aspecto o medida más fundamental y general, llegando afectar cualquier cosa relacionada con él (2017: 37). ¿Pero qué pasa cuando dicho caudal disminuye o se extingue? ¿Cuándo ese “dios vencido ya no tiene ánfora qué derramar en sus fuentes ni en las de sus tributarios”? Esa era la pregunta sobre la cual reflexionaba el expresidente Marco Fidel Suárez en “El sueño del Magdalena”, en marzo de 1926, donde, a manera de diálogo entre Luciano Pulgar —alter ego de Suárez— y varios personajes jóvenes —Luciano, Justino, Donato—, se discutía la grave sequía que sufría el río Magdalena.²⁹ La situación era tan crítica que había llegado afectar la navegación por la arteria de la nación: “el viaje ordinario de una semana se ha convertido en fatiga de meses de algunos viajeros” (Suárez, 1941, vol. 7: 138). Luego de las largas digresiones, el sueño convergía en una pregunta concreta que Justino le hacía a Luciano: ¿se debe abandonar la navegación por el río debido a la sequía?, a la cual, este respondía: “Dios nos libre de pensar en semejante desatino” (Suárez, 1941, vol. 7: 144). La respuesta tajante acompañada por un extenso comentario sobre los proyectos ferroviarios y puertos a lo largo del río, era resumida por el tercer interlocutor —Donato—, quien retomaba las palabras del maestro Pulgar: “no sería acertado el pensamiento de ir abandonando el río Magdalena como principal arteria de nuestro comercio y como eje de nuestras

²⁹ Escritor, diplomático, necrólogo, educador y político miembro del Partido Conservador, Suárez provenía de una familia antioqueña de bajos recursos. Su formación clerical junto a su experiencia militar le permitió entrar a la política nacional hacia finales del siglo XIX. Fue presidente de Colombia entre 1918 y 1921, cuando la situación económica social y política del país junto a una serie de escándalos lo obligaron a renunciar. El sueño es una de las más de 173 notas de prensa que el expresidente Marco Fidel Suárez (1855 – 1927) publicó en el suplemento literario del diario *El Nuevo Tiempo* de Bogotá entre el 10 marzo de 1923 y el 9 de marzo de 1927, comúnmente conocidos como *Los sueños de Luciano Pulgar*. Estos fueron compilados y anotados por el sacerdote José J. Ortega Torres en 1941 en 12 volúmenes y publicados por la Editorial Voluntad. Se cita por esta edición. Para una mirada biográfica de Suárez en relación con su obra literaria, léase: Vélez de Piedrahita, 2014.

comunicaciones” (Suárez, 1941, vol. 7: 146). El sueño no estaría completo sin que Pulgar clavara su puntilla política, en gran parte debido a los esfuerzos de su presidencia por potenciar el río-vía y que solo cinco años después parece que “No hay plan, no hay sistema” (Suárez, 1941, vol. 7: 147). “El sueño del Magdalena” es un ejemplo de las discusiones que habían preocupado a la elite criolla de la segunda mitad del siglo XIX y las primeras décadas del siglo XX respecto al río Magdalena y en concreto en la necesidad de mantener su flujo constante y sin obstáculos.

Las aguas que fluyen son la característica principal que distingue a los cursos fluviales de otros cuerpos de agua y, al mismo tiempo, su elemento fundante. Respecto al río Magdalena, la presencia de un buen caudal ha significado el florecimiento del comercio y el establecimiento de comunicaciones estables entre el interior andino y el exterior caribeño. Si hasta el siglo XIX el río Magdalena había sido el eje principal entre las alturas de Santa Fe de Bogotá y el resto del mundo que se abría en la bahía de Cartagena, ya para la segunda mitad de dicho siglo el caudal del Magdalena surgía como el eje central del proyecto de la nación. El discurrir de las aguas del Magdalena se configuraba como materia narrativa del proyecto de civilización y progreso. Como lo deja en claro el sueño escrito por Suárez, el flujo de las aguas del Magdalena es material, en tanto su presencia o ausencia marca los ritmos de la nación y de los cuerpos que la habitan; al mismo tiempo, es narrativo, dado que el flujo, en su devenir hacia el mar, narra historias de la nación misma: del progreso, la civilización, la colonización de sus riberas, de las poblaciones humanas y más que humanas.

Es a partir de 1850, y en particular en las últimas tres década del siglo XIX, cuando el Magdalena adquiere una nueva centralidad: se convierte en lo que el político liberal Salvador Camacho Roldán definiría como “el núcleo o cuerpo central de nuestro país” (1897 [1890]: 56). Este período muestra cómo el flujo del río, poco a poco, se transforma simbólicamente para la élite criolla en el camino hacia el progreso y la civilización de la nación. No obstante, el estado de las obras de infraestructura en el río y la colonización de sus riberas seguían mostrando al Magdalena más como un sueño inacabado y eternamente postergado por las múltiples guerras civiles, la divisiones internas, las pobres capacidades técnicas y los problemas económicos.

En ese sentido, el presente capítulo se enfoca en algunas de las historias materiales del río Magdalena, desde la segunda mitad del siglo XIX, pasando por el turbulento cambio de siglo, hasta las primeras tres décadas del siglo XX. Manteniendo una perspectiva de varias décadas, se interesa por mostrar cómo, a través de textos tan diversos en forma, estilo y

extensión como los de José María Samper, Salvador Camacho Roldán, Lorenzo Marroquín y José María Rivas Groot, y Marco Fidel Suárez, el río Magdalena se ubica como un río para la nación a partir de la intervención material narrativa de su flujo (su curso y su caudal). En otras palabras, cómo el libre y continuo fluir de sus aguas se convirtió en obsesión, sueño y pesadilla para la élite criolla. Los autores aquí analizados comparten varios rasgos: son hombres, blancos y católicos. Aunque solo Marroquín y Rivas Groot nacieron en Bogotá, todos desarrollaron su vida adulta y carrera profesional en la capital del país. Con la excepción de Suárez, puede decirse que todos fueron, en palabras de Deas (1993: 42), “herederos de la antigua burocracia del imperio español”. Además, todos estuvieron estrechamente vinculados a la administración pública y a la política nacional.

Como toda selección, la cartografía propuesta implicó diferentes exclusiones. El lector podrá notar la falta de textos conocidos hoy en día sobre el Magdalena decimonónico, como el poemario *Cantos populares de mi tierra* (2015 [1877]) del político y poeta afrocolombiano Candelario Obeso, centrado en el mundo de los bogas y del bajo Magdalena a finales del siglo XIX, pero, lamentablemente, poco leído en la época de su publicación.³⁰ Un hecho similar sucede con la novela *La Maldición* (1859-1860) de Manuel María Madieto, publicada por entregas en el periódico *El Mosaico* y solo recuperada en formato de libro en 2010 por la editorial Diente de León en su colección “La biblioteca del río”.³¹ La elección también deja por fuera novelas que narraron procesos puntuales en partes concretas del Magdalena, como la bonanza del tabaco: en *Manuela* (1858), de Eugenio Díaz, donde el río aparece poco y es plasmado más como un límite natural impuesto a los personajes; y la novela *Tránsito* (1886), de Luis Segundo de Silvestre, con una publicación tardía para el costumbrismo colombiano y cuya narración es restringida al alto Magdalena. En este orden de ideas, se han priorizado en este primer capítulo textos que permitan una visión geográfica amplia de la cuenca, entendiendo el flujo del Magdalena en su totalidad material. Asimismo, se ha dado prelación a los escritos que permiten identificar un discurso hegemónico desde el centro de poder social, económico y político bogotano,

³⁰ Al respecto de su publicación, Laurence E. Prescott observa que “no causó mucha sensación editorial” y “que la mayor parte de las poesías del libro las habían visto y estudiado ‘notables literatos y humanistas’ — probablemente manuscritas—, no pudimos encontrar ningún estudio crítico contemporáneo” (2021 [1984]: 47-48). La relación entre los poemas de Obeso con el río Magdalena han sido estudiado por Martínez-Pinzón (2013), Mutis (2014) y O’Byen (2018).

³¹ Una buena introducción a *La Maldición* es el estudio de Carmen Elisa Acosta Peñaloza que precede la edición de 2010 (7-21). Las primeras dos entregas de la novela fueron rescatadas por José María Vergara y Vergara para el primer tomo del *Museo de cuadros de costumbres y variedades* (1866) y en el afán de nombrar el cuadro de costumbre las tituló como “El boga del Magdalena” (ver edición, Martínez Pinzón de 2019: 9-15). Sobre Madieto también cabría destacar su poesía sobre el río, en especial el conocido poema “Al Magdalena” incluido en *Poesías, precedidas de un tratado de métrica* (1859).

dando cuenta del imaginario espacial desplegado alrededor del río. En gran medida, esta cartografía propuesta mira aquellos escritos que configuraron la “ciudad letrada”, como la define Ángel Rama, “que componía el anillo protector del poder y el ejecutor de sus órdenes” (1984: 25) y que, en el caso colombiano —como lo sugieren los trabajos de Malcolm Deas (1993)—, exhibieron la estrecha relación entre gramática y poder en Colombia.

El siglo XIX colombiano, que se extiende hasta las primeras décadas del siglo XX, destaca por lo que Ana María Rojas ha descrito como el “deseo civilizador de la élite criolla ilustrada” (2001: 36). En su libro *Civilización y violencia: La búsqueda de la identidad en la Colombia del siglo XIX* (2001), la historiadora explica que, después de los desórdenes generados por la Independencia, las élites de la joven nación —tanto de tendencia liberal como conservadora— coincidieron en que la civilización y el progreso eran la principal necesidad.³² A pesar de estar de acuerdo en que el modelo se encontraba en Europa, las propuestas de las élites divergían: los liberales, inspirados en las doctrinas francesas e inglesas, encontraban la meta de la civilización en la figura del individuo soberano; en cambio, para los conservadores, el ideal de civilización se fundaba en la moral cristiana y en las buenas maneras hispánicas. No obstante, ambos modelos buscaron elementos comunes que permitieran configurar esa “comunidad imaginada” (Anderson, 1996) entre poblaciones diseminadas en las diversas geografías del territorio nacional.

La historiadora Nancy Appelbaum (2007) explica que la cimentación de la unidad nacional de Colombia pasó por la construcción paralela de las diferentes regiones que la conformaban. En palabras de Julio Arias Vanegas dicho proceso se concentró principalmente en la “construcción de las diferencias internas y de sus márgenes” (2007: xiii), en la elaboración y representación, por parte de la élite, de la diferencia racial interna que permitiera la emergencia de una conciencia nacional. Lo anterior, contribuyó, primero, a la definición de “élite nacional como agente del gobierno de los otros” (Arias Vanegas, 2007: xiv), sentando tanto una visión jerárquica sobre el pueblo como la invención del mismo; y segundo, como ha señalado el antropólogo Peter Wade, la construcción social del concepto raza alrededor de una región particular y no solo de un fenotipo (1991: 46). A lo largo de este capítulo, propongo que espacialmente el valle y el río Magdalena fueron centrales en la configuración de dicho proceso al menos hasta la tercera década del siglo

³² Este propósito no era único de las elites colombianas, sino que involucraba a otras naciones del continente. Es bien conocido el caso argentino con *Facundo o Civilización y barbarie* (2015 [1845]) de Domingo F. Sarmiento.

XX. La novedad radica en pensar con el flujo del río Magdalena como vector narrativo de dichas historias.

Teniendo en cuenta lo anterior, los textos seleccionados ubican la materialidad narrativa del flujo del río Magdalena en relación con el discurso del río para la nación entre la década de 1850 y la de 1930. El proceso de “liberación de la naturaleza” (Palacio Castañeda, 2001: 27-28; 2006: 39-59) implicó la transformación material-simbólica del territorio nacional. En particular, las tierras medias y bajas del río Magdalena denominadas como tierra caliente, fueron transformadas por las reformas liberales radicales de mediados de siglo, las cuales impulsaron su gradual, desigual y parcial integración al discurso de la nación.³³ La denominada “generación del 48” (Colmenares, 1997 [1968]: 114) alejada de los presupuestos románticos de Humboldt y, en cambio, en búsqueda de una organización territorial más operacional y un mejor conocimiento de los recursos del país, propició gradualmente dicho viaje vertical desde las alturas andinas hacia el fondo de los valles, como el del Magdalena.³⁴ Este proceso civilizatorio se caracterizó por ser secular y extractivo, vinculando el desarrollo de la ciencia y la tecnología con el del progreso (Palacio Castañeda, 2006: 54).

Esta transformación se inicia con las reformas impulsadas por el gobierno del liberal José Hilario López (1849-1853), como la disolución de resguardos indígenas (1850) y la abolición de la esclavitud (1851), que permitieron liberar ingentes porciones de tierra y mano de obra. Los trabajos de Agustín Codazzi al frente de la Comisión Corográfica (1850-1859) ofrecieron una mejor imagen del territorio y permitieron “materializar en un texto una representación determinada del territorio y sus gentes” (Ceballos Gómez, 2006: 201). Esto permitió a las élites visualizar esa “unidad imaginada” de la nación y comprender con mayor precisión sus características físicas, sociales y políticas. En particular, fue crucial para las élites comprender la posesión de la tierra y poder definir cuáles eran parte de la Iglesia, cuáles pertenecían a las comunidades indígenas y, más importante aún, que porciones del territorio estaban desocupadas o eran baldías.³⁵ Finalmente, la reforma de desamortización de bienes de manos muertas (1861) puso a circular propiedades que no se podían vender y

³³ El historiador Julio Arias Vanegas define el término de “tierra caliente” como “entidad paisajística-poblacional que describía la tierras bajas, no integradas, despobladas y, la mayoría de las veces, salvajes del territorio patrio” (2007: 90)

³⁴ Para una explicación más detallada sobre el pensamiento liberal en Colombia durante el siglo XIX, véase: Colmenares, 1997 [1968], Jaramillo Uribe, 1982; Sierra Mejía (ed.), 2005.

³⁵ Más detalles sobre la Comisión Corográfica y el papel de Agustín Codazzi: Sánchez, 1998; Appelbaum, 2016.

que, en algunos casos, estaban dedicadas a producir escasos rendimientos a parroquias, comunidades religiosas, curatos y otras corporaciones (Ceballos Gómez, 2006: 175).

La privatización de la tierra y la designación de baldíos fomentaron la expansión de la frontera agrícola, que en buena parte de ellas se concentró en unos cuantos empresarios que marcharon junto a los migrantes y se apropiaron de grandes extensiones de tierra (Palacio Castañeda, 2006: 55). Al final de cuentas, estas reformas buscaron no solo expandir el sistema de propiedad privada, sino también promover una forma de organización estatal que dejaba en manos de particulares la dinámica económica, y que, en líneas generales, benefició a una élite agroexportadora. El creciente interés por insertar al país en una economía internacional impulsó diferentes experimentos de agricultura tropical en las extensiones de tierra recién liberadas. Fue la bonanza del tabaco con la eliminación de su monopolio en 1850, la que impulsó el descenso gradual hacia los valles intermedios y bajos del alto Magdalena, propiciando la conquista de nuevas tierras y consolidando nuevos centros comerciales como el puerto de Ambalema sobre el Magdalena. Fueron los proclamados “trabajadores de la tierra caliente”, como los denominaría Medardo Rivas (1899), entre quienes se encontraban familias pudientes del puerto colonial de Honda o de Bogotá —como los hermanos Samper— quienes lograron dicha colonización.

Los ímpetus de la liberación de la tierra y de una economía “hacia el exterior” encontraron en el río Magdalena su vía de escape predilecta. Esto favoreció la estabilización de la navegación a vapor por el río, que encontró primero en el tabaco, y luego en otros productos de exportación como la quina, el añil y, hacia finales del siglo XIX y comienzos del siglo XX, el café, un sustento para su funcionamiento. A pesar de que los barcos a vapor navegaban el río desde 1823, cuando Simón Bolívar le había otorgado el privilegio exclusivo de navegación al empresario alemán Juan Bernardo Elbers, solo fue a partir de 1847 con el gobierno de Tomás Cipriano de Mosquera, que se estabilizó su funcionamiento con la fundación de una compañía naviera en Santa Marta y, en 1849, con la autorización de exportación por el puerto de Barranquilla.³⁶ Sin embargo, las dificultades materiales que presentaba el río para su navegación eran constantes: su ciclo estacional afectaba la cantidad de sus aguas, la abundante sedimentación lo volvía difícil de transitar y su geografía imponía retos significativos. El flujo —o la ausencia de este— de las aguas del río Magdalena se convirtió en el centro de la discusión sobre el futuro de la nación.

³⁶ Una mirada panorámica sobre la navegación en el río Magdalena puede ser encontrada en Picón (1945: 253-269), y más recientes en Alvear Sanín (2005: 137-180). Algunos estudios históricos relevantes sobre el transporte y las comunicaciones en el Magdalena en el siglo XIX son Fischer (2003), Vidal Ortega y D’Amato (2016), Vilorio-de-la-Hoz (2016).

Como se verá en la primera parte, en el cuadro de costumbres “De Honda a Cartagena” (1858) de José María Samper, posteriormente compilado en el primer tomo de *Viajes de un colombiano en Europa* (1862), los intransitables rápidos cerca de la ciudad de Honda dividieron no solo la navegación entre dos partes, sino también su representación en dos regiones totalmente diferentes: el Alto y el Bajo Magdalena. De hecho, Samper las describe como dos regiones totalmente distintas, a pesar de pertenecer a un mismo curso de agua. La parte del Alto Magdalena, beneficiada por las bonanzas del tabaco, así como las posteriores del añil y la quina, fue configurada como ejemplo de que era posible la civilización en la tierra caliente, y fue asociada con una sociedad trabajadora y con un futuro promisorio. En cambio, las zonas ubicadas de Honda hacia la desembocadura del río —el denominado bajo Magdalena—, vitales para la conexión con el mar Caribe, fueron representadas como salvajes, donde prevalecía un ambiente malsano y estaban habitadas por una raza bárbara y perezosa. Si retomáramos la metáfora sanguínea decimonónica, el Salto de Honda sería un émbolo en el río Magdalena —la arteria de la nación—, causando una embolia al correcto funcionamiento del cuerpo nacional.

Igualmente, la desembocadura del Magdalena representó un gran desafío desde los tiempos de la Conquista, tanto por la fuerza de sus aguas como por la cantidad de sedimentos que transportaba y se depositaban formando barras de arena en las bocas del río. Durante la Colonia y las primeras décadas después de la Independencia, esta fue eludida por el Canal de Dique, una vía acuática y terrestre que conectaba al río con la bahía de Cartagena. Esto empezó a cambiar a partir de la construcción del ferrocarril de Barranquilla-Salgar en 1871, la edificación de Puerto Colombia en 1888 y la momentánea mejora de las condiciones de acceso al río en las décadas de 1870 y 1880 (Posada Carbó, 1998: 284), lo cual permitió la estabilización y el aumento del flujo de personas y mercancías desde el mar Caribe. Todo ello conllevó la consolidación de Barranquilla como el principal centro urbano de la región (Palacio Castañeda, 2006: 54), superando a los puertos coloniales de Cartagena y Santa Marta.

Estos proyectos no eran aislados, sino que estaban acompañados por una intención a mayor escala, al menos sobre el papel, de mejorar la infraestructura alrededor de la vía fluvial. Un propósito cuyo fin último era facilitar la fluidez de las aguas del río. Concretamente, estos planes comenzaron a gestarse desde la década de 1870, con la multiplicación de iniciativas ferroviarias a lo largo y ancho de la cuenca, orientadas a conectar los principales centros urbanos con el río para facilitar el flujo de personas y mercancías. Paralelamente, se produjo una expansión de las empresas de navegación y de

los vapores que recorrían el Magdalena, así como de acciones políticas destinadas a mejorar su navegabilidad: la creación de la Junta de Canalización en 1878 y los primeros intentos por comprender las dinámicas materiales del río y su posible intervención infraestructural. En el libro *Notas de viaje. Colombia y Estados Unidos de América* (1890) de Salvador Camacho Roldán —texto que da forma a la segunda parte de este capítulo—, se muestra cómo estos cambios comenzaron a surgir y cómo, poco a poco, toda la cuenca del valle del Magdalena se fue representando como la arteria principal del cuerpo de la nación colombiana. Así, las metáforas sanguíneas se multiplican en las anotaciones de los viajeros como mecanismos textuales para explicar las posibilidades que guarda la vía fluvial en la economía mundial. Además, otras cuencas como la del río Mississippi se establecen como modelos a seguir para el caso colombiano.

A medida que los intentos de construcción de proyecto de infraestructura se multiplicaban y el río se vislumbra como un eje sur-norte para el país, en lo político el experimento liberal comenzaba desfallecer a partir de 1878, cuando la reacción conservadora, vehiculada en la figura de Rafael Núñez, empezaría a moderar las reformas de medio siglo. Este giro político marcaría el fin de un proyecto basado en el “librecambio, en la idea del progreso como pilar de la civilización y en la defensa del individuo, de sus libertades y de la autonomía política regional” (Ceballos Gómez, 2006: 165). Asimismo, este cambio contribuiría a generalizar el sentimiento de fracaso de las reformas liberales. Como bien señala Palacio: “Ellos le apostaron al rol transformador de la ingeniería, pero las relaciones sociales hacendarias patriarcales, las guerras civiles y, en consecuencia, la carencia de capital disponible limitó el crecimiento de la influencia de los ingenieros” (Palacio Castañeda, 2006: 56). Sin embargo, el periodo comprendido entre 1878 y 1903 puede considerarse como fundacional para la nación colombiana (Uribe Celis, 2006: 217), ya que se consolidó con la promulgación de la nueva Constitución de 1886 y la firma del Concordato con la Iglesia católica en 1887.³⁷ Los liberales articularon al país con la globalización, pero no a través del vigoroso desarrollo capitalista, sino mediante un esquema de haciendas donde la posesión de la tierra se convirtió en símbolo de prestigio. En cambio, los conservadores

³⁷ Este periodo que se abrió implicaba un nuevo modelo de civilización. En primer lugar, rescataba la centralidad de la lengua castellana y otorgaba primacía a la filología sobre el cultivo de las ciencias naturales y el desarrollo tecnológico, que habían dominado durante el periodo liberal. En segundo lugar, implicaba el retorno de la Iglesia a su función “civilizadora”, especialmente en lo que respecta a los pueblos indígenas, configurando relaciones patriarcales caracterizadas por un régimen feudal y señorial. En tercer lugar, proponía una nueva relación entre el Estado y el mercado: mientras que las reformas liberales habían buscado rechazar la intervención del primero en el segundo, los conservadores regularon una forma más intensa de control estatal sobre los asuntos económicos. Sin duda, uno de los esfuerzos clave de este periodo fue el impulso a las obras de infraestructura.

promovieron una nostalgia por el pasado hispánico, sustituyendo la emulación de Francia e Inglaterra por el retorno a un modelo en el que la Iglesia católica recuperaba un papel central en la sociedad.

La búsqueda de un proyecto de civilización adecuado para la nación, al menos desde el inicio de las reformas liberales, estuvo acompañada por los conflictos internos. En efecto, desde la década de 1850 y hasta el fin del siglo, se sucederían siete de las nueve guerras civiles que afectaron al territorio nacional durante el siglo XIX: Guerra civil de 1851; la Revolución de 1854; Guerra Magna (1860-1862); Guerra de las Escuelas (1876-1877); Guerra civil de 1884-1885; Guerra civil de 1895; Guerra de los Mil Días (1899-1902).³⁸ La radicalización política conservadora desembocaría en el caótico cambio de siglo con la última guerra, que significó una respuesta liberal a las reformas drásticas impulsadas por la Regeneración. Esta última guerra diezmo notablemente a la población colombiana, tuvo un impacto severo en la economía y concluyó con la separación de Panamá en 1903. Esto permitió la llegada al poder, en 1904, del presidente Rafael Reyes, quien, bajo lo que se conocería como “el Quinquenio”, abriría un periodo de estabilidad nunca antes visto en el país. Reyes se presentó como un “modernizador” preocupado por recuperar la economía y el espíritu empresarial, llegando “a la conclusión de que el progreso económico estaba por encima de las divisiones partidistas” (Palacio Castañeda, 2006: 59).

En este marco se ubica la novela *Pax: Novela de costumbres latinoamericanas* (1907), escrita por Lorenzo Marroquín y José María Rivas Groot, que ficcionaliza la incapacidad de las élites colombianas para llegar a acuerdos, situando en el centro un hipotético proyecto de canalización del río Magdalena. El libro fue un verdadero éxito de ventas en la Bogotá de la época, logrando una segunda edición en el mismo año y varias posteriores. Más allá de esto, la novela expresa una clara visión de su tiempos, de los deseos de las élites. En concreto, plasma la idea de progreso, donde el río Magdalena, con su fluir sin obstáculos, jugaba un papel crucial. No obstante, como sugiere el final de la novela, estos deseos permanecieron inconclusos debido a la incapacidad política. La constitución del Magdalena como arteria de la nación, como eje de civilización y progreso, fue interrumpida por la inestabilidad política y las incapacidad de las élites de llevar a buen puerto los proyectos de infraestructura.

Esta cartografía organiza una mirada sobre cómo la materialidad narrativa del río Magdalena, en especial su capacidad de fluir, surge en diferentes textos desde la segunda

³⁸ Las otras dos guerras civiles en la primera mitad del siglo XIX fueron Guerra civil entre centralistas y federalistas (1812-1815) y la Guerra de los Supremos (1839-1841).

mitad del siglo XIX. Al mismo tiempo, explora cómo sus sequías e inundaciones, al igual que sus características geomorfológicas, van moldeando las historias narradas por la élite criolla. En este orden de ideas, el río se configura como una narrativa material a diferentes escalas: una escala personal, que parte de los viajes de descenso por las aguas del río hacia Europa o Estados Unidos realizados por Samper y Camacho Roldán, en los cuales se imagina al Magdalena como el eje del progreso de la nación colombiana; y una escala nacional, donde confluyen proyectos de infraestructura y de colonización, como se observa en la novela de Marroquín y Rivas Groot y en los sueños de Suárez.

José María Samper: una nación, dos ríos Magdalena

El 1 de febrero de 1858, debido al ascenso al poder del conservador Mariano Ospina Rodríguez (1857-1861), el político liberal radical José María Samper (1828-1888) emprendió por primera vez un viaje hacia Europa. Originario de Honda y enriquecido por la bonanza del tabaco en la zona del Alto Magdalena, utilizó fondos propios para embarcarse río abajo con destino al viejo continente. Su descenso por el Magdalena, narrado como una “escritura del pánico” (Martínez-Pinzón, 2016: 57), comenzó en el puerto de Bodegas a bordo de un champán que lo conduciría al vapor Bogotá, ubicado en el puerto del Conejo. El vapor lo transportaría por el río en un descenso de un par de días hasta el puerto de Calamar. El viaje por el Magdalena concluiría en la ciudad de Cartagena, tras un trayecto en bote por el Canal del Dique, desde donde procederá hacia Europa. La narración de su viaje por el Bajo Magdalena es un detallado catálogo de las materialidades y significaciones del territorio de la tierra caliente y, en particular, del flujo del río Magdalena como motor de la civilización frente a la barbarie.

Publicado inicialmente en 1858 en la revista bogotana *El Mosaico* bajo el título “De Honda a Cartagena”, la narración del viaje de Samper no es solo un diario abordo, atento a la diferentes materialidades del río, sino también un despliegue de la imaginación territorial por la cual transita.³⁹ Erna von der Walde señala que la labor de *El Mosaico*, bajo la figura de sus fundadores, José María Vergara y Vergara y Eugenio Díaz, fue la definición de una cultura nacional que facilitara la elaboración de un “mapa social de la nación” y, a su vez, permitiera la creación de la base para “una pedagogía civilizatoria y ciudadana” (2007: 246).

³⁹ Publicado en paralelo en el diario *El Comercio* de Lima del mismo año. El cuadro fue posteriormente incluido en el *Cuadros de costumbres y descripciones locales de Colombia* (1878) compilado por José Joaquín Borda.

Si bien las colaboraciones de los fundadores de *El Mosaico* alimentaron principalmente la ideología conservadora, el espacio de la revista se constituyó como un espacio neutral, con contribuciones de ambos bandos políticos reclamando ese espíritu de carácter nacional.⁴⁰ El texto de Samper es un ejemplo claro de ello.

En “De Honda a Cartagena” se vislumbra parte de la imaginación territorial y los ideales del proyecto económico-político liberal, del cual los hermanos Samper fueron uno de sus exponentes más notables (Jaramillo Uribe, 1982: 199). En especial, para José María Samper, la verticalidad tropical obligaba un movimiento combinado del binomio civilización-barbarie: las altas montañas y las profundas hoyas de los ríos colombianos implicaban un “doble movimiento de descenso y ascensión”, es decir, “la civilización tenía que descender hacia las faldas y los valles para propagarse allí, [...] la barbarie debía subir hacia las altiplanicies para desaparecer o modificarse profundamente” (1963 [1861]: 299).

Solo cuatro años después de su publicación, “De Honda a Cartagena” abre el primer tomo de *Viajes de un colombiano en Europa* (1862), donde se convierte en los tres capítulos iniciales del libro y se configura como el prelude del ciclo de viajes europeos de Samper (1858-1862).⁴¹ Siguiendo las propuestas de Gérard Genette, como argumenta Carlos Abreu Mendoza, este texto, con respecto al resto del diario, puede leerse como un paratexto que describe una zona indefinida donde se producen procesos transición y transacción (2020: 51). En otras palabras, en él no solo se anticipa el viaje europeo como objetivo máximo, sino que también se textualiza el Bajo Magdalena, desconocido para Samper. La historiadora Carolina Álzate explica que el gesto de incluir la porción colombiana del viaje “marca el acercamiento a Europa, espacial y conceptualmente, y argumenta a favor del proyecto modernizador que motiva el viaje” (2009: 138). En esta misma operación, Samper delimita esa parte de la “grande arteria del comercio de Nueva Granada” (1862: 7) en oposición al Alto Magdalena y la configura como un “lugar de tránsito”, donde la espacialidad liberal civilizadora se encuentra con “lugares y gentes refractarias al capital” (Martínez-Pinzón, 2011: 20). En otras palabras, que obstruyen el libre fluir de las aguas del río Magdalena.

El viaje descrito en “De Honda a Cartagena” se abre con una delimitación y división tajante del río en dos partes. Samper señala Honda como “el límite o centro de dos

⁴⁰ Otro ejemplo de esto fueron los dos tomos recopilados por José María Vergara y Vergara publicados con el nombre de *Museo de cuadros de costumbres y variedades* (1866). Véase, el estudio introductorio de Martínez Pinzón, 2019.

⁴¹ Se cita por la primera edición publicada en 1862 en París por la Imprenta de E. Thunot y C. con ocasionales retoques de ortografía y puntuación.

regiones enteramente distintas” (1862: 8): el Alto y Bajo Magdalena. Ya desde el comienzo de la narración, para el autor existen dos ríos, a pesar de que pertenezcan al mismo curso de agua. Como señala Martínez-Pinzón, Samper textualiza la división entre los dos ríos creando el límite de la historia de la civilización europea en el trópico y exponiendo el poder espacializador del capital, al capturar el proceso de expansión de la frontera agrícola y de la violencia representacional que implica (2011: 22).⁴² Utilizando una estructura comparativa binomial, similar a la usada por otros intelectuales liberales en el resto del continente, Samper plantea la separación entre la civilización (Alto Magdalena), tierras ya integradas al modelo civilizatorio, y la barbarie (Bajo Magdalena), aguas y tierras dominadas por una naturaleza abundante y de carácter barbárico.

Respecto al Alto Magdalena, en especial a la zona de Ambalema, centro de la bonanza del tabaco durante las décadas de 1850 y 1860, dice:

Arriba la más espléndida región de la Colombia meridional; un panorama infinitamente variado de llanuras y colinas, de selvas y montañas, de contrastes interminables en las formas, los colores y los recursos de la naturaleza; y toda esa sucesión de valles lacustres y de lujosas serranías, enriquecida por una población activa, número, y bastante civilizada, y por las obras de una agricultura progresiva, que se mancomuna con el comercio, la industria pecuaria, las artes y la minería. Allí, en toda esa comarca primorosa, ardiente paraíso de Nueva Granada; se ve la vida social, el desarrollo activo, la civilización. (1862: 8)

En el Alto Magdalena resalta cómo la naturaleza se compagina con la civilización, cómo el comercio se enlaza con la industria pecuaria y, a su vez esta con las artes y la minería. Para Samper, en el Alto Magdalena —donde prioriza la tierra sobre el agua— se retoma la concepción de un paraíso natural caracterizado por su fertilidad, riqueza de recursos y exuberancia vegetal y animal: “un panorama infinitamente variado de llanuras y colinas, de selvas y montañas” (1862: 8), que representan un panorama edénico con “contrastos interminables en las formas, los colores y los recursos de la naturaleza” (1862: 8).⁴³ Esta belleza solo ha sido alcanzada gracias a una población civilizada que ha traído la agricultura, el comercio, la industria pecuaria, las artes y la minería.

Dicha imagen sobre el Alto Magdalena se repite también en la poesía de esos años de Samper, donde aparece de manera más clara la conexión con las aguas del río. Un ejemplo se encuentra en el poema “Marquetá”, incluido en su libro los *Ecos de los Andes. Poesías*

⁴² Para mayor detalle de como la expansión hacia otros territorios en el siglo XIX implicó una visión del otro y la constitución de un “país por regiones”, léase: Rojas (2001), Arias Vanegas (2007), Serje (2011).

⁴³ Aquí se podría trazar una línea genealógica hasta Colón y sus diarios de viaje que interpretan las nuevas tierras americanas como paradisíacas a partir de la añeja tradición del Jardín del Edén.

Líricas (1860), donde recita: “Sus aguas son el riego fecundante / Del succulento i rústico plantío, / I en las ondas se cruzan los viajeros, / Del comercial espíritu impelidos” o “Allí en las ‘vegas’ prósperas, fecundas, / En una i otra márjen, el cultivo / Cubre de pompa i esplendor la tierra, / Dando al comercio animación i brio.” (144).⁴⁴ En la poesía se deja entrever cómo el poeta entiende el Magdalena como un portador de riquezas que asegura el porvenir de los pueblos. Es el limo del río que permite el cultivo de maíz, del plátano y, finalmente, del “tentador *tabaco*”. No obstante, al igual que lo hace con las tierras del Alto Magdalena en “De Honda a Cartagena”, el río solo adquiere visibilidad en su contribución al comercio y a la agricultura, en especial en el cultivo del tabaco.

Sobre este último elemento, es importante recordar que Samper, su familia y otros personajes de la clase alta bogotana, criollos, se enriquecieron a lo largo de la década de 1850 con la eliminación del monopolio del tabaco de 1850. Esto implicó tanto una expansión gradual de la frontera agrícola como una conquista representacional del territorio: primero de las tierras templadas —los valles de La Mesa y Anapoima— y, posteriormente, de las tierras calientes cerca del río —la ciudad Ambalema y sus alrededores—. Aunque excede los objetivos de esta parte, cabe subrayar que dichas tierras, que a comienzos de siglo eran consideradas todavía malsanas en comparación con las tierras altas de la sabana, se fueron poco a poco temperando en el imaginario e integrando al espacio nacional. En general, la presencia del río Magdalena es mínima en dichas representaciones del Alto Magdalena, ejerciendo usualmente como un límite natural o un obstáculo para el desarrollo de la acción narrativa. Lo anterior puede ser apreciarse en la novela de costumbres *Manuela* (1858) de Eugenio Díaz Castro (1803-1965), donde se exponen las relaciones sociales en este mundo rural: las tierras frías de la sabana de Bogotá, con las tierras templadas donde se desarrolla gran parte de la novela, y estas, a su vez, con las tierras calientes como las de Ambalema.⁴⁵ De hecho, el río Magdalena solo aparece como espacio de la narración hasta el capítulo XIX, “La fuga”, como límite del escape de Manuela y Damaso (2020 [1886]: 431-435). Otro ejemplo se encuentra en el intercambio epistolar entre Emiro Kastos (Juan de Dios Restrepo) y Manuel Pombo, publicado en *El*

⁴⁴ El título del poema se refiere a la provincia de Mariquita, que corresponde a lo que actualmente es el departamento del Tolima, ubicado en el Alto Magdalena. La provincia fue un legado de la administración colonial (creada en 1550) y disuelta definitivamente el 12 de abril de 1861, cuando fue integrada al recién creado Estado Soberano del Tolima. Para el momento en que escribe Samper, el territorio de Mariquita era todavía parte del Estado Soberano de Cundinamarca.

⁴⁵ Publicada originalmente por entregas en *El Mosaico*, del cual Eugenio Díaz fue fundador junto a José María Vergara y Vergara. Posteriormente, fue publicada en dos tomos en París en 1889. Se cita por la edición de Martínez-Pinzón del tomo II del *Museo de cuadros de costumbres y variedades* (2020 [1886]) de José María Vergara y Vergara, donde fue publicada por primera vez completa.

Tiempo en diferentes entregas en 1858 y compilado bajo el nombre “La Tierra Caliente” por José María Vergara y Vergara en el tomo II de su *Museo de costumbres y variedades* (1866). Aquí, los valles intermedios y bajos se van volviendo más habitables a medida que avanza la correspondencia. En la cartas, el río marca un límite natural para la conquista de la tierra.⁴⁶

Volviendo a “De Honda a Cartagena”, el Bajo Magdalena es descrito de la siguiente manera:

De Honda para abajo, siguiendo el curso del Magdalena, la escena cambia enteramente. El río, como para revelar mejor el carácter salvaje de la región que le rodea, se hace más perezoso en su marcha y lejos de profundizar su cauce, se bifurca en multitud de brazos, se ensancha a veces como un pequeño mar interior, escondiendo sus aguas entre el follaje de las selvas seculares; levanta en su camino un enjambre de islotes pintorescos; y haciéndose más ingrato por la abundancia de sus insectos venenosos, la ferocidad de sus terribles caimanes, la ardentía de sus playas calcinadas por un sol devorador, y la absoluta soledad de sus vueltas y revueltas, sus ciénagas y barrancos de salvaje tristeza, revela que allí no ha fundado el hombre su poder, que la humanidad no ha tenido todavía valor para entrar en lucha con esa emperatriz de los desiertos que se llama Naturaleza! (1862: 8)

En este pasaje, el río refleja el carácter del territorio que lo circunda, dominado por lo salvaje y lo bárbaro. Resulta particularmente relevante el uso del pronombre reflexivo “se”, mediante el cual se representa al río Magdalena en constante devenir, siempre con una connotación peyorativa. De manera paralela, se recurre a la prosopopeya para atribuir cualidades humanas a entidades más que humanas, dotando al río de una subjetividad que refuerza su presencia en el paisaje. La descripción del flujo del Magdalena constituye un eje central en esta construcción simbólica. El río es calificado como perezoso debido a sus frecuentes bifurcaciones y a su ensanchamiento, que lo asemeja a un mar interior. Simultáneamente, es presentado como solitario, caracterización sustentada en sus “vueltas y revueltas, sus ciénagas y barrancos de salvajes tristezas” (1862: 9). Asimismo, se lo considera ingrato por la presencia abundante de insectos venenosos, la ferocidad de sus caimanes y la ardentía de sus playas. Del mismo modo, el uso estratégico de la adjetivación refuerza las cualidades del entorno natural, que oscila entre los dos tropos coloniales

⁴⁶ Como señala Martínez-Pinzón en su estudio introductorio, el intercambio entre Kastos y Pombo se inserta en una discusión más amplia sobre la manera legítima de comandar la civilización en el país, entre movilidad e inmovilidad. El argumento oculto, aunque no mencionado por Kastos o Pombo, era el de ‘la cuestión española’ y de cómo uno de los proyectos de civilización de la nación veía la “conexión entre movimiento y cosmopolitismo desde una imaginación transatlántica hispánica” (2019: XLII). Para una ampliación del debate, véase: Martínez-Pinzón, 2019: XXXVI.

recurrentes sobre las tierras bajas: la abundancia y la escasez. En este contexto, los insectos no solo son numerosos, sino también venenosos; los caimanes, feroces y amenazantes; las playas, ardientes; y el sol, implacable.

La metáfora de “desierto” al final de la citación anterior es crucial para comprender la tensión que sucede en el Bajo Magdalena y cómo Samper la utiliza para defender el proyecto de civilización liberal. Axel Pérez Trujillo Diniz explica que el uso de dicho tropo puede encontrarse en diferentes narraciones de todo el continente americano a lo largo siglo XIX, principalmente por hombres de letras blancos con un doble propósito: enfatizar el vacío y esterilidad de las tierras, y señalar la necesidad de la intervención de la civilización para garantizar el progreso (2021: 4). En Samper, la descripción de la tierra como desierto tiene el objetivo de insistir la falta de “humanidad” presente en el Bajo Magdalena, donde quien predomina es la “Naturaleza” con mayúscula. El tropo se repite en diferentes momentos del descenso por el río, resaltando características materiales de la cuenca baja como la vastedad y ardentía del paisaje: “La llanura era inmensa, y todos sus objetos brillan a la luz de un sol abrasador en medio del cielo más puro y transparente” (1862: 21). También su monotonía, que es casi fantasmal o monstruosa, como ocurre con los bosques interminables de guarumo, cuyos árboles parecen un “fantasma en esqueleto” (1862: 16). En otro punto, agrega: “la naturaleza pierde toda su variedad; la vegetación, sujeta a las inundaciones, aparece esqueletada, descolorida y áspera, y las serranías se pierden de visita enteramente. Ya no queda allí sino el desierto inmenso, abrasado y sin majestad ni belleza (1862: 16). Nótese como el anterior procedimiento parte de la observación de Samper por las aguas del Magdalena, conllevando tanto un énfasis en el vaciamiento de las tierras como en la barbarie de las mismas. Lo cual busca invisibilizar el papel de los grupos nativos, principalmente el boga, reduciéndolos a bárbaros y salvajes, y legitimando así el proceso de civilización.⁴⁷ Es decir, la llegada de una civilización blanca y europea que permita el progreso, como en el Alto Magdalena.

No obstante, la gran llanura aluvial que se abre en la depresión Momposina, donde confluyen las aguas del río Cauca y el río San Jorge con las del Magdalena, resulta difícil de explicar para Samper:

⁴⁷ Estas coordenadas del paisaje americano no son nuevas. Mary L. Pratt (1992) explica cómo los viajes de Humboldt por América construyen unas topografías desoladas. La presencia de los bogas en el discurso letrado decimonónico ha sido extensamente estudiada, entre otros: Ochoa Gautier (2008), Nieto Villamizar y Riaño Pradilla (2011), Martínez-Pinzón (2012), Villegas (2014).

Hasta un poco más abajo del brazo o canal de Loba la desolación es completa y su espectáculo aflige profundamente el corazón del viajero. A juzgar por las relaciones de los viajeros del Asia, se cree uno transportado al fondo de sus interminables desiertos, descendiendo el Éufrates y oprimido por la majestad de una soledad asombrosa. [...] Allí no existe casi la vida, que es el movimiento reproductor del bien. El huracán reina solo, y su soplo abrasado parece contener todo el fuego de un infierno desconocido que existe entre los arenales, las rocas escarpadas, las ciénagas pestilentes y los escombros de las selvas calcinadas (1862: 28).

El viajero debe desplegar todo el imaginario aprendido y recurrir a la metáfora oriental para explicar lo que se encuentra ante sus ojos. El autor compara lo desconocido con algo ya conocido, usualmente literario. Al comparar el descenso por el Éufrates con el suyo por el Magdalena, le permite comunicar y explicar la complejidad material de dicha topografía que está observando desde la pasarela del vapor Bogotá. Esta apropiación eurocentrada y libresca de Samper explica que no se sienta parte de lo Otro, de lo Oriental, sino más bien de lo europeo (Álzate, 2009: 139). La metáfora también funciona en el otro sentido, para resaltar lo europeo que piensa ver en el paisaje y con lo que se identifica. Aunque su división es tajante entre la civilización en el Alto y la barbarie en el Bajo Magdalena, también en ese último encuentra islas de civilización, literalmente, con “una población sencilla, pacífica y honrada, cuya fecundidad parece ser el resultado de la influencia que ejerce la vegetación” (1862: 31). Estas islas son descritas como jardines del Edén que “hacían pensar en los archipiélagos del Mediterráneo” (1862: 21), hasta el punto que el viajero “se imagina ver la isla de Calipso” (1862: 30) en la isla de Mompox.⁴⁸

La navegación por el río le ofrece otro espacio privilegiado a Samper para narrar las tensiones que encuentra en el Bajo Magdalena. En el cambio entre el champán y el vapor en el puerto del Conejo, Samper se plantea el “contraste tan curioso como el que hacían el vapor Bogotá y los champanes y las casas indígenas” (1862: 11). Por un lado, se observa el “hombre primitivo, tosco, brutal, indolente, semisalvaje y retostado por el sol tropical”, que era el boga colombiano, y por el otro, “el europeo, activo, inteligente, blanco y elegante [...] con su mirada penetrante y poética, su lenguaje vibrante y rápido, su elevación del espíritu, sus formas distinguidas” (1862: 11). Nótese como la adjetivación usada en la tecnología corresponde con la de la raza: si del boga es el “pesado champán”, una especie

⁴⁸ La isla de Calipso se refiere a la isla mítica de Ogiya, donde habitaba la ninfa Calipso, hija del titán Atlas. Según la *Odisea* de Homero, es el lugar donde la ninfa retuvo a Odiseo durante siete años. La isla es descrita por Homero como un lugar de extrema belleza: “hasta un inmortal se hubiese admirado” (*Odisea*, canto V, 55–74).

de “choza flotante” donde una multitud de estos “gritan atrozmente y parecen una legión de salvajes del desierto”, para los blancos es el vapor Bogotá, que se yergue con su chimenea de vapor, “hijo de la república e instrumento de libertad” (1862: 11), frente a la barbarie. Como lo sugiere Piglia (1980) para el caso de Domingo Faustino Sarmiento, “lo que está en juego es el manejo y la apropiación de la cultura europea” (16), ya que al final de cuentas “comparar es clasificar” (18).

Para Samper, el vapor es el camino hacia al progreso, la manera de civilizar la barbarie que domina las aguas del Bajo Magdalena y de sus tierras:

La onda se humilla, corriendo fugitiva, ante ese conquistador que la surca sin temerla y la azota con las ruedas de su carro triunfal; el monstruo de las aguas busca sus grutas escondidas en el abismo, comprendiendo que el imperio del elemento líquido le pertenece a un ser ínfimamente superior; y el huracán, ese Júpiter sin forma, de aliento destructor, que impera sobre las soledades del páramo, de la selva, del arenal y del océano, parece amansarse en presencia de ese viajero que opone a las conmociones supremas de la creación la fuerza misteriosa de la ciencia triunfante. (1862: 14)

En el pasaje anterior podemos notar como al “monstruo de las aguas” ya no le pertenece más el río, porque existe el poder de la mecánica, representado en la figura del vapor, que lo supera. El lenguaje alegórico es instructivo: aquí, el “imperio del elemento líquido” es conquistado y superado por ese ser superior que es el hombre con su ciencia y tecnología. El flujo de las aguas es conquistado por el hombre civilizado. En Samper, se usa la prosopopeya para definir la figura del vapor: “Cada rueda, cada cilindro, cada miembro de la máquina del Bogotá me parecía la imagen de cada uno de los músculos y los órganos vitales del hombre” (1862: 15). El devenir-hombre de la máquina no tiene un propósito más que de acercarlo a esa figura ideal de hombre europeo, con el que Samper asimila el progreso y la civilización. Al respecto, Martínez-Pinzón observa que dicho procedimiento sintetiza una exclusión: la de los bogas que “no pueden ocupar el mismo espacio de Samper, no pueden hacer parte del alto Magdalena, a pesar de estar conectados con éste a través de un río, como el Magdalena” (2011: 28).

Otro de los tropos que repite Samper para enfatizar las diferentes tensiones que encuentra en el río es el de las ruinas. Por un lado, en el Bajo Magdalena predominan la ruinas de los vapores que lo han navegado, pero que son el legado de los progresos de la civilización en dichas tierras. Asimismo, las ciudades como Honda y Cartagena, que demarcan el viaje (inicio y fin), representan el legado de un pasado colonial arruinado, en comparación con

otras ciudades con mayor porvenir comercial e industrial, como la ya mencionada Mompox o Barranquilla. En su descenso por el río, Samper describe los restos de los naufragios de la siguiente manera:

El tercer día de navegación debía ser más fecundo en escenas de todo género. El primer objeto curioso fue un grande escombros sobre una playa desierta: era la masa informe del vapor Magdalena [...], cuyo casco yacía abandonado como inútil. Al ver ese cadáver de hierro y madera, comparado con los vapores actuales, se comprende y admira la perseverancia con que, a despecho de muchos contratiempos, el espíritu de progreso sigue su marcha, luchando con la naturaleza y acabando por vencerla. Mucho más arriba había visto también los restos del esplendido vapor Manzanares, volado en 1854; y el Wells y el Calamar sacrificados también en los primeros ensayos. (1862: 20)

El autor argumenta que la lucha contra la naturaleza en el Bajo Magdalena se realiza en las aguas del río gracias a los vapores que, con insistencia, la combaten.⁴⁹ Asimismo, la idea del hombre-máquina se perpetúa al describir las ruinas de los vapores como “cadáveres de hierro y madera” (1862: 20).⁵⁰ A pesar de los diferentes naufragios, Samper es optimista y piensa que, al final de cuentas, el progreso triunfará. Justamente en el párrafo siguiente de la narración, Samper relata con entusiasmo y positivismo el contraste con el “lindo vapor Patrono”, que sube “con rapidez, saludándonos con alegría sus pasajeros y tripulación” (1862: 20). Abreu Mendoza señala la paradoja con la que se encuentra Samper al describir los vapores: “si bien son la prueba material de los obstáculos del clima [...] también actúan como el testimonio material de la futura navegación industrial del río y la modernización” (2010: 57).

La parte baja del Magdalena se encuentra bien delimitada para Samper por Honda, que es el límite superior con la región del Alto Magdalena. La antigua ciudad colonial se ubica en la margen izquierda del río, entre la quebrada Seca, el río Gualí y el río Magdalena, siendo un lugar de vital importancia desde los tiempos de la Conquista y esencial durante toda la Colonia y el siglo XIX como puerto principal entre Bogotá y el río Magdalena. Como se ha explicado en la introducción, el sitio guarda una característica peculiar: la presencia de una serie de raudales producidos por rocas y por la inclinación del río, conocidos como el Salto

⁴⁹ La narración de Samper muestra que no hay un culto romántico hacia las ruinas como “expresión de desesperanza o el reconocimiento de la caducidad humana” o “la materialización de una protesta contra la época [...] desprovista de ideales” (Argullol, 1983: 29). En cambio, se inserta en la dinámica de la civilización y se convierten en una posibilidad para el progreso.

⁵⁰ La mención de las ruinas de vapores está presente igualmente en otros viajeros contemporáneos y posteriores a Samper. La dureza de la navegación por el río lo convirtió en un cementerio de vapores a lo largo del siglo XIX.

de Honda, que hacen la navegación casi imposible entre las dos partes del río. Samper los describe como “raudales pedregosos, coronado de espuma, bramando como la gran mole de una catarata” (1862: 7). No obstante, es a través de la descripción de Honda que Samper establece la división entre los dos ríos. La ciudad se describe como “vieja ciudad, enteramente española por su construcción” (1862: 6), caracterizada por “sus escombros sublimes, quebrantados sepulcros de una antigua opulencia” (1862: 5-6). La imagen de la antigua ciudad colonial en ruinas es el resultado del terremoto del 16 de junio de 1805, que la destruyó parcialmente y marcó el inicio de su declive.⁵¹ Más adelante, Samper señala que “Honda, parece una ciudad oriental o morisca” (1862: 7) debido a sus arquitectura de contrastes y a la vegetación que la rodea. Esa condición liminal, que remarca la metáfora oriental de la civilización en el trópico, acentúa la división material y simbólica que genera Honda en el río Magdalena:

No he visto jamás una ciudad en donde estén también representadas como en Honda la vida, que se ostenta en el poder de una naturaleza exuberante y esplendida, y de un comercio activo, y la muerte, que parece anidarse en la soledad de las ruinas ennegrecidas por el tiempo. Luchando la una contra la otra sin cesar, no es dudoso a quien tocara la victoria: ¡es a la industria, representante del progreso, síntesis de la vida! (1862: 8)

El autor encuentra en la ciudad una visión entre la vida y la muerte, enlazada con su materialización de la civilización y la barbarie. Samper no ve en los raudales que perturban el flujo del río y hacen imposible la navegación un problema, sino que, como sucede con las ruinas de los vapores, ve en las ruinas de la ciudad las posibilidades de un futuro generado por el progreso que trae la industria y el comercio. Algo similar ocurre con Cartagena, el final del viaje en territorio continental colombiano de Samper. En ella encuentra una ciudad que es “un inmenso escombros” (1862: 43), que literalmente “vegeta [...] como un naufrago que vacila entre los abismos del mar y la soledad del desierto” (1862: 44). Samper señala que la ciudad alcanzará la prosperidad cuando se desarrolle la agricultura interior y, en especial, se establezca una buena conexión con el río Magdalena que permita el comercio de importación y exportación:

El mundo colombiano, en todas sus regiones, tiene cuanta riqueza pueda imaginarse: la naturaleza le ha dado la promesa del más venturoso porvenir, en la opulencia de su territorio y en la bravura heroica de sus hijos. Lo que ese hermoso mundo necesita es

⁵¹ Es importante resaltar que la cercanía de Samper con Honda es emocional, al ser su ciudad natal, y definió parte de su carácter juvenil, como lo cuenta en uno de sus textos tardíos: “había en mí, al propio tiempo, algo de las turbias ondas del Magdalena y de las linfas puras y transparentes del Gualí” (1881: 23).

contacto con las demás sociedades, con todas las razas, con la civilización exterior en todo su desarrollo. Así, puede decirse que la obra compleja de civilizar a Colombia esta resumida en esta frase: comunicarla con el mundo, lanzarla en el movimiento universal (1862: 46)

Para Samper, el proyecto civilizatorio, se resume en esta última frase donde resaltan dos elementos: la comunicación y el movimiento. La civilización será posible solo cuando la movilidad logre vencer la inmovilidad generada por los desiertos y las ruinas. Es decir, cuando el fluir de las aguas del Magdalena ocurra de manera libre y sin contratiempos.

El historiador Andrés Villegas explica que la riqueza natural del río Magdalena, que proporcionaba sustento a sus habitantes sin un mínimo esfuerzo, desmentía la maldición bíblica narrada en el Génesis sobre la relación entre trabajo y sus frutos, lo cual planteaba un reto para los letrados que veían a las poblaciones ribereñas como si vegetaran (2014: 155). Esta paradoja se hace evidente para Samper en la danza del currulao que los bogas bailan en una de las noches del viaje, sobre la cual dice: “es la inmovilidad en el movimiento” y unas líneas más adelante sentencia “es simplemente una vegetación, una manera de ser puramente mecánica” (1862: 26). En este orden de ideas, la civilización solo llegará a dichos territorios cuando el comercio logre eliminar la barbarie y pueda movilizar, dentro de las dinámicas del capital, a las personas que la habitan. Según Samper, el río es clave para garantizar dicho proceso, habilitando cualquier intervención necesaria para lograrlo, como se verá en el texto de Salvador Camacho Roldán y en la novela de Lorenzo Marroquín y José María Rivas Groot.

El río Magdalena, para Samper, en “De Honda a Cartagena” se configura en dos secciones, a pesar de ser parte de un mismo cauce fluvial. Los desiertos y las ruinas que conforman el Bajo Magdalena se convierten en un espacio que debe ser conquistado por la civilización. La barbaridad de sus habitantes, representada en la figura del boga, solo puede ser combatida con el comercio y la industria. En otras palabras, como argumenta Carolina Álzate, Samper sabe que “aunque el país *conocido* termina en Honda, lo que hay de Honda a Cartagena es también la patria; por ello se impone la tarea de dar sentido a aquello y de incluirlo en una *descripción* que hace parte del proyecto político” (2009: 138). La presencia de los dos ríos da cuenta de un momento puntual del proceso de expansión del proyecto civilizatorio de la élite criolla, que se debate entre la movilidad y la inmovilidad. Samper inclina su imaginación por la liberación de las aguas del Magdalena para cumplir con dicho objetivo. Es una operación tanto de descripción de las dificultades materiales reales para

conectar el territorio nacional como de habilitación de su intervención con miras a la civilización de la nación colombiana.

La arteria de la nación para Salvador Camacho Roldán

Durante las últimas tres décadas del siglo XIX, el río Magdalena y su cuenca se configuraron como “el núcleo o cuerpo central de nuestro país” (Camacho Roldán, 1897 [1890]: 56). Las bonanzas agroexportadoras, junto con la imperiosa necesidad de vincular a Colombia con la economía global, encontraron en la cuenca del río Magdalena no solo tierras fértiles, sino la vía más expedita para el tránsito tanto de personas como de mercancías. El flujo del río sintetizaba el objetivo del proyecto civilizador de las élites colombianas del siglo XIX, que como expresaba Samper, era “comunicarla con el mundo, lanzarla en el movimiento universal” (1862: 46). El modelo económico hacia el exterior conllevó el desarrollo de infraestructura hacia y en el río, además de la necesidad de colonización de dichas tierras. Esto implicó su predominancia a nivel discursivo y material sobre otras regiones del territorio nacional. De igual forma, la transición de un modelo federalista a uno centralista en las últimas décadas del siglo encontró en el río un lugar de encuentro de las principales identidades presentes en el territorio nacional y una excusa perfecta para la idea de la unión de la nación. Teniendo en cuenta lo anterior, en este apartado me enfoco en el viaje de Salvador Camacho Roldán por el río Magdalena en 1887 y su posterior relato en el libro *Notas de viaje. Colombia y Estados Unidos de América* (1890).⁵² En este texto se expone la imperiosa necesidad de intervenir el flujo del río para asegurar la circulación de mercancías y personas, así como la conquista de las tierras bajas con fines productivos. Para ello, Camacho Roldán, recurre al uso de metáforas sanguíneas para ubicar el río-arteria dentro del cuerpo de la nación y a la comparación con otros cuerpos de agua para resaltar su centralidad.

A modo general, como señala el economista Salomón Kalmanovitz, desde 1845 hasta 1880 hubo un crecimiento en el desempeño económico gracias a las reformas liberales de mitad de siglo: la expansión de las exportaciones, la abolición de la esclavitud y la liberación de la

⁵² El libro cuenta con sucesivas ediciones en vida del autor. El presente trabajo ha podido ubicar cuatro ediciones en el rango de quince años y que demuestran la relevancia que tuvo en su época: una primera edición de 1890 en Bogotá editada por la Librería Colombiana; una segunda edición del mismo año editada en la misma ciudad y por la misma librería; una tercera edición de 1897 editada entre París (Garnier Hermanos) y Bogotá (Librería Colombiana); una cuarta edición de 1898 editada por la misma casa francesa y colombiana.

tierra (2018: 82). La economía se desarrolló a través de ciclos exportadores que encontraron en el río Magdalena una vía de escape a los mercados exteriores: el tabaco en las décadas de los cincuenta y sesenta, el añil en la primera mitad de los setenta, y la quina en la segunda mitad y en los primeros años de la década de los ochenta. A pesar de que el cultivo de café fue creciendo desde finales de los años sesenta, solo hasta la última década del siglo logró un rubro importante en la economía. Cabe señalar que, para el momento que aparecen las *Notas de viaje*, la economía ya estaba ya en decrecimiento desde 1880, algo que se extendería hasta 1903. Sin duda, como señala Kalmanovitz, las razones principales de dicho fenómeno fueron las recurrentes guerras civiles y la inflación cada vez mayor, después de que el Banco Nacional asumiera el monopolio de la emisión monetaria (2018: 83). No obstante, como argumenta el historiador Eduardo Posada Carbó, el desarrollo de los productos agrícolas de exportación impulsó la mejora de las condiciones de transporte por el río (1998: 269). A esto habría que agregar que la producción para la exportación se consideraba esencialmente mejor que la producción para el consumo interno (Ospina Vásquez, 2017 [1955]: 459). Todo lo anterior terminó por favorecer un modelo de desarrollo hacia el exterior, lo que significó una constante búsqueda de la conexión con el valle y el río Magdalena (Ceballos Gómez, 2006: 168).⁵³

Durante la segunda mitad del siglo XIX, Salvador Camacho Roldán (1827–1900) fue una de las figuras más relevantes del liberalismo radical y de la vida pública en Colombia. Nacido en Nunchía, en el entonces departamento de Boyacá —actualmente Casanare—, se trasladó a Bogotá a temprana edad, donde culminó sus estudios de jurisprudencia en el Colegio Mayor de San Bartolomé hacia 1848. Durante esta etapa, entabló una amistad con el ya mencionado José María Samper, uno de los principales ideólogos del liberalismo radical, relación cimentada en intereses comunes por la literatura y el periodismo (Cacua Prada, 1989: 5). Desde entonces y hasta su fallecimiento en 1900, Camacho Roldán fue un colaborador constante en la prensa nacional, desempeñándose como director y fundador de diversos periódicos. En el ámbito político, ocupó cargos de relevancia: fue senador en distintos periodos entre 1860 y 1880, asumió la presidencia de la República de manera interina entre 1868 y 1869 en reemplazo del general Santos Gutiérrez, y ejerció como secretario de Hacienda en 1870 y 1872. Paralelamente, gozó de reconocimiento como empresario exitoso, con inversiones en múltiples iniciativas, entre ellas el proyecto del ferrocarril entre Bogotá y el río Magdalena en la década de 1870. En términos generales,

⁵³ Cabe señalar que el eje sur-norte del Magdalena compitió con otras propuesta que se intentaron consolidar en la época como la salida al mar por Buenaventura (primero como carretera y luego como ferrocarril) o la salida por Cúcuta a través del río Zulia y posteriormente el Lago de Maracaibo.

sus posturas políticas y económicas se alinearon con una visión de desarrollo material de la nación, sustentada en ideas de progreso social y bienestar colectivo (Galvis Rivera, 2011: 11). A partir de la década de 1880, ante los cambios en el escenario político, se apartó de la vida pública activa para dedicarse a la actividad intelectual. En 1883 fundó la primera cátedra de sociología en la Universidad Nacional de Colombia, basada en los postulados positivistas del sociólogo Auguste Comte.⁵⁴ Diez años después, en 1893, participó en la creación de la Universidad Republicana, una institución de orientación liberal y laica.⁵⁵ Un hecho significativo de este período fue la apertura, también en 1883, de la Librería Colombiana en Bogotá. Este espacio se consolidó como un centro clave para la difusión del pensamiento liberal en el ocaso del siglo XIX (Murillo Sandoval, 2016: 59).⁵⁶ La librería no solo desempeñó un papel destacado en la importación y distribución de libros, sino también en la edición de obras, incluidas las del propio Camacho Roldán.⁵⁷

En el prólogo de *Notas de viaje*, Camacho Roldán comenta que era el producto de un viaje a los Estados Unidos que había realizado en abril de 1887 y cuyo objetivo original era realizar compras para la Librería Colombiana.⁵⁸ El viaje partió de Bogotá, descendiendo primero por la cordillera para luego, en vapor, navegar río abajo el Magdalena hasta Barranquilla, donde se embarcó hacia Nueva Orleans pasando por Panamá. Posteriormente, remontó el río Mississippi hasta la ciudad de San Luis, en el estado de Missouri, desde donde prosiguió hacia Chicago, Cincinnati, Pittsburgh y Washington D.C. A pesar de que no tenía intención “algún[a] de escribir luego impresiones de viaje”, redactó el libro “por complacer a mis hijos, que han deseado tener más noticias de esos lugares distantes” (1897 [1890]: v). Por lo cual, advierte al lector que escribe “sin pretensiones de ninguna clase”, dado que por el trabajo que implicaron las compras “no tuve ocasión propicia para observar las costumbres ni estudiar el estado social e industrial de los países que recorrí” y fueron la “lectura de periódicos, la asistencia, no muy frecuente, a los teatros, la vista rápida de los cambios y las calles, y conversaciones fugaces con compañeros ocasionales de viaje” los que le

⁵⁴ De hecho, Camacho Roldán es considerado como el padre de la Sociología en Colombia.

⁵⁵ A partir de 1923 dicha institución pasará a conocerse como la Universidad Libre.

⁵⁶ Robinson López Arévalo (2018) explica que el interés por los libros y el posterior oficio de librero se fue construyendo a lo largo de la segunda mitad del siglo XIX. Primero con la sociedad Pereira Gamba (1855–1865), la agencia Camacho Roldán Hermanos (1865–1882) y, luego de la disolución de esta, con la sociedad Camacho Roldán & Tamayo (1882–1900), que dio apertura a la agencia del mismo nombre (1882) y, posteriormente, a la Librería Colombiana (1883).

⁵⁷ Entre 1886 y 1890, la Librería Colombiana editó y publicó 59 ediciones de 45 títulos diferentes (López Arévalo, 2022: 97).

⁵⁸ No es el primer viaje de Camacho Roldán fuera del país. López Arévalo menciona un viaje anterior entre 1866 y 1867 en representación de la agencia Camacho Roldán Hermanos, en el cual recorrió Hartford (Connecticut), Washington, Nueva York, Londres y París (2018: 223–224). Durante el viaje, no solo enviaba libros a sus parientes, sino que, a su regreso en 1867, la oferta de textos de la agencia había crecido significativamente.

proveyeron información (1897 [1890]: v). A pesar de la falsa modestia, el propósito del libro se expone de manera clara: presentar a sus conciudadanos “las impresiones recibidas en países más adelantados”, en este caso los Estados Unidos, volviendo “la vista hacia nuestra situación” donde “se reflexione sobre ella con miras conducentes al interés general” (1897 [1890]: vi). Mirar hacia los Estados Unidos, y en especial al río Mississippi, como un referente de civilización y progreso para la nación colombiana. En este sentido, la mirada de Camacho Roldán en *Notas de viaje* era espejada, como plantea inteligentemente el historiador Federico Galvis Rivera, donde “el conocimiento del *otro* a partir de su definición, nos permite saber *qué* somos y *cómo* somos” (2011: 4).⁵⁹

Es importante puntualizar la relevancia que iba ganando Estados Unidos como modelo de referencia para la construcción de la nación colombiana con respecto a Europa. En términos generales, en la mentalidad de la clase burguesa colombiana a lo largo del siglo XIX, Estados Unidos fue sinónimo de lo práctico, es decir, de la aplicación de la técnica para el progreso económico y la productividad (Safford, 2014: 23-49). Como señala Jaramillo Uribe, muchas de las figuras notorias que viajaron a este país a partir de la mitad del siglo XIX quedaron deslumbrados tanto por la riqueza del territorio como por su excelente sistema de vías de comunicación (1982: 34). A pesar de esto, Frederick Martínez argumenta que fueron principalmente las ideas provenientes de Francia e Inglaterra las que influenciaron el modelo de referencia para Colombia: “el apogeo de Europa occidental es muy tangible en la América Latina decimonónica” (2001: 22). Por lo tanto, la influencia del país del norte es un tema todavía por explorar. No obstante, en el momento de escritura de *Notas de viaje*, los modelos ingleses y franceses estaban siendo desplazados por la política nacionalista de la Regeneración de Núñez, que volvía sus ojos hacia las herencia española. Por lo tanto, Camacho Roldán puede describirse como una “voz disonante en un momento histórico en el que el viaje y su utilidad estaban siendo cuestionados, así como la aplicación y adaptación de modelos extranjeros muy diferentes a la esencia propia de los colombianos” (Galvis Rivera, 2011: 71).

Teniendo en cuenta lo precedente, lo que se encuentra dentro de *Notas de viaje* es tanto una reflexión sobre la materialidad del río Magdalena; en particular el flujo de sus aguas, como un ejercicio de despliegue de las ideas políticas, económicas y sociales de Camacho Roldán respecto a la construcción de la nación. Concretamente, la imaginación de la cuenca del río

⁵⁹ Galvis Riviera (2011) propone de leer las *Notas de viaje* a partir de la metáfora del espejo inspirada en el trabajo del historiador François Hartog sobre la visión del otro persa en Heródoto, publicada en el libro *El espejo de Heródoto. Ensayo sobre la representación del otro* (2003).

Magdalena en Colombia como el reflejo de la del Mississippi en los Estados Unidos. Al mirar hacia el norte del continente, Camacho Roldán vio en la cuenca del río norteamericano uno de los ejes del progreso de los Estados Unidos, donde sus aguas fluían sin obstáculos, donde los sedimentos eran controlados y la desembocadura permitía la entrada y salida de mercancías y personas sin contratiempos. Lo anterior le permitió reflexionar a Camacho Roldán sobre lo que podría convertirse el río Magdalena para la nación colombiana: planteando su centralidad material y simbólica en el proyecto civilizatorio.

Sin duda, un elemento claro para el proyecto de civilización liberal era que abstraerse de la presencia del Magdalena era imposible. En palabras de Camacho Roldán:

[...] el río y el valle del Magdalena constituyen el organismo más importante de nuestro país, en la actualidad. Digo en la actualidad, porque en el porvenir surgirá otra región más importante tal vez en las grandes llanuras orientales, todavía desiertas y despobladas, pero por hoy el valle del Magdalena es, sin contradicción, el rasgo prominente de la vida colombiana. (1897 [1890]: 55)

Este comentario sintetiza la primacía de dicha región, y en particular del río Magdalena, en el desarrollo de Colombia durante la segunda mitad del siglo XIX. A pesar de las potencialidades que ofrecían las llanuras orientales, incluida su salida natural al mar a través de Venezuela, el modelo de desarrollo nacional se orientó de manera predominante hacia la cuenca del Magdalena, consolidándola como uno de los espacios neurálgicos del país. El viaje de José María Samper ya sugería que la división del río en dos tramos permitía, a su vez, una forma de integración territorial: el Bajo Magdalena y sus habitantes también eran parte constitutiva de la nación colombiana. En efecto, los diversos proyectos de infraestructura, así como la necesidad de colonizar las zonas bajas de la cuenca, condujeron a una subdivisión de su tramo inferior, lo cual desembocó en la clasificación en tres partes descrita posteriormente por Salvador Camacho Roldán: el Alto Magdalena, el Magdalena Central y el Bajo Magdalena.⁶⁰ La cuestión del Magdalena Central —región también conocida como Magdalena Medio— adquiriría una relevancia fundamental a lo largo del siglo XX y hasta el presente. Esta importancia se manifestó, en primer lugar, con el desarrollo de la industria petrolera en Barrancabermeja a comienzos del siglo XX, lo que le

⁶⁰ Esta investigación ha podido rastrear la división en tres partes del Magdalena hasta el tomo 18, *Amérique du Sud. Les Régions Andines* (1893), de la *Géographie Universelle* (1876-1894) del geógrafo francés Élisée Reclus. La sección colombiana del texto fue traducida por el ya mencionado Francisco Vergara y Velasco en 1893 bajo el título Colombia.

otorgó un papel destacado en la economía y la política nacional. Hacia finales de siglo, la región se transformaría en un eje estratégico en el contexto del narcotráfico y del conflicto armado, particularmente en relación con el paramilitarismo.

La metáfora corpórea usada por Camacho Roldán, que insiste en la idea de fluidez del Magdalena, es repetida por otros viajeros de la época que insisten en la red sanguínea que teje el río. Por ejemplo, el ingeniero civil francés George Brisson —publicado en español como Jorge Brisson—, al servicio del gobierno de Colombia, en su viaje de regreso de las exploraciones del Alto Chocó señalaba al remontar el Magdalena en 1893: “aquí nadie ignora que el río Magdalena es la arteria vital del interior de Colombia y que es verdaderamente el único camino para llegar a su corazón, para llevar a él los productos de los países extranjeros y para exportar los frutos de su agricultura y de su industria” (1899: 151).⁶¹ La anterior cita señala como el río es el único camino al corazón andino: es su conexión arterial. En otras palabras, de su correcto flujo dependen tanto el flujo de mercancías como el futuro de la nación. El uso de dicha metáfora no solo expresa las intervenciones de infraestructura que se centran durante estos años a lo largo de la cuenca del Magdalena, sino que también buscan explicar las relaciones entre las diferentes partes del territorio, siempre bajo una óptica del desarrollo económico hacia el exterior. Justamente esta metáfora vuelve aparecer en la *Nueva Geografía de Colombia* (1901), elaborada por el geógrafo y militar Francisco Javier Vergara y Velasco (1860-1914):

Además, mirada la hidrografía de la región andina desde ciertos puntos de vista, bien puede decirse que se reduce en sus rasgos esenciales a un gran río, el Magdalena, [...], de lo cual se deduce que, sin error, bien puede mirarse el gran tributario del mar Caribe como símbolo de la patria y hacer sinónimos Magdalena y Colombia, como el Mississippi representa a la colosal Republica del Norte. (262)

El Magdalena se consolidaba para Vergara y Velasco como la parte central de un proyecto territorial nacional basado justamente en el poblamiento de dichas tierras y aguas a través del mestizaje y la inmigración extranjera, como en el desarrollo de la exportación de productos hacia los mercados internacionales (Ramírez Palacio, 2020). Más adelante, Vergara y Velasco añadía:

⁶¹ Sobre Brisson no se tiene más información que la señalada anteriormente. El libro *Viajes por Colombia en los años 1891 y 1897* (1899) reúne varios textos del autor, algunos publicados anteriormente, sobre su estancia en Colombia. En específico, la cita proviene de la sección *De Quibdó a Bogotá* (1893), donde el ingeniero narra el viaje de regreso de su expedición por el Alto Chocó de ese mismo año, por la vía Atrato–Cartagena–Calamar–Honda–Bogotá.

Si la masa andina por su extensión, altura y cantidad de lluvia que recibe, es el verdadero centro, el corazón hidrográfico de Colombia, nuestros grandes ríos semejan arterias por donde las aguas, es decir, la sangre y la vida de los continentes, se escapa hacia las extremidades. Aun cuando sólo el Patía, el Sinú y el Magdalena-Cauca parecen formados en pleno Andes, los grandes ríos orientales y el Atrato y el San Juan también lo son, ya porque en ellos abren sus fuentes, ya porque de ellos reciben sus principales afluentes (1901: 271-272)

Las citas de Vergara y Velasco, Brisson y Camacho Roldán muestran que el Magdalena, en su totalidad, era parte del cuerpo de la nación y la clave para su futuro. La metáfora corporal no es inocente para la élite criolla —o para los extranjeros que pasaron por su cauce—, dado que conlleva dos elementos esenciales: primero, se reconoce el fluir de las aguas del Magdalena como parte vital de la supervivencia de la nación, configurándola como articulador de un modelo de desarrollo agroexportador; segundo, se habilita el desarrollo de infraestructura hacia y en el río con el fin de agilizar y potenciar este modelo.

En tal sentido, el río Magdalena, para Camacho Roldán, existía en función de la contribución que podía dar al comercio y, por ende, al progreso. En la posibilidad de que sus aguas permitieran la circulación libre y sin contratiempos de mercancías y personas. El capítulo 11 de *Notas de viaje*, titulado “Valor trascendental del río Magdalena”, es iluminador en este aspecto. En él enumera las diferentes riquezas del Magdalena y su cuenca, para posteriormente realizar una valorización monetaria. A esto le agrega las diferentes problemáticas con las que cuenta el río y cómo afectan dicho valor. En líneas generales, su argumentación parte de un hecho contrafáctico: qué sucedería si el río no existiese y se tuviera que construir un camino de tierra que permitiera un transporte comercial entre el interior andino y el exterior caribeño:

[...] la construcción de ese camino hubiera sido tan costosa a lo menos como la de un ferrocarril; el cual, al través de esas soledades y esos climas, hubiera pedido no menos de \$ 40.000,000. Mas como este desembolso hubiera exigido una remuneración anual equivalente a \$ 4.000,000 de intereses, al 10 por 100 anual sobre el capital invertido, y de un 15 por 100 más por gastos de conservación y servicio, o sea \$6.000,000, esos \$10.000,000 anuales, distribuidos sobre 300,000 cargas, requerirían un flete de \$33 por carga, es decir, diez veces más que por el río Magdalena. (1897 [1890]: 127)

A lo cual lo lleva a concluir, unas líneas más adelante, que el río representa para el país una “riqueza natural que no se puede estimar en menos de CIEN MILLONES DE PESOS” (1897 [1890]: 127). Esto se complementa con: “el río Magdalena representa, pues, un

ahorro de no menos \$8.000.000 anuales al comercio general, por este y solo cálculo se vendrá en conocimiento de que no tiene nada de exageración el avalúo que arriba se le da” (1897 [1890]: 128). Cabe anotar que una década antes, el político Ramón Gómez, en sus *Apuntes de viaje* (1880), ya presentaba una reflexión similar que partía de lo contrafactual para argumentar la importancia de la vía acuática:

Figurémonos que no existiera ese río; que la selva estuviera cuajada por donde hoy ruedan sus aguas, y que una poderosa compañía viniera a ofrecernos que por allí abriría un camino de hierro para poner en comunicaciones el interior del país con nuestra costa atlántica y con los mercados de Europa y los Estados Unidos del Norte, y que en efecto esa compañía con sus fondos estuviera cumpliendo su promesa, sin más obligaciones para nosotros que cuidar y reparar el camino. ¿Qué de proyectos no formaríamos para poblar las inmediaciones del ferrocarril, para poner haciendas, establecimientos de cultivo de caña de azúcar, y, en fin, para edificar en los mejores puertos lindas ciudades en casas espaciosas y lujosos almacenes? ¿Qué de ventajas no ofreceríamos a los emigrante para que vinieran a ayudar a domar el bosque y a aclimatar las industrias productivas? Pues bien, no es un ferrocarril el que tenemos, es un río que presta sus servicios a menor precio y con más facilidad que la vida férrea (1880: 22)

Siguiendo la argumentación tanto de Camacho Roldán como de Gómez, el río representa tanto una riqueza como una oportunidad económica. Nótese cómo el uso de términos como “riqueza” o “ahorro” establecen una relación directa entre el río y sus posibilidades de permitir el libre tránsito del capital. El río, con sus cauces, es más relevante para la nación porque es más económico que cualquier otra vía y permite abaratar los costos del intercambio de mercancías con el exterior.

Respecto a este aspecto, fue a partir de la década de los setenta del siglo XIX que los proyectos de infraestructura y comunicación hacia y en el Magdalena se aceleraron en el debate público. Como señala Camacho Roldán: “desde 1872 se acentuó la idea de construir ferrocarriles por todas partes, y hablar de caminos carreteros o de montaña era mirado como una herejía” (1897 [1890]: 23). Uno de los primeros proyectos fue el Ferrocarril de Bolívar, que tuvo como objetivo sortear Bocas de Ceniza, la entrada al río Magdalena desde el mar Caribe, dado las dificultades que imponían la sedimentación y las corrientes a los buques de la época. El proyecto entró en operación el 1 de enero de 1871, uniendo con una línea férrea de 23 kilómetros a Puerto Salgar —también conocido como Sabanilla— con la

ciudad de Barranquilla.⁶² En 1877 la línea férrea había pasado a ser la primera experiencia de administración directa por parte del gobierno colombiano; sin embargo, el ya mencionado Ramón Gómez, en su regreso a Colombia en 1880 a través del puerto de Sabanilla, señalaba que se necesitaba “un poco de audacia para llamar puerto a lo que ahora existe” dado que la descarga de personas y mercancía se daba en alta mar para luego trasladarlas hasta el ferrocarril (1880: 15). A partir de 1888, la línea se extendería hasta Puerto Colombia convirtiéndose durante la última década del siglo XIX en uno de los puertos marítimos más profundos y con el segundo muelle más largo del mundo.

Sin embargo, la conexión que se estableció entre el río y el mar, consolidando a Barranquilla como ciudad principal de la región, no estuvo libre de tensiones y de otros proyectos que le compitieron. Contemporáneamente al Ferrocarril de Bolívar, hubo diferentes iniciativas ligadas a recuperar la antigua vía colonial del Canal del Dique, tanto con la recuperación de la navegación como con la construcción de una línea férrea paralela.⁶³ El canal unía la bahía de Cartagena con el río Magdalena y fue la vía principal desde la Colonia hasta mediados del siglo XIX entre el Caribe y el interior andino. Un ejemplo de ello lo encontramos en José María Samper, cuyo viaje a finales de la década de 1850, todavía usaba el Canal del Dique como vía principal. Al fracaso de la recuperación de la navegación, debido a la sedimentación que depositaba el Magdalena en la entrada del canal, el proyecto del Ferrocarril de Cartagena se concretaría en 1894 (Correa Restrepo y Reyes Pérez, 2022: 174). Brisson señalaba a su paso en 1893 que las obras del ferrocarril “no pasan ahora de Turbaco (22 kilómetros)” (1899: 140) y, a pesar de tomar la vía náutica, argumentaba al respecto que “caerá probablemente en abandono el día en que esté terminada la vía férrea de Cartagena a Calamar” (1899: 141). A pesar que el ferrocarril estuvo en uso hasta los años veinte del siglo XX, el crecimiento del flujo de mercancías y personas a través de Barranquilla junto a la regularización de la navegación por el Canal del Dique terminaría por favorecer su decadencia.

⁶² El Ferrocarril de Bolívar fue la primera línea construida en el territorio de la actual Colombia. Un antecedente es el Ferrocarril de Panamá, en ese momento parte del territorio nacional, inaugurado en 1855 con 80 kilómetros de extensión, uniendo la ciudad de Colón con la ciudad de Panamá. El historiador Javier Ortiz Cassiani sugiere que fue esta obra la que “estimularía el desarrollo de un espíritu ferroviario en Colombia” (2018: 43). Para mayor información sobre el Ferrocarril de Bolívar, véase: Correa Restrepo (2018).

⁶³ En tiempos coloniales y en los primeros años republicanos, el trayecto era realizado primero en canoa y luego a caballo hasta Barranca Nueva, en el Magdalena. Solo entre 1844 y 1850 se logró unir el trayecto con una serie de canales construidos por el ingeniero George M. Totten, conectando la recién fundada Calamar (1848) con la bahía de Cartagena. Para un resumen sintético de las obras en el Canal del Dique, véase Mogollón Vélez (2013: 19–30). Sobre el Ferrocarril de Cartagena, véase Ortiz Cassiani (2018) y Correa Restrepo y Reyes Pérez (2021).

Una de las obras cruciales que permitió integrar la cuenca del río Magdalena fue el Ferrocarril de la Dorada. Este proyecto buscó dar una solución al principal obstáculo de navegación del río Magdalena, que eran el Salto de Honda, y permitir un fácil flujo entre su parte alta y baja. El primer tramo se inauguró en 1881, uniendo el puerto de Caracolí con Honda, pero, al igual que otras obras ferroviarias, se vio detenido por la Guerra Civil de 1884-1885. Camacho Roldán pasa por dicha zona en 1887, explicando el significado de dicha obra: “Aun no se ha levantado Honda de la postración a que la redujo el terremoto; pero se levantará de su sueño de ochenta años a la voz de la locomotora que ya resuena entre sus escombros” (1897 [1890]: 215). Nótese como, al igual que Samper, se vuelve sobre las ruinas para resaltar el valor moderno del vapor, en este caso el ferrocarril. Unas líneas más adelante, Camacho Roldán agrega: “Con diez años de paz se vería muy próximo ese resultado, que hoy nos parece muy distante” (1897 [1890]: 217), refiriéndose a la catástrofe que generan las guerras sobre la infraestructura y el sueño de conectar a Medellín con Bogotá a través del Ferrocarril de la Dorada.⁶⁴ Los trabajos solo se retomarán una década después, en 1897, cuando se cumple el objetivo de sortear el Salto conectando con una línea férrea de 32 kilómetros La Dorada (al norte de Honda) con el puerto de Arrancaplumas (al sur de Honda). Ya desde unos años antes se había notado la necesidad de prolongar la obra con el objetivo de mejorar la conexión sur-norte, y en 1907 se extiende la línea hacia el sur hasta Ambalema, para un total de 101 kilómetros.

A los proyectos del Ferrocarril de Bolívar, Cartagena y la Dorada les acompañaron otros proyectos que buscaban la salida al río Magdalena desde ambas cordilleras que encajonan la cuenca. Desde la margen izquierda, es decir, la cordillera Central, el gobierno del Estado Soberano de Antioquia contrató en 1874 al ingeniero cubano Francisco J. Cisneros para la construcción de una línea férrea que uniera a Medellín con el río Magdalena. La primera línea de 48 kilómetros, se inauguró en 1885, uniendo a Puerto Berrío, en el río Magdalena con Pavas, a orillas del río Nus. No obstante, la obra fue interrumpida por la Guerra Civil de 1884-1885, lo que generó su suspensión. Camacho Roldán, en su viaje a los Estados Unidos, pasaría por Puerto Berrío en 1887, señalando los efectos de la suspensión y reflexionado sobre lo “inútil era pensar ya en atraer capitales europeos a la ejecución de obras costosas en países no constituidos” (1897 [1890]: 229). El comentario anterior plantea cómo la inestabilidad política era una amenaza real para cualquier proyecto de

⁶⁴ La propuesta de Camacho Roldán implicaba la extensión hacia el sur conectando con el Ferrocarril Girardot, y por ende con Bogotá, y hacia el norte con el Ferrocarril de Antioquia a través de las vegas del río Nus. Este sueño de conexión entre las dos ciudades más importantes del país fue una constante a lo largo del siglo XIX y XX.

infraestructura y ponía en riesgo los empréstitos internacionales privados que financiaban las obras. Esta solo se reanudó en 1891, pero el trágico fin de siglo colombiano, con dos guerras civiles y los retos ingenieriles que implicaba la ardua geografía antioqueña, terminaron por alargar su finalización. Solo hasta el 7 de agosto de 1929 la locomotora logró conectar a Medellín con Puerto Berrío, abaratando los costos y reduciendo los tiempos del transporte de mercancías y personas.⁶⁵

Por otro lado, uno de los epicentros de la discusión acerca de los ferrocarriles en el último cuarto del siglo XIX fueron los proyectos que intentaron conectar a la ciudad de Bogotá — ubicada en la cordillera Oriental— con el río Magdalena. En especial durante la década de los setenta, las discusiones sobre cuál era la mejor propuesta a seguir fueron extensas e involucraron a las principales figuras nacionales, como Salvador Camacho Roldán. El Ferrocarril del Norte fue uno de los proyectos que buscó dicha conexión, primero entre los estados soberanos, posteriormente departamentos, de Cundinamarca, Boyacá y Santander.⁶⁶ Como señala Camacho Roldán: “cada grupo ha querido tener camino y puerto propio sobre el Magdalena; y el resultado era fácil de prever: todos se han agotado en esfuerzos superiores a sus recursos, sin lograr nunca una vía que merezca el nombre que tal” (1897 [1890]: 148). Las discusiones giraban en torno de donde debía provenir la financiación, la mejor ruta a seguir o los diferentes intereses de los estados soberanos. Asimismo, en los diferentes trayectos se evidenciaban los discursos sobre el clima, las razas y la geografía (Ortiz Cassiani, 2018: 50). Las construcciones comenzarían en diferentes frentes: en la margen derecha del río, en la ciudad de Girardot, los trabajos del ferrocarril del mismo nombre comenzarían en 1881, de la mano de Cisneros, llegando a Apulo para finales de la década; en el otro extremo, en las afueras de la capital, en 1882 iniciaría la construcción de lo que se conocería como Ferrocarril de la Sabana, llegando a Facatativá en 1889. No obstante, la conexión definitiva entre Bogotá y el río Magdalena por vía férrea solo se dio en 1909, cuando se logró el empalme definitivo entre las dos líneas. Cabe mencionar que la conexión también se lograría en 1925, vía Puerto Liévano —a partir de 1935, Puerto Salgar— con el llamado Ferrocarril de Cundinamarca.

A pesar que la mayoría de proyectos ferroviarios solo se completaron hasta la segunda y tercera década del siglo XX, los esfuerzos configuraron, al menos en el papel, a la cuenca

⁶⁵ Para una mirada detallada del Ferrocarril de Antioquia, véase: Correa Restrepo, 2011.

⁶⁶ Entre 1870 y 1950 existieron más de diez propuestas de ferrovías hacia el norte de Bogotá (Escobar Muriel, 2022: 5). En palabras de Ortiz Cassiani: “La historia del Ferrocarril del Norte sería una suma de fracasos, y en su construcción se condensaron las fallas estructurales de la política, la administración y la economía nacional” (2018: 52).

del Magdalena con una centralidad otorgada por un modelo de desarrollo orientado hacia los mercados internacionales.⁶⁷ Asimismo, la ejecución de obras puntuales como el Ferrocarril de Bolívar y el Ferrocarril de la Dorada permitieron sortear los principales retos geográficos impuestos a lo largo del río, que no permitían el flujo correcto por las aguas del Magdalena, integrando el flujo de mercancías y personas. Esto estuvo acompañado por el crecimiento de la navegación a vapor por el río desde la década de 1870, como apunta Posada Carbó: “en 1873 había 10 vapores, 23 en 1887, 30 en 1896, 38 en 1913 y 133 en 1928” (1998: 262). De manera sintética, como argumenta Ospina Vásquez: “se trataba de construir las vías que más prontamente sirvieran a nuestras exportaciones” (2017 [1955]: 522). Sin embargo:

Pero en tesis general la política viaria del periodo es más importante por lo que no dejó hacer que por lo que hizo. Los recursos se gastaron en obras que, en la medida en que tenían efecto sobre el sistema de fletes, en muchos casos tendían a dividir al país, y a hacer que mirara hacia afuera cada una de las porciones de que se componía. A esas vías se sacrificaron en mucha parte las que hubieran podido facilitar primordialmente el tráfico interior, carreteras y caminos de herradura principalmente (2017 [1955]: 454)

Resumiendo hasta este punto, los argumentos de Camacho Roldán giran en torno a la definición de la cuenca del Magdalena como centralidad para la nación por su condición arterial, representando la mejor oportunidad económica. En otras palabras, la liberación del flujo de sus aguas de cualquier obstáculo significaba la posibilidad de la libre circulación de mercancías y personas. En el papel, esto se observa claramente con los diferentes proyectos de infraestructura que se estaban gestando a lo largo de la cuenca del Magdalena. Como se ha dicho anteriormente, los mecanismos argumentativos a los que recurre Camacho Roldán son tanto la ya mencionada metáfora sanguínea como la comparación. Sobre este último recurso, a lo largo de *Notas de viaje* se desarrollan de dos tipos: la primera que compara la cuenca del Magdalena frente a otras en Colombia, como la del Atrato o el Cauca, mostrando su primacía como eje de la nación; y la segunda la compara con el Mississippi como modelo de referencia espejado.

Respecto al primer caso, la comparación con el río Atrato surge cuando Camacho Roldán evalúa las diferentes salidas al mar que posee la ciudad de Medellín. A pesar de que la distancia entre Medellín y el Atrato es casi igual a la que existe con el Magdalena, esta

⁶⁷ Los motivos fueron varios, como las ya mencionadas guerras civiles o la debilidad monetaria. A esto habría que agregar el sistema de concesiones a empresas extranjeras, dada la falta de capitales, usualmente bastante ventajosas para estas y desfavorables para los Estados soberanos (Pachón Muñoz & Ramírez-Giraldo, 2006: 11–18).

presenta diferentes desventajas: “la despoblación de sus orillas, la barra de su desembocadura y la falta de puertos concurridos en el golfo de Urabá” (1897 [1890]: 145). En específico, la despoblación es un problema relevante para Camacho Roldán, dado que: “la diseminación de los habitantes es un motivo de debilidad que tiende a mantener la pobreza en todas partes y a reducir la posibilidad de los grandes esfuerzo.” (1897 [1890]: 145). Más adelante, añade:

En el Magdalena hay ya un interés nacional que importa sostener y cultivar, una solidaridad de esperanzas que es un vínculo de unión y de paz, lugares de reunión del antioqueño con el cundinamarqués, el boyacense, el santandereano, el bolivarense, que los hace conocerse, amarse, fundirse en un solo pensamiento de nacionalidad. En el Atrato todo sería soledad y aislamiento, pues sólo una parte muy pequeña del comercio del Cauca podría servirse de la generosa corriente de ese gran río. Otra cosa sería, si por él se hubiese trazado la dirección del canal interoceánico, como en un tiempo parecieron pensarlo el pueblo y el Gobierno norteamericanos. (1897 [1890]: 146).

En este contexto, puede observarse cómo el río Magdalena representa para Salvador Camacho Roldán un instrumento fundamental para “sostener y cultivar” la unión nacional, al posibilitar que las distintas regiones del país se fundan en “un solo pensamiento de nacionalidad”. Esta visión contrasta con la ya mencionada narración de José María Samper, quien, durante su trayecto en vapor por el Bajo Magdalena, observa que “entre los pasajeros había no solo unos cuantos granadinos, sino ingleses, franceses y alemanes” (1862: 12). La comparación con el río Cauca introduce un problema adicional. Aunque esta cuenca cuenta con poblaciones más próximas entre sí en su tramo medio que las del Magdalena, su navegabilidad es limitada debido a los obstáculos naturales que presenta. Tal como lo explica Camacho Roldán, el Cauca no es navegable en ciertas secciones debido a “los saltos e impetuosas corrientes que determina su mayor altura sobre el nivel del mar, y la angostura de su valle” (1897 [1890]: 64).

La otra comparación realizada por Camacho Roldán a lo largo *Notas de viaje* es respecto al río Mississippi en los Estados Unidos, al cual considera: “la más importante de todas las arterias navegables del globo” (1897 [1890]: 364). Dorothy Zeisler-Vralsted ha señalado que, a lo largo del siglo XIX, el río Mississippi se convirtió en “a partner in America’s story of modernization” (2015: 8).⁶⁸ Camacho Roldán imaginaba al Magdalena como ese aliado de Colombia. El Mississippi lo describe como una “red de comunicaciones accesible a los

⁶⁸ La aparición de los primeros vapores en la década de 1810 abarató los costos del transporte en el río Misisipi, potenciando el comercio y creando una prosperidad sin precedentes en su cuenca. Asimismo, se convirtió en un eje clave en la emergente narrativa nacional estadounidense (Zeisler-Vralsted, 2015: 8).

vapores en más de cinco mil leguas”, extendiéndose por una “superficie de ciento cuarenta mil leguas cuadradas” y ocupada por más de “treinta millones de habitantes” que producen “una riqueza de quizás más de siete mil millones de pesos” (1897 [1890]: 364). De hecho, su viaje lo lleva a recorrer una parte relevante de la cuenca del río: desde la desembocadura, cerca de Nueva Orleans, pasando por los estados de Mississippi, Tennessee, Kentucky y Missouri hasta la ciudad de San Luis. Las comparaciones parten de aspectos físicos para luego señalar la eficiencia del río, en específico entre Nueva Orleans y Cincinnati, distantes 480 leguas, mencionando que los vapores tienen una “velocidad tres veces mayor” (1897 [1890]: 452) suponiendo que se navega de día y de noche. El río con el que Camacho Roldán atraviesa el gigante del norte es un agente de tanta magnitud que solo puede ser accedido con las manos del hombre a través de “obras de conservación y mejora incesantes” (1897 [1890]: 128).

Camacho Roldán resalta las obras que han permitido el desarrollo del Mississippi: el dragado del cauce del río, la limpieza de los troncos de los árboles que arrastra la corriente para evitar la formación de bancos de arenas, la construcción diques que encajonan las aguas y evitan los desbordes y, principalmente, los trabajos en la desembocadura que impiden la formación de barreras de arena que bloquean el acceso a los buques de gran calado. El autor encuentra en dichos trabajos un reflejo de los problemas que se deberían resolver en el Magdalena y que, hoy en día, impiden una libre circulación por sus aguas. Primero, argumenta que la sección central del río está expuesta a las variaciones del cauce y a la creación de diferentes canales debido a los bancos de arena. Esto afecta la navegación por la falta de profundidad, daña las orillas donde ya hay poblaciones establecidas, forma pantanos y trechos anegadizos que son causa de emanaciones insalubres. En fin de cuentas, “los correos se atrasan, las mercancías no llegan en las épocas a propósito para su realización, y esa incertidumbre, relativa a la duración de las operaciones comerciales, es causa de paralización en los negocios” (1897 [1890]: 130).

Al igual que Camacho Roldán, otros viajeros insisten en la necesidad de intervenir el río y advirtiendo de la catástrofe que se avecina si no se toman acciones. Brisson insiste en 1893 que la ruta del Magdalena: “va a cerrarse, si no inmediatamente, dentro de pocos años” esto debido a la cantidad de siniestros fluviales que “se hacen cada día más frecuentes” (1899: 151). La principal razón “es que el río Magdalena no ha sido jamás limpiado” advirtiendo que el trabajo de la única draga existente hace poco y que limpiar el Magdalena “de los enormes palos que alfombran, forran, por decir así, su lecho, es ahora una empresa gigantesca y requiere largos años” (Brisson, 1899: 152).

Un hecho relevante en la mejora de las condiciones de navegación del río fue la Ley 61 de 1878, que creó la Junta directiva de la canalización del río Magdalena con el fin de perfeccionar el cauce del río entre Barranquilla y Caracolí, debajo de Honda, con el propósito de hacerlo navegable sin inconvenientes en las estaciones secas por buques de hasta seis pies de calado. Esta legislación ordenaba la destrucción de diferentes peñones a lo largo del río, minimizar los brazuelos del río y excavar el fondo principal del río hasta permitir la navegación.⁶⁹ Según el historiador Gabriel Poveda Ramos, la Junta contrató en 1881 los servicios del ingeniero alemán J. Streidinger sobre las posibilidades de canalización del río (1998: 149). Streidinger concluyó en un breve estudio que el país carecía de los recursos para emprender los trabajos necesarios y diseñó solamente un plan para el dragado de los bancos de arenas y la remoción de los troncos de madera arrastrados por la corriente (Posada Carbo, 1998: 276). En los años inmediatamente siguientes, 1882 y 1883, entraron al río las dragas Simón Bolívar y Cristóbal Colon con el fin de mejorar las condiciones de la navegación (Poveda Ramos, 1998: 150). A pesar de los intentos de mejora, Camacho Roldán señala en la primera edición de *Notas de viaje* (1890) que la Junta había logrado poco, aparte de trabajos en el caño de Barranquilla y el peñón de Juana Sánchez, y que parece que fue suprimida o no se ha vuelto a organizar. Esto cambia ya en la tercera edición (1897), donde se agrega una nota al pie que avisa que la Junta ha vuelto en funciones, aunque sin especificar sus trabajos (1897 [1890]: 129).

La ecuación que define el modelo de referencia que encuentra Camacho Roldán es sencilla: más infraestructura permite mejor circulación, lo que posibilita la colonización del valle y conlleva al progreso de la nación (1897 [1890]: 175). En sus reflexiones finales sobre los Estados Unidos, afirma: “el servicio de las vías de comunicación, numerosas, rápidas y económicas, es una ventaja de magnitud inapreciable, siempre muy ponderada, nunca suficientemente comprendida” (1897 [1890]: 665). En otras palabras, son las vías de comunicación las que permiten el tránsito entre lugares de manera sencilla y veloz, fomentando la riqueza general y el trabajo; no obstante, muchas veces no es comprendida su magnitud y el valor que tienen para la nación. Algo que no se cumple en Colombia. Por ejemplo, la situación de la conexión ferroviaria entre Bogotá y el Magdalena, para el momento de la escritura de las *Notas de viajes*, se encontraba con dos frentes abiertos —uno en Girardot y otro en la Sábana— sobre lo cual Camacho Roldán decía:

⁶⁹ Asimismo, en su artículo 4, ordenaba el cobro de un impuesto de 40 pesos por cada 100 kilogramos de carga a cada buque que transitara entre Barranquilla y Caracolí o Bodegas. Posada Carbo hace un recuento de la imposición del impuesto y cómo el mal uso por parte del gobierno nacional en la primera parte del siglo XX incitó a la conformación de un movimiento regionalista en 1919, llamado la Liga Costeña (1998: 273–274). Igualmente, véase: Meisel Roca, 2020.

Como las grandes ciudades no pueden sostenerse sino mediante el contacto fácil con un río navegable o con el mar, ese es problema por resolver aún en Bogotá. Tiene ya dos trozos de ferrocarril contruidos, en dos de los extremos de una de sus vías: falta saber si los ligare entre sí (1897 [1890]: 54).

Sin estas condiciones, el progreso de la nación sería imposible. En ese orden de ideas, un trayecto ideal entre Bogotá y Barranquilla para Camacho Roldán sería el siguiente:

Concluido el ferrocarril de Girardot, el viaje de Bogotá á Barranquilla seria obra de tres días a la bajada, y seis o siete a la subida. Las familias de Bogotá podrían mudar temperamento a la orilla del mar con más comodidad que en Anapoima o Tocaima. Con vapores directos de Sabanilla a Nueva York, que hiciesen siquiera quince millas por hora (los nuevos de la carrera entre Nueva York y Liverpool o el Havre, caminan a razón de diez y ocho millas por hora), esas seiscientas leguas se harían en cinco días y medio, y Bogotá quedaría a diez u once días de Nueva York, y a diez y seis o diez y siete de los puertos europeos. ¡Cuánta ventaja para las operaciones comerciales no daría esta economía de tiempo (1897 [1890]: 280)

Estas dos condiciones de economía, de tiempo y reducción de los costos de las operaciones comerciales, ligadas al flujo de las aguas del río, permitirán a su vez la colonización de las tierras aledañas en toda su longitud. Un proceso que será llevado a cabo por las poblaciones ya establecidas y aclimatadas a las condiciones de la parte baja del río, así como por aquellas que tímidamente bajen de las cordilleras, apenas se consolide el resto de vías de comunicación que conecten el interior con el Magdalena (Camacho Roldán, 1897 [1890]: 175). Sin duda, el discurso de la raza fue esencial para Camacho Roldán, manteniendo la idea de la relación entre el criterio climático, el estado de la civilización y la raza. No obstante, a diferencia de los pensadores de inicios de siglo, influenciados por un determinismo geográfico estático y que veían en el paso del clima frío al caliente un estado de degeneración, para Camacho Roldán existía la posibilidad de salir de la barbarie y el atraso a través del mestizaje y la inmigración, posibilitado por vías de comunicación rápidas y eficientes.

Paz, canalización y progreso: el Magdalena en *Pax*

Algo que mostraba insistentemente *Notas de viaje* de Salvador Camacho Roldán era que el río Magdalena se había configurado como la arteria de la nación para finales del siglo XIX. Dicha condición sanguínea, ligada a la fluidez de sus aguas, evidenciaba su centralidad en el

cuerpo de Colombia respecto a otros ejes fluviales como el Atrato o el Cauca. Asimismo, resaltaba su importancia para el correcto flujo de mercancías y personas entre el interior andino y el exterior atlántico. Para el político liberal, el reflejo del modelo del Mississippi planteaba una línea a seguir en lo que se debería convertir el río Magdalena para la nación colombiana. Tanto la obras de infraestructura junto a las ventajas que traía el vapor —tanto fluvial como por ferrocarril— podrían lograr ese objetivo. La novela *Pax: Novela de costumbres latinoamericanas* (1907), escrita por Lorenzo Marroquín y José María Rivas Groot, muestra cómo dichas expectativas se filtran en el mundo de la ficción, cómo la intervención del Magdalena podría llevar al progreso, y cómo la amenaza de un posible enfrentamiento político podía acabar con las mismas.

Considerada no solo como una de las “novelas más representativas de la literatura colombiana” (Santa, 1990: 441), sino también como la “primera novela colombiana de acción política” (Curcio Altamar, 2017 [1957]: 111), *Pax* fue tanto un escándalo social como un éxito de ventas en su época, logrando imprimir dos ediciones en menos de un mes.⁷⁰ A modo general, como señala el crítico Sebastián Pineda Buitrago, la novela, en su trama principal, ataca la “imposibilidad de que las élites políticas del país se pongan de acuerdo alrededor de un proyecto común” (2012: 152).

Brevemente, *Pax* arranca con la llegada a Bogotá del conde francés Hugo Dax Bellegarde, representante de una grupo franco-belga de ingenieros e inversionistas, con la propuesta de canalizar el río Magdalena y convertir a la ciudad de Honda en un puerto de mar, permitiendo la entrada de buques de gran calado. Las perspectivas del proyecto son positivas y los beneficios para el país se estiman como incalculables: se generaría empleo y riqueza, al tiempo que aumentarían las exportaciones, se colonizarían las tierras ribereñas y se desarrollaría la infraestructura. El proyecto es propuesto al general Pedro Alcántara Ronderos, miembro del partido Ministerial, cabeza del Ministerio de Guerra y encargado de la cartera de finanzas. Inmediatamente, el plan es aprobado a pesar de la oposición de los principales asesores de Ronderos, pertenecientes al partido de los Íntegros: Melchor Alcón y Carlos Onofre Sandoval y Sabogal conocido por su seudónimo de Karlonoff. En el proyecto se involucran los senadores ministeriales Roberto Ávila, quien invierte sus últimos recursos familiares en la nueva empresa, y Alejandro Borja, que será el administrador de las

⁷⁰ En vida de los autores se publicaron las siguientes ediciones: primera edición de marzo de 1907, Bogotá, Imprenta de La Luz; segunda edición de mayo de 1907 con prólogo de Dr. D. Miguel Navia y Sr. D. Guillermo Camacho, Bogotá, Imprenta de La Luz; tercera edición de 19(?), París, Sociedad de Ediciones Literarias y Artísticas; Además de una traducción al inglés por Isaac Goldberg y W. V. Schierbrand publicada en 1920 en Nueva York por Brentanos Publishers. Se cita por la segunda edición.

obras. Asimismo, el empresario Ramón Montellano, sin una pertenencia clara a ningún partido, especula y negocia con las tierras aledañas al proyecto, así como con la posibilidad de una guerra civil que detuviese la canalización. A pesar que las obras comienzan logrando grandes resultados en los primeros meses, logrando multiplicar el valor de sus acciones en bolsa, los ataques incendiarios desde el partido de la Revaluación no se hacen esperar a través de figuras como Floro Landáburu, el periodista Escipión Socarraz y los generales González Mogollón y Tubalcain Cardoso. En pocos meses, el orden se rompe, las obras se detienen y las riberas del río se convierten en campo de batalla. En el último tercio de la novela se narra el enfrentamiento militar que se desarrolla a lo largo y ancho del país. En especial, el río Magdalena, con sus combates fluviales y el ficticio Puerto Borja, se convierten en los puntos álgidos de la contienda. El final de la guerra civil llega con la firma de la paz, después de la muerte de algunos de los personajes centrales y con la destrucción de las obras del proyecto de infraestructura.

El crítico literario Eduardo Santa argumenta que la novela se empezó a escribir alrededor de 1901, pero solo se concluyó en 1906 y se publicó en 1907 (1990: 441). Este periodo de cinco años que tomó la escritura fue un periodo turbulento y de fuertes cambios políticos, económicos y sociales en Colombia. *Pax* surge en el tormentoso cambio de siglo colombiano, cuando, en el último gran conflicto civil del siglo XIX, la Guerra de los Mil Días (1899-1902), las balas todavía se disparaban y los muertos se contaban por miles. Esta confrontación fue una salida desesperada de los liberales frente al giro conservador radical que implicó la Constitución de 1886, el Concordato del año siguiente y los posteriores gobiernos de Rafael Núñez (1887-1888, 1892-1894) y Miguel Antonio Caro (1894-1898), caracterizados por la intolerancia política “mediante la espada y la mordaza” (Uribe Celis, 2016: 223). La guerra fue tan devastadora que cien mil colombianos, cerca del 2,5% de la población total para la época, murieron en los campos de batalla.

Pero las consecuencias fueron más allá, incluyendo la devastación económica y la desintegración del territorio nacional con la separación de Panamá el 3 de noviembre de 1903. Después de la tormenta vendría la calma con el fin del conflicto, abriéndose un “periodo de paz” (Uribe Celis, 2016: 220), aunque parezca paradójico, con la dictadura de Rafael Reyes (1904-1909). Este cerraría el Congreso, pero reconocería la minoría liberal y propiciaría una relación más diplomática con sus dirigentes. Inspirado por las reformas realizadas por Porfirio Díaz en México, el “quinquenio” de Reyes gobernaría bajo la

consigna de “¡Menos política y más administración!” con el fin de fortalecer el Estado.⁷¹ Uno de los logros del gobierno de Reyes fue el impulso a la infraestructura a lo largo del río Magdalena, frenada desde la guerra civil de 1884, con la extensión de la línea ferroviaria de La Dorada hasta Ambalema y la conexión entre Bogotá y el río Magdalena a través del Ferrocarril de Girardot. El periodo de paz se extendería hasta comienzos de la década de 1920; incluso, algunos historiadores lo amplían hasta la crisis mundial de 1929, convirtiéndose para Colombia en “el mayor periodo de estabilidad desde su independencia” (Bushnell, 1994: 215).

La obra escrita por Lorenzo Marroquín (1856-1918) y José María Rivas Groot (1864-1923) guarda bastantes relaciones con la realidad de su época. Según el comentario de Francisco Vergara y Velasco, que vio la luz el mismo año de la publicación de la novela, está parece haberse inspirado, a nivel de personajes, lugares y hechos en las guerras civiles de 1884-1885, 1895 y 1899-1902: “De aquella, en primer término, las campañas de la Costa y el río Magdalena: combates de Honda y La Humareda, marcha por Ayapel, sitio de Cartagena, con algunos aditamentos tomados de lo sucedido en luchas posteriores” (1907: 5). Asimismo, en lugares supuestamente conocidos para los autores, como el camino de Honda o el de Calamar (1907: 5). Estos hechos históricos del turbulento *fin de siècle* colombiano fueron vividos por ambos autores directamente o indirectamente, desde su posición en la alta burguesía bogotana, descendientes de españoles, con buena formación académica, conservadora y católica.

En el caso de Lorenzo Marroquín, miembro de una familia aristocrática y con una educación religiosa y conservadora, era hijo del escritor y político conservador José Manuel Marroquín, uno de los exponentes más relevantes del costumbrismo colombiano de la segunda mitad del siglo XIX (Curcio Altamar, 2017 [1957]: 82) y presidente de Colombia (1900-1904), luego de llevar a cabo un golpe de estado a Manuel Antonio Sanclemente (1898-1900) del cual era vicepresidente durante la Guerra de los Mil Días. Senador y posteriormente diplomático, Lorenzo Marroquín fue apodado “el hijo del ejecutivo” por sus adversarios políticos, no solo por sus vínculos de sangre, sino por sus estrechos lazos dentro la gestión de su padre (Santa, 1990: 443). Asimismo, era definido como un conservador recalcitrante y fanático que usaba su poder político y económico para perseguir a sus enemigos.

⁷¹ Algunas de las reformas propiciadas por Rafael Reyes fueron la modernización del Ejército Nacional, el impulso de las plantaciones bananeras, la electrificación del país, el fomento de la industria textil, el control de las finanzas públicas y el desarrollo de la industria petrolera, con la Concesión Mares en Barrancabermeja (en pleno río Magdalena) y la Concesión Barco en el Catatumbo (Uribe Celis, 2016: 239).

Por el otro lado, José María Rivas Groot también descendía de una familia aristocrática; su padre era el escritor, político y militar liberal Medardo Rivas, y su madre, Rosa Groot Cabrera, hija del pintor y escritor conservador José Manuel Groot.⁷² A pesar de contar con una educación liberal —dado que pasó un periodo en Inglaterra y Francia—, a su regreso a Bogotá se vinculó al partido conservador como su abuelo materno. A partir de la mitad de la década de 1880, su carrera literaria es meteórica, siendo el prologuista de los dos compendios de poesía más importantes de la época: *La lira nueva* (1886) y *El parnaso colombiano* (1886). Igualmente, estuvo vinculado a los círculos literarios de la época a través de la Imprenta Nacional de su padre, la edición de una las revistas culturales más importante del fin de siglo, *El Ateneo*, y a partir de 1888, como director encargado de la Biblioteca Nacional. De forma similar, su ascenso en la política fue exponencial, primero como senador y, posteriormente, vinculado a la instrucción pública, donde buscaba transmitir los postulados del conservatismo y la educación católica. A partir de 1901, mientras coescribía *Pax*, fue ministro de Instrucción Nacional del gobierno de Marroquín padre, y aparentemente el debacle de dicha gestión no lo afectó, dado que en 1906 paso a ocupar el mismo cargo en el gobierno de Reyes y, ulteriormente, se convirtió en ministro encargado de Relaciones Externas.

Sin duda, uno de los rasgos esenciales de la novela que ha sido subrayado por la crítica literaria ha sido la construcción de los personajes, ya que representan de una forma más o menos explícita a personas reales (McGrady, 1963; Santa, 1990; Pineda Botero, 1999). No obstante, es importante mencionar que no estamos ante una novela histórica, sino frente a una novela de crítica social y política que usa elementos de su entorno sociopolítico, más próxima al *roman à clef* francés (novela en clave), como *Gil Blas* (1715) de Alain-René Lesage o *El Nabab* (1877) de Alphonse Daudet. A pesar de esto los autores señalan, en una declaración que antecede al texto literario, que “su novela no tiene clave, que sus personajes no deben ser identificados, que solo se ha propuesto hacer una obra literaria” y siguiendo a los escritores franceses apenas mencionados sus intenciones solo son de “representar la vida tal cual es” (1907: VI). Seguramente esta fue la razón que provocó que el escándalo de

⁷² Su padre Medardo Rivas (1825-1901) fue junto a Samper (antes de su giro al conservatismo a inicios de 1880) y Camacho Roldán, otra de las figuras claves del liberalismo de la segunda mitad del siglo XIX. Fue profesor de la Universidad Nacional, impresor y un prolífico escritor en temas de industria y agricultura. Igualmente estuvo relacionado con la bonanza del añil en la década de los sesenta. Su libro más conocido es *Los trabajadores de tierra caliente* (1899) donde se describe con gran detalle el descenso a la tierra caliente del Alto Magdalena y las diferentes bonanzas agroexportadoras.

su publicación fuera mayúsculo, dado que casi todos los personajes de la novela asemejaban a personas de la vida social y política de la época.⁷³

A modo general, la definición de personajes dentro de la novela recaía en su pertenencia o simpatía por alguno de los bandos políticos: Ministeriales, Íntegros y Reevaluación. Los personajes pertenecientes a los dos primeros fueron definidos como conservadores, de ideología católica, españolizante y de gusto por el arte europeo. La diferencia entre ambos radicaba más en motivos de circunstancia política que en razones ideológicas. En cambio, el tercer partido es definido por sus ideas populistas, casi rayando con el socialismo, ateas y con tendencias anticlericales.

Por ello, *Pax* está lejos de ser “una novela objetiva e imparcial”; según Santa, “es un soterrado ataque, una crítica bastante unilateral a una sola de nuestras agrupaciones políticas” (1990: 445). Esta estructura rígida de buenos contra malos le habría restado eficacia a su crítica social y le habría valido a Lorenzo Marroquín —figura visible de las primeras ediciones— la respuesta, y en algunos casos la enemistad, de varias personas de la época.⁷⁴ Sin duda, la más notoria fue la respuesta del filólogo y, posteriormente, presidente de Colombia, Marco Fidel Suárez, representado en la novela supuestamente como Melchor Alcón, quien, luego de anunciar un artículo sobre las incorrecciones de la novela, se presentó con un texto de más de cien páginas titulado *Análisis gramatical de “Pax”* (1907), donde señalaba los fallos lingüísticos y los errores de estilo del libro de Marroquín y Rivas Groot. Otro ejemplo fue el comentario del ya mencionado militar y geógrafo Francisco Javier Vergara y Velasco, probablemente inspiración del personaje Karlonoff, quien, en el artículo *Un nuevo escritor militar. Pax y el arte de la guerra* (1907) despotricó sobre las inexactitudes geográficas y la ignorancia en temas militares de la novela.⁷⁵

El libro está narrado en una sola voz, a través de un narrador omnisciente no representado. Además, aunque se encuentra escrito a cuatro manos, se lee sin mayores quiebres

⁷³ Para un análisis completo de los personajes y sus semejanzas con personas de la época, puede consultarse a Santa (1990: 446-448). También McGrady (1963) aporta algunas pistas sobre la relación con personas del mundo literario y artístico de la época.

⁷⁴ En las primeras ediciones aparece solo el nombre de Marroquín como único autor, y el de Rivas Groot solo se menciona en el dorso. Como afirma Marroquín en una carta dirigida a Rivas, incluida en el libro, la publicación apresurada fue decisión suya e implicó la modificación del plan original, como la adición y supresión de capítulos (1907: V). Probablemente, las razones para la publicación acelerada fueron las responsabilidades de Rivas Groot como ministro, que no le permitieron continuar trabajando en la novela.

⁷⁵ La recepción de la novela no fue solo negativa. El conservador Roberto Cortázar, en su tesis sobre la novela colombiana publicada en 1908, afirma: “la reputación del Sr. Marroquín se asentó de nuevo sobre sólidas bases, porque mostró al público una vez más los productos de su talento, a diferencia de muchos que se encierran en su torre de marfil, no sea que el público exija la factura de las obras que los consagran como literatos” (2003 [1908]: 176).

estilísticos. A pesar de que un análisis literario de la novela va más allá de los objetivos de este capítulo, se deben realizar tres comentarios respecto a la relación de *Pax* con las corrientes literarias de la época.

En primera instancia, siguiendo la argumentación de Santa la novela denota una ruptura con el romanticismo, dado su quiebre con los moldes europeos que la habían inspirado (Lamartine, Chateaubriand, Víctor Hugo) y tomando como inspiración la novela en clave francesa (1990: 456). A pesar de ello, argumento que el quiebre todavía no es completo dado que *Pax* aún conserva características formales y temáticas que la acercan a las “ficciones fundacionales” del siglo XIX estudiadas por Sommer (2004). De hecho, *Pax* funda parte de su estructura en la relación entre ficción y política a través de “la retórica del erotismo” (Sommer, 2004: 19), que muestra “cómo los ideales nacionales están ostensiblemente arraigados en un amor heterosexual ‘natural’ y en matrimonios que sirvieran como ejemplo de consolidaciones aparentemente pacíficas durante los devastadores conflictos internos del siglo XIX” (Sommer, 2004: 22). Los matrimonios heterosexuales dentro de la novela de Marroquín y Rivas Groot dan cuenta de unos ideales nacionales que se están transformando por el ascenso de una nueva clase social y que ponen en vilo el orden hegemónico en un mundo turbado por la guerra civil. En ese sentido, *Pax* se encuentra a medio camino entre *María* (1867) de Jorge Isaacs y la ruptura que Sommer ya nota en *La vorágine* (1924) de José Eustasio Rivera, donde la figura de la patria viene reemplazada por la de la paternidad.

En segunda instancia, la novela exhibe algunas características del modernismo literario latinoamericano, como la agilidad en la narración definida por la variedad de verbos y la sintaxis rítmica; asimismo la visión estética del mundo de diferentes personajes, quienes identifican el arte mismo por encima de cualquier valor humano (Curcio Altamar, 1957: 113; Londoño Krakusin, 2000; Pineda Buitrago, 2012: 151).⁷⁶

Un tercer elemento, es la aparición de un “costumbrismo urbano” (Santa, 1990: 461), definido por la ya mencionadas preocupaciones de narrar los lugares y personajes bogotanos, marcando un giro hacia los fenómenos urbanos y una evolución del costumbrismo de la segunda mitad del siglo XIX. Teniendo en cuenta lo anterior, a lo largo

⁷⁶ Ejemplos son el personaje de Bellegarde, que presenta una gran sensibilidad hacia la pintura, como se observa en el primer capítulo, o Alejandro Borja, quien se encuentra realizando una traducción del *Fausto* de Goethe (1986 [1907]: 54). Margarita Londoño Krakusin observa que *Pax* está plagada del sincretismo artístico de Wagner, así como de la estética de los autores simbolistas, parnasianos y modernistas a través del personaje del poeta Mata, y una burla hacia la misma con la parodia de poemas como “Palemón el estilista” de Guillermo León Valencia y “Nocturnos” de José Asunción Silva (2000: 138).

de las páginas de la novela de Marroquín y Rivas Groot desfila la Bogotá de finales del siglo XIX e inicios del siglo XX, con sus lugares, actividades, gentes y clases sociales, especialmente, la alta clase social de la capital colombiana. En ese sentido, *Pax* es la novela de la alta burguesía bogotana del *fin de siècle*, un perfecto ejemplo de sus ideales y deseos como de sus preocupaciones sobre la nación.

Como se ha mencionado hasta aquí, la trama y la espacialidad de la novela dan cuenta de la centralidad que había adquirido la cuenca del Magdalena y el control de su flujo para el proyecto de nación. Por ello, no es de sorprender que la obra, casi utópica, de intervención de infraestructura del río —canalización y colonización— se configurara desde el primer capítulo como la excusa principal de la novela. Cabe aclarar que se entiende infraestructura, siguiendo la propuesta del antropólogo Brian Larkin, “built networks that facilitate the flow of goods, people, or ideas and allow for their exchange over space”, a lo cual agrega más adelante: “as physical forms they shape the nature of a network, the speed and direction of its movement, its temporalities, and its vulnerability to breakdown” (2013: 328).

En este sentido, este análisis sobre la presencia del río Magdalena y su intervención a través de proyectos de infraestructura en *Pax* discurre a través de dos de las reflexiones propuestas por Larkin. En primera instancia, sostiene que todo proyecto de infraestructura “reveal forms of political rationality that underlie technological projects” y permite la aparición de ciertas formas de gobernabilidad (2013: 328). Siguiendo lo mencionado hasta aquí, el momento histórico de publicación, el perfil de los autores, su relación con la realidad nacional, así como los temas y personajes seleccionados, dan pie a pensar cómo, detrás de la elección del proyecto de canalización, subyace una inquietud política tangible, que se corresponde con el éxito o fracaso del proyecto de conquista de las tierras bajas de Colombia.

En segunda instancia, la canalización del Magdalena puede ser igualmente pensada “as concrete semiotic and aesthetic vehicles oriented to addressees”, es decir, que en ella “emerge out of and store within them forms of desire and fantasy and can take on fetish-like aspects that sometimes can be wholly autonomous from their technical function” (2013: 329). Esto se refleja en la novela a partir de las perspectivas individuales de cada personaje sobre la obra de infraestructura: algunos confiando en su éxito, mostrando que su futuro depende de ello, mientras que otros la perciben como una operación económica más en el creciente mercado de capitales.

Pax arranca con una cena social en la que el conde francés Bellegarde explica su plan para Colombia. No solo es llamativa su condición europea, que le confiere un estatus de referente y respeto, sino también cómo es descrito con un aspecto glacial, en el que destacan sus ojos color acero acompañados de un monóculo que lo hacen parecer antipático, pero que, en cambio, oculta a un apasionado por el arte (1907: 19). La descripción del conde da cuenta tanto de su habilidad y seriedad como de su sensibilidad: un técnico y un romántico. Bellegarde representaba a un compañía encargada “especialmente de colonizaciones, de canalización de los ríos” (1907: 10), contando con resultados maravillosos en otros países como los Estados Unidos, México y Argentina. A pesar de que su estadía en el país será corta —dado que sus amigos deseaban que emprendiera la canalización del Sena, convirtiendo a París en puerto de mar—, confiaba plenamente en el proyecto colombiano. De hecho, el francés observaba en Colombia: “un país más rico, de un porvenir más brillante que ningún otro suramericano; solo faltaba la paz, pero el progreso material, la riqueza, el bienestar, la harían incontrastable” (1907: 10). Desde estas primeras páginas se notan una de las insistencias de la novela: la necesidad de paz sobre la guerra como condición para el progreso de la nación. Como se ha comentado en la sección anterior, dichos argumentos estaban ya presentes en Camacho Roldán, quien insistía en su diario de viajes en la necesidad de un tiempo de paz para la culminación de los proyectos de infraestructura en el país.

Los planes de progreso de Bellegarde son explicados a Ronderos durante la cena inaugural de la novela:

-En este país, cruzado por tres inmensas cordilleras -decía Bellegarde-, los ferrocarriles son demasiados costosos... Para llegar a ellos necesitan ustedes caminos más baratos, los que la naturaleza ofrece: las vías fluviales. Tienen ustedes como salida al mar esa vía, sólo que es una vía primitiva, salvaje, indisciplinada... hay que domesticarla, hay que educarla, hay que reducir a su lecho el Magdalena y aumentar el caudal de su corriente navegable tapando los brazos... y entonces tendría usted, señor ministro, en Honda que será el gran puerto, Puerto Ronderos, buques como *La Normandía*, como *La Turena*... (1907: 10)

El proyecto en sí cimenta la trama de la novela y da sentido a los acontecimientos que suceden a continuación en la narración. Asimismo, el progreso imaginado para Colombia pasaba por vincularla con un sistema económico global. La explicación de Bellegarde insiste en que el desarrollo de Colombia debía aprovechar la vía fluvial del río Magdalena, la cual resultaba más barata que cualquier otra alternativa, ya fuera ferrocarril o camino. Justamente, dicho argumento es repetido unas líneas más adelante por el conde: “encontrar

el Magdalena como la vía más importante para Colombia, es el huevo de Colón” (1907: 11).⁷⁷ La obra propuesta implica una intervención a gran escala y cuyo impacto es nacional, estableciendo una relación clara entre la infraestructura propuesta y el progreso de la nación colombiana. Como ya había sugerido Camacho Roldán, la intervención del cauce fluvial era necesario para permitir la circulación sin contratiempos. Paralelamente, se insiste en la descripción del Magdalena como un río primitivo, salvaje e indisciplinado, donde el trabajo de Bellegarde y su grupo consistía en educarlo y disciplinarlo a través de obras de infraestructura que profundizaran su lecho, encauzaran su caudal, secaran los pantanos en sus riberas y controlaran sus brazos.

Veamos la descripción del proyecto de infraestructura en detalle. Siguiendo a Larkin, “infrastructure it is an amalgam of technical, administrative, and financial techniques” (2013: 330), lo cual queda visible unos capítulos más adelante, cuando Bellegarde explica finalmente la obra. En el capítulo “El consultor técnico”, el conde francés visita el Capitolio para presentar oficialmente el proyecto al ministro Ronderos y a sus dos asesores, Alcón y Karlonoff, dice:

Proponíase canalizar la principal arteria del país, el Magdalena, hacerlo navegable para vapores transatlánticos; sanear y descuajar las inmensas selvas de las orillas; extraer las preciosas maderas; explotar de sus bosques el caucho; colonizar esas inmensas regiones... El “grupo” de capitalistas, “su grupo”, la compañía francobelga, en vista de los informes presentados por los ingenieros, tenía prontos los fondos, la maquinaria lista. En pocos días se lanzaría la empresa en las bolsas de París y de Bruselas. (1907: 35)

Nótese el uso de verbos como “sanear”, “descuajar”, “extraer”, “explotar” y “colonizar”, que evidencian la intervención de la cuenca del Magdalena, así como su contraste con el uso de términos económicos que remiten al beneficio del mismo proyecto: “capitalistas”, “informes”, “fondos” y “bolsas”. El proyecto de Bellegarde buscaba asegurar la libre circulación de mercancías, personas e ideas, permitiendo así la apertura de Colombia al mundo y asegurando su progreso. El pasaje anterior deja en claro la conexión entre la transformación material del río y su articulación con los sistemas económicos globales. Lo anterior, en teoría, pasaba sencillamente por resolver los “inconvenientes” que planteaba el río:

⁷⁷ La expresión ‘huevo de Colón’, tal como lo recoge la RAE, significa “cosa que aparenta tener mucha dificultad, pero resulta ser fácil al conocer su artificio”. Véase: <https://dle.rae.es/huevo> [consultado el 10 de marzo de 2025].

[El Magdalena] es un río de aguas turbias, con arenas en suspensión; uno de los más desiguales, caprichosos e indisciplinados que he estudiado en América. Unas veces seco y perezoso, otras violento y crecido, detiene la navegación con sus bancos de arenas movibles o la pone en demasiado peligro con sus corrientes rápidas. Es demasiado pobre o demasiado rico. En tierra y arenas arrastra más de seis millones de metros cúbicos, según los datos que han obtenido mis dos ingenieros auxiliares. Esa prodigiosa masa de despojos arrancados a las orillas, se va encaminando al mar, se deposita de distancia en distancia, cubre el fondo, y va formando y transformando en cada creciente, la línea del cauce, el *tahveg*, la profundidad del lecho, la forma general del río. Lo que caracteriza al Magdalena es la anchura desmesurada... vea usted, señor ministro, ese dibujo cuya exactitud garantizo... vea las curvas constantes y las series de islotes que forma en su carrera (1907: 35)

Aquí no solo se percibe la detallada explicación desarrollada por Marroquín y Rivas Groot, sino también cómo se retoma una de las insistencias de los letrados de la segunda mitad del siglo XIX sobre los sedimentos que acarrea el río y su impacto sobre la cuenca inferior.⁷⁸ En el proyecto de Bellegarde, la indisciplina del río se manifiesta especialmente en la aparición de islas en su cauce, como le explica al general Ronderos: “Una isla, señor ministro, debe ser una excepción para *un río bien educado*; pero aquí la isla es la regla y el río, siempre dividido en dos o tres brazos, carece de aguas” (1907: 36; cursivas propias). Según el conde, esta condición podría resolverse en cinco años y no era imposible, sino que la consideraba fácil si el Gobierno apoyaba a su grupo. Bellagarde recurre a la metáfora educativa para explicar su plan de canalización, resumiendo excepcionalmente el espíritu de la misma: el río debe ser rectificado hacia una norma, es decir, ser “educado” para que sea supeditado a las lógicas del capital.

El plan general de la obra remite a dos cuestiones recurrentes: el movimiento y la salubridad:

Tránsito barato es movimiento [...] y esa circulación rápida y económica, por la principal arteria del país, es vida, es civilización, es el único adelanto posible y cierto para esta nación destinada a gran desarrollo. Lo que usted dice: los ferrocarriles aquí son difíciles, costosos... Por el río la vía está hecha, solo falta perfeccionarla, hacerla económica y ponerla en situación de que esas ricas selvas, a esa inmensa y fecunda hoyra, al corazón de la República, lleguen los navíos de alto bordo, con los colonos que han de poblar sus

⁷⁸ Probablemente, los autores tuvieron conocimiento de los resultados del ya mencionado estudio de Streidinger, realizado en 1881, sobre las posibilidades de canalización del Magdalena y sus principales problemáticas. Igualmente, al ser parte de la élite criolla, tuvieron la oportunidad de leer a Samper, Camacho Roldán y otros relatos de viajeros, así como informes oficiales de la época.

márgenes. Abierto el cauce del río, con algunas obras complementarias, no habrá inundaciones, se secarán los pantanos, mejorará toda esa región (1907: 40)

Para ello, se pensaba aprovechar la misma corriente del río para desechar los sedimentos en el mar, y, asimismo, usar las arenas adicionales generadas para rellenar los pantanos y levantar lugares saludables, listos para la colonización. La misma materialidad del río se convierte en el mecanismo para garantizar su conexión con el sistema económico global. Según Bellegarde, las dragas no eran el factor principal de la obra, sino que “todo el sistema consistía en aprovechar la corriente misma del río, estrechándola por diques oblicuos, y obligándola, ya concentrada, a profundizar el lecho” (1907: 36).⁷⁹ Justamente era como el grupo extranjero “había canalizado el Mississippi y rectificado el cauce de varios ríos en Argentina”, con lo cual “podía obtenerse una profundidad de siete metros, bastante para un buque de alto bordo” (1907: 36) y asegurarse la colonización segura de las riberas. El general Ronderos es consciente que el proyecto en cuestión implicaba una doble batalla: tanto contra la naturaleza, que no permite el progreso, como contra los políticos que buscan la guerra. Sobre ello comenta después de escuchar toda la propuesta de Bellegarde: “¡Ah! Cimentar la paz, fundarla en la prosperidad, en la riqueza, en la libertad, en el contento general...después de haber luchado contra los principales corruptores, luchar contra los pantanos pestilentes... ¡qué dicha, qué gloria!” (1907: 40-41). Como se ha insistido, el tema de la paz es central dentro el mensaje de la novela.

No obstante, la críticas hacia el plan de Bellegarde no se hacen esperar, vislumbrando otras tensiones que genera el proyecto de infraestructura. La crítica técnica proviene de uno de los asesores de Ronderos, el ya mencionado Carlos Onofre Sandoval y Sabogal, conocido por el seudónimo de Karlonoff, nombre de guerra con el que firmaba sus diferentes escritos para ser identificado. Al conocerlo, Bellegarde esperaba “algún sabio ruso alto, de frente espaciosa, rubio y grave”; en cambio, el conde encontró a “un hombrecito rechoncho, moreno, de ojos inquietos, con una nariz enorme, aumentada todavía por la falta de dientes, no bien disimulada por el bigote” (1907: 37). La descripción de Karlonoff es un claro ejemplo de cómo Marroquín y Rivas Groot usan la burla para desestimar las opiniones de ciertos personajes dentro de la novela, sugiriendo así la inclinación política hacia otros. Igualmente sucede con los argumentos de Karlonoff, que resultan verbosos, con una gran cantidad de datos que, como se comprueba, algunos resultan ser falsos o

⁷⁹ Vergara y Velasco es crítico al respecto de estas explicaciones ingenieriles, de hecho, su crítica busca “probar hasta la saciedad la incompetencia del autor en ciertas materias y por ende la falsía de esa su síntesis” (1907: 3).

inexactos, dando pie al lector a pensarlos como ridículos e irrelevantes. A pesar de la extensión de los argumentos de Karlonoff, estos pueden resumirse en que, a primera vista, el plan estaba “llenos de incalculables e imperdonables errores” (1907: 42), y que no tomaba en cuenta “la cuestión por el lado militar” (1907: 44). Este último especifica las implicaciones de seguridad nacional que tiene la construcción de la obra, argumentando que canalizar el Magdalena permitiría de manera riesgosa que “transatlánticos se aproximen tanto a la capital de la Republica” (1907: 44).⁸⁰ A medida que avanza la acción, las críticas se repiten a través de otros medios, como la prensa, y reiteran los puntos anteriores: “¿es científicamente realizable la obra de la canalización?”, “¿el sistema de diques movibles será preferible al empleo de dragas?” o “¿en esta empresa, hecha con capital extranjero, no habrá un peligro para la seguridad nacional y en general para la raza latina en América?” (1907: 117).

A pesar de las críticas repetidas, el proyecto se firma y se pone en marcha. Inmediatamente, las obras comienzan, dirigidas por el conde Bellegarde y el nuevo administrador Alejandro Borja. También Roberto Ávila y Ramón Montellano se involucran en el proyecto: el primero invierte en acciones a partir la venta de la mansión familiar; en cambio, el segundo, se aprovecha de la inestabilidad política mediante la compra de tierras y otros activos. Las obras del proyecto se centran en el ficticio pueblo de Puerto Borja, ubicado en las riberas del Magdalena. Este toma el apellido de la familia de Alejandro y es un guiño de los autores a la práctica de nombrar los puertos en el río Magdalena —desde donde usualmente partían o llegaban los proyectos ferroviarios del último cuarto del siglo XIX— con el nombre de los políticos que los fomentaron. La mención no deja de ser irónica, considerando el fin trágico que tuvieron muchos de esos puertos, especialmente después de las guerras civiles de finales del siglo.⁸¹ En una carta que Alejandro le dirige a Roberto, describe el puerto de la siguiente manera: “es una inmensa explanada que cierra en el fondo una colina; a los costados, los edificios de la canalización y por frente el río” (1907: 220), y a lo cual agrega:

Es increíble lo que se ha hecho; he visto trabajar los diques movibles; el agua, estrechada, se precipita al centro del río y ella misma socaba el lecho, barre con furor las arenas, muerde

⁸⁰ Aun cuando la crítica de Karlonoff no tiene ningún impacto en la trama de la novela, muestra el factor militar involucrado en cualquier obra de infraestructura. Asimismo, es llamativo cómo, a lo largo del conflicto civil que propicia el proyecto, es el mismo río el medio idóneo para el transporte de tropas o el combate entre las diferentes facciones.

⁸¹ Un ejemplo ya mencionado es el de Puerto Berrío, fundado en 1875 por Francisco Javier Cisneros como punto de llegada del Ferrocarril de Antioquia sobre el río Magdalena, y que toma su nombre del gobernante de ese momento, el general Pedro Justo Berrío. Después de la guerra de 1885, el puerto fue destruido y las obras avanzadas por Cisneros quedaron reducidas a cenizas. Otro ejemplo es Puerto Wilches, fundado en 1872 como destino del Ferrocarril de Santander, cuyo nombre rendía honores al presidente del Estado Soberano de Santander, Solón Wilches.

en el fondo del cauce y se lleva el lodo hacia el océano; y cuando la corriente misma no puede, tenemos las dragas que extienden sus brazos de hierro, los pasean por el aire, los hunden en el río, cavan el fondo, y luego, con un movimiento acompasado de gigante sacan el lodo, giran, lo depositan en las orillas (1907: 221)

En la cita anterior se da cuenta del plan de Bellegarde en acción, cómo se va excavando y profundizando el cauce del río. Los “diques movibles”, tan criticados por Vergara y Velasco dado “que producen el fenómeno de cambiar todas las leyes de la naturaleza” (1907: 18), funcionan como artilugios tecnológicos que traducen los sueños húmedos de la élite criolla. La tecnología modifica el cauce para permitir la libre circulación de las aguas del Magdalena. Pero no son los únicos elementos. Para Alejandro, “la parte más hermosa” son los miles de trabajadores de muchas nacionalidades —“antioqueños, jamaicanos, chinos”— que trabajan día a día desde Puerto Borja, “esgrimiendo el hacha, el machete, no para tronchar cabezas, sino para descuajar la selva, volcar cedros, maderas riquísimas que se echan a la corriente y siguen para Europa” (1907: 221).⁸² Este último elemento, hasta el momento no mencionado, muestra cómo la obra de canalización también implica la explotación de los recursos madereros de las riberas, junto a “frutos de exportación” (1907: 66), ya sean “bosques silvestres de caucheras” o una “inmensa la exportación de bananos” (1907: 221).⁸³ Llama la atención cómo Bellegarde describe esta operación que está teniendo lugar en Puerto Borja, asegurando que es “la resurrección de un mundo muerto” (1907: 221). El combate con la naturaleza, el logro de un río Magdalena bien educado, pasa por revivirlo y convertirlo en una entidad productiva, es decir, viva. Dicho de otra forma, una entidad sometida a las lógicas del capital y de la economía global.

Lo precedente muestra que el proyecto de canalización podría observarse simultáneamente en diversas escalas: tanto a nivel macro (sistemas, estructuras, y procesos históricos) como micro (individuos y pequeños grupos).⁸⁴ El primer punto enfatiza la relación del proyecto con el sistema financiero internacional, no solo por el flujo de capital que propiciaría cuando estuviera terminado, sino también con la venta y compra de acciones del proyecto.

⁸² El historiador ambiental Germán Palacio señala que los valles templados y calientes de la región andina fueron los primeros en sufrir los efectos de la deforestación: ya sea por las nuevas economías extractivistas o para surtir los leñateos que alimentaban los barcos a vapor o el uso de maderas finas para los travesaños de los rieles del ferrocarril (2006, 55).

⁸³ La novela es bastante tímida al mencionar las plantaciones de exportación, como el banano o el caucho. Recuérdese que, respecto al primero, ya existía una aceleración en su cultivo en la zona del Caribe, a pesar de que su bonanza no llegaría sino hasta después de las exenciones de impuestos y las concesiones de tierras del gobierno de Rafael Reyes. En cambio, el segundo, para comienzos del siglo XX, vivía su período de mayor demanda internacional y en Colombia, su período de mayor explotación, que duraría hasta 1912.

⁸⁴ En este orden de ideas, pienso la infraestructura como un fenómeno que puede ser analizado en múltiples escalas simultáneas. Para ello, sigo la propuesta del historiador Paul N. Edwards (2003). Una aplicación de la misma a la literatura de América Latina puede encontrarse en Fadellin (2022: 295).

En varios momentos de la narración se comenta el éxito de la empresa; Alejandro repite: “La acciones de la canalización, [...] han duplicado en la bolsa de Bruselas” (1907: 143) o, más adelante: “las acciones de a libra se cotizan ya a tres libras en la bolsa de Londres” (1907: 222). Incluso antes de la declaración de guerra, en la noche de la Unión, el conde Bellegarde le comenta a Ronderos que “la empresa ha despertado verdadero entusiasmo, las acciones de a libra se cotizan en la bolsa de Londres a cuatro libras” (1907: 315). Todos estos beneficios se verán esfumados con la guerra, que destruirá las obras y convertirá la maquinaria, como las dragas, en artillería para los combates.

La mirada macro permite ver cómo la intervención del Magdalena se conecta con el sistema financiero internacional. Es en la vinculación con los destinos individuales de diferentes personajes (nivel micro) que *Pax* logra transmitir los sueños, esperanzas, pesadillas o preocupaciones que el río Magdalena y su proyecto de infraestructura encapsulan para la élite. Aquí no solo estamos ante lo que señala Larkin, que “massive infrastructural projects can be used to represent state power to its citizens”, sino que también “they generate complicated emotional investments that induce a range of sometimes counterintuitive responses and distinct, if ephemeral sensibilities.” (2013: 334). Si por el conde Bellegarde y Alejandro pasa el papel de modernizadores románticos, es en los personajes de Ramón Montellano y Roberto Ávila en los que mejor se transmiten las sensaciones individuales respecto al proyecto y el río Magdalena.⁸⁵

Sin lugar a dudas, la crítica literaria ha encontrado en el personaje de Ramón Montellano uno de los más llamativos e interesantes de toda la novela (Santa, 1990: 458-460; Pineda Botero, 1999: 433). El personaje estaba inspirado en el negociante, prestamista y hacendado antioqueño José María Sierra (1843-1921), mejor conocido como “Pepe Sierra”, ejemplo del empresario antioqueño de la época, venido desde abajo y que, gracias a su practicidad, ingenio y habilidad, logró instalarse en los círculos de la élite capitalina. De hecho, Sierra fue el hombre más rico de Colombia durante el siglo XIX y las primeras décadas del siglo XX, siendo sus préstamos y remates de rentas famosos por sacar a diferentes gobiernos de apuros.⁸⁶ En la novela, Montellano es descrito como un hombre sin prosapia, a comparación de otros como Alejandro o Roberto, que, con su propia esfuerzo, a base de

⁸⁵ Respecto a Bellegarde, como se ha mencionado, su desaparición en el último tercio de la novela, apenas declarada la guerra, y su posterior muerte solo sugieren el fracaso de la mirada modernizadora en el trópico. En el caso de Alejandro, a pesar de sobrevivir al conflicto, sus tensiones internas pasan más por cuestiones romántico-religiosas no resueltas (amor imposible con la hermana San Lígorio) o con el arte (pintura y ópera).

⁸⁶ Como lo menciona Santa (1990: 459), Bernardo Jaramillo Sierra, nieto de José María, señala que probablemente Lorenzo Marroquín ridiculizó a don Pepe para vengarse del magnate cuando este fue a pedirle a su padre (José Manuel Marroquín) la mano de una de sus hijas para un pariente cercano. De hecho, en la novela, Dolores Montellano, hija de Ramón, es cortejada por uno de los aristócratas.

trabajo e inteligencia en los negocios, ha logrado adquirir influencia en los círculos del gobierno y en esa burguesía que, en el fondo, lo rechaza pero que debe admitirlo por su poderío económico. El personaje guarda un profundo valor sociológico para la época, dado que muestra las sensaciones de la alta burguesía bogotana frente a esta nueva clase emergente. A su vez, señala el desplazamiento del modelo extractivo-agrícola por unas nuevas dinámicas de producción y acumulación económica que implican el comercio y la industria. Justamente cuando Alejandro le relata a Roberto por primera vez la figura de Montellano, pronostica que este viene a “ejercitar su talento, sus energías, su audacia, en un campo más vasto: viene a la conquista del de la capital” (1907: 52). Un juego de palabras que sugería no solo la conquista de la capital de la nación, como de hecho lo hizo “Pepe Sierra” en la última década del siglo XIX, sino también del capital de estos.

Si la participación de Alejandro en el proyecto estaba guiada por el ideal de las grandes aventuras, como lo asegura en un pasaje: “Yo iré a esas selvas; echaré los caimanes del río; haré un gran puerto; donde braman los tigres, pitarán las locomotoras, y donde hay selvas espesas, levantaré ciudades” (1907: 54), para Montellano, era a partir del beneficio económico y su habilidad para pescar ventajas en el ambiente revuelto del proyecto. En el capítulo “La garra del águila”, Montellano es descrito como una ave rapaz que, con sus ojos, da la impresión de que “desde la altura registra toda la haz de la República” (1907: 113). De hecho, en el capítulo se relata cómo por su despacho pasa no solo la aristocracia bogotana, sino también el gobierno en búsqueda de negocios o favores. Al mismo tiempo, se sintetiza el juego de negocios que realiza alrededor del proyecto, apostando tanto por el éxito como por el fracaso del mismo. En un par de páginas, se nos narra cómo realiza una propuesta confidencial al gobierno a través del asesor Alcón:

El gobierno tiene ese ferrocarril de Sabanilla; sé que la empresa de canalización marcha y tiene muy despejado el río en Bocas de Ceniza; cuando entren buques por ahí, el ferrocarril se quedará sin carga, no producirá nada, no valdrá nada. Sin embargo, yo lo compraría por un precio bajito, a plazos... ¿Se admira usted de que quiera comprar una empresa caída, ruinosa? Pues, amigo, yo tengo mucha experiencia, conozco el país, pueden venir trastornos imprevistos... y con ellos el fracaso de la canalización (1907: 120)

Pero también, como uno de sus agentes, de nombre Polanco, le confirma el éxito de otra operación: “Dio parte a su jefe de haber efectuado la operación ordenada, la compra de tierras cultivadas a orillas del río Magdalena, para revendérselas a la empresa de canalización, que las necesitaba con urgencia, realizando así una ganancia cuantiosa e

inmediata” (1907: 121). La apuesta de Montellano se resuelve a su favor solo unas páginas más adelante, cuando Bellegarde negocia con el magnate la compra de las tierras:

-Venía a tratar de las tierras que usted ha comprado por medio del señor Polanco -y se inclinó ante éste- en las márgenes del río. Usted me ganó de mano. Está bien. Ha tenido fe en la prosperidad de la empresa. Yo debo pagar mi descuido y la fe de usted. A mí me complace que todos los colombianos ganen. ¿Quisiera por esas tierras el doble de su costo?... Sería una utilidad... permítame -sacó un memorándum, hizo rápidamente una cuenta--, una utilidad para usted de doscientos mil francos (1907: 123)

Ambos negocios dan cuenta de la inteligencia y sagacidad de Montellano, mostrando que la canalización del Magdalena era un activo más en el mercado de los valores para esta clase emergente. No obstante, el juego logrado por Montellano va mucho más allá, como el lector descubre inmediatamente; la misión de su agente Polanco era doble: no solo había propiciado la compra de las tierras y el comercio a lo largo del río, sino también había incitado el disgusto general frente al Gobierno y el proyecto de canalización. En “Horrores de la paz”, el capítulo siguiente, se muestra de manera más clara la posición ambivalente del magnate. Montellano no solo acuerda con el general Lándaburo el traspaso de una salinas, lo que generaría un gran detrimento económico al gobierno, sino que este le confiesa los planes de una insurrección pronta a tomar lugar en todo el país. A pesar de no involucrarse con ningún comentario, el magnate comprende inmediatamente los alcances del mismo. Por su despacho, después de Lándaburo, pasa el comerciante de telas Gacharnah, quien se descubre como algo más que un vendedor de paños al ofrecerle al millonario otros productos mejores, como “los armamentos, los buques armados” (1907: 131). A pesar de que el negocio es rechazado por Montellano, este le sugiere de negociar con el grupo de Lándaburo, del cual hace parte su agente Polanco, dejando en el aire sus reales intenciones. No obstante, Gacharnah nos regala probablemente la mejor descripción de los negocios del magnate al responderle: “-Ya sé, ya sé, señor Montellano- prorrumpió el extranjero furioso-, que para usted los revaluadores y los íntegros, la paz y la guerra, todo es igual, porque sabe sacar partido de todos los partidos, de todos los hombres y de todas las situaciones” (1907: 131). En el crepúsculo de la guerra, después de descubrirse la muerte de Bellegarde y antes del combate que precede el final de la novela, se sucede una conversación entre Roberto y Alejandro que sintetiza el accionar del magnate: “Montellano jugó a la guerra y ganó: nosotros jugamos a la paz y perdimos” (1907: 419).

Por otro lado, como ha observado Margarita Londoño Krakusin, el personaje de Roberto Ávila es el “epicentro del mundo ficcional de *Pax*”, dado que “sus conflictos interiores,

sociales y económicos, al igual que sus ideas políticas, son *tópicos* del drama que se representa en *Pax* y, a la vez, *motivos* que impulsan las acciones del protagonista” (2000: 142). En especial, la relación del personaje con el proyecto de canalización simboliza la otra cara de la moneda de lo que representa Montellano. Si el magnate simboliza la ganancia y la suerte, Roberto simboliza la decadencia y el drama. A pesar de que sus intereses también son económicos, su mirada a las obras en el Magdalena pasa principalmente por salvar su patrimonio familiar y, por ende, su linaje, que descende de los conquistadores españoles. El inmenso desastre de la fortuna Ávila estaba ligado “a los trastornos políticos, a las revoluciones continuas” (1907: 69) que destruyeron sus haciendas e inmensas plantaciones de tabaco y caña de azúcar en las vegas del río Magdalena.⁸⁷ Irónicamente, como explica Roberto en un pasaje, si sus antepasados combatieron por la gloria, su tiempo es el de la lucha por la existencia (1907: 67-77). Esa pelea por la subsistencia se ve representada principalmente en la casa familiar, la cual se transforma en el símbolo de su exiguo patrimonio y en la oportunidad para mejorar su futuro. Esto se lo explica a Alejandro en uno de los primeros capítulos: “Te conté que vendimos nuestra casa: en parte, para pagar deudas; en parte, para tomar acciones en esa grande empresa” (1907: 53). Por lo tanto, la venta de la casa al inicio de *Pax* tiene una doble significación: primero, le permite a Roberto vincularse al proyecto de Bellegarde a través de la compra de acciones y, por lo tanto, redimir su pasado; segundo, marca la entrada de la ya mencionada clase social que representa Montellano, dado que es justamente él quien compra la propiedad.

El contraste entre Montellano y Roberto señala las dos clases sociales que giran alrededor del proyecto de canalización. Como Roberto lo explica en una de las conversaciones con el magnate: “tenemos dos idiomas distintos, somos de dos razas opuestas” (1907: 303). Nótese cómo aquí la raza no se conecta necesariamente con un tipo regional. Nunca se menciona, por ejemplo, la posible ascendencia antioqueña de Montellano, sino con un concepto de la vida. Si para Roberto la humanidad se divide entre “artistas y salvajes”, para Montellano es entre “ricos y pobres” (1907: 303). No obstante, la actitud de Roberto no deja de ser paradójica, dada la necesidad misma del éxito del proyecto para lograr su sobrevivencia y la de su linaje.

En resumen, los dos personajes dan cuenta de cómo la intervención del Magdalena afecta los destinos individuales de cada uno: mientras unos ascienden, otros descienden. Si el

⁸⁷ La historia trágica de la familia Ávila retoma elementos sobre las diferentes personas y familias que lograron la conquista de los valles del Alto Magdalena, relatados en *Los trabajadores de la Tierra Caliente* (1899) de Medardo Rivas (como ya se ha mencionado, padre de José María Rivas Groot).

personaje Montellano asciende a través de su sagacidad y astucia en los negocios, junto con las ganancias que le provee el proyecto, Roberto desciende junto a una clase social que va siendo desplazada en las nuevas décadas del siglo XX. Especialmente, la muerte trágica de Roberto en la última página de la novela no solo logra refuerza el mensaje de la decadencia, sino también la imposibilidad de la élite de ponerse de acuerdo y llevar a cabo los soñados proyectos de infraestructura en el país. La guerra termina por arrasarlo todo, incluso a sus ideadores, como lo relata el narrador. Hacia el final del conflicto, el narrador se lo relata al lector así:

De la Empresa todo había desaparecido: la inmensa maquinaria, las dragas, locomotoras, diques, plantaciones, edificios, buques... y, por último, el conde... Todo había naufragado, todo se había consumido, como arrebatado también por las sombras... (1907: 421).

En definitiva, *Pax* narra los sueños inconclusos de la élite criolla sobre los proyectos de infraestructura alrededor del río Magdalena desde mediados del siglo XIX. La intervención alrededor del control de sus aguas —su canalización y domesticación— se convierte en el centro de la discusión nacional sobre el progreso; los diques móviles, la construcción de Puerto Borja, la esperanza de convertir a Honda en un puerto de mar se vuelven las fantasías que conectan al curso fluvial con las intenciones de vincular a Colombia con el sistema económico global. *Pax* no solo narra una sociedad en transición, como es la colombiana de inicios del siglo XX, sino también con ironía y pesimismo, narra cómo el fracaso del proyecto de control de las aguas del Magdalena es también el fracaso de la nación misma. Como muestra la novela de Marroquín y Rivas Groot, el río se había convertido en el río de la nación en el papel, pero la realidad era bien distinta.

Entre el río de agua y el de tinta, 1850-1930

Como señala Germán Palacio Castañeda, el proceso de la “naturaleza liberalizada” llegaría a su fin durante la tercera década del siglo XX, cuando un nuevo periodo se abre, impulsado por la modernización del Estado a manos de la nueva República Liberal.⁸⁸ En el caso de las aguas y tierras alrededor del valle del Magdalena, los tres cuartos de siglo que pasaron desde las reformas liberales decimonónicas lograron resultados impresionantes. Vieron no solo

⁸⁸ Inicialmente, Palacio Castañeda señala que dicho proceso culminaba hacia 1920 (2001: 27-28). No obstante, en su libro *Fiebre de tierra caliente. Una historia ambiental de Colombia 1850-1930* (2006), lo extendería hasta finales de la década, incluyendo los años conocidos como de la “danza de los millones”, tanto por los efectos del crecimiento de la economía cafetera como por los abundantes capitales norteamericanos que llegaron al país debido a la pérdida de Panamá.

un cambio en el balance demográfico de la nación, que se desplazó de la fría cordillera Oriental hacia la templada cordillera Central, sino también la conquista de las tierras templadas y calientes de ambas cordilleras.

En el caso del río Magdalena, en particular desde Honda hasta la desembocadura, se desarrollaron proyectos de infraestructura que buscaron realizar la soñada conexión con los mercados internacionales, donde el fluir de las aguas se sucediera sin contratiempos y de la manera más eficiente posible. El Magdalena se convirtió en el centro de dicho proyecto, en un río para la nación. El fluir de las aguas del río fue convertido por parte de la élite criolla en una esperanza para el futuro, representándolo como el camino idóneo para el proyecto de civilización de la nación. Sin embargo, la distancia entre el río de agua y el de tinta imaginado por la élite se fue ampliando con el paso de las décadas, apartando el ideal de la realidad y sumando frustraciones con proyectos e iniciativas que no se completaban. Los retos que imponía la agencia del río se seguían imponiéndose a la imaginación de la élite criolla. Las necesidades económicas que le habían dado su importancia en la segunda mitad del siglo XIX se transformaron, hacia los años veinte del siglo XX, en el aspecto económico y social. El río Magdalena como vía fluvial fue relevado por otros medios de comunicación y por otras rutas. A pesar de ello, el río Magdalena se mantuvo en el imaginario colombiano como el río de la nación.

Como se nota en los textos de Samper y Camacho Roldán, la mentalidad de progreso y civilización se mantuvo a lo largo de la segunda mitad del siglo XIX. El cuadro de costumbres “De Honda a Cartagena” de José María Samper ejemplificaba cómo el Magdalena fue representado en dos secciones totalmente diferentes, a pesar de ser alimentadas por el mismo curso de agua. Lo que se extendía desde Honda hacia el nacimiento del río, el Alto Magdalena, representaba el progreso fomentado por las actividades extractivas, como la del tabaco, y que era la prueba viviente que la civilización era posible en las tierras calientes del río. En cambio, la porción ubicada debajo de Honda, el denominado Bajo Magdalena, era todavía un sinónimo de frontera y de tierra bárbara. El movimiento de Samper las reconoce como parte de la misma nación, habilitando su proceso de colonización. El curso fluvial sería el eje de dicho proceso; aquí, el hombre blanco de ascendencia europea sería el llamado a librar esa batalla, donde el vapor sería el actor clave que permitiría dicho proceso.

Fue a partir del último cuarto de siglo XIX cuando la aceleración de los proyectos ferroviarios y el impulso de las bonanzas agroexportadoras consolidaron la idea del

Magdalena como el organismo más importante para la nación colombiana. Las *Notas de viaje* de Salvador Camacho Roldán muestra el siguiente paso de la conquista del flujo del río, habilitado por el pensamiento Samper, que convertía al río dentro el cuerpo de la nación como su arteria principal. A pesar de que las metáforas corporales fueron usadas desde tiempos coloniales para referirse al Magdalena, pensarlas alrededor de la idea de civilización y progreso de la segunda mitad del siglo XIX planteaban una nueva relación con la materialidad del río y su intervención para garantizar su libre flujo. La mirada espejada de Camacho Roldán es bastante consciente de ello, al imaginarlo como el Mississippi colombiano, si los enfrentamientos entre diferentes facciones políticas lo permitían. El autor imaginaba el Magdalena como eje del desarrollo, por encima de otros ríos colombianos como el Cauca o el Atrato, con un comercio vibrante y grandes colonizaciones en sus riberas que permitieran el progreso de la nación. De nuevo, los factores materiales eran un inconveniente más a superar; lo importante era el flujo sin contratiempos por sus aguas. Sin embargo, el tormentoso fin de siglo colombiano, con sus guerras civiles, cambios políticos y proyectos inconclusos, terminarían por mostrar que la visión del Magdalena de Camacho Roldán era más la de un río de tinta que el de agua.

Sin duda, en este punto ya se comenzaba a traslucir el fracaso parcial de las reformas liberales radicales que, incidentalmente, habían fomentado el latifundio y el desarrollo de un capitalismo agrario. La efectividad del reparto de los resguardos indígenas, la desamortización de los bienes de manos muertas y el traspaso de baldíos a particulares mostraba una “incuestionable brecha entre la letras y las intenciones de las leyes y las dificultades de su aplicación en las localidades donde estaban las propiedades en cuestión” (Palacios, 1999: 90). Es durante estas décadas que el “latifundismo y poder político quedaron fundidos en una sola pieza” (Palacios, 1999: 91) y, en consecuencia, la fuente de la riqueza y la propiedad privada sería el poder. A su vez, como se verá en el tercer capítulo, se configuraría como la fuente de la violencia política en el siglo XX.

La novela *Pax* (1907) de Lorenzo Marroquín y José María Rivas Groot, injustamente olvidada por la crítica literaria colombiana, precisamente exponía en la ficción esa distancia entre el proyecto ideal de la nación y su realidad. Si el libro *Notas de viaje* era un canto a las posibilidades del progreso, la novela *Pax* era la narración de la tragedia colombiana. El proyecto de canalización y colonización del río propuesto por el conde francés Bellegarde representaba ese sueño húmedo de las élites respecto al Magdalena, llevando a la ficción la mirada espejada de Camacho Roldán. No obstante, la guerra civil hace presencia en la novela destruyendo cualquier avance de las obras, asesinando a sus promotores y acabando

con las ilusiones tanto nacionales como individuales. Estas últimas dos escalas sugerían algo similar: a pesar del creciente flujo de capitales y mercancías a través del río, este todavía era incipiente para los sueños de la élite.

En el periodo que se alarga desde 1886 hasta 1930 existió un desplazamiento en los polos del desarrollo económico en Colombia. El oriente del país (Santanderes, Cundinamarca, Boyacá y Llanos Orientales) que tuvieron una gran relevancia económica durante la Colonia y la Independencia fue paulatinamente reemplazado por el occidente del país (Medellín, Cali y Buenaventura, Barranquilla) que ganó mayor relevancia (Uribe Celis, 2006: 260). Las razones implicarían una historia económica que excede los objetivos de esta tesis, pero pueden ser sintetizadas en el surgimiento de nuevas industrias, la transformación de las lógicas del comercio exterior, las complejas condiciones del Magdalena y obviamente, en lo repetido por *Pax*, en la incapacidad política de la élite para ponerse de acuerdo en un proyecto nacional que lo desarrollara.

A nivel internacional, la pérdida de Panamá en 1903 y la posterior apertura del Canal en 1914 propiciaron en Colombia una discusión sobre los medios de transporte y su desarrollo hacia el Caribe o el Pacífico. A pesar de que el proyecto del Ferrocarril del Pacífico, entre Cali y Buenaventura, existía en papel desde la mitad de siglo XIX y había logrado abrir su primer tramo en 1882, el desarrollo de proyectos ferroviarios se había enfocado en el de conectar los centros andinos con el eje sur-norte del Magdalena. Posada Carbó explica que, en las primeras décadas del siglo XX la “navegación azarosa, ineficiencia en el manejo de la carga y malestar laboral” a lo largo del río Magdalena generaron “la búsqueda de rutas alternativas y de nuevos medios de comunicación” (Posada Carbó, 1998: 278). De hecho, como señala el historiador, a pesar del crecimiento de Barranquilla en el primer cuarto de siglo las exportaciones desde Buenaventura, ya para 1926 se habían multiplicado por más de cinco, mientras que en los puertos caribeños no se habían siquiera duplicado (Posada Carbó, 1998: 280).

El gradual cambio de un eje vertical (sur-norte) a uno horizontal (oriente-occidente), no quería decir que el sueño de una navegación sin dificultades en el Magdalena y de un “río educado”, por usar la expresión de Bellegarde, se extinguiera. De hecho, en la mentalidad de parte de la clase dirigente de los años veinte seguía vigente. Por ejemplo, en 1920, el gobierno de Marco Fidel Suárez celebró un contrato con la casa Julius Berger Konsortium con el propósito de realizar un mapa general, hacer estudios y ejecutar trabajos a lo largo del río. En el extenso informe del proyecto publicado en 1926, se resumen los problemas

del socavado (excavación profunda generada por la fuerza del agua) que cerca de las orillas causan un desmoronamiento prolongado debido a las materias deleznales que lo componen. Igualmente, los acarreos del río se depositan en la parte inferior de los socavados reduciendo disminuyendo de la fuerza de arrastre y reduciendo la profundidad. Agrega, además, que el peor enemigo del río son los árboles arrastrados por la corriente que se hunden en el fondo, represando las arenas y causando centenares de siniestros. El informe de Berger agrega que, por eso, el dragado que se había hecho en el río en el último cuarto del siglo XIX había resultado insuficiente y muchas veces nulo, dado que el trabajo mecánico de meses se perdía con una sola creciente que arrastraba nuevas arenas. Para ello propone que es necesario regularizar las riberas tanto con pilotes resistentes y faginas dobles con el propósito de evitar los socavados. Además, evitar la llegada de troncos al río con una tala preventiva en zonas específicas e intensificar su extracción por todos los medios.

A pesar de la profundidad y extensión del informe de 1926 de Berger, al igual que los resultados positivos de sus trabajos, el desfase entre el papel y la realidad planteado por Marroquín y Rivas Groot respecto al río Magdalena persistía y seguía atormentando a las élites hasta bien entrada la década. Lo anterior se ve claramente en el sueño de Luciano Pulgar que abre este capítulo, donde un expresidente como Marco Fidel Suárez soñaba todavía con el Magdalena como eje de la nación. “El sueño del Magdalena”, citado al inicio de este capítulo, no sería el único. Dos semanas después, el 27 de marzo de 1926, Suárez publicaría un segundo texto al respecto: “El sueño de la canalización”. Aquí Suárez, a través de la voz de Luciano, explicaría las contrataciones que realizó con la casa alemana de Julius Berger y que generarían el primer estudio serio del Magdalena. En este se relatan las obras y las tensiones que generaba:

Pues que el gobierno acaba de abrir los ojos para anudar con la casa alemana de Julius Berger el convenio que inició el régimen paria, y que en su tiempo dio muchos pasos, respecto del mapa y de la limpia del río Magdalena. Como decía y dice aún don Luciano, esa gran mejora, confiada a una de las casas más acreditadas del mundo en materia de ingeniería náutica y fluvial, no debe consistir en canalizar el río con obras de fábrica, porque eso sería tan largo y costoso como la Muralla de la China; su objetivo consistiría en

mantener el cauce navegable por medio de las mismas palizadas y dirigiendo las corrientes como lo sabe hacer esa sociedad, y lo ha hecho en varias naciones (1941: vol. 7, 228).⁸⁹

El símil entre la idea de canalización y la Muralla de China da cuenta de la envergadura de dicha empresa. En resumen, el sueño de canalización y, por ende, consagrar el río Magdalena como un río para la nación seguía siendo imperante para la tercera década del siglo XX. A pesar de ello, ya para el año de 1931, las exportaciones por el Pacífico, a través del puerto de Buenaventura, excedieron a las de Barranquilla y, en 1934, Buenaventura se convirtió en el mayor puerto exportador de Colombia (Posada Carbó, 1998: 281). Lo anterior significó la decadencia económica del Magdalena, que en las décadas siguientes vería su importancia relegada por la construcción de autopistas y ferrocarriles. “Es difícil determinar hasta qué punto el país estaba en capacidad de desarrollar un río como el Magdalena”, reflexiona Posada Carbó, “pero es evidente que la inversión en el Magdalena fue baja y estuvo lejos de ser sistemática. A las difíciles condiciones físicas de navegación, se sumaron las deficiencias en el servicio de transporte y las agitaciones laborales, con lo que se desalentaba cualquier intento serio de invertir en el río (1998: 311).

⁸⁹ Luciano Pulgar se refiere con “gobierno paria” a la presidencia de Marco Fidel Suárez (1918-1921). El adjetivo ‘paria’ va referido a los orígenes humildes de Suárez y que lo convirtieron en un personaje inédito de la política nacional.

Capítulo II: El río muerto

Al sur estaban los pantanos, cubiertos de una eterna nata vegetal, y el vasto universo de la ciénaga grande, que según el testimonio de los gitanos carecía de límites. La ciénaga grande se confundía al occidente con los médanos del río de La Magdalena, una extensión acuática sin horizontes, donde había cetáceos de piel delicada con cabeza y torso de mujer, que perdían a los navegantes con el hechizo de sus tetas descomunales. (García Márquez, 1966: 8-10)

El 22 de julio de 1966, Gabriel García Márquez puso punto final a la versión definitiva de *Cien años de soledad*. La novela saldría publicada el año siguiente, en mayo de 1967, solo unas semanas después del cuarenteavo cumpleaños del autor, cerrando un ciclo creativo que retrocedía más de quince años atrás, encapsulando su narrativa temprana y destilando sus preocupaciones literarias hasta el momento. Como señala el sociólogo de la literatura Álvaro Santana-Acuña, diversas cosas cambiaron en la gestación final de la novela entre 1965 y 1966, muchas de las cuales fueron “key to the construction of the novel” (2020: 149).⁹⁰ Un cambio pequeño, que podría pasar por nimio o insignificante, tuvo lugar entre la versión del primer capítulo que circuló en el magazín dominical de *El Espectador* del 1 de mayo de 1966 y la que finalmente llegó a las librerías un año después. En la primera, los lectores pudieron ubicar e identificar fácilmente a Macondo como un pueblo colombiano gracias a una referencia geoespacial concreta: “La ciénaga grande se confundía al occidente con los médanos del río de La Magdalena, una extensión acuática sin horizontes”. No obstante, la versión final eliminaba esta referencia geográfica, dejando a Macondo en el territorio de lo mitológico, así: “La ciénaga grande se confundía al occidente con una extensión acuática sin horizontes” (García Márquez, 2007 [1967]: 19). La eliminación de esta mención, junto a otras a lo largo del primer capítulo, era razonable dentro de las intenciones estéticas del autor, que exploraban una visión más latinoamericana: “García Márquez sought to create the impression that Macondo could be a cosmopolitan and

⁹⁰ Santana-Acuña comenta que cuando se comparan las versiones del capítulo 1 (publicada 1 de mayo de 1966, magazín dominical de *El Espectador*, 8-10) y del capítulo 2 (publicada en agosto de 1966 en la revista *Nuevo Mundo* en Francia) que vieron la luz con la versión final de *Cien años de soledad* se encuentra que hubo en total 42 y 51 cambios respectivamente. (2020: 149)

typical village in any Latin American Country” (Santana-Acuña, 2022: 149).⁹¹ A pesar de esto, ¿dónde quedaba el río Magdalena? El proceso de supresión del nombre río, tan elemental como poderoso, parecía mostrar paradójicamente un indicio de la relación que los colombianos habían establecido con el Magdalena a lo largo del siglo XX, su muerte material y simbólica.

A lo largo de este capítulo, se analiza el río Magdalena a partir de una de sus características materiales: la de su ciclicidad. Es decir, la concepción de que todo alrededor de un río es dinámico y que está íntimamente conectado con un gran ciclo global donde los ríos son solo una parte del todo (Fleming, 2017: 4). El agua insiste en moverse no solo cuando fluye líquida en el cauce de un río, sino cuando sufre diferentes procesos físicos y químicos, como los de evaporación (vapor) o condensación (lluvia). Efectivamente, el ciclo hidrológico está bien establecido en nuestras mentes; sabemos que el agua se mueve de los océanos hasta las nubes, desde donde llueve hacia las montañas, fluye por los ríos y vuelve hacia el océano para comenzar de nuevo. En particular, el cauce del Magdalena está íntimamente ligado con procesos como la lluvia a lo largo de toda su cuenca, que a su vez está influenciada por eventos atmosféricos continentales como el fenómeno del Niño y la Niña, o de la humedad generada en las montañas del Macizo Colombiano por la cuenca Amazónica. Sean W. Fleming argumenta que las cuencas de los ríos tienen el poder de recordar: culturalmente, geológicamente y ecológicamente. Es decir, lo que pasó afecta lo que sucede ahora y, a su vez, lo que sucede actualmente, afectará lo que está por venir (2017: 37). La conexión entre pasado, presente y futuro da cuenta de cómo los ríos son un espacio distintivo para la negociación simbólica de la conciencia crítica que forma memorias colectivas y subjetivas (Pettinaroli y Mutis, 2013: 6). Asimismo, como se ha visto a través de los diferentes ejemplos de la materialidad narrativa los ríos se configuran como “living, agentic entities with lively powers of expresion” (Oppermann, 2023: 5). Al mirar con los lentes de una ontología relacional las historias de las aguas resaltan no solo la “seismic rupture in the Earth’s hydrosphere” (Oppermann, 2023: 40) generada por la acción humana, sino en su intercambio con cuerpos humanos y más que humanos, minerales y sustancias se suceden múltiples historias.

Lo anterior se complejiza mucho más al valorar la relación de los procesos hidrológicos con actores sociales estableciendo una relación dialéctica denominada por Jamie Linton y

⁹¹ Santana-Acuña explica en el capítulo 6 “A Novel Without Borders” de su libro, que estos cambios fueron esenciales para universalizar a Macondo contribuyendo a que *Cien años de soledad* se convirtiera en un clásico global.

Jessica Budds como el “ciclo hidrosocial” (2013). Estos autores lo definen de la siguiente manera “the hydrosocial cycle represents the process by which alteration or manipulation of water flows and quality affect social relations and structure, which in turn affect further alteration or manipulation of water” (2013: 6). En el caso del ciclo hidrosocial del Magdalena, como ya se ha señalado anteriormente, tiene una estrecha relación con los procesos de deforestación y otros procesos antrópicos que se empiezan acelerar a lo largo del siglo XX a lo largo de toda la cuenca. Así, el discurso del río muerto surge con una doble acepción que son dos caras de la misma moneda: la de la muerte del Magdalena como río para la nación y la de su degradación ecológica a manos del hombre.

Con base a lo anterior, este capítulo piensa la ciclicidad del Magdalena y su relación con el discurso del río muerto a partir de la vida y obra de Gabriel García Márquez. En un primer momento, se analiza la obra temprana del autor, que se cierra con su novela más conocida, *Cien años de soledad* (1967). En este recorrido, se muestra la presencia constante, dentro la construcción del espacio narrativo, de fenómenos atmosféricos como la lluvia o la humedad y que han sido definidos por el crítico literario Ernesto Volkening como una “obsesión meteorológica-barométrica” (2010 [1963]). Al igual que los fenómenos atmosféricos, se señala la presencia recurrente de ríos desbordados generando estragos en los espacios narrativos. Como se muestra en la cita que abre este capítulo, las referencias geoespaciales que construyen los espacios narrativos de García Márquez, a pesar de ser típicamente caribeñas, son durante este periodo principalmente anónimas. A su vez, esto no solo señala la importancia del agua dentro de la narración sino también una consciencia extendida de su presencia en diferentes formas dentro del espacio.

En la segunda parte, se parte del artículo “El río de nuestra vida” (1981) para establecer la relación personal de Gabriel García Márquez con el río Magdalena hacia inicios de la década de los ochenta. Por un lado, apoyado en su biografía, se argumenta cómo el río Magdalena marca su infancia y juventud. Es necesario recordar que el tiempo vital del futuro escritor, que nace en Aracataca en 1927, se solapa con los procesos de modernización que empieza a vivir Colombia a partir de la década de los treinta, extendiéndose hasta mediados de los cuarenta, pero que fracasan en consolidar el río como el eje de la nación colombiana. Por otro lado, el autor, ya mayor, con el éxito y la fama a sus espaldas, se encontrará con que el río que había vivido en su primera décadas de vida había desaparecido o, como lo describiría en el artículo ya mencionado: “El río Magdalena está muerto, con sus aguas envenenadas y sus animales exterminados” (1981). Asimismo, esta parte plantea el vínculo entre la memoria personal y la colectiva, explicitando algunas las

razones de la muerte del río: la pérdida de relevancia social y económica, la degradación ambiental y la muerte simbólica en el discurso nacional. Volviendo sobre la nota de prensa y su autobiografía, se sugiere que en García Márquez se configura una “nostalgia fluvial” del río Magdalena. En otras palabras, siguiendo la propuesta teórica de Svetlana Boym (2015), se plantea que el autor experimenta una sensación de pasmo y desplazamiento, vinculando su memoria personal y colectiva del Magdalena con la imposibilidad de reconstruir ese “río de la vida” que conoció en su infancia.

Si los textos analizados en el primer capítulo de esta disertación muestran un creciente desfase entre el río de tinta y el río de agua, donde el primero promulgaba el Magdalena como un río para la nación que no correspondía con la materialidad fluvial, la nostalgia fluvial aparece como elemento agrupador de la narrativa garciamarquiana durante la década del ochenta. Concretamente, este ciclo conformado por las novelas *Crónica de una muerte anunciada* (1981), *El amor de los tiempos del cólera* (1985), y *El general en su laberinto* (1989), tiene en común la presencia del río Magdalena. En especial, en las dos últimas novelas, el río aparece por primera vez como una referencia geoespacial puntual, y en concreto, en la de 1985, la denuncia sobre la muerte del río es tácita. En estos textos, la presencia del río se vuelve parte esencial de la narración, tanto como un escenario teatral por donde entran y salen los personajes, como en *Crónica de una muerte anunciada*, como el espacio del desarrollo de los nudos de la narración, como en los viajes de Florentino Ariza y Fermina Daza por el Magdalena en *El amor de los tiempos del cólera*, o como el articulador de la misma trama narrativa, como el viaje al exilio de Simón Bolívar, que tiene lugar en *El general en su laberinto*. Al respecto, se argumentará que el papel del río narrado por García Márquez dentro de estas novelas plantea una relación no solo con el amor y el poder, sino también con su misma materialidad y con el pasado histórico de la nación, su truncada modernización y su actual crisis ambiental. Las tres novelas no solo dan cuenta de cómo el río es narrativo en diferentes escalas —individual y colectiva—, sino que también plantean interrogantes cruciales sobre el futuro del mismo. Leídas en conjunto, las tres novelas dan la sensación de una exploración temporal de la materialidad narrativa del Magdalena desde los tiempos más modernos de mediados del siglo XX en la primera novela, devolviéndose de este ese siglo hasta mediados del anterior en la segunda para culminar en la independencia y primeros años de la República en la última.

En este sentido, se puede decir que la vida y obra de Gabriel García Márquez están atravesadas por el río Magdalena. A pesar de que el cauce fluvial, o en un sentido amplio el ciclo hidrosocial con sus lluvias, aparece a lo largo de su obra, es solo en el momento de

escribirlo con nombre propio cuando el autor toma conciencia de que el Magdalena se ha convertido en un río muerto. Esa toma de conciencia, que implica una reflexión sobre el pasado, presente y futuro del río, se extiende por toda la década de los ochenta, apareciendo tanto como una “nostalgia fluvial” por el Magdalena que fue y que ya no será, como una crítica al modelo que ha deforestado las riberas del río y contaminado sus aguas.

Notas sobre lluvias incesantes y agua por todas partes

Las creaciones de García Márquez [...] no se conciben sin aquel fondo, y su perfil, más que un estilo que, como quedó dicho, difícilmente se acomoda a tales cánones, es el de un cuentista nato del trópico. [...] A todas luces, el arte narrativo de García Márquez se alimenta de una obsesión meteorológica-barométrica, manifiesta en la manera como aquel cálido, húmedo, lubrico o vaporoso penetra el tejido permeable de la narración, llena el espacio vacío que se extiende entre los personajes, los rodea de una especie de aura atmosférica y así se convierte en el medio unitivo, propio para crear la densidad peculiar del relato que nos tiene cautivos desde el principio hasta el fin. De esta suerte logra el narrador, sin proponérselo ni recurrir a una fábula trabajosamente elaborada o al suspenso artificial, uno de los principales objetivos del cuentista: la fascinación del lector quien, viéndose a su vez atraído y absorbido por ese medio envolvente, pasa al estado de participación mágica en la substancia del cuento. (Volkening, 2010 [1963]: 36)

En efecto, los cuentos de García Márquez habrán de parecer extrañamente fragmentarios y dejarán perplejos a muchos lectores que, confiando en pisar tierra firme por dondequiera que vayan, dan un paso tras otro hasta quedar, de repente, con un pie en el aire. Allende la zona habitada de Macondo bosteza el vacío. (Volkening, 2010 [1963]: 45)

Probablemente, Ernesto Volkening (1908-1983) puede ser considerado uno de los primeros críticos de la obra de Gabriel García Márquez, anterior al interés mismo que alcanzaría el autor y su obra luego de la publicación de *Cien años de soledad* (1967). En 1963, dos años después de la publicación de *El coronel no tiene quien le escriba* (1961) y un año después de la publicación de *La mala hora* (1962) y de *Los funerales de la Mamá Grande* (1962), el ensayista y crítico nacido en Amberes publicaba en el número 40 de la revista literaria *Eco, Revista de la Cultura en Occidente* su ensayo “Gabriel García Márquez o el trópico

desembrujado”.⁹² De manera general, Volkening planteaba que, a primera vista, la obra del joven escritor se puede ubicar en una tradición de la descripción del espacio natural criollo de novelas como *La vorágine* (1924) de José Eustasio Rivera o las obras de Rómulo Gallegos, donde lo natural asume manifestaciones de una vida autónoma e independiente. El crítico insistía en que, en García Márquez, asistimos a la presencia física y feroz de la lluvia, como la del calor y la humedad, que configuran “una obsesión meteorológica-barométrica”. Al mismo tiempo, sugiere Volkening, en García Márquez presenciamos “un proceso de desencantamiento consciente del trópico” (2010 [1963]: 38), donde el factor humano se acerca al mundo tropical como sucede en Rivera o Gallegos. En otras palabras, el narrador garciamarquiano recupera “el terreno que había perdido el hombre en su secular lucha fronteriza con la naturaleza y el espacio exterior” y “en cuyas inmensidades se disuelven los firmes contornos, se sustituye una dimensión, el plano por excelencia humano, propicio para el desarrollo de bien perfiladas individualidades” (2010 [1963]: 39).

Siguiendo la lectura crítica que realiza Volkening de García Márquez, esta parte del capítulo estudia la presencia de tres elementos narrativos dentro del ciclo narrativo que se cierra con *Cien años de soledad*. En primera instancia, la presencia de la obsesión meteorológica-barométrica descrita por Volkening y representada principalmente por la presencia de agua en forma de lluvia. En segundo lugar, la presencia de cuerpos de agua, como los ríos, dentro de los espacios narrativos de Macondo y “el pueblo” en sus novelas y cuentos. En ambos espacios de ficción, los cauces fluviales hacen presencia como parte del rompecabezas narrativo. La lluvia y los ríos narran no solo factores exteriores, como el aislamiento de los poblados o los abusos de poder de los políticos, sino también los conflictos internos de los personajes. En tercer lugar, presto atención a las referencias geoespaciales dispersas que ubican y desubican las lluvias y los ríos. Respecto a esto, intento mostrar cómo, a pesar de tomar elementos de la realidad caribeña que vivió el autor, muchas de estas narraciones van evolucionando hasta lograr una realidad total/novela total en *Cien años de soledad* (Vargas Llosa, 1972: 538).

Estos tres elementos buscan plantear cómo la narrativa temprana de García Márquez, la de “un cuentista nato del trópico”, como lo define Volkening (2010 [1963]: 36), propende a un mecanismo narrativo donde lo tropical hace la narración, pero al mismo tiempo no la

⁹² En dicho número también aparecería el ensayo “A propósito de *La mala hora*”. Igualmente, en los años siguientes, también aparecieron otros ensayos en *Eco* del crítico sobre la obra de García Márquez: “Anotado al margen de *Cien años de soledad*” (n. 87, 1967); “Cómo matar a un autor” (n. 147, 1972); “El patriarca no tiene quien lo mate” (n. 178, 1976). Como señala Álvaro Santana-Acuña, el crítico y el escritor estuvieron en contacto luego de la publicación de los primeros ensayos (2020: 112). De hecho, Volkening fue uno de los críticos que promovieron con entusiasmo la recepción inicial de *Cien años de soledad* (2020: 123).

nombra concretamente. “Allende la zona habitada de Macondo bosteza el vacío”, diría Volkening (2010 [1963]: 45). Cabe señalar que no se pretende realizar un análisis completo de toda la narrativa temprana garciamarquiana, un estudio que requeriría por sí solo una tesis completa, sino señalar algunas notas respecto a los tres elementos ya mencionados. Como se verá en la tercera parte de este capítulo, este hecho concreto de la narrativa garciamarquiana, donde abundan las aguas anónimas, contrasta con la elección de convertir al Magdalena en espacio declarado del ciclo de las novelas de los años ochenta.

Según la propuesta de Ángel Rama elaborada en *García Márquez: edificación de un arte nacional y popular* (1991), la narrativa del autor colombiano, desde la mitad de la década de los cuarenta hasta mediados de los sesenta, se puede organizar en tres periodos: 1) de finales de los cuarenta hasta la publicación de *La hojarasca* (1955); 2) desde la segunda mitad de los cincuenta y primeros años de los sesenta, culminando con la publicación de *El coronel no tiene quien le escriba* (1961); 3) el resto de la década de los sesenta, que termina con la publicación de *Cien años de soledad* (1967).⁹³ Asimismo, si seguimos también el estudio de Mario Vargas Llosa, *Historia de un deicidio* (1972), dichos periodos configuran principalmente tres espacios narrativos: Macondo, “el pueblo” y la localidad marina. Macondo, que es el espacio de dos de sus novelas, *La hojarasca* y *Cien años de soledad*, además de un par de cuentos, y que “en un momento de la evolución del mundo ficticio, acaba por absorber retroactivamente a los otros dos escenarios” (Vargas Llosa, 1972: 113). En cambio, “el pueblo” se encuentra ligado al pueblo de Sucre, donde García Márquez pasó sus vacaciones escolares durante la década de los treinta y cuarenta. Este espacio aparece principalmente en las narraciones del segundo periodo descrito por Rama, que incluye las novelas *El coronel no tiene quien le escriba* (1961) y *La mala hora* (1962), al igual que algunos de los cuentos incluidos en *Los funerales de la Mamá Grande* (1962). El último espacio mencionado por Vargas Llosa, la “localidad marina”, inspirada en la aldea de pescadores de Tasajera, cercana a Aracataca (1972: 114), aparece en el cuento “El mar del tiempo perdido” (1961), siendo parte de la transición entre *La mala hora* y *Cien años de soledad*.⁹⁴ A pesar de que los tres

⁹³ Sobre los periodos descritos por Rama, es importante mencionar su advertencia de que estos no corresponden necesariamente con el momento de publicación de las obras. Como se mencionará más adelante, el periodo narrativo que se cierra con *La hojarasca* ya probablemente estaba cerrado años antes. Igualmente, el segundo periodo incluye tanto *El coronel no tiene quien le escriba*, escrita principalmente en París en 1957, pero publicada solo hasta 1961, como *La mala hora*, escrita a finales de los cincuenta, pero solo publicada en 1962.

⁹⁴ Para el momento en que Vargas Llosa publica su ensayo en 1972, el cuento no había sido recogido en libro, como el autor bien señala (528). Este será parte del tercer libro de cuentos de García Márquez, *La increíble y triste historia de la Cándida Eréndira y de su abuela desalmada* (1972). Ya sea por desconocimiento o por falta de rigurosidad de Vargas Llosa, otro cuento que pudo haber conocido, como “El ahogado más hermoso del

espacios no corresponden rígidamente con los modelos, “las diferencias entre uno y otro son las mismas que existen en la realidad entre esos tres lugares” (Vargas Llosa, 1972: 114). Al ser los tres espacios parte de un territorio tropical, la presencia del calor y la humedad se corresponde con la presencia del agua en sus múltiples formas.

Volviendo nuestra atención hacia la narrativa corta del primer periodo señalado por Rama, en el volumen que compila los primeros cuentos de García Márquez, *Ojos de perro azul* (1974), la lluvia tiene un rol protagónico. Por ejemplo, en “Un hombre viene bajo la lluvia” (1954), el aguacero sugiere una clara relación con la espera y los recuerdos; “el clima representa un estado del alma como un presagio sobrenatural” (García Dussán, 2015: 84).⁹⁵ No obstante, probablemente sea en “Monólogo de Isabel viendo llover en Macondo” (1955), el cuento que cierra el volumen, donde la presencia de la lluvia tiene una mayor relevancia narrativa (Vargas Llosa, 1972: 258-327; Valcárcel, 1997; García Dussán, 2015; Moreno Blanco, 2023). Una presencia que establece una conexión, desde el título mismo, tanto con la protagonista —Isabel— como con el espacio del cuento —Macondo—. Al respecto, “la lluvia”, dice la crítica literaria Eva Valcárcel, “es el elemento originario del cuento si interpretamos el título en su literalidad” (1997: 386). Como señala el crítico literario Juan Moreno Blanco, este cuento es relevante dentro de la narrativa temprana garciamarquiana, dado que “el foco de percepción aumentaba su radio más allá de circunstancias estrictamente personales y nos daba un amplio paisaje social y geográfico” (2023: 326).

La narración del cuento sigue en primera persona a Isabel, una mujer embarazada, mientras describe los efectos de un aguacero invernal que, intempestivamente en mayo, sumerge a Macondo en una atmósfera de tedio y melancolía. Valcárcel arguye que la lectura simbólica de la lluvia en el cuento no es tan lineal, dado que “no fertiliza la tierra, sino que la destruye, de la misma manera que rompe las coordenadas espaciales y temporales, y

mundo” (1968), también se ubica en una localidad costera. Los cuentos son citados a partir de la edición de *Todos los cuentos* (2019 [2012]).

⁹⁵ En el libro *Ojos de perro azul*, editado por Plaza & Janés en Barcelona en 1974, se encuentran compilados por primera vez los 14 cuentos escritos por García Márquez entre 1947 y 1955, año de publicación de su primera novela, *La hojarasca* (1955). Antes de esta edición, algunos de los primeros cuentos fueron reunidos en ediciones no autorizadas: *El negro que hizo esperar a los ángeles* (1972), editado por Ediciones Alfíl en Montevideo en 1972, y otra titulada *Ojos de perro azul: nueve cuentos desconocidos* (1972), editada también en Montevideo por Equiseditorial. Esta última, como bien lo indica el nombre, solo incluye 9 de los 14 cuentos. A pesar de que Vargas Llosa (1972) es el primero en realizar una revisión de los primeros cuentos de García Márquez, “por falta de una investigación rigurosa y exhaustiva” (Gilard, 1976: 95), esto le lleva a omitir algunos de los textos. Una buena cronología de la primera narrativa corta de García Márquez se puede encontrar en Gilard (1976). El cuento “Un hombre viene bajo la lluvia” fue originalmente publicado en el magazine dominical de *El Espectador* el 9 de mayo de 1954; el cuento fue uno de los omitidos por el estudio de Vargas Llosa (1972). Está incluido en la edición de *Todos los cuentos* (2019 [2012]: 119–125).

altera los contenidos de la realidad y los presupuestos de la memoria” (1997: 386). No obstante, siguiendo a la crítica, la lluvia constante que ve caer Isabel sobre Macondo parece ser un “medio de purificación” de un castigo divino y que, por el final del cuento, contiene “una posibilidad de regeneración del microcosmos arquetípico denominado Macondo por medio de los personajes que, como Noé, eran justos y han sobrevivido al diluvio purificador” (Valcárcel, 1997: 387). Siguiendo el análisis de Valcárcel, la presencia insistente de la lluvia a lo largo de varios días del relato va deformando el espacio-tiempo de la narración; la tensión generada por el fenómeno meteorológico se va incrementando por diferentes elementos narrativos, entre ellos la muerte lenta de una vaca bajo la lluvia (2019 [2012]: 128). El interminable aguacero transformará poco a poco las sensaciones de Isabel: “Me sentía convertida en una pradera desolada, sembrada de algas y líquenes, de hongos viscosos y blandos, fecundada por la repugnante flora de la humedad y las tinieblas” (2019 [2012]: 129); y luego invadiendo el espacio de la casa: “Sólo entonces caí en la cuenta de que el agua me llegaba a los tobillos, de que la casa estaba inundada, cubierto el piso por una gruesa superficie de agua viscosa y muerta” (2019 [2012]: 129). El accionar no violento de la lluvia terminará destruyendo el contexto paisajístico de Macondo: “Se supo entonces que la iglesia estaba inundada y se esperaba su derrumbamiento” y luego “Alguien que no tenía por qué saberlo, dijo esa noche: ‘El tren no puede pasar el puente desde el lunes. Parece que el río se llevó los rieles’” (2019 [2012]: 130). La inundación, en el caso concreto de Isabel, acabará por extrapolarla de la realidad temporal, introduciéndola en un tiempo eterno que solo se romperá hacia el final del cuento con el pitido del tren que llega a Macondo y la realización de que había escampado.

El cuento “Monólogo de Isabel viendo llover en Macondo” se publica en su versión definitiva en 1955, en el mismo año que la primera novela *La hojarasca* de García Márquez. En ambos se establece una clara relación entre las aguas y el espacio narrativo de “Macondo”. Según el crítico Jacques Gilard, lo anterior se debe a que los dos textos hacen parte de una misma unidad narrativa escrita a inicios de los cincuenta, pero que solo verían su publicación a mitad de la década. Gilard argumenta que el cuento fue primitivamente un fragmento de la novela y que fue podado en el primer intento de publicación de esta en 1952 (1976: 103).⁹⁶ En la versión definitiva de la novela, que igualmente se ubica en el espacio de Macondo y cuenta con un personaje de nombre Isabel y su hijo pequeño, la

⁹⁶ El manuscrito de *La Hojarasca* fue ofrecido a la editorial Losada de Buenos Aires en 1952 y rechazada en una carta por parte del editor Guillermo de Torre que le recomendaba a García Márquez dedicarse a otro oficio. El episodio es narrado en *Vivir para contarla* (2002: 487-489). La novela solo verá la luz hasta 1955 en Bogotá.

lluvia solo se presenta como descripción de algo ya sucedido: “En el patio, sobre las piedras, se había formado una costra de tierra endurecida por la lluvia” (1998 [1955]: 56). En cambio, la presencia de un río vecino a Macondo es clara, pero sin ninguna referencia geoespacial concreta. El río se configura como uno de los espacios a los cuales el niño desea escapar mientras su abuelo, que tiene el título de coronel de la aldea, planea enterrar al recién fallecido doctor. Recuérdese que la trama de esta novela corta gira alrededor de cómo los habitantes de Macondo se oponen a dicho entierro y cómo la hija —Isabel— y el nieto se ven obligados a acompañar a su abuelo. En la narración a múltiples voces, la voz del nieto se enfoca en el asombro y misterio de la muerte, sin comprender plenamente por qué el pueblo no desea que el doctor, que vivió aislado durante la última década, sea enterrado. En particular, en el capítulo cuarto, el río anónimo aparece como ese espacio donde escapan el niño-narrador y sus amigos —Tobías, Abraham y Gilberto— para nadar y disparar a los pájaros. En dicha escena, críticos literarios como Daniel Balderston (2008) y Jesús Lúquez Fonseca (2013) han planteado cómo tensiones homoeróticas reprimidas por el niño salen a relucir:

Quiero ir solo con Abraham, para verle el brillo del vientre cuando se zambulle y vuelve a surgir como un pez metálico. Toda la noche he deseado regresar con él, solo por la oscuridad del túnel verde, para rozarle el muslo cuando caminemos. Siempre que lo hago siento como si alguien me mordiera con unos mordiscos suaves, que me erizan la piel (Gabriel García Márquez, 1998 [1955]: 71)

Más allá del dato escondido que puede guardar esta escena, el río se plantea como un exterior de Macondo y una parte esencial del espacio tropical construido por García Márquez.

A partir de la publicación *La hojarasca*, se abre un segundo periodo narrativo, según Rama, marcado por la influencia del periodismo y por el uso de “una lengua enunciativa, absolutamente impecable para describir sucesos con una visible preocupación de neutralidad expositiva” (1991: 86). Como bien lo interpreta Paula Andrea Marín Colorado en su lectura de Rama, aquí “la subjetividad narrativa y la experimentación con el lenguaje dan paso a un acercamiento más directo a la realidad de su momento [...], pero en su cotidianidad, como un eco de la escuela neorrealista” (2015: 115). Esto es visible en la descripción urbana que se realiza en la segunda novela *El coronel no tiene quien le escriba* (1961), como argumenta Vargas Llosa, donde la narración en primera persona es reemplazada por un narrador omnisciente que describe “el pueblo” de forma objetiva: “lo que compone la realidad visual adquiere una concreción, una materialidad mucho mayor

que la que teníamos en *La hojarasca*” (1972: 342). La novela significa una “ampliación de los límites espaciales de la realidad ficticia: a Macondo se suma ahora el pueblo sin nombre” y donde aparece en una brevísima mención un hito geográfico, Manaure (2020 [1961]: 46), que volverá a aparecer en “Un día después del sábado” y en *Cien años de soledad* (Vargas Llosa, 1972: 335). Al igual que Macondo, “el pueblo” también parece estar situado cerca de un río.⁹⁷ Un hecho que lo comprueba años más tarde el mismo autor en una entrevista: a la afirmación de que el espacio de estas novelas era “un pueblo sin tren ni olor a banano”, agrega inmediatamente “pero con un río. Un pueblo al que sólo se llega por lancha” (Mendoza y García Márquez, 1982: 57). El coronel, veterano de la Guerra de los Mil Días, visita cada viernes la oficina del puerto con la esperanza de recibir una confirmación sobre una pensión de la guerra civil. “El río era una lámina de acero” (2020 [1961]: 74), como lo describe el narrador, parece ser el medio de comunicación principal de “el pueblo”, a diferencia del tren en Macondo de los textos ya comentados. Como lo señala el narrador, las lanchas llegan en caravana, la del correo por última, todos los viernes al puerto, desde “donde los viajeros descendieron estragados después de ocho horas sin cambiar de posición” (2020 [1961]: 21). Asimismo, este espacio es descrito como un “laberinto de almacenes y barracas con mercancías de colores en exhibición” (2020 [1961]: 74). Aparte de la imagen portuaria, el río cuenta con una presencia sensible a lo largo de la novela. No solo como la imagen de la desesperanza del coronel, sino también del sentimiento de la muerte. Esto queda claro en uno de los episodios iniciales de la novela, donde el coronel asiste al funeral del primer muerto natural del pueblo; en la descripción de la escena, el río es equiparado con la muerte misma: “Otras mujeres vestidas de negro contemplaban el cadáver con la misma expresión con que se mira la corriente de un río” (2020 [1961]: 14). Como le dirá más adelante el administrador de correos al coronel respecto a la pensión que no llega y que debe llegar por el río: “Lo único que llega con seguridad es la muerte, coronel” (2020 [1961]: 62).

La rutina del coronel se repite de forma cíclica a lo largo de toda la novela. Paralelamente, la cuestión de la supervivencia cotidiana de él y su esposa componen el centro de la trama del libro; la cuestión recae en si vender el gallo de pelea heredado de su hijo Agustín. De forma similar a los dos textos comentados anteriormente, la presencia de la lluvia es clave en la construcción del espacio narrativo de *El coronel no tiene quien le escriba*. Los aguaceros de

⁹⁷ Al respecto, cabe señalar que Vargas Llosa parece confundirse al señalar las diferencias entre “Macondo” de *La hojarasca* (1955) y “el pueblo” de *El coronel no tiene quien le escriba* (1962), sugiriendo que en el segundo existía un río y en el primero no (1972: 342). Como ya se ha mostrado, en *Macondo*, el río aparece como otro espacio de la narración.

invierno de octubre, a diferencia de las lluvias de mayo de “Monólogo de Isabel viendo llover en Macondo”, parecen ser cíclicas, dado que paran y vuelven a comenzar a lo largo de semanas, a diferencia del cuento, donde se mantienen en forma creciente a lo largo de varios días. No obstante, el efecto generado por la lluvia parece ser el mismo, ya que causan sensaciones extrañas en el cuerpo de los personajes, en especial en el del coronel. Al respecto, el crítico literario Thomas F. Anderson ha señalado que son las imágenes de la “descomposición, la putrefacción y, sobre todo, la muerte misma” las que aparecen más insistentemente a lo largo de la novela (2000: 70). Ya en la primera página esto se explicita: “el coronel experimentó la sensación de que nacían hongos y lirios venenosos en sus tripas” (2020 [1961]: 7), y se insiste a lo largo del primer capítulo: “volvió a sentir el mes aciago en los intestinos” y hasta él mismo dice que “tengo los huesos húmedos” (2020 [1961]: 8). Esta condición termina por afectar también las facultades mentales del coronel y las de su esposa, que desde el mismo inicio de la novela está postrada en la cama con una crisis respiratoria. La lluvia invernal cíclica, que para y vuelve a comenzar, afecta el espacio, como lo sugiere el narrador: “[e]l pueblo se hundió en el diluvio” (2020 [1961]: 46). También revive en los dos personajes el recuerdo obsesionante de la muerte de su único hijo Agustín, asesinado por soldados del gobierno por distribuir noticias clandestinas. Anderson observa al respecto que “el recuerdo de su hijo muerto produce una amargura profunda en la vieja decrepita que le hace sentir la presencia de la muerte en sus entrañas” y agrega: “para la vieja esposa del coronel, la vida representa una fuerza aniquiladora que hace que la gente se descomponga lentamente” (2000: 73). La realización del fin llega hacia la última línea de la novela, donde el coronel experimenta su descomposición física y mental cuando le responde a su esposa que tendrán que comer “mierda” (2020 [1961]: 99) para sobrevivir. En este cierre se cumple la sentencia inicial de la esposa, que desde las páginas iniciales había sentenciado: “Nos estamos pudriendo vivos” (2020 [1961]: 11).

El año siguiente a la publicación de *El coronel no tiene quien le escriba*, verán la luz tanto el libro *Los funerales de la Mamá Grande*, que reúne cuentos escritos en la década anterior, como su siguiente novela, *La mala hora*.⁹⁸ Ángel Rama señala que las historias cortas incluidas en este

⁹⁸ El volumen de cuentos *Los funerales de la Mamá Grande* fue publicado por primera vez en Xalapa por la Universidad Veracruzana. Sobre su publicación, véase: Martín, 2009: 313. García Márquez comenzó esta novela durante su etapa como corresponsal de *El Espectador* en Europa (1955-1957) y la concluyó una vez que se estableció en México con su familia en 1961. A instancias de su amigo Guillermo Angulo, García Márquez envió el manuscrito al Primer Premio Literario Esso, patrocinado por la multinacional de combustibles. La novela resultó ganadora. La novela fue enviada a España para su publicación donde un corrector de pruebas de la Imprenta Luis Pérez decidió cambiar los americanismos por un español castizo. García Márquez desautorizaría esta edición diciendo que era una parodia del original. Solo la segunda edición, publicada en

volumen de cuentos muestran una panorámica de los diferentes periodos de la narrativa de García Márquez (1991: 69-70). Concretamente, “Un día después del sábado” y “Rosas artificiales” son coherentes con el primer periodo que se cierra con *La hojarasca*. Asimismo, los cinco primeros cuentos del libro (“La siesta del martes”, “Un día de estos”, “En este pueblo no hay ladrones”, “La prodigiosa tarde de Baltazar” y “La viuda de Montiel”) hacen parte del segundo periodo, mucho más realista, social y objetivo, además de ser más coherentes con *El coronel no tiene quien le escriba* y *La mala hora*. Y, por último, el cuento final que cierra el volumen, “Los funerales de la Mamá Grande”, anuncia la producción característica del último periodo de *Cien años de soledad*, señalado por Rama.

En líneas generales, la lluvia se muestra como una característica constante en todos los cuentos de *Los funerales de la Mamá Grande*. En “Un día después del sábado”, más coherente con la narrativa del primer periodo según Rama, vuelve a aparecer Macondo como espacio de la narración. Aquí, García Márquez de nuevo teje una narrativa compleja y humana de sus habitantes, marcados por la lluvia, la humedad y el calor. En cambio, como comenta el crítico Eder García Dussán, los aguaceros y las lluvias son “fiel acompañante de las reflexiones y anhelos de los personajes” en cuentos como “La viuda de Montiel” y “Un día de estos” (2015: 83). En el primero, por ejemplo, retorna la obsesión ya vista en *El coronel no tiene quien le escriba*: “Octubre se eternizaba con sus lluvias pantanosas y ella se sentía perdida, navegando sin rumbo en la desordenada y fabulosa hacienda de José Montiel” (2019 [1962]: 189). Al respecto de este cuento, García Dussán observa la lluvia “como símbolo común de la lluvia y las lágrimas de la viuda de Montiel” (2015: 83). En cambio, en el cuento “Un día de estos”, que replica un episodio de *La mala hora*, veremos que la primera línea de este sigue el patrón de la obsesión meteorológica: “El lunes amaneció tibio y sin lluvia” (2019 [1962]: 143).

Antes de pasar al último cuento, “Los funerales de la Mamá Grande”, es importante darle una mirada de conjunto tanto a la tercera novela *La mala hora* como a los cinco cuentos de *Los funerales de la Mamá Grande*, que según Vargas Llosa son primeras versiones de episodios o desprendimientos de la novela (1972: 487). De hecho, el grupo podría alargarse a la segunda novela *El coronel no tiene quien le escriba*, con la cual también comparten ambiente, personajes y motivos, configurándose como “una historia matriz” (Vargas Llosa, 1972: 486). Un ejemplo concreto es el cuento “En este pueblo no hay ladrones”, donde aparece de nuevo el río y las lanchas como parte del espacio narrativo y por donde el supuesto

México en 1966 por la Editorial Era, fue aprobada por el autor y reconocida como la primera edición. Véase: Martín, 2009: 321-323.

culpable del robo de las bolas de billar es escoltado fuera de “el pueblo”: “la lancha zarpó en seguida. El negro iba en el techo, amarrado de pies y manos a un tambor de petróleo. Cuando la lancha dio la vuelta en la mitad del río y pitó por última vez, la espalda del negro lanzó un destello” (2019 [1962]: 164). Las aguas aparecen de nuevo como lugar de conexión con el exterior, un procedimiento que vimos que se repetirá en las novelas de los ochenta, como *Crónica de una muerte anunciada*.

En cambio, *La mala hora* marca un nuevo nivel en la construcción del espacio narrativo de “el pueblo” en comparación con los cuentos y la novela anteriores. El libro relata la historia colectiva de “el pueblo” a lo largo de 17 días, entre el martes 4 de octubre y el viernes 21 de octubre, indagando por las motivaciones y consecuencias de la práctica de la violencia (Rueda, 2022: 464).⁹⁹ En líneas generales, “el pueblo” ha vivido durante los dos años anteriores una situación pacífica luego de un periodo de brutalidad violenta. No obstante, ahora está gobernado por un alcalde violento y corrupto perteneciente a la facción política responsable de la violencia anterior. A pesar de que la cárcel se mantiene vacía, la violencia siempre vuelve como tema recurrente de conversación, al igual que las autoridades y diferentes personajes se han beneficiado de dicha violencia. Según la crítica Lydia D. Hazera (1973: 472), en la novela se distinguen tres historias. Primero, la aparición de unos pasquines en el pueblo que desvelan varios secretos de los habitantes. No solo se narra la búsqueda del responsable —se acusa a Pepe Amador, quien luego muere en el interrogatorio—, sino también los efectos que tienen los papeles sobre el pueblo. Uno de los habitantes, César Montero, impulsado por la supuesta infidelidad de su esposa, comete asesinato y es encarcelado. La segunda historia es la del diluvio que desborda el río y anega al pueblo; esto implica el traslado de los habitantes hacia las zonas altas y la ocupación de diferentes territorios. La última historia es la de las actividades y respuestas del alcalde respecto a las dos anteriores, donde se mezclan los intereses políticos y económicos, al igual que la tensión generada por las violencias pasadas.

En general, los críticos contemporáneos de la novela (Volkening, 2010 [1963]: 47-56; Téllez, 1964; Carballo, 1967), al igual que algunos recientes (Rueda, 2022: 464-467), han notado en estas historias una narración de tipo realista. No obstante, otros han argumentado que en el mecanismo narrativo se gesta de forma disimulada una transición

⁹⁹ Cabe resaltar que esta novela ha sido una de las que ha recibido menor atención por parte de los lectores y críticos. Probablemente, esto ha sido exacerbado por la opinión del mismo García Márquez acerca de la novela, extensible a los otros textos de este segundo periodo narrativo: “No me arrepiento de haberlos escrito, pero constituyen un tipo de literatura premeditada, que ofrece una visión un tanto estática y excluyente de la realidad” (Mendoza y García Márquez, 1982: 60).

hacia lo fantástico (Vargas Llosa, 1972: 490-492; Hazera, 1973: 481). Esta “nueva etapa en el proceso de edificación verbal” no es menor, según el análisis de Vargas Llosa, a pesar de que no asistimos todavía a la introducción de hechos o seres imaginarios que veremos en *Cien años de soledad*, sí encontramos una “discreta conversión” de objetos de apariencia objetiva en objetos de otro orden (1972: 491). Al respecto, se podrían resaltar tres objetos: los pasquines estudiados magistralmente por Vargas Llosa (1972: 513-527), el dolor de muelas del alcalde comentado por Volkening (2010 [1963]: 51), y, por último, el clima y las inundaciones.

El motivo del clima en *La mala hora* subsiste a lo largo de toda la narración con un procedimiento similar al que hemos notado en los textos anteriores. De nuevo, el autor echa mano del clima para realzar los aspectos internos psicológicos de sus personajes, como ya hizo en “Monólogo de Isabel viendo llover en Macondo” o *El coronel no tiene quien le escriba*, pero también para evocar el trasfondo en el que se mueven los habitantes y proyectar el estado anímico del pueblo. Siguiendo lo ya comentado por Volkening sobre el ambiente de las novelas de García Márquez, el crítico literario Hernando Téllez define esta característica de la novela de la siguiente forma:

Hay otra cosa también admirable en esta novela: la comunicación con la atmósfera. Su trópico nos penetra hasta los huesos con su humedad pegajosa y nos agobia con su pesadumbre. El calor reina tiránicamente a través de sus palabras, y una luz que a veces es cegadora y a veces difusa, pasa y repasa por los días de su libro, iluminando y desvaneciendo los perfiles de los seres y de las cosas. (1964: 88).

Esa “comunicación con la atmósfera” se ve tanto en cómo el calor calcinante refleja la modorra y letargia física y moral de los habitantes, como también en cómo las constantes lluvias auguran la violencia que se avecina. Esto queda claro ya desde el cierre del primer capítulo, donde la carta del padre Ángel dice: “Está lloviendo otra vez. Con este invierno y las cosas que arriba le cuento, creo que nos esperan días amargos” (2014 [1962]: 25). La transformación del clima va paralelamente con la perspectiva de los habitantes de “el pueblo”, marcando la tensión entre ellos. El capítulo dos comienza con una descripción atmosférica: “El viernes amaneció tibio y seco” (2014 [1962]: 27), y las menciones respecto al clima van de la mano mientras se desarrollan las intrigas de los pasquines y el dolor de muelas del alcalde: “el calor se hizo más intenso con la proximidad del mediodía” y “el pueblo se cocinaba en el caldo de la siesta” (2014 [1962]: 32). Es en el capítulo tres donde las lluvias reaparecen: El invierno, cuya inclemencia había sido prevista desde los últimos días de septiembre, implantó su rigor aquel fin de semana. El alcalde pasó el domingo masticando

analgésicos en la hamaca, mientras el río salido de madre hacía estragos en los barrios bajos. (2014 [1962]: 51).

En este párrafo inicial queda clara la conexión entre la lluvia y el río. Esto tiene dos consecuencias: una en el espacio narrativo y otra en el desarrollo de la historia de la novela. Respecto a la construcción del espacio, notamos cómo la aparición del río acerca los espacios de Macondo y “el pueblo”. El río desbordado recuerda el cuento “Monólogo de Isabel viendo llover en Macondo”, donde las aguas terminan por inundar Macondo. Vargas Llosa comenta que a lo largo de *La mala hora* se confirma que los dos espacios “no son separables, que se trata del anverso y reverso de una sola realidad que adopta de ficción a ficción distintas máscaras” (1972: 488).¹⁰⁰ Si en el cuento la inundación violaba el espacio de la casa y el de Isabel, aquí traspasa el del pueblo tanto materialmente como simbólicamente, desentrañando una situación social y política.

Al respecto de la historia de la inundación y sus efectos en el pueblo de *La mala hora*, se deben resaltar un par de elementos. Probablemente, García Márquez se inspira en la realidad de La Mojana, que, como ya se mencionó, vivió durante su adolescencia, donde la tierra y los diferentes cuerpos de agua se invaden cíclicamente, convirtiéndolos en territorios anfibios.¹⁰¹ Por otro lado, el uso de las inundaciones y “el espectáculo de los hombres transportando sus casas hacia terrenos más altos” (2014 [1962]: 51) plantea cuestiones sobre la propiedad de la tierra, que se configuran como la semilla de las problemáticas de la violencia. Recuérdese que la violencia es un elemento clave durante este periodo de García Márquez, como señala Rama en su ensayo “Un novelista de la violencia americana” (1969), pero esta no se explicita como en gran parte de la narrativa sobre *La Violencia*, sino que es “concomitante de la opresión política” (1969 [1964]: 114), integrándose como “una condición natural” desde donde “operan una sutil transformación

¹⁰⁰ No obstante, la novela hace énfasis en que nos encontramos en “el pueblo” y no en Macondo: lo vemos cuando el Padre Ángel recuerda al “manso Antonio Isabel del Santísimo Sacramento del Altar Castañeda y Montero”, quien lo había sucedido en la iglesia de Macondo (2014 [1962]: 49), o más adelante cuando recuerda su “escueto cuartito de principiante en el ardiente mediodía de Macondo” (2014 [1962]: 100); también cuando se hace referencia a la pernoctación del coronel Aureliano Buendía en el balcón del hotel antes de ir a “convenir en Macondo los términos de la capitulación de la última guerra civil” (2014 [1962]: 57).

¹⁰¹ Al respecto, es útil la descripción que deja en su autobiografía: “No sólo el pueblo, sino la región entera, era un piélago de aguas mansas que cambiaban de colores por los mantos de flores que las cubrían según la época, según el lugar y según nuestro propio estado de ánimo. Su esplendor recordaba el de los remansos de ensueño del sudeste asiático. [...] Habría sido inútil, pues las calles rectas de tierra aplanada parecían tiradas a cordel para los pies descalzos y muchas casas tenían en las cocinas su muelle privado con las canoas domésticas para el transporte local. [...] La única condición de seguridad para los niños fue que aprendieran a nadar antes de caminar, pues el pueblo estaba dividido en dos por un caño de aguas oscuras que servía al mismo tiempo de acueducto y albañal. Los echaban desde el primer año por los balcones de las cocinas, primero con salvavidas para que le perdieran el miedo al agua y después sin salvavidas para que le perdieran el respeto a la muerte.” (2002: 186)

de los hombres” (1969 [1964]: 115). El narrador nos explica en *La mala hora* cómo el rico del pueblo, don Sabas, se aprovecha para alquilar un terreno a los desamparados por las inundaciones, a lo cual el alcalde responde ofreciendo un “terreno desocupado junto al cementerio” (2014 [1962]: 58). Aquí, el poder político se ve íntimamente ligado con el poder económico. El alcalde ayuda a los desplazados a ubicarse en los nuevos terrenos (2014 [1962]: 78) y, un par de páginas más adelante, se descubren sus intereses ocultos de venderle dichos terrenos al municipio, aprovechándose de los poderes que le otorga la situación política (2014 [1962]: 120).

Por otro lado, las aguas y los cuerpos que cargan son el augurio de la violencia que se cierne sobre “el pueblo”. Para ello, García Márquez echa mano de una imagen ya usada en “Monólogo de Isabel viendo llover en Macondo”, que es la de la vaca muerta bajo la lluvia. No obstante, aquí el motivo es ligeramente modificado, dado que la vaca llega por el río. El primero en observarla es el padre Ángel, quien al desviar la mirada hacia el río observa: “Una vaca ahogada, enorme, [que] descendía por el hilo de la corriente, con varios gallinazos encima” (2014 [1962]: 83). La imagen asemeja a la de un cadáver humano que desciende con la corriente, pareciendo anunciar la violencia que se cernirá sobre el pueblo. De hecho, la vaca aparece antes de la conversación entre César Montero —ya encarcelado por el asesinato— y el alcalde. En dicha conversación, los negocios entre ellos quedan a la luz, sugiriendo cómo sus pactos les permitieron sobrevivir a la violencia que había sufrido el pueblo. Más allá de lo desvelado en la escena, que muestra la conexión entre las diferentes facciones políticas y económicas, se narra la traslación de la descomposición social-política que genera la violencia hacia el espacio narrativo. Hacia el final de la conversación, justo antes de cerrar el acuerdo entre ambos que permitirá a César Montero ser trasladado sin pasar por la marabunta del pueblo que clama justicia, este, al observar por la ventana de la cárcel, dice: “Se vio en un pueblo distinto, frente a un río momentáneo” (2014 [1962]: 88). De hecho, Montero estaba viendo un pueblo diverso en plena descomposición, dado que: “en ese instante, una tufarada nauseabunda invadió la habitación”; a lo cual el alcalde respondió: “La vaca [...] debió vararse en alguna parte” (2014 [1962]: 88). Al igual que con los pasquines, objetos de apariencia objetiva, la vaca encallada y en descomposición en la orilla del río se había convertido en un objeto de otro orden. Si la conexión no quedaba clara, la vaca vuelve a aparecer más adelante cuando la viuda Montiel, al notar los desórdenes por intentar desvarar la vaca, sentencia: “Toda la noche pasé soñando con este olor [...] Ahora solo nos falta el diluvio” (2014 [1962]: 94). A lo que su contador Carmichael, que estaba junto a ella, agrega que ya había comenzado

hace quince días. Enseguida, la viuda responde: “Ahora hemos llegado al final. Sólo nos falta acostarnos en una sepultura, a sol y sereno, hasta que nos venga la muerte” (2014 [1962]: 95). Esta imagen bíblica recuerda la del diluvio universal, presente en cuentos como “Monólogo de Isabel viendo llover en Macondo” y que aparecerá con mucha más fuerza en la siguiente novela.

Volviendo a *Los funerales de la Mamá Grande* y antes de señalar algunas notas sobre *Cien años de soledad*, es relevante comentar el cuento que cierra y le da nombre al volumen. Vargas Llosa señala que, a primera vista, el cuento desentona con el resto del libro, dado que rompe la unidad de estilo y de asunto (1972: 460). No obstante, es bastante innovador en lo que se refiere a la posición de la realidad ficticia. El crítico Germán Castaño Restrepo señala que este cuento “inserta en la literatura la visión del mundo del pueblo de la costa colombiana del Caribe”, sugiriendo “una visión del mundo en la cual están fuertemente arraigados el empirismo de la experiencia cotidiana y la concepción mágico-religiosa, producto del sincretismo cultural y del mestizaje tri-étnico indígena, español y africano” (2007: 266). Aquí, la escritura se colorea respecto a los cuentos anteriores, a pesar de que mantiene la temática de muerte y velorio vista en la mayoría de los cuentos y novelas anteriores. En líneas generales, el cuento, narrado en tercera persona, relata la muerte y el entierro de una de las grandes personajes de Macondo, la Mamá Grande, María del Rosario Castañeda y Montero. Siguiendo a Vargas Llosa (1972), la forma narrativa que asume el narrador se instala en el nivel de la leyenda y el mito (461), lo que implica un cambio en el dispositivo narrativo que hilvana nuevos mecanismos: la exageración (hipérbole), la enumeración y la escritura deformante (464). A pesar de que, como se ha repetido hasta el momento, las referencias geográficas son escasas y los ríos, por ejemplo, no tienen un nombre concreto en las narraciones anteriores, en *Los funerales de la Mamá Grande* el espacio tropical se construye de manera diferente.

Puntualmente, García Dussán señala dos características respecto al espacio narrativo presentes en este cuento: la construcción de un espacio sin límites precisos, pero a la vez la fotografía concreta de una región de la zona tórrida referible a Colombia (2015: 85-86). En primer lugar, la realidad espacial-temporal fundada dentro del cuento y relacionada con Macondo, lugar donde muere la Mamá Grande, comprende tierras y aguas que colindan con las posesiones del Sumo Pontífice en Roma:

Desde su toldo sofocante, a través de los caños intrincados y las ciénagas sigilosas que marcaban el límite del Imperio Romano y los hatos de la Mamá Grande, el Sumo Pontífice oyó toda la noche la bullaranga de los monos alborotados por el paso de las muchedumbres. En su itinerario nocturno la canoa pontificia se había ido llenando de costales de yuca, racimos de plátanos verdes y huacales de gallina, y de hombres y mujeres que abandonaban sus ocupaciones habituales para tentar fortuna con cosas de vender en los funerales de la Mamá Grande. (2019 [2012]: 237)

Como bien señala Vargas Llosa, en este ensanche físico la realidad verbal no llega a coincidir con la realidad real (1972: 479). No obstante, las largas enumeraciones que describen los efectos de la Mamá Grande van ubicando a Macondo como minúsculo y fuera del centro de la nación. Se dice que:

Pero las circunstancias históricas habían dispuesto que dentro de esos límites crecieran y prosperaran las seis poblaciones del distrito de Macondo, incluso la cabecera del municipio, de manera que todo el que habitara una casa no tenía más derecho de propiedad del que le correspondía sobre los materiales, pues la tierra pertenecía a la Mamá Grande y a ella se pagaba el alquiler, como tenía que pagarlo el gobierno por el uso que los ciudadanos hacían en las calles. (2019 [2012]: 232)

De hecho, los territorios de la Mamá Grande se relacionan con los de una “capital remota” (2019 [2012]: 234), donde sus habitantes conocieron de su muerte a través de las primeras páginas del periódico. En esta capital vive el presidente de la República y se ubican la Catedral Metropolitana y el Capitolio Nacional. Más allá de esto, el cuento resalta al ubicar a Macondo en un espacio-región más amplia:

Ahora que la nación sacudida en sus entrañas ha recobrado el equilibrio; ahora que los gaiteros de San Jacinto, los contrabandistas de la Guajira, los arroceros del Sinú, las prostitutas de Guacamayal, los hechiceros de la Sierpe y los bananeros de Aracataca han colgado sus toldos para restablecerse de la extenuante vigilia, y que han recuperado la serenidad y vuelto a tomar posesión de sus estados el presidente de la república y sus ministros y todos aquellos que representaron al poder público y a las potencias sobrenaturales en la más espléndida ocasión funeraria que registren los anales históricos. (2019 [2012]: 225)

Allí estaban, en espera del momento supremo, las lavanderas del San Jorge, los pescadores de perla del Cabo de Vela, los atarrayeros de Ciénaga, los camaroneros de Tasajera, los brujos de la Mojana, los salineros de Manaure, los acordeoneros de Valledupar, los chalanes de Ayapel, los papayeros de San Pelayo, los mamadores de gallo de La Cueva, los

improvisadores de las Sabanas de Bolívar, los camajanes de Rebolo, los bogas del Magdalena, los tinterillos de Mompo, además de los que se enumeran al principio de esta crónica, y muchos otros. (2019 [2012]: 239)

Las referencias mencionadas en estas largas enumeraciones muestran no solo el transcurrir de García Márquez por el Caribe colombiano durante las décadas de los cuarenta y cincuenta, sino también ubican a Macondo en un espacio geográfico acorde con el Caribe colombiano. A modo general, estas son una excepción respecto al resto de la narrativa anterior a *Cien años de soledad*. Sin ánimo de ser exhaustivo, algunas de estas son, en *La Hojarasca*, la mención de Panamá como lugar de origen de una carta que le llega al coronel, firmada por el Intendente General del Litoral Atlántico, el coronel Aureliano Buendía (2018 [1955]: 14). En *El coronel no tiene quien le escriba* encontramos una mención sobre el Canal de Suez (1999 [1961]: 23), al igual que la ya mencionada sobre Manaure (1999 [1961]: 46). Asimismo, en el cuento “El mar del tiempo perdido”, escrito en 1961 pero incluido en el libro *La increíble y triste historia de la cándida Eréndira y de su abuela desalmada* (1974), se hace mención a un “ahogado de Guacamayal” (2019 [2012]: 254), que era un pueblo en la zona bananera. Las referencias puntuales de *Los funerales de la Mamá Grande* permiten ubicar el mito de la Mamá Grande y, por ende, el mito de Macondo, en un espacio referible. No obstante, este procedimiento, como se vio en la frase que abre este capítulo, será eliminado en beneficio de una visión más latinoamericana en la próxima novela.

Los espacios narrativos de “el pueblo” y Macondo colapsan en una novela como *Cien años de soledad*, donde la escritura del autor constituye la culminación del proceso de edificación de un arte nacional y popular (Rama, 1991: 29). Asimismo, como agrega Vargas Llosa, esta novela es una “novela total” que sintetiza las ficciones anteriores y “construye un mundo de una riqueza extraordinaria, [que] agota este mundo y se agota con él” (1972: 553). Dada esta realidad total planteada dentro de la novela, lo que implicaría un análisis bastante extenso, a continuación, me limitaré a mostrar un ejemplo de cómo en la novela convergen los diferentes puntos ya mencionados hasta el momento: las condiciones ambientales, la presencia de cuerpos de agua y las referencias geoespaciales.

Probablemente, desde una perspectiva de la relación entre medio ambiente y literatura, la representación de la naturaleza y la obsesión meteorológica-barométrica sean los temas más comentados sobre la novela. Sobre el primero, es posible consultar los estudios sobre la relación entre mundos humanos y no humanos (Williams, 2010: 94-112; Flores, 2022), la historia natural y ambiental (Márquez Calle, 2022), los estudios sobre flora y fauna de

Macondo (Madriñan, 2014; Mejía Rivera, 2015; Piamba Tulcan, 2016) o sobre las formas de la colmena y el hormiguero (Lago Graña, 2015). Respecto al tema atmosférico, tanto en el sentido de los fenómenos climatológicos como de la construcción del espacio narrativo, las imágenes y temas relativos a las lluvias que hacen presencia en las narrativas anteriores sufren, al igual que muchos otros motivos, “una canibalización”, según Vargas Llosa, dado que “son digeridos plenamente por la nueva realidad, trocados en una sustancia distinta y homogénea” (1972: 555). Al respecto, el asunto central del cuento “Isabel viendo llover en Macondo” vuelve a aparecer en el Macondo de *Cien años de soledad*. Si en el cuento estábamos frente a un aguacero de cuatro días y medio que representaba el desmoronamiento del mundo y de los personajes —concretamente Isabel—, en la novela nos encontrábamos con que:

Llovió cuatro años, once meses y dos días. Hubo épocas de llovizna en que todo el mundo se puso sus ropas de pontifical y se compuso una cara de convaleciente para celebrar la escampada, pero pronto se acostumbraron a interpretar las pausas como anuncios de recrudecimiento. Se desempedra el cielo en unas tempestades de estropicio, y el norte mandaba unos huracanes que desportillaron techos y derribaron paredes, y desenterraron de raíz las últimas cepas de las plantaciones. (García Márquez, 2007 [1967]: 357)

Aquí destaca cómo el mecanismo narrativo sufre de una especie de “gigantismo”, algo bastante común en la novela, como señala Vargas Llosa (1972: 556). Esto se nota tanto en la temporalidad, que pasa de un par de días a “cuatro años, once meses y dos días”, como en su simbolismo, como punto de quiebre de la ruina física, histórica y moral de Macondo. Recuérdese que en el cuento el orden se restablece después del diluvio; en cambio, en *Cien años de soledad*, a partir de este punto, la totalidad del mundo creado —Macondo y sus personajes— se dirigen hacia el abismo. Anuncian la muerte de personajes como Úrsula Iguarán, quien, al ser interrogada por Aureliano Segundo sobre el cortejo fúnebre del coronel Gerineldo Márquez que acaban de observar, ella responde: “Nada más estoy esperando que pase la lluvia para morirme” (García Márquez, 2007 [1967]: 363). Un final que recuerda las conexiones entre las lluvias de octubre y la decadencia del coronel y su esposa en *El coronel no tiene quien le escriba*. Otro motivo que se repite en el mismo capítulo es el de los animales muertos bajo la lluvia inclemente y que después son arrastrados por la corriente. Aureliano Segundo, al visitar a su amante Petra Cotes durante las lluvias:

La encontró en el patio, con el agua a la cintura, tratando de desencallar el cadáver de un caballo. Aureliano Segundo la ayudó con una tranca, y el enorme cuerpo tumefacto dio una vuelta de campana y fue arrastrado por el torrente de barro líquido. Desde que empezó la

lluvia Petra Cotes no había hecho más que desembarazar su patio de animales muertos. [...] Vio con una impotencia sorda cómo el diluvio fue exterminando sin misericordia una fortuna que en un tiempo se tuvo como la más grande y sólida de Macondo, y de la cual no quedaba sino la pestilencia. (García Márquez, 2007 [1967]: 363-364)

La imagen del cadáver del caballo canibaliza tanto la de la vaca que muere bajo el aguacero de “Isabel viendo llover en Macondo” como la de la vaca encallada en el río de *La mala hora*. No obstante, en dichos pasajes, los cadáveres de los animales bajo la lluvia no tienen otro sentido que el de marcar los efectos de las lluvias torrenciales y exagerar sus consecuencias. Igualmente, a diferencia de la novela precedente, el tono con que viene descrita la destrucción de Macondo es diverso al de los efectos en “el pueblo”:

Lo malo era que la lluvia lo trastornaba todo, y las máquinas más áridas echaban flores por entre los engranajes su no se les aceitaba cada tres días, y se oxidaban los hilos de los brocados y le nacían algas de azafrán a la ropa mojada. La atmósfera era tan húmeda que los peces hubieran podido entrar por las puertas y salir por las ventanas, navegando en el aire de los aposentos. (García Márquez, 2007 [1967]: 358)

Macondo estaba en ruinas. En los pantanos de las calles quedaban muebles despedazados, esqueletos de animales cubiertos de lirios colorados, últimos recuerdos de las hordas de advenedizos que se fugaron de Macondo tan atolondrados como habían llegado. Las casas paradas con tanta urgencia durante la fiebre del banano habían sido abandonadas. La compañía bananera dismanteló sus instalaciones. De la antigua ciudad alambrada solo quedaban los escombros. Las casas de madera, las frescas terrazas donde transcurrían las serenas tardes de naipes, parecían arrasadas por una anticipación del viento profético que años después había de borrar a Macondo de la faz de la tierra. (García Márquez, 2007 [1967]: 374-375)

En este último extracto se ve la conjugación de los diferentes tiempos de la narración: el pasado de la compañía bananera, el presente de las lluvias diluviales y el futuro oscuro que espera a Macondo. Recuérdese cómo el aspecto cíclico, tanto a nivel formal como temático, es un tema esencial dentro de la novela (Palencia-Roth, 1983). Igualmente, la ciclicidad del tiempo y sus efectos en la comunidad desvelan la conexión entre *La mala hora* y *Cien años de soledad*. Si en la primera la violencia volvía periódicamente, anunciada por un fenómeno natural —un diluvio—, en la segunda es magnificada por los males colectivos que aparecen periódicamente —piénsese en la peste del insomnio y olvido—. Vargas Llosa señala al respecto: “Así como esas pestes marcan el ascenso histórico de Macondo, el

diluvio es la frontera de su decadencia: después de esa lluvia, como ‘el pueblo’ después de los pasquines, Macondo ya no será jamás lo que fue” (1972: 568).

Algo similar ocurre en términos espaciales, donde Macondo engulle ya desde los primeros capítulos a “el pueblo”. Como observa Vargas Llosa (1972: 562), lo hace apoderándose de sus “lluvias aciagas de octubre” (García Márquez, 2007 [1967]: 131), provenientes de *El coronel no tiene quien le escriba*. No obstante, el mecanismo es principalmente espacial. El Macondo de *Cien años de soledad*, al igual que los otros Macondos y “el pueblo” de las narraciones anteriores, se funda “a la orilla de un río pedregoso cuyas aguas parecían un torrente de vidrio helado” (2007 [1967]: 34), después de que José Arcadio Buendía desistiera de encontrar el mar. El poblado fundado se describía de la siguiente forma:

Macondo era entonces una aldea de veinte casas de barro y cañabrava construidas a la orilla de un río de aguas diáfanas que se precipitaban por un lecho de piedras pulidas, blancas y enormes como huevos prehistóricos. El mundo era tan reciente, que muchas cosas carecían de nombre, y para mencionarlas había que señalarlas con el dedo. (2007 [1967]: 9)

Un curso de agua que tiene relevancia en los primeros capítulos de la novela. En este río, José Arcadio Buendía intentará desentrañar “el oro de la tierra” después de la llegada de los gitanos y Melquiades, pero donde solo encontrará una “armadura del siglo XV con todas sus partes soldadas por un cascote de óxido” (2007 [1967]: 10). De forma similar, imaginó un poblado donde las futuras casas podrían fabricarse con paredes de hielo: “Macondo dejaría de ser un lugar ardiente, cuyas bisagras y aldabas se torcían de calor, para convertirse en una ciudad invernal” (2007 [1967]: 35). También, el río sirvió como organizador de la aldea: “había dispuesto de tal modo la posición de las casas, que desde todas podía llegarse al río y abastecerse de agua con igual esfuerzo” (2007 [1967]: 18). Igualmente, el río se configura como esa barrera con el mundo, como le dice José Arcadio Buendía a Úrsula: “Ahí mismo, al otro lado del río, hay toda clase de aparatos mágicos, mientras nosotros seguimos viviendo como los burros” (2007 [1967]: 17). Esto lo impulsaría a armar una segunda expedición con los hombres del pueblo —recuérdese que la primera concluyó con la fundación de Macondo— en búsqueda de la posibilidad de contacto con la civilización.

Esta expedición es la excusa para que García Márquez nos describa cartográficamente la región donde se ubica Macondo. Como ya se comentó al inicio de este capítulo, la versión final de esta, que vio la luz en 1967, obviaba algunas referencias geoespaciales concretas. En líneas generales, García Márquez mantendrá una descripción en términos espaciales

genéricos: al oriente, la sierra impenetrable y, detrás, la antigua ciudad de Riohacha.¹⁰² Al sur, un vasto universo de ríos, pantanos y la ciénaga grande; al occidente, “una extensión acuática sin horizontes, donde había cetáceos de piel delicada con cabeza y torso de mujer, que perdían a los navegantes con el hechizo de sus tetas descomunales” (2007 [1967]: 19), que en las versiones primigenias refería al Magdalena.¹⁰³ Al norte, en cambio, era todavía territorio por explorar. Esta última sería el camino seleccionado para comenzar la expedición: los hombres marcharían por semanas siguiendo las riberas del río a orillas de Macondo e internándose en la espesa selva. Encontrarían primero “un enorme galeón español” y finalmente el mar, llegando a la conclusión de que “Macondo está rodeado de agua por todas partes” (2007 [1967]: 21-22).¹⁰⁴

En conclusión, se ha señalado cómo la obsesión meteorológica-barométrica de García Márquez hace presencia en su narrativa temprana. La lluvia es un elemento esencial en la construcción del espacio narrativo tanto en Macondo como en “el pueblo”, teniendo efecto sobre los aspectos internos de los personajes, al igual que en la trama. Como señala la crítica literaria Clementina Adams (1996) respecto a los cuentos escritos entre los cincuenta y los sesenta, la lluvia se encuentra presente de forma prolongada y alcanzando extremos insostenibles. De forma similar, es notoria en la segunda y tercera novela de García Márquez, donde marca el tiempo de la narración y contribuye a la construcción de la atmósfera de la misma. Por otro lado, la lluvia tiene una especial conexión con los ríos que atraviesan los dos espacios narrativos, usualmente desbordándolos. En efecto, los ríos en la narrativa garciamarquiana hasta *Cien años de soledad* cumplen una función doble: son las vías de comunicación con el espacio exterior, permitiendo la salida y entrada de personajes, al tiempo que marcan el aislamiento tanto de Macondo como de “el pueblo”; al mismo tiempo, sus aguas inundan los poblados o cargan diferentes tipos de mensajes. No

¹⁰² Es importante resaltar el mecanismo narrativo para desubicar a Riohacha del universo objetivo era “[...] donde en épocas pasadas —según le había contado el primer Aureliano Buendía, su abuelo— sir Francis Drake se daba al deporte de cazar caimanes a cañonazos, que luego hacía remendar y rellenar de paja para llevárselos a la reina Isabel.” (García Márquez, 2007 [1967]: 19). Esto lo ubicaba entre el plano del mito y la historia.

¹⁰³ Como se mencionará, en la siguiente parte la imagen de los manatíes será repetida en otras obras como textos de carácter de no ficción. De nuevo, obsérvese como el autor remite a la construcción del mito para ubicar el espacio.

¹⁰⁴ Más adelante en la novela dicha ruta servirá como escenario de otro pasaje de la novela mientras Macondo vivía la bonanza del banano cuando José Arcadio Segundo plantea la posibilidad de navegación por el río de Macondo. “El relato, que a tanta gente durante tanto tiempo le pareció fantástico, fue una revelación para José Arcadio Segundo. Remató sus gallos al mejor postor, reclutó hombres y compró herramientas, y se empenó en la descomunal empresa de romper piedras, excavar canales, despejar escollos y hasta emparejar cataratas.” (García Márquez, 2007 [1967]: 224-225). El proyecto falló y fue olvidado dado que río solo pudo ser remontado por una balsa de troncos.

obstante, siguiendo la descripción cartográfica de Macondo en *Cien años de soledad*, nos encontramos con aguas totalmente anónimas.

La nostalgia fluvial de Gabriel García Márquez

Por lo único que quisiera volver a ser niño es para viajar otra vez en un buque por el río Magdalena. Por lo único que quisiera volver a ser niño es para viajar otra vez en un buque por el río Magdalena. Quienes no lo hicieron en aquellos tiempos no pueden ni siquiera imaginarse cómo era. [...] Trece años después —el 19 de enero de 1961—, un amigo me llamó por teléfono en México para contarme que el vapor *David Arango* se había incendiado y convertido en cenizas en el puerto de Magangué. Yo colgué el teléfono con la impresión horrible de que aquel día se había acabado mi juventud, y que todo lo último que quedaba de nuestro, río de nostalgias se había ido al carajo. [...] Se había ido, en efecto. El río Magdalena está muerto, con sus aguas envenenadas y sus animales exterminados. (García Márquez, 1981)¹⁰⁵

El Magdalena es el río de la vida de Gabriel García Márquez. Aunque su lugar de nacimiento fue Aracataca, en el departamento de Magdalena, ubicado a más de 90 kilómetros del cauce principal del río y hacia el sur de la Ciénaga Grande de Santa Marta, el autor siempre mantuvo una relación muy cercana con el Magdalena. En sus primeros veinticinco años de vida, no solo vivió en las ciudades principales alineadas al río —Barranquilla y Cartagena—, sino que también deambuló con su familia por pequeños poblados de la parte baja del río —Sucre y Sincé—, ubicados en el entramado de aguas que se forman en las llanuras aluviales del litoral caribeño colombiano. Al igual que como sucedería con la casa de sus abuelos en Aracataca, su estadía en dichos pueblos, como se analizó en la parte anterior, marcaría su narrativa. El traslado del adolescente García Márquez al interior andino en la década de los cuarenta para completar sus estudios le dio a conocer el mundo andino, pero también creó, a su vez, un lazo de por vida con el Caribe de su infancia: ese vínculo fue el río Magdalena. La experiencia del viaje en buque de vapor lo marcaría para el resto de su vida: los tres pisos del barco, los capitanes como los de Conrad, los caimanes con las fauces abiertas, los cardúmenes interminables y, en definitiva,

¹⁰⁵ El presente artículo de prensa fue publicado originalmente con el título “El río de nuestra vida” en el periódico *El Espectador* el 22 de marzo de 1981. Al año siguiente, el 25 de marzo de 1982, un idéntico artículo con el título “El río de la vida” fue publicado en *El País* de España. Se encuentra incluido por Jacques Gilard en *Obra periodística V. Notas de prensa (1961-1984)* (1991), quien lo recopila con el segundo título, a pesar de que señala la publicación original de 1981. Fue imposible determinar si lo anterior fue una decisión editorial de García Márquez o una omisión del compilador.

los viajes sorprendentes y lentos acompañarían sus recuerdos hasta la adultez. De hecho, para García Márquez, será el incendio del vapor *David Arango* el 19 de enero de 1961 el que marcará el fin de su juventud y la entrada a la adultez —justamente en el momento en que se preparaba para escribir *Cien años de soledad*—. A su vez, este hecho, que para los historiadores indica el fin de la navegación a vapor en el Magdalena (Poveda Ramos, 1998: 494), marcaba simbólicamente la muerte del río como eje de la nación. Ya un García Márquez adulto, en una época desencantada con los cambios políticos y sociales, sentenciaría en 1981 que el Magdalena era la presencia de un “río muerto, con sus aguas envenenadas y sus animales exterminados”, un río que se había ido y, en efecto, uno que ya no sería el mismo.

A lo largo de esta parte se plantea que Gabriel García Márquez vive una nostalgia fluvial del Magdalena a inicios de la década de los ochenta. Acerca de esto, parto de la definición de nostalgia de la crítica literaria Svetlana Boym, quien la define como una “añoranza de un hogar que no ha existido nunca o que ha dejado de existir” (2015: 13). Por otro lado, la crítica argumenta que la “nostalgia no es simplemente una enfermedad individual, sino un síntoma de nuestra era, una emoción histórica” (Boym, 2015: 16). Por ello, no desligo la nostalgia fluvial de García Márquez de la decadencia del río Magdalena en el corto siglo XX y su pérdida de relevancia en el ámbito nacional. Ya para finales de los setenta, distintos procesos se consolidaban en la cuenca del Magdalena, como el declive de su importancia económica y social, su degradación ambiental y, al mismo tiempo, su consolidación como caldo de cultivo de zonas rojas pobladas por diferentes grupos armados. Por ello, la muerte del río es impensable sin un pensamiento en múltiples escalas, que, como en García Márquez, se articulan a nivel de lo personal, lo familiar y lo nacional. Siguiendo la propuesta de Boym, a primera vista, la nostalgia podría pasar por la sola añoranza de un lugar, pero en cambio lo que se anhela en realidad es la “rebelión contra la idea moderna de tiempo, el tiempo de la historia y el progreso” (2015: 16). En este sentido, la nostalgia fluvial de García Márquez por el Magdalena es también la de un periodo —su infancia y juventud—, y, al mismo tiempo, es un retorno a lo más personal después de las consecuencias de la fama generadas por *Cien años de soledad* y su militancia política de los setenta. Un último elemento clave al poner nuestros ojos en la nostalgia fluvial garciamarquiana es que esta no solo funciona hacia el pasado, sino que también es prospectiva: “las fantasías del pasado determinadas por las necesidades del presente ejercen un impacto directo sobre las realidades del futuro” (Boym, 2015: 17). La sensación de pérdida y desplazamiento de un río Magdalena que ya no existe también plantea una pregunta por su futuro.

Como bien se ha dicho, Gabriel García Márquez nació en Aracataca en 1927, un poblado rural del Caribe colombiano y, para la época, empobrecido abruptamente por la desaparición de la industria bananera. Sus primeros años los pasó junto a sus abuelos Nicolás Márquez y Tranquilina Iguarán Cotes, donde se configuran los dos órdenes de la realidad que dominarán su narrativa temprana: el de su abuelo, mucho más histórico, ligado a los hechos concretos, y el de su abuela, ligado a las supersticiones y a un mundo fantástico. A pesar de que Aracataca no se encontraba en las riberas del Magdalena, sí se encontraba dentro de su zona de influencia. Para la época de los primeros años de García Márquez, el río todavía seguía siendo el eje principal de comunicación con el interior andino y con el exterior caribeño. Asimismo, en líneas generales, el curso fluvial todavía articulaba los movimientos e intercambios dentro del Caribe colombiano. García Márquez explica en su autobiografía que este mundo caribeño, que descubriría en sus primeros años de edad, “tenía la autonomía de un mundo propio y una unidad cultural compacta y antigua” (2002: 51). Asimismo, la comunicación “era más fácil con el mundo que con el resto del país” (2002: 51), lo que la convertía en más cercana al mundo antillano o de Venezuela que con el centro del poder andino colombiano. De hecho, de este último solo llegaban “las leyes, los impuestos, los soldados, las malas noticias incubadas a dos mil quinientos metros de altura” (2002: 51).

García Márquez vivió con sus abuelos hasta 1937, cuando se trasladó con sus padres a Sincé, para luego volver a Aracataca y finalmente recalar en Barranquilla, en la casa de un familiar, para comenzar sus estudios de bachillerato mientras el resto de su familia se establecía en Sucre. Siguiendo sus recuerdos sobre su infancia, los primeros recuerdos del Magdalena aparecen por primera vez en Barranquilla: “Desde la terraza de la escuela teníamos una visión panorámica del futuro: el delta histórico del río Magdalena, que es uno de los grandes del mundo, y el piélago gris de las Bocas de Ceniza” (2002: 104). Además, recordaba cómo la boyante Barranquilla, con los petroleros que atracan en su puerto y los aviones que aterrizaban en sus descampados, se convertía no solo en el “único puerto marítimo y fluvial del país” (2002: 104), sino también en el lugar de entrada de la aviación comercial a Colombia. La Barranquilla a la cual llegó el pequeño García Márquez era una ciudad todavía en plena expansión gracias al auge comercial del río Magdalena durante las primeras décadas del siglo XX. El expresidente Marco Fidel Suárez la había denominado en 1921 como el “Pórtico Dorado de la República” gracias a su vibrante comercio y a la gran

multiculturalidad propiciada por la inmigración extranjera.¹⁰⁶ El periodo de García Márquez en Barranquilla se extendería hasta finales de 1942 y se intercalaría con visitas a su familia en el pueblo de Sucre, en las llanuras aluviales del Caribe colombiano. A partir de 1943, García Márquez obtendría una beca para estudiar el bachillerato en el Liceo Nacional de Varones de Zipaquirá, un pueblo cercano a Bogotá, lo cual lo obligaría, por primera vez, a abandonar su realidad caribeña y descubrir el mundo andino. No obstante, al igual que en su tiempo en Barranquilla, García Márquez volvería periódicamente a la casa familiar en Sucre. Este poblado, ubicado en la subregión de La Mojana, se forma por un delta fluvial invertido generado por el vertimiento de las aguas de los ríos Cauca, San Jorge y Nechí en dirección al brazo de Loba del río Magdalena. En líneas generales, es un territorio anfibio dominado por ciénagas interconectadas por medio de caños sujetos a los flujos y contraflujos de las aguas fluviales, además de contar con una gran riqueza vegetal y animal. Como ya mencionó en la parte anterior, estas experiencias fueron cruciales en la construcción del espacio dentro de su narrativa temprana y, en específico, respecto a la presencia de cuerpos de agua. Asimismo, no solo influenciarían sus primeras novelas y cuentos, sino que tendrían un efecto duradero en sus novelas posteriores, como *Crónica de una muerte anunciada* (1982).

Los estudios de bachillerato se extenderían por cuatro años, y su término no implicaría el regreso al seno familiar, sino la continuación, al año siguiente, de sus estudios universitarios en la vecina capital de la nación. A comienzos de 1947, García Márquez se matricularía en la Universidad Nacional de Colombia, en un periodo que se extendería hasta el año siguiente, cuando el Bogotazo le obligaría a escapar de la capital y retornar forzosamente al Caribe. Este periodo de seis años en el mundo andino implicaría tanto el contraste entre dos realidades —la andina y la caribeña— como el viaje que el autor debía realizar entre ellas al menos dos veces al año. Las travesías por el río Magdalena marcaron sus viajes de ida y regreso, desde el interior andino hasta la casa familiar en Sucre o viceversa, como lo recuenta en su autobiografía: “Tuve que hacerlo de ida y vuelta varias veces durante los cuatro años que me faltaban del bachillerato y otros dos de la universidad, y cada vez aprendí más de la vida que en la escuela, y mejor que en la escuela” (2002: 130).¹⁰⁷

¹⁰⁶ Durante la primera mitad del siglo XX Barranquilla se consolida como la ciudad de mayor crecimiento poblacional y urbano en Colombia. Su desarrollo es una de las consecuencias puntuales de la aceleración del comercio por el Magdalena y su puerto marítimo desde inicios del siglo XX. Para una mirada de la relación entre el desarrollo de Barranquilla y la modernización del delta, véase: Bell Lemus, 2014.

¹⁰⁷ El extracto anterior es similar al publicado veinte años antes en el ya mencionado artículo de 1981 sobre el Magdalena. En esa ocasión diría: “dos veces al año —una vez de ida y otra de vuelta— durante los seis años del bachillerato y dos de la universidad”. Como se puede notar, las fechas provistas en su artículo, a diferencia

Cabría precisar que, a partir de 1946, García Márquez menciona que viajó por primera vez en avión para realizar el viaje de regreso a Bogotá “en un DC-3 de la empresa LANSA, cuyo riesgo mayor no era el avión mismo, sino las vacas sueltas en la pista de arcilla improvisada en un potrero” (2002: 176). A lo anterior añadía que “el vuelo duraba casi cuatro horas, sin escalas, a trescientos veinte kilómetros por hora” guiados “desde el cielo por el mapa vivo del río Grande de la Magdalena” (2002: 176). Aunque, por los datos biográficos, es imposible precisar si el viaje de 1947 lo realizó en buque o en avión, sí sabemos que su viaje de escape del Bogotazo en 1948 fue en avión con destino a Sucre vía Cartagena, donde decidiría quedarse (2002: 220-221). Lo anterior mostraba cómo, para finales de la década de los cuarenta, el transporte en Colombia se estaba transformando y el río Magdalena perdía relevancia en la conexión de la nación.

Antes de entrar en el detalle de la experiencia personal de García Márquez por el río Magdalena, es importante profundizar en la evolución que vivía el río Magdalena durante esa década. Los viajes del joven escritor ocurren en un momento de transición de los ejes del país. Como señala el historiador Gabriel Poveda Ramos, para 1943 los números del transporte por el río Magdalena todavía crecían, luego de superar la crisis de la Segunda Guerra Mundial (1998: 434). Según el mismo historiador, para la época existían en el río más de 50 vapores y más de 150 planchones y botes que hacían la ruta entre Barranquilla y La Dorada (1998: 436). Sin duda, la compañía más importante para esa época era la Naviera Colombiana, que para 1942 era la más grande del país y para 1946 movilizaba el 38 % de los pasajeros y el 20 % de la carga por el río Magdalena (Pachón Muñoz y Ramírez-Giraldo, 2006: 100). A pesar de ello, el rol económico y social del río perdía predominancia dentro de la nación.

Respecto a lo económico, ya desde la década de los treinta los puertos de Cartagena y Barranquilla habían sido superados en números totales de carga por el puerto de Barrancabermeja. A pesar del crecimiento continuo del flujo de mercancías desde inicios del siglo XX y del aumento exponencial de la exportación cafetera, la región Caribe había perdido su primacía en el comercio exterior colombiano. Eduardo Posada Carbó señala que, para 1931, las exportaciones por Buenaventura ya superaban a las de Barranquilla y, para 1934, el puerto en el océano Pacífico se había consolidado como el más importante

de la autobiografía, no cuadran con las fechas reales de sus estudios de bachillerato en Zipaquirá (1943-1946) y de universidad en Bogotá (1947-1948). Esto me permite agregar que, al revisar los datos biográficos de Gabriel García Márquez, es importante confrontar las fechas y afirmaciones, dado que usualmente son imprecisas o exageradas. Para un resumen meticuloso sobre las ubicaciones donde vivió el escritor hasta 1967, véase: Santana-Acuña (2020: 74-75).

del país (1998: 281). Lo anterior no quiere decir que el comercio por el río Magdalena se hubiera detenido; al contrario, según los datos recogidos por Álvaro Pachón Muñoz y María Teresa Ramírez-Giraldo, del total de la navegación fluvial en el país entre 1943 y 1947, el 95 % todavía sucedía en el río Magdalena (2006: 81). No obstante, esto se debía, en líneas generales, al crecimiento de la economía y a la modernización que vivía la nación a partir de la década de los años treinta. Las razones de la pérdida de relevancia del río son diversas, y un estudio detallado excede los objetivos de este capítulo, pero se pueden resaltar, por ejemplo, las precarias condiciones de los puertos durante toda la primera mitad del siglo XX. Asimismo, todavía para la década de los cuarenta, el río Magdalena estaba principalmente navegado por barcos de rueda de paletas impulsados a vapor y no a hélice con motor diésel, a pesar de que ya desde 1922 existía una refinería de crudo en Barrancabermeja. Igualmente, la carga y descarga de mercancías se concentraban en el puerto de Barranquilla y en el de La Dorada, a lo que se sumaría Barrancabermeja con el petróleo hacia la cuarta década del siglo (Pachón Muñoz y Ramírez-Giraldo, 2006: 88). A modo general, esto mantenía un modelo económico decimonónico que priorizaba una economía hacia fuera y no configuraba un mercado interno, dejando por fuera al resto de pueblos de la cuenca del río en el circuito económico.

De forma similar a la carga, el número de pasajeros siguió creciendo hasta mediados de la década de los cincuenta (Pachón Muñoz y Ramírez-Giraldo, 2006: 97). Todavía en la década de los cincuenta era la única vía entre el interior del país y la costa Atlántica, dado que las carreteras todavía no eran adecuadas y los ferrocarriles no lograban unir las ciudades principales del interior andino con el litoral caribeño. No obstante, el decrecimiento de pasajeros por el río a partir de 1956 iniciaría a señalar la pérdida de relevancia social del Magdalena (Alvear Sanín, 2005: 183). Sin embargo, la pérdida de relevancia del río Magdalena como eje de la nación se venía gestando desde la década de los treinta con el desarrollo del transporte aéreo, en específico con la apertura del aeropuerto de Techo en Bogotá (1930) y el Enrique Olaya Herrera en Medellín (1932). La consolidación de la aviación comercial tendría un impacto directo en el número de los pasajeros fluviales a partir de la década de los cincuenta. Por ejemplo, como ya se mencionó anteriormente, el mismo García Márquez reemplazó la navegación en buque de vapor por la aérea hacia finales de los cuarenta. Asimismo, el sistema de trenes había logrado una gran expansión en el primer cuarto del siglo XX, logrando expandir la red ferroviaria y concluir muchos de los proyectos comenzados en el siglo anterior. No obstante, la integración de las diferentes líneas del sistema ferroviario solo se lograría

tardíamente en 1961, cuando se unió a la ciudad de Santa Marta en el Atlántico con la de Buenaventura en el Pacífico. El retraso en la consolidación de un sistema integrado, junto a su mala administración, promovieron la elección pública del desarrollo de otros sistemas de infraestructura como las carreteras. La integración regional venía también tomando fuerza desde la década de los treinta debido a la transformación rural-urbana de las ciudades y a la creciente demanda de alimentos e insumos, lo que creó la necesidad de sistemas que permitieran el rápido transporte del campo a la ciudad. Precisamente fue a partir de la década de los cincuenta que se logró una transformación estructural del sistema vial, en gran medida por el impulso del desarrollo del parque automotor después de la Segunda Guerra Mundial y las recomendaciones de la Misión Currie (1949) de construir nuevas carreteras y pavimentar las ya existentes, integrando zonas que hasta entonces se comunicaban solo por río o ferrocarril (Pachón Muñoz y Ramírez-Giraldo, 2006: 322).¹⁰⁸ A lo anterior cabría sumar los problemas que históricamente habían afectado la navegación por el río Magdalena, imposibilitando su real configuración como el eje del desarrollo de la nación, como había sucedido en el siglo XIX con el río Misisipi en Estados Unidos. Posada Carbo argumenta que es imposible saber hasta qué punto Colombia estaba en capacidad de desarrollar un río como el Magdalena; es claro que la inversión fue baja y poco sistemática, lo que se sumó a las condiciones físicas del río y a las deficiencias en el sistema de transportes y agitaciones laborales (1998: 311).

A pesar de lo ya mencionado, en el momento temporal en que García Márquez saltó en los buques de vapor, estos todavía vivían su época dorada. Por ello, no es de sorprender que la experiencia y las imágenes del viaje en buque de vapor quedarían marcadas para siempre en la memoria del joven García Márquez. Estos viajes no solo le proporcionarían un buen conocimiento del río, sino también anécdotas y experiencias que repetiría a lo largo de los años. Esta travesía la relataría casi de forma similar en la ya mencionada nota de prensa de 1981 como en el primer tomo de su proyecto autobiográfico *Vivir para contarla* (2002). De igual forma, se convertiría en motivo literario en algunas de sus novelas, como *Cien años de soledad* y *El amor en los tiempos del cólera*. Usualmente, para García Márquez, el viaje comenzaba en el puerto de Magangué, que conectaba con el pueblo familiar de Sucre por el caño de La Mojana. Desde ahí, abordaba un buque de vapor que remontaba el río Magdalena hasta Puerto Salgar, en un viaje que podía durar un par de días cuando el caudal

¹⁰⁸ Pachón Muñoz y Ramírez-Giraldo proveen una lista de los principales contratos realizados y de las carreteras contempladas dentro del Primer Plan Vial impulsado a inicios de la década del cincuenta. Por ejemplo, entre las obras incluidas y parcialmente ejecutadas destacaba la conexión entre Medellín y la costa norte (2006: 324-325)

era suficiente y varias semanas si era temporada de sequía. Desde este último, se realizaba una jornada en tren para llegar a Bogotá. A pesar de que es imposible precisar si era verdadero o no, García Márquez señala que su primer viaje en enero de 1943 fue en el buque insignia de la Naviera Colombiana, el *David Arango* (2002: 130). La descripción de ese viaje, marcada por la nostalgia juvenil, es clave para entender la relación personal establecida con el Magdalena. Esta comienza de la siguiente manera:

Hubo fiesta oficial la primera noche, con orquesta y cena de gala, pero me escapé a la cubierta, contemplé por última vez las luces del mundo que me disponía a olvidar sin dolor y lloré a gusto hasta el amanecer. Hoy me atrevo a decir que por lo único que quisiera volver a ser niño es para gozar otra vez de aquel viaje. (2002: 130)

Como se puede notar en la segunda oración de esta citación, esta es similar a la citación del artículo de 1981 que abre esta parte del capítulo. La diferencia de veinte años muestra la continuidad entre los recuerdos, pero más que nada, la persistente nostalgia por esos viajes en el García Márquez adulto, sesenta años después de los hechos. En sus descripciones del viaje en 1981, relata:

Los viajes eran lentos y sorprendentes durante el día, los pasajeros nos sentábamos por la terraza a ver pasar la vida. Veíamos los caimanes que parecían troncos de árboles en la orilla, con las fauces abiertas, esperando que algo les cayera adentro para comer. Se veían las muchedumbres de garzas que alzaban el vuelo asustadas por la estela del buque, las bandadas de patos silvestres de las ciénagas interiores, los cardúmenes interminables, los manatíes que amamantaban a sus crías y gritaban como si cantaran en los playones. A veces, una tufarada nauseabunda interrumpía la siesta, y era el cadáver de una vaca ahogada, inmensa, que descendía casi inmóvil en el hilo de la corriente con un gallinazo solitario parado en el vientre. A lo largo de todo el viaje, uno despertaba al amanecer, aturdido por el alboroto de los micos y el escándalo de las cotorras. (1981)

Algunas de estas imágenes eran retomadas con gran fuerza poética en *Vivir para contarla*:

Los pasajeros nos sentábamos en las terrazas todo el día para ver los pueblos olvidados, los caimanes tumbados con las fauces abiertas a la espera de las mariposas incautas, las bandadas de garzas que alzaban el vuelo por el susto de la estela del buque, el averío de patos de las ciénagas interiores, los manatíes que cantaban en los playones mientras amamantaban a sus crías. Durante todo el viaje uno despertaba al amanecer aturdido por la bullaranga de los micos y las cotorras. (2002: 130-131)

Esta imagen edénica, vivida en la década de los cuarenta, contrastaba con el relato de otros viajeros que realizaron la travesía del Magdalena durante la primera mitad del siglo XX. Por

ejemplo, el explorador estadounidense Hiram Bingham (1875-1956), famoso por hacer pública en 1911 la existencia de la ciudad incaica de Machu Picchu.¹⁰⁹ En su diario de viaje relata su paso por el río Magdalena en 1906, así:

I have read much of the number of alligators in the Magdalena, but have not seen one. The captain says it is on account of the floods, and yet I should have supposed that we would have seen them swimming in the river (1909: 264)

Un comentario similar lo encontramos en el escritor británico-estadounidense Christopher Isherwood (1904-1986), que viaja por el río Magdalena en 1947, en los mismos años que García Márquez, señalando, antes de llegar a Barrancabermeja: “we have seen no wild animals so far” (1949: 25).¹¹⁰ Solo después de pasar la ciudad petrolera, señalará:

[...] we saw two alligators — the first, for they are becoming scarce now, because the Indians shoot them for their valuable skins. They squatted half-awash on the edge of the water, their mouths slightly open with an air of contented depravity, and then, at our approach, slipped into the river and vanished (1949: 30)

Otro ejemplo posterior lo encontramos en el escritor español José Manuel Caballero Bonald (1926-2021), quien remonta el Magdalena en octubre de 1960.¹¹¹ En la crónica, relata una conversación que tuvo con uno de los fogoneros del buque al pensar haber visto un caimán en las aguas del río; este le responde que es “un tronco” y más adelante agrega: “en el Magdalena, por aquí abajito, ya no queda del caimán ni el cuero” (2024 [1960]: 215-216). Como se puede notar, la imagen edénica de García Márquez contrasta con la de otros viajeros, quienes ya no encuentran esa riqueza vegetal y animal. Acerca de esto, no sería ninguna sorpresa que sus recuerdos en los años ochenta estuvieran contaminados por otras lecturas, como las de los viajeros europeos del siglo XIX, como Auguste Le Moine y Charles Saffray, quienes narraron con lujo de detalles las riquezas vegetales y animales con las que contaba el río en el siglo XIX. Al respecto, Boym argumenta que, a diferencia de la melancolía, limitada a los planos de la conciencia individual, “la nostalgia tiene que ver con

¹⁰⁹ La expedición de Hiram Bingham siguió la ruta de 1819 de Simón Bolívar por Colombia y Venezuela. Su libro, publicado como *The Journal of an Expedition across Venezuela and Colombia, 1906-1907* (1909), incluía un mapa, 133 ilustraciones y fotografías tomadas por el autor.

¹¹⁰ El libro de Isherwood, titulado *The Condor and the Cows* (1949), relata su viaje de 1947 por Sudamérica junto a su compañero, el fotógrafo William “Bill” Caskey. La narración seguía toda la cordillera de los Andes, partiendo desde Colombia, pasando por Ecuador, Perú y Bolivia, hasta llegar a Buenos Aires. El libro está acompañado por las fotografías de Caskey.

¹¹¹ Caballero Bonald no fue propiamente un viajero como Bingham o Isherwood dado que vivió en Bogotá entre 1960 y 1963. Ahí enseñó literatura española y humanidades en la Universidad Nacional de Colombia, además estuvo vinculado a los círculos intelectuales de la revista *Mito*. Su crónica de viaje por el Magdalena entre Barrancabermeja y Barranquilla vio la luz en tres entregas dominicales en el periódico *El Espectador* el 9, 16 y 23 de octubre de 1960. El texto ha sido reeditado en 2024 en libro con el título *Una travesía por el río Magdalena*.

la relación que existe entre la biografía individual y la de los grupos o naciones, entre la memoria personal y la colectiva” (2015: 17). En este orden de ideas, la nostalgia fluvial de García Márquez también tiene que ver con una memoria común alrededor de lo que estaba dejando de ser el río de la Nación.

Aparte de esto, el motivo del viaje no solo fue repetido por García Márquez en sus novelas de los ochenta. La imagen aparece ya en una novela como *Cien años de soledad*, donde solo ocupa un par de líneas, a diferencia de los dos capítulos enteros que inspira en *El amor en los tiempos del cólera*. Cabe agregar que esto es también un argumento que prueba cómo el río Magdalena resurge con fuerza en la década de los ochenta. En la novela de 1967, inspira el viaje de destierro de Renata Remedios (Meme) hacia el convento ubicado en “la ciudad lúgubre en cuyos vericuetos de piedra resonaban los broncees funerarios de treinta y dos iglesias” (2017 [1967]: 336), donde nació su madre Fernanda del Carpio. El episodio se ubica después de que sus amores con Mauricio Babilonia son descubiertos por su madre. Meme es acompañada por su madre primero en barco y luego en tren hacia el “páramo alucinante” (2017 [1967]: 336) donde se ubicaba la ciudad, en clara alusión a una ciudad andina. A su vez, recuérdese que en la novela ya Fernanda había hecho este viaje después de la muerte de su madre y antes de casarse con Aureliano Segundo (padre de Meme). Sin embargo, es solo en este viaje de destierro donde se retoma el trayecto fluvial:

Se embarcaron en un buque fluvial, cuya rueda de madera hacía un ruido de conflagración, y cuyas láminas de hierro carcomidas por el óxido reverberaban como la boca de un horno. Meme se encerró en el camarote. Dos veces al día dejaba Fernanda un plato de comida junto a la cama, y dos veces al día se lo llevaba intacto, no porque Meme hubiera resuelto morirse de hambre, sino porque le repugnaba el solo olor de los alimentos y su estómago expulsaba hasta el agua. Ni ella misma sabía entonces que su fertilidad había burlado a los vapores de mostaza, así como Fernanda no lo supo hasta casi un año después, cuando le llevaron al niño. En el camarote sofocante, trastornada por la vibración de las paredes de hierro y por el tufo insoportable del cieno removido por la rueda del buque, Meme perdió la cuenta de los días (2017 [1967]: 335 - 336)

Es claro que la narración del viaje tiende al pesimismo por las condiciones negativas que implicaba la materialidad de cada objeto: “rueda de madera hacía ruido de conflagración”, “láminas de hierro carcomidas por el óxido”, “camarote sofocante”, “tufo insoportable del cieno”. Una narración que se distancia de las narraciones de los ochenta. Sin embargo, en líneas generales, sigue los elementos sobre los que escribirá más tarde en el artículo de 1981 y en las novelas. Aparte de *El amor en los tiempos del cólera*, el episodio también inspira los

comentarios sobre los buques de vapor en *Crónica de una muerte anunciada* y, en cierta medida, también el viaje por el río Magdalena de Simón Bolívar en la novela *El general en su laberinto*.

Otra escena que resalta entre las narraciones es la presencia de animales, en particular, la del manatí:

Una noche de gran luna nos despertó un lamento desgarrador que nos llegaba de la ribera. El capitán Clímaco Conde Abello, uno de los más grandes, dio orden de buscar con reflectores el origen de aquel llanto, y era una hembra de manatí que se había enredado en las ramas de un árbol caído. Los vaporinos se echaron al agua, la amarraron a un cabrestante y lograron desencallarla. Era un ser fantástico y enternecedor, entre mujer y vaca, de casi cuatro metros de largo. Su piel era lívida y tierna, y su torso de grandes tetas era de madre bíblica. Fue al mismo capitán Conde Abello a quien le oí decir por primera vez que el mundo se iba a acabar si seguían matando los animales del río, y prohibió disparar desde su barco. (2002: 132-133)

La descripción del animal, que podría pecar de “fantástica”, es bastante precisa respecto a las características que posee la especie que habita la cuenca del Magdalena y que pudo haber encontrado el autor en alguno de sus viajes. En relación con este motivo literario, es posible rastrear su uso en textos anteriores, mostrando su continuidad. No solo aparece en la ya mencionada autobiografía, sino que ya veinte años antes estaba presente en la nota de prensa de 1981, donde, aparte de una descripción similar, el animal adquiría cualidades humanas: “y de sus ojos enormes y tristes brotaban lágrimas humanas”. Esta está igualmente presente en obras literarias como *Cien años de soledad*, como se aprecia en las citas que abren este capítulo. Aquí se menciona la presencia de dicho animal y se mantiene en la versión final de la novela así: “donde había cetáceos de piel delicada con cabeza y torso de mujer, que perdían a los navegantes con el hechizo de sus tetas descomunales” (2017 [1967]: 19). Igualmente, en *El amor en los tiempos del cólera*, dicha imagen del animal acuático volverá a aparecer de forma similar en el primer viaje de Florentino Ariza: “los manatíes que amamantaban sus crías con sus grandes tetas maternales y sorprendían a los pasajeros con sus llantos de mujer” (1997 [1985]: 206).

Otros motivos relacionados con los ríos, ya mencionados en la primera parte de este capítulo, vuelven a retomarse en su artículo de 1981: “A veces, una tufarada nauseabunda interrumpía la siesta, y era el cadáver de una vaca ahogada, inmensa, que descendía casi inmóvil en el hilo de la corriente con un gallinazo solitario parado en el vientre”. De nuevo, nos encontramos con el cadáver de una vaca que desciende por un río, aunque la variación

de los gallinazos que carga en su vientre la hace parecer un cadáver humano. Asimismo, nótese que la escena asemeja a otra de *Cien años de soledad*, cuando el cuerpo de Melquiades, que muere ahogado en el río de Macondo, es encontrado “varios kilómetros más abajo varado en un recodo luminoso y con un gallinazo solitario parado en el vientre” (2017 [1967]: 90). Por otro lado, la expresión “tufarada nauseabunda” es la misma que aparece en *La mala hora* (2014 [1962]: 88) respecto a la vaca encallada en el río frente a “el pueblo”, y también idéntica a la que usaría dos veces con el mismo motivo en *El amor en los tiempos del cólera*: una primera vez en el viaje solitario de Florentino Ariza: “Nunca supo, porque nunca se sabía, si eran víctimas del cólera o de la guerra, pero la tufarada nauseabunda contaminó en su memoria el recuerdo de Fermina Daza” (1997 [1985]: 206); y una segunda vez en el viaje de la pareja al final de la novela: “tufarada nauseabunda de los muertos que pasaban flotando hacia el mar” (1997 [1985]: 478).

Las imágenes del Magdalena propuestas por García Márquez en su artículo de 1981 no dejan de guardar una relación íntima con su literatura. Acerca de esto, es posible afirmar, siguiendo las categorías de nostalgia desarrolladas por Svetlana Boym, que el autor vive una nostalgia reflexiva que insiste en la ambivalencia de la añoranza y que cuestiona la verdad absoluta (2015: 19).¹¹² En otras palabras, la nostalgia fluvial de García Márquez plantea, en el mejor de los casos, un desafío creativo y ético. El primero tomará forma en las narraciones de los ochenta que se analizarán en la parte final de este capítulo. En cambio, el segundo es tangible en cómo, entre líneas, tanto en sus textos de ficción como en los de no ficción, se va elaborando una tímida denuncia por la degradación ambiental del río. En su nota de prensa de 1981, se desgranar uno por uno los motivos que, para la época, afectaban al río: la deforestación, la exterminación de su fauna y flora, y la contaminación. Ya se ha mencionado en el primer capítulo que fue la introducción de la navegación a vapor y el desarrollo de los proyectos ferroviarios, junto al resto de las políticas de los liberales radicales de mediados del siglo XIX, lo que comenzó la transformación de la cuenca media y baja del río. Sin embargo, como afirma Germán Palacio Castañeda, esta “fue más simbólica que material” (2006: 67). En otras palabras, “desde el punto de vista espacial, los ecosistemas permanecieron intactos, pero la organización política y el perfil del país cambiaron considerablemente” (Palacio Castañeda, 2006: 154). En cierta medida, la selva primigenia se conservaba todavía en algunos sectores del Magdalena cuando García Márquez había navegado el río a mediados de la década de los cuarenta, pero, al mismo

¹¹² En su análisis Boym sugiere la presencia de dos tipos de nostalgia: la restauradora y la reflexiva. La primera hace hincapié en el *nostos* buscando lograr una reconstrucción transhistorica del hogar perdido. En cambio, la segunda se desarrolla gracias a la *algia*, es decir a la propia añoranza y retrasa el regreso al hogar (2015: 19)

tiempo, ya se gestionaba un proceso de “modernización de la naturaleza”, como la define Palacio Castañeda (2001: 27). Un elemento clave en este aspecto fue el de la ganadería, que generó el gradual reemplazo de los bosques tropicales de la cuenca del Magdalena por praderas de pastoreo. Un historiador ambiental, Shawn Van Ausdal (2009), muestra que dicha práctica era ya relevante desde la segunda mitad del siglo XIX. El historiador argumenta que ya para 1960 la ganadería había transformado parte del territorio nacional, como las llanuras de la costa Caribe, donde se concentraba el 39 % de la población vacuna nacional (respecto al 18 % en 1850) (2009: 134).

Ahora bien, es a partir del último cuarto del siglo XX cuando la degradación ambiental de la cuenca del río Magdalena se acelera dramáticamente. Por ejemplo, para finales de siglo, el 80 % de la vegetación natural de los Andes tropicales en Colombia había sido erradicada (Etter et al., 2008). En particular, las zonas donde se concentró el desmonte de los bosques fueron las cuencas del Magdalena y del Amazonas (Etter y van Wyngaarden, 2000). Aparte de las razones ya esgrimidas anteriormente, como los efectos de los cambios en infraestructura en el país, la deforestación generada por la ganadería, fueron principalmente la urbanización e industrialización descontroladas las que provocaron los efectos vistos por García Márquez (Restrepo et al., 2015).¹¹³ Adicionalmente, otras actividades antrópicas han terminado por agravar su crisis ecológica, como la construcción de presas, la introducción de especies invasoras, la deforestación y la erosión de sus suelos, debido a prácticas agrícolas, ganaderas y mineras (Salgado et al., 2022). Cabe agregar que no se puede quitar de vista cómo dicha degradación ambiental tiene efectos que promueven la desigualdad, la pobreza y la marginalidad de las comunidades humanas que habitan dichos territorios.

Volviendo a inicios de los ochenta, García Márquez, en su artículo de 1981, es consciente de que la recuperación del río Magdalena no es empresa fácil. Sobre esto, observa que “sólo será posible con el esfuerzo continuado e intenso de por lo menos cuatro generaciones conscientes: un siglo entero” (1981). Por un lado, señala las dificultades que implica la reforestación de las riberas del río, donde casi la totalidad de la tierra está en manos privadas, en gran parte debido a la expansión de la ganadería y al reemplazo de los bosques por pastizales. Por otro lado, se encuentra el problema de la contaminación, que no solo afecta al curso principal del Magdalena, sino también a todos sus afluentes. “Son alcantarillados”, dice García Márquez, “de las ciudades y los pueblos ribereños, que arrastran y acumulan además desechos industriales, agrícolas, animales y humanos y

¹¹³ Recuérdese como las cuencas son afectadas por procesos de diferente naturaleza (geológicos, geográficos, ecológicos, antrópicos, entre otros) en cambios anuales hasta de milenios (Fleming, 2017).

desembocan en el inmenso embudo de porquerías nacionales de Bocas de Ceniza” (1981). La cuenca del Magdalena agrupa los principales polos industriales de Colombia, que descienden a través de los afluentes desde las alturas andinas hasta el curso principal del río. Como observa García Márquez, son especialmente “los habitantes del Magdalena, sobre todo de la parte baja, hace mucho tiempo que no toman ni usan agua pura ni comen pescados sanos. Solo reciben —como dicen las señoras— mierda física” (1981). Esta conexión territorial que realiza García Márquez es importante, dado que conecta los efectos ambientales con los de las poblaciones que la habitan.

Respecto a la pérdida de su relevancia económica y social, así como a su degradación ambiental, los diferentes Gobiernos colombianos y entidades particulares han intentado desarrollar proyectos que logren la recuperación del río como arteria de la nación. Al respecto, destaca el ya mencionado en el capítulo uno, elaborado por el Julius Berger Konsortium en la década de los veinte, que buscaba regularizar el río permitiendo la navegación permanente y sin obstáculos. Las recomendaciones del informe de 1926 fueron parcialmente ejecutadas y encuadraron las problemáticas del Magdalena por al menos cincuenta años (Julius Berger Konsortium, 2019 [1924]; Acevedo Latorre, 1981: 119-121). El siguiente estudio de relevancia fue el de Apron Duque Limitada en 1965, cuando la crisis económica y social del río Magdalena ya era visible. Se enfocaba de nuevo en mantener el canal navegable con obras inmediatas y a largo plazo. Este último estudio agregaba un nuevo escalón en la explotación del curso fluvial con la propuesta de generación de energía hidroeléctrica mediante una gran presa en la parte alta del río y pequeñas represas en el resto del cauce (Acevedo Latorre, 1981: 122). La conformación de la Misión Técnica Colombo-Holandesa (MITCH) entre 1970 y 1973 sería uno de los esfuerzos más importantes de recuperación de la cuenca y encuadraría las intervenciones que tendría el Magdalena y su cuenca durante el siglo XX.¹¹⁴

El proyecto completo de lo que hay que hacer está en un estudio realizado hace algunos años por una comisión mixta de Colombia y Holanda, cuyos treinta volúmenes duermen el sueño de los injustos en los archivos del Instituto de Hidrología y Meteorología (IMAT). El subdirector de ese estudio monumental fue un joven ingeniero antioqueño, Jairo Murillo, que consagró a él media vida, y antes de terminarle entregó la que le quedaba: murió ahogado en el río de sus sueños. (1981)

¹¹⁴ Después de los estudios, el plan de colaboración entre el gobierno holandés y el colombiano se extendió entre 1974 y 1997 bajo el “Plan de regulación fluvial y defensa contra las inundaciones de la cuenca Magdalena-Cauca”.

Este extracto del artículo de prensa mostraba lo bien informado que se encontraba García Márquez de la realidad colombiana. Recuérdese que, durante toda la década de los setenta, su residencia estuvo en el exterior. Además, mostraba también el final de muchos de los estudios realizados sobre el Magdalena.

La publicación del artículo se ubica en un contexto de regreso de García Márquez al periodismo activo a comienzos de los ochenta. De hecho, entre octubre de 1980 y marzo de 1984 escribiría un artículo semanal con una constancia casi religiosa, que ni la concesión del premio Nobel de Literatura ni su viaje a Estocolmo lograrían romper (Sorela, 1988: 253). Este periodo estaría precedido por la escritura de *Crónica de una muerte anunciada* desde 1979, cuya gestación ya marcaba una nueva época y una nueva década para el autor. La novela dejaba atrás la década de los setenta: la soledad generada por la fama internacional de *Cien años de soledad*, exorcizada con *El otoño del patriarca* (1975), y su momento de mayor militancia política.¹¹⁵ Gerald Martin señala que el final de los setenta significó un pesimismo general para García Márquez: “no confiaba en el futuro del planeta, ni de América Latina en particular, tanto como había dicho, y desde luego demostraba poca fe sobre un futuro socialista mundial” (2009: 450). A pesar de ello, el inicio de los ochenta significó una vuelta al mundo personal, tanto por la historia familiar que trataba en su nueva novela como por el retorno a la práctica de la escritura periodística, muy similar a la ejercida durante la década de los cincuenta.¹¹⁶ Mirando de manera retrospectiva, es seguramente en esta nueva época donde se ubica el germen de la nostalgia fluvial por el río Magdalena, que alimentaría la escritura de las tres novelas que saldrán publicadas en la década de los ochenta.

Una lectura desde el río Magdalena: *El amor en los tiempos del cólera* (1985)

Un día como el de hoy, mi maestro William Faulkner dijo en este lugar: “Me niego a admitir el fin del hombre”. No me sentiría digno de ocupar este sitio que fue suyo si no tuviera la conciencia plena de que, por primera vez desde los orígenes de la humanidad, el

¹¹⁵ Los setenta significaron para García Márquez estar en el punto de mira por diferentes razones: el caso Padilla en Cuba y su ruptura con algunos de los escritores del Boom, su amistad con Fidel Castro, el asesinato de Salvador Allende y la dictadura militar de Pinochet, el gobierno de Julio César Turbay en Colombia, o el proyecto de la revista *Alternativa* en Colombia (Martin, 2009: 392-419, 420-451). Igualmente, su participación en el Tribunal Russell (1976), la comisión McBride (1977-1980), en la Fundación Habeas (1979) y en los primeros años del movimiento Firmes (Sorela, 1988: 249-251).

¹¹⁶ Estos artículos eran más cercanos a la literatura que al periodismo convencional (Martin, 2009: 460). Asimismo, como agrega Sorela: “Raro es el artículo de esta época que no esté relatado desde la primera persona y que no cuente una experiencia, un recuerdo personal” (1988: 255).

desastre colosal que él se negaba a admitir hace 32 años es ahora nada más que una simple posibilidad científica. Ante esta realidad sobrecogedora que a través de todo el tiempo humano debió de parecer una utopía, los inventores de fábulas que todo lo creemos, nos sentimos con el derecho de creer que todavía no es demasiado tarde para emprender la creación de la utopía contraria. Una nueva y arrasadora utopía de la vida, donde nadie pueda decidir por otros hasta la forma de morir, donde de veras sea cierto el amor y sea posible la felicidad, y donde las estirpes condenadas a cien años de soledad tengan por fin y para siempre una segunda oportunidad sobre la tierra. (Gabriel García Márquez, “La soledad de América Latina”, 1982)

La década de los ochenta significó un regreso de García Márquez a la literatura. Aunque ya para finales de los setenta era considerado como uno de los autores más famosos del mundo, en los casi veinte años transcurridos desde la publicación de *La mala hora*, solo había publicado dos novelas: *Cien años de soledad* y *El otoño del patriarca*. Esto cambiaría con el inicio de la nueva década y la inauguración de uno de los periodos más prolíficos de su vida, que incluiría no solo el retorno al periodismo activo, como se mencionó al final de la parte anterior, sino también la publicación de tres novelas en menos de diez años: *Crónica de una muerte anunciada* (1982), *El amor en los tiempos del cólera* (1985) y *El general en su laberinto* (1989).¹¹⁷ Según su biógrafo, Gerald Martin, la escritura de esta década implicó tanto una vuelta a lo personal, “en busca del amor” (2009: 451), como “una visión del mundo no muy lejana a la desesperanza” (2009: 460).

En las novelas ochenteras de García Márquez destaca un regreso a los espacios narrativos que habían inspirado el ciclo de Macondo.¹¹⁸ En la primera novela, *Crónica de una muerte anunciada*, lo narrado toma lugar en el pueblo de Sucre, donde García Márquez había pasado las vacaciones de verano mientras realizaba sus estudios en Zipaquirá y Bogotá. En cambio, las dos siguientes novelas toman lugar parcial y totalmente en el río Magdalena: en *El amor en los tiempos del cólera* el cauce fluvial es el espacio donde toma lugar la acción en dos de los veinte capítulos de la novela; en cambio, en *El general en su laberinto* es el lugar del desarrollo de la acción narrativa de toda la novela. Lo anterior es significativo respecto a su narrativa anterior, dado que, por primera vez, un espacio concreto, georreferenciado y ubicable en

¹¹⁷ También vería la luz gran parte de los cuentos que serían posteriormente incluidos en el libro *Doce cuentos peregrinos* (1992). De hecho, uno de esos cuentos, “El rastro de tu sangre en la nieve” (1980), sería el vehículo de la ruptura de su huelga de escritura, autoproclamada desde 1976, en la cual prometía no volver a escribir mientras el dictador chileno Augusto Pinochet estuviera en el poder.

¹¹⁸ El inicio de la década de los ochenta también planteó un reencuentro con Colombia y con su familia. A inicios de la década, compró un apartamento en el barrio de Bocagrande, en Cartagena (Martin, 2009: 453), lo cual estuvo acompañado por un fallido intento de permanecer en el país en la primera mitad de 1981. El autor, que había llegado en el mes de febrero, tuvo que exiliarse al mes siguiente en México por amenazas contra su vida (Martin, 2009: 463).

los mapas es el espacio donde sucede lo narrado.¹¹⁹ En ese sentido, el río Magdalena es también el río de tinta. Esto no sugiere que las aguas y lluvias narradas en la obra temprana no fueran una difracción de la realidad o referenciales en cierto modo; en cambio, se está planteando que, principalmente en *El amor en los tiempos del cólera* (1985) y *El general en su laberinto* (1989), hay una elección del autor en nombrar al río por nombre propio. Como se vio al inicio de este capítulo, esta elección difiere de las tomadas por García Márquez casi veinte años antes en la edición final de *Cien años de soledad*. Si la pregunta que se había planteado al inicio de este capítulo era ¿dónde quedaba el río Magdalena en dicho procedimiento?, ahora en cambio pasa por: ¿por qué darle tal centralidad al Magdalena? ¿Cómo es mencionado y qué consecuencias tiene esto en la narración?

La novela *Crónica de una muerte anunciada*, publicada en 1981, era un proyecto antiguo de García Márquez cuya escritura puede datarse entre 1979 y 1980 (Martin, 2009: 451, 455). El tema de la novela es el atroz asesinato de Cayetano Gentile (Santiago Nasar), amigo de García Márquez, en Sucre a mediados de siglo. En breve, el asesinato, del aparentemente inocente, sucede luego de ser acusado de deshonorar a una mujer, Margarita Chica Salas (Ángela Vicario), que fue devuelta la noche de su boda por su esposo, Miguel Palencia (Bayardo San Román). El acto criminal es ejecutado por los hermanos de la esposa, Víctor Manuel y José Joaquín Chica Salas (Pedro y Pablo Vicario), devuelta ante la parálisis de los testigos del pueblo que, pese a advertir lo que estaba por suceder, no deciden evitarlo. La narración es reconstruida y narrada, un cuarto de siglo después, por un periodista que retorna a su pueblo. La historia concluye, además, con la reconciliación de esa mujer con el esposo que había regresado. La crítica literaria Nadia Celis observa que “ninguna de las novelas de García Márquez ha dado lugar a tan fascinante yuxtaposición entre hechos y ficción como la que desencadenó *Crónica de una muerte anunciada*” (2023: 20).¹²⁰ Probablemente, como asegura Carlos Alonso, el narrador de la novela sea el elemento que más perplejidad genere al lector, dado su dimensión autobiográfica y la implicación que tiene García Márquez (1987: 151). Más allá de esto, la novela, al tomar eventos ocurridos en el pueblo de Sucre, crea su espacio narrativo a partir de dicha inspiración, como había sucedido en “el pueblo” de *El coronel no tiene quien le escriba* y *La mala hora*.

¹¹⁹ Recuérdese que las referencias geoespaciales son usuales en las obras literarias tempranas de García Márquez, como se mostró en la parte dos de este capítulo. No obstante, en ninguna de ellas configuran la totalidad del espacio donde sucede la acción narrativa.

¹²⁰ Un excelente análisis puede encontrarse en el libro de la crítica Nadia Celis, *Crónica de un amor terrible* (2023), donde se reconstruyen las diferentes versiones de lo sucedido. Igualmente, Celis enfatiza cómo en la novela se propagan otras formas de violencia aparte del asesinato.

A lo largo de toda la novela vuelve a aparecer la “obsesión meteorológica-barométrica”, que cumple el objetivo de enmarcar el asesinato que está por suceder. Desde las primeras páginas, la mañana del asesinato viene descrita por: “un tiempo fúnebre, con un cielo turbio y bajo y un denso olor de aguas dormidas, y que en el instante de la desgracia estaba cayendo una llovizna menuda” (García Márquez, 2015 [1981]: 10). Lo anterior se replica a lo largo de toda la novela, del mismo modo que había sido usado en narraciones anteriores. Aparte de la presencia de las lluvias, otro elemento que se repite es la presencia de las aguas de un río frente al poblado donde sucede la acción. Al igual que en las novelas que tomaban como referencia a Sucre, en todo el texto no existe una mención geoespacial al Magdalena. No obstante, en *Crónica de una muerte anunciada*, el agua del río tiene una función de enmarcar temporal y espacialmente los hechos.

El río es uno de los mecanismos narrativos usados para ubicar el tiempo de la narración. Por ejemplo, para narrar la llegada de la familia Nasar al poblado, se dice:

La casa era un antiguo depósito de dos pisos, con paredes de tablones bastos y un techo de cinc de dos aguas, sobre el cual velaban los gallinazos por los desperdicios del puerto. Había sido construido en los tiempos en que el río era tan servicial que muchas barcasas de mar, e inclusive algunos barcos de altura, se aventuraban hasta aquí a través de las ciénagas del estuario. Cuando vino Ibrahim Nasar con los últimos árabes, al término de las guerras civiles, ya no llegaban los barcos de mar debido a las mudanzas del río, y el depósito estaba en desuso. (2015 [1981]: 17)

Nótese cómo el río servicial es usado para marcar un tiempo pasado remoto donde sus aguas sirvieron al desarrollo del poblado. En cambio, ya cuando llegó la familia de Santiago Nasar, “al término de las guerras civiles”, el río se había mudado a otros cauces. Aquí también hay un subtexto adicional: el poblado de Sucre, ubicado en La Mojana, a media jornada en lancha de Magangué, se encuentra en un laberinto de aguas sujetas a los ires y venires del río Magdalena, que en cuestión de años podía cambiar su curso principal.¹²¹ Esa decadencia se mantenía cuando el bramido del buque del obispo señalaba la mañana del asesinato de Santiago Nasar:

Por aquella época, los legendarios buques de rueda alimentados con leña estaban a punto de acabarse, los pocos que quedaban en servicio ya no tenían pianola ni camarotes para la luna de miel, y apenas si lograban navegar contra la corriente. Pero éste era nuevo, y tenía

¹²¹ En efecto, los cambios en el cauce principal del río entre la década de 1850 y 1860 llevaron a la decadencia a la antigua ciudad colonial de Mompox ubicado en el brazo del mismo nombre. Las aguas habían tomado el rumbo del brazo de La Loba permitiendo el crecimiento de la ciudad de Magangué y de los poblados ubicados en dichas planicies aluviales como Sucre. (Posada Carbó, 1998: 52)

dos chimeneas en vez de una con la bandera pintada como un brazal, y la rueda de tabloncillos de la popa le daba un ímpetu de barco de mar. En la baranda superior, junto al camarote del capitán, iba el obispo de sotana blanca con su séquito de españoles. (2015 [1981]: 24)

En esta citación se puede encontrar el estilo pesimista del artículo de 1981, donde la navegación del río no era la misma que había vivido García Márquez en su juventud. Igualmente, no son solo los “legendarios buques de rueda” los que han cambiado, sino también el río. Una transformación ambiental, como se mencionará más adelante, similar a la que se observa al final de *El amor en los tiempos del cólera*, en el último viaje de Florentino y Fermina. Sin embargo, la llegada del buque del obispo al inicio de la novela inaugura el cauce fluvial como una entrada y salida de personajes. Desde una perspectiva espacial, si el pueblo era el lugar de la tragedia del asesinato de Santiago Nasar, el río se configuraba como una especie de corredor lateral de la escena por donde entran y salen los personajes de la narración. Al igual que los dos pasajes laterales ubicados entre el público y el escenario en el teatro griego —*parodoi* (párido)—, este espacio permite tanto una función temporal como dramática dentro de la narración.¹²² Si el buque del obispo señalaba la mañana del asesinato, la salida del “buque de ceremonias del Congreso Nacional” (2015 [1981]: 48) cerraba la ceremonia oficial del matrimonio la tarde anterior. Es la entrada y salida de Bayardo San Román por el río la que cuenta con más toques de dramatismo. San Román había llegado al pueblo “en el buque semanal con unas alforjas guarnecidas de plata que hacía juego con las hebillas de la correa y las argollas de los botines” (García Márquez, 2015 [1981]: 33). De hecho, se presentaba como “ingeniero de trenes” y hablaba “de la urgencia de construir un ferrocarril hasta el interior para anticiparnos a las veleidades del río” (García Márquez, 2015 [1981]: 34). En cambio, su salida, luego de casarse y devolver a Ángela Vicario, sucederá en un buque de carga donde, acompañado por su madre y hermanas, será cargado en una hamaca colgada de un palo “postrado por el alcohol”, donde “costaba creer que lo llevaran vivo, porque el brazo derecho le iba arrastrando por el suelo”, y como remata el narrador, era “un recuerdo de víctima” (García Márquez, 2015 [1981]: 100). Al final de *Crónica de una muerte anunciada*, cuando la tan mencionada muerte toma lugar, como anuncia el mismo Santiago Nasar, “que me mataron, niña Wene” (García Márquez, 2015 [1981]: 137), para el pueblo la única víctima era Bayardo San Román. A pesar de que, como observa Nadia Celis (2023), las víctimas de la novela también son otras,

¹²² En la novela se encuentran los tres elementos del trípode de la tragedia griega —fatalidad, inocencia y sacrificio bárbaro—; no obstante, el elemento clave es el del folletín romántico. (Rama, 1983: 7-46)

como Ángela Vicario, la novela “da a entender que cualquier acontecimiento que se anuncia puede evitarse, y que la acción del ser humano puede predeterminar el mundo” (Martín, 2009: 460).

Este pesimismo es coherente con una nota de prensa como la ya mencionada de 1981, contemporánea a la escritura de la novela. Igualmente, se alinea con las apariciones públicas del autor durante la primera mitad de los años ochenta: el discurso de aceptación del Nobel de Literatura, “La soledad de América Latina” (1982); el discurso “Palabras para un nuevo milenio”, pronunciado en La Habana (Cuba) el 29 de noviembre de 1985 durante el II Encuentro de Intelectuales por la Soberanía de los Pueblos de Nuestra América; por último, el discurso “El cataclismo de Damocles”, pronunciado en Ixtapa-Zihuatanejo (México) el 6 de agosto de 1986 durante el 41º aniversario de la bomba de Hiroshima. Como sugiere el crítico Ignacio López-Calvo, García Márquez insiste en sus discursos ante una mirada eurocéntrica de América Latina y enfatiza el derecho de la región “to determine its own sociopolitical destiny beyond Western, universalist, grand narratives” (2022: 440). A lo cual cabría sumarle una creciente preocupación por el cataclismo atómico que ya se nota hacia el final del discurso del Nobel y se hace bastante tangible en el discurso sobre el aniversario de la bomba nuclear: “la explosión —dirigida o accidental— de sólo una parte mínima del arsenal nuclear que duerme con un ojo y vela con el otro en las santabárbaras de las grandes potencias” (2010 [1986]: 44) o “el tremendo Apocalipsis cautivo en los silos de la muerte de los países más ricos está malbaratando las posibilidades de una vida mejor para todos” (2010 [1986]: 45). Respecto a esa pregunta por el futuro del mundo, García Márquez nota en su discurso en Casa de las Américas, en La Habana, que a lo largo de los últimos cien años se han perdido las mejores virtudes del siglo XIX: “el idealismo febril y la prioridad de los sentimientos: el susto del amor” (2010 [1985]: 39). Es en este último detalle donde el autor parece encontrar un alivio frente a la situación del mundo. Si en el discurso dado frente a la Academia Sueca sugería que, frente al tamaño de la soledad de América Latina, “nuestra respuesta es la vida”, imaginándola como una “donde nadie pueda decidir por otros hasta la forma de morir, donde veras sea cierto el amor y sea posible la felicidad” (2010 [1982]: 28), en el final del discurso de Ixtapa es mucho más tajante al imaginar “una botella de naufragos siderales” que cuente que “aquí existió la vida, que en ella prevaleció el sufrimiento y predominó la injusticia, pero que también conocimos el amor y hasta fuimos capaces de imaginarnos la felicidad” (2010 [1986]: 46).

Esta tensión entre amor y cataclismo, que vivió durante esos años, era la base fundante de *El amor en los tiempos del cólera*. Pero no era la única. Como ya se mencionó anteriormente, la

década de los ochenta significó una vuelta a lo personal, lo cual implicaba el intento de volverse a establecer en Colombia. El intento de 1981 había terminado con su exilio en México, algo que cambiaría con la llegada al poder en 1982 del político conservador, también escritor y poeta, Belisario Betancur Cuartas, y la concesión del premio Nobel, que le permitirían volver con más tranquilidad al país. Fue un viaje hacia finales de 1983 que lo llevaría de regreso a Aracataca después de dieciséis años, poniéndolo frente a la historia de su propia vida y llevándolo a reevaluar la relación con su pueblo natal, como aparece en su narrativa temprana. Como señala Martin, este reencuentro lo llevaría a “reescribir su vida —reescritura de lo ya reescrito— y a llenar algunas lagunas” (2009: 499). A partir de 1984, su establecimiento en Cartagena le permitió alcanzar dicho cometido: no solo se acercó con sus padres, con quienes conversaba casi todas las tardes, sino especialmente con su padre, Gabriel Eligio, con el cual siempre había tenido una relación conflictiva desde niño (Martin, 2009: 501).¹²³ Este hecho no es menor, dado que volvería a escuchar de primera mano las historias de la juventud y noviazgo de sus padres entre los diferentes pueblos del Bajo Magdalena, como le confiesa en un momento el autor a su biógrafo Gerald Martin: “Dejé las tripas en ese libro, no sé cómo pude escribir todo eso” (Martin, 2009: 513). Estos tres elementos: la vuelta a lo personal, el pesimismo cataclísmico de finales de siglo y el amor son claves para la interpretación de la novela.¹²⁴

El amor en los tiempos del cólera relata la historia de amor entre Florentino Ariza y Fermina Daza por más de sesenta años en un pueblecito portuario del Caribe. El primero era hijo no reconocido de Pío Quinto, empresario y dueño junto a sus hermanos de la Compañía Fluvial del Caribe. Florentino vestía de manera sombría, pareciendo más años de los que tenía, y le gustaba leer y escribir poemas de amor. En cambio, Fermina era una mujer orgullosa y altiva, proveniente de una familia de las provincias con un madre ausente y un padre involucrado en negocios sucios. De jóvenes, los dos se enamoran apasionadamente, pero Fermina decide casarse con un médico Juvenal Urbino, uno de los jóvenes más codiciados, de una familia de renombre, con estudios en Francia y el encargado de lidiar con la epidemia de cólera. Florentino decide jurarle amor eterno a Fermina, una promesa

¹²³ Gerald Martin hace una señalación importante respecto a *Crónica de una muerte anunciada*, donde el escritor toma conciencia inesperada de la faceta de su madre: “En esa sonrisa, por primera vez desde su nacimiento, Ángela Vicario la vio tal como era: una pobre mujer consagrada al culto de sus defectos” (2009: 501). Algo similar sucederá en *El amor en los tiempos del cólera* con su padre, quien murió el 13 de diciembre de 1984, antes de la publicación del libro el año siguiente.

¹²⁴ Al respecto, otro reencuentro presente en la novela es con Francia, y sobre todo con el París que había redescubierto a inicios de los ochenta (Martin, 2009: 506). La novela no solo estaba influenciada por la tradición decimonónica francesa y, en especial, por las novelas de Gustave Flaubert (Bell-Villada, 2005; Bell, 2005), sino que además París es donde los personajes principales, Juvenal y Fermina, serán felices.

que se extiende por más de medio de siglo hasta la muerte del médico Urbino. La novela, la más larga del autor junto a *Cien años de soledad* con más de quinientas páginas, está compuesta por seis capítulos sin numeración a través de la cual se va entrelazando la historia de amor de Florentino y Fermina.

Respecto a los temas generales de la novela, Gerald Martin (2012: 90) nota: “The book is undoubtedly, for García Márquez himself, a reconciliation with people and cities he has been estranged from”, a lo que añade: “Here, in a novel which ought, given its elements, to be sombre and discouraging, we find García Márquez affirming life”. Otro crítico, Vicente Cervera Salina, argumenta que la novela marca una ruptura con el hilo conductor del fatalismo negativo presente en sus novelas anteriores y plantea una apertura a la participación de la voluntad humana en la construcción del destino común o, al menos, haciendo factible la realización de deseos y aspiraciones (2014: 87).

La novela se sitúa en una ciudad caribeña, en la cual se reconoce tanto a la colonial Cartagena de Indias como a la moderna Barranquilla de inicios del siglo XX, y la acción narrativa transcurre entre la década de 1880 y la de 1930. Nótese dos elementos respecto al tiempo y al espacio narrativo. Primero, que esos años se sobreponen con el periodo comentado a lo largo del primer capítulo, donde el flujo del río Magdalena es materia narrativa del progreso o no de la nación colombiana. Al igual que en la novela *Pax* de Marroquín y Rivas Groot, García Márquez construye las preocupaciones del *fin de siècle* colombiano a través de los personajes y sus decisiones. El doctor Juvenal Urbino representa la última figura del héroe del siglo XIX, arrogante y procedente de una buena familia con signos de decadencia (similares a las de Alejandro Borja y Roberto Ávila). En cambio, Florentino, bastardo y nacido en la pobreza, construye su relevancia social convirtiéndose en el presidente de la Compañía Fluvial del Caribe. Segundo, el espacio narrativo ficticio mezcla la decadencia de la ciudad antigua colonial Cartagena y la de una nueva ciudad moderna, Barranquilla, gracias al crecimiento comercial por el río. Esa ambigüedad espacial permite a García Márquez construir un espacio híbrido que se va transformando a medida que avanza la temporalidad de la novela, entre la ciudad colonial y la ciudad moderna.

Ambos elementos se aprecian en el pasaje que abre el quinto capítulo de la novela. En este, Fermina y Juvenal se unen al programa de actos públicos de las celebraciones del nuevo siglo, realizando el primer viaje en globo aerostático. El viaje atravesaría la ciudad hasta San Juan de la Ciénaga, treinta leguas al nordeste en línea recta. Antes de emprender la

aventura, un periodista le pregunta al doctor Urbino cuáles serían sus últimas palabras si pereciera en la aventura, y este responde: “En mi opinión [...] el siglo XIX cambia para todo el mundo, menos para nosotros” (1997 [1985]: 323). El comentario mostraba que Juvenal era descrito como un referente de las ideas y valores asociados con la modernización; su lógica de pensamiento se mantiene en la de orden y progreso decimonónica. Lo anterior también se nota en el espacio que los dos personajes aprecian desde las alturas del globo:

Desde el cielo, como las veía Dios, vieron las ruinas de la muy antigua y heroica ciudad de Cartagena de Indias, la más bella del mundo, abandonada de sus pobladores por el pánico del cólera, después de haber resistido a toda clase de asedios ingleses y tropelías de bucaneros durante tres siglo. Vieron las murallas intactas, la maleza de las calles, las fortificaciones devoradas por las trinitarias, los palacios de mármoles y altares de oro con sus virreyes podridos de peste dentro las armaduras (1997 [1985]: 324)

Este pasaje da cuenta de un periodo pasado que está siendo transformado por diferentes mecanismos. El viejo legado colonial, ligado a la tradición, está siendo subvertido. Desde este punto de vista, Mabel Moraña argumenta respecto a la novela: “García Márquez depicts in a personal way the drama of modernization.” (1990: 15). Igualmente, en este pasaje se nota uno de los símbolos centrales de la novela y que denota la amenaza que sufren Fermina y Juvenal, como Florentino: la epidemia de cólera. La proliferación de dicha enfermedad, que ha extendido la muerte por más de medio siglo y que, en diferentes momentos de la novela, amenaza la supervivencia misma de los personajes. David Buehrer (1990: 21) argumenta la ambigüedad del término a lo largo de la novela: una enfermedad mortal —el cólera— y como una condición de enfado o ira —la cólera—, que en un sentido más amplio significa “a devastating force, a plague, whose only meaning is death on a massive scale” (Pynchon citado en Buehrer, 1990: 21). Ya sea para quienes la combaten a través de la medicina, como el doctor Urbino, o Florentino, a través del amor erótico hacia Fermina, es la plaga apocalíptica de la era escrita por García Márquez que acabará con el mundo o al cual sucumbirá tarde o temprano. Al respecto, Buehrer señala que no es tanto la resurrección la cuestión planteada por el escritor, sino más bien: “after decimation — environmental, cultural, social, even personal— what can possibly remain to revive a world spent by abuse and its own historical exhaustion?” (1990: 21).

Aquí, la respuesta a la pregunta de Buehrer va más allá del amor heterosexual en la triada protagonista, sino que oculta la opción de la elección del amor en las ruinas del mundo. En la novela, el río Magdalena se convierte en el eje de dicha reflexión. Esto se hace tangible

en la voz del casi centenario tío León XII, dueño de la Compañía Fluvial del Caribe y hermano del padre de Florentino.¹²⁵ En uno de los pasajes hacia el final de la novela, se dice:

Una de las preocupaciones recurrentes del tío León XII era que la navegación fluvial no pasara a manos de los empresarios de interior vinculados a los consorcios europeos. “Éste ha sido siempre un negocio de matacongos —decía—. Si lo cogen los cachacos se lo vuelven a regalar a los alemanes”. Su preocupación era consecuente con una convicción política que le gustaba repetir aun cuando no viniera el caso.

—Voy a cumplir cien años, y he visto cambiar todo, hasta la posición de los astros en el universo, pero todavía no he visto cambiar nada en este país —decía—. Aquí se hacen nuevas constituciones, nuevas leyes, nuevas guerras cada tres meses, pero seguimos en la Colonia. (1997 [1985]: 381)

La última frase sugiere que una de las maneras en que los gobiernos centralistas preservan la colonialidad del poder es al transferirla desde las élites locales hacia los empresarios extranjeros. Al defender un manejo local consciente de la complejidad ecológica y de las diferentes comunidades que habitan el río, la novela evidencia una posición clara respecto a la adopción del capitalismo liberal y multinacional y sus efectos ambientales. Florentino, en cambio, era contrario a la política de su tío: “pensaba que el retraso de la navegación fluvial, que siempre parecía al borde del desastre, sólo podía remediarse con la renuncia espontánea al monopolio de los buques de vapor” (1997 [1985]: 382). Su postura estaba fundamentada en el fracaso del comodoro alemán Elbers, quien había tenido el monopolio de la navegación en los tiempos posteriores a la Independencia y cuyo ingenio fue arruinado por su ambición desmesurada. En este sentido, la novela insiste constantemente en cómo la codicia y la ambición carcomen poco a poco a las personas y al mundo a su alrededor —puntualmente, al río Magdalena y a los bosques de sus riberas—. Más adelante, en una conversación entre Florentino y Fermina, este le explicará con orgullo que uno de sus logros personales ha sido la “libertad de navegación propugnada por él” y que había estimulado la navegación a lo largo del río (1997 [1985]: 437). Este hecho será uno de los detonantes de la misma degradación que afectará al río.

Son los dos viajes que enmarcan la narración de la novela y edifican dos imágenes diferentes del río Magdalena los que trasladan mejor el argumento anterior. El primer viaje tiene lugar al final del tercer capítulo, realizado en soledad por Florentino después del

¹²⁵ Fue este quien le permite trabajar a Florentino en la compañía inicialmente para sobrevivir el rechazo de Fermina, y, posteriormente, abre la posibilidad para su ascenso social y económico.

desaire amoroso de Fermina y con el objetivo de olvidarla. El segundo viaje, en el buque *Nueva Fidelidad*, en cambio, se narra en el último capítulo de la novela, justo después del reencuentro entre Fermina y Florentino, ya en su vejez y más de cincuenta años después del primer episodio. En este punto, cabría destacar que la ubicación temporal de la novela respecto a su predecesora planteaba también una conexión temporal y espacial, donde uno de los vínculos indudablemente era el estado del río. Si en *Crónica de una muerte anunciada* se narraba un suceso ocurrido hacia mediados del siglo XX, con eventuales menciones a tiempos pasados, cuando el “río era tan servicial” (2015 [1981]: 17), en *El amor en los tiempos del cólera* se plantea una mirada comparativa entre dos momentos del río: el primero en el último cuarto del siglo XIX y el último en la tercera década del siglo XX.

En su primer viaje, el joven Florentino, con el corazón roto, no puede eclipsar las maravillas naturales del fabuloso río Magdalena que contempla junto a su soledad:

Florentino Ariza permanecía en vela la mayor parte de la noche, creyendo oír la voz de Fermina Daza en la brisa fresca del río, pastoreando la soledad con su recuerdo, oyéndola cantar en la respiración del buque que avanzaba con pasos de animal grande en las tinieblas, hasta que aparecían las primeras franjas rosadas en el horizonte y el nuevo día reventaba de pronto sobre pastizales desiertos y ciénagas de brumas. (1997 [1985]: 204)

En este pasaje, el vacío de amor que sentía Florentino se mezcla con los diferentes paisajes que presenta el río. Así, no es de sorprender que piense escuchar la voz de Fermina en la brisa o en la respiración del barco. De igual forma, García Márquez vuelve, en su descripción del río Magdalena en el primer viaje de Florentino, a las descripciones de los viajeros decimonónicos. Señala las dificultades del viaje a medida que pasaban los días: “la navegación fue más difícil entre bancos de arena intempestivos y turbulencias engañosas” (1997 [1985]: 204). Igualmente, el ambiente dominado por la “algarabía de los loros y el escándalo de los micos” hacía que, junto al calor incesante y los zancudos, cuando había que amarrar el barco en la noche, “se volvía insoportable hasta el hecho simple de estar vivo” (1997 [1985]: 205). Más adelante, se explica:

Florentino Ariza soportó los rigores del viaje con la paciencia mineral que desconsolaba a su madre y exasperaba a sus amigos. No alternó con nadie. Los días se le hacían fáciles sentado frente al barandal, viendo a los caimanes inmóviles asoleándose en los playones con las fauces abiertas para atrapar mariposas, viendo las bandadas de garzas asustadas que se alzaban de pronto en los pantanos, los manatíes que amamantaban sus crías con sus grandes tetas maternas y sorprendían a los pasajeros con sus llantos de mujer. En un

mismo día vio pasar flotando tres cuerpos humanos, hinchados y verdes, con varios gallinazos encima. (1997 [1985]: 204)

Aquí se pueden notar de nuevo las imágenes recurrentes señaladas en la parte anterior de este capítulo, que muestran esa nostalgia fluvial garciamarquiana, como los caimanes inmóviles intentando atrapar mariposas o la repetida descripción de los manatíes. Nótese cómo el pasaje se cierra con la imagen de los cuerpos bajando por el río, reciclada igualmente de sus narraciones anteriores, pero que en esta guardaba una incertidumbre, como lo deja en claro unas líneas más adelante: “Nunca supo, porque nunca se sabía, si eran víctimas del cólera o de la guerra, pero la tufarada nauseabunda contaminó en su memoria el recuerdo de Fermina Daza” (1997 [1985]: 207).

La pérdida del río Magdalena se confirma en el segundo viaje de Florentino por el Magdalena, esta vez en compañía de Fermina y luego de cincuenta años. El viaje tenía lugar en el buque *Nueva Fidelidad*, el primero construido en los astilleros locales e impulsado por la gestión de Florentino en la Compañía Fluvial del Caribe.¹²⁶ No obstante, no tardó mucho Florentino en darse cuenta de la transformación que había sufrido el río:

Florentino Ariza, en efecto, estaba sorprendido de los cambios, y lo estaría más al día siguiente, cuando la navegación se hizo más difícil, y se dio cuenta de que el río padre de La Magdalena, uno de los grandes del mundo, era sólo una ilusión de la memoria. El capitán Samaritano les explicó cómo la deforestación irracional había acabado con el río en cincuenta años: las calderas de los buques habían devorado la selva enmarañada de árboles colosales que Florentino Ariza sintió como una opresión en su primer viaje. Fermina Daza no veía los animales de sus sueños: los cazadores de pieles de las tenerías de Nueva Orleans habían exterminado los caimanes que se hacían los muertos con las fauces abiertas durante horas y horas en los barrancos de la orilla para sorprender a las mariposas; los loros con sus algarabías y los micos con sus gritos de locos se habían ido muriendo a medida que se les acababan las frondas, los manatíes de grandes tetas de madres que amamantaban a sus crías y lloraban con voces de mujer desolada en los playones eran una especie extinguida por las balas blindadas de los cazadores de placer. (1997 [1985]: 471).

Sumado a este paisaje degradado y casi apocalíptico, los pasajeros solo podían sentir la “tufarada nauseabunda” (1997 [1985]: 476) de los cadáveres en proceso de descomposición que bajaban por el río y que se habían multiplicado desde el primer viaje de Florentino. Los cuerpos que había visto en su primer viaje eran una premonición de lo que había sufrido el

¹²⁶ Como lo explica la novela, el nombre era un homenaje al buque de vapor *Fidelidad* que había navegado por primera vez el río en enero de 1824 bajo el abanderado Juan Bernardo Elbers. (1997 [1985]: 463). Un nombre no casual, que sugería esa evolución tecnológica en la navegación del río.

río en ese medio siglo. A pesar de que el amor entre Florentino y Fermina había triunfado, la destrucción ambiental y la violencia se habían ceñido con el río. La consumación del amor durante el viaje logra restaurar por un momento el río Magdalena, hasta el punto que Fermina:

Descubrió que las rosas olían más que antes, que los pájaros cantaban al amanecer mucho mejor que antes, y que Dios había hecho un manatí y lo había puesto en el playón de Tamalameque sólo para que la despertara. El capitán lo oyó, hizo derivar el buque, y vieron por fin a la matrona enorme amamantando a su criatura en los brazos. (1997 [1985]: 489).

Pero para ese entonces, la posibilidad de felicidad era una “minor utopia” (Buehrer, 1990: 23), dada la amenaza de la autodestrucción presente. En ese sentido, el final de la novela se plantea como ambivalente, y donde el futuro del río Magdalena y de sus habitantes es incierto. Como señala Rory O'Bryen, la mirada de García Márquez al río Magdalena no solo estaba marcada por la nostalgia de un paisaje decimonónico, “but also seemed to hint that a happier national future would involve reversing the nation’s nineteenth-century self-definition in foreign terms” (2016: 232). La posibilidad que le brinda García Márquez a Florentino de realizar sus sueños individuales concuerda con los efectos negativos de la liberación de la navegación y donde la Compañía Fluvial del Caribe, que dirigía, jugaba un papel clave. En este aspecto, comparto el argumento de Ana María Mutis, que señala la gran contradicción en el sistema de valores que atraviesa toda la novela: “while the Magdalena’s agony manifests deep ecological and social concerns, Florentino and Fermina’s amorous triumph at novel’s end implies that redemption is possible for the individual as long as happiness is built on indifference in the face of reality” (2013: 151). No obstante, el argumento contrario también es posible: el de la defensa del individualismo en favor de una propia búsqueda de la felicidad. Como sugiere Jean Franco: “Whereas in nineteenth-century realism, private and public good were closely associated, such that individual blemishes were registered on the social body, García Márquez’s novel deploys realist allegory to quite different ends, showing the incompatibility between private and public good” (2005: 111).

La incompatibilidad mencionada por Franco también aparece en la última novela de la década de los ochenta: *El general en su laberinto* (1989). El libro narra el último trayecto de la vida de Simón Bolívar, el Libertador, quien emprendió un viaje desde Santafé de Bogotá hasta la ciudad de Santa Marta, donde finalmente fallecería el 17 de diciembre de 1830. A lo largo de su recorrido, Bolívar se encuentra atrapado en un conflicto interno profundo: por un lado, aún alberga la esperanza de continuar luchando por su ideal de una América

Hispana unificada, un sueño que había sido el motor de su vida y sus batallas; por otro, experimenta el doloroso desencanto de verse rodeado de intrigas políticas y luchas de poder que surgieron en Colombia tras la independencia, las cuales desmoronaron las bases de la unidad que él había anhelado. En su mente y corazón se entremezclan la persistencia en su lucha con la creciente desilusión, mientras observa cómo los ideales por los que dio tanto se ven cada vez más amenazados por las divisiones y los intereses particulares que se multiplicaban entre los nuevos Estados.

El río Magdalena es un escenario crucial dentro de la novela, dado que guía el viaje hacia el exilio de Bolívar y rememoraba en el Libertador la campaña que había liderado para liberar el río de los españoles. Como señala el mismo autor, en una parte final del libro titulada “Gratitudes”, este periodo de la vida de Bolívar era el menos documentado, pero le preocupaba poco los fundamentos históricos. En este segmento, García Márquez también confiesa:

Más que las glorias del personaje me interesaban entonces el río Magdalena, que empecé a conocer de niño, viajando desde la costa caribe, donde tuve la buena suerte de nacer, hasta la ciudad de Bogotá, lejana y turbia, donde me sentí más forastero que en ninguna otra desde la primera vez. En mis años de estudiante lo recorrí once veces en sus dos sentidos, en aquellos buques de vapor que salían de los astilleros del Mississippi condenados a la nostalgia, y con una vocación mítica que ningún escritor podría resistir. (1998 [1989]: 155)

Como ya se ha mencionado anteriormente, esta sería una de las ocasiones —junto al artículo de 1981 y la autobiografía de 2002— en que mencionaría la relevancia personal que tuvo el río en su infancia y juventud.

A diferencia del río Magdalena que se ha comentado en las dos novelas anteriores, el cauce fluvial que aparece en *El general en su laberinto* sugiere de manera sutil la degradación material y narrativa que empieza a sufrir. A pesar de que la novela está centrada en la figura de Bolívar y la descripción del espacio narrativo ocupa un menor lugar, si se lee a contrapelo con las dos novelas anteriores es posible establecer conexiones sobre la muerte del río, que se alarga por más de dos siglos.

A lo largo del descenso del Libertador, ya se empieza a notar la deforestación, que, como señala García Márquez en su artículo de 1981, es la principal razón de la degradación del río Magdalena. En el segundo día de navegación, el narrador anota:

El segundo día de navegación vieron haciendas bien cuidadas con praderas azules y caballos hermosos que corrían en libertad, pero luego empezó la selva y todo se volvió

inmediato e igual. Desde antes habían empezado a dejar atrás unas balsas hechas de enormes troncos de árboles, que los taladores de la ribera llevaban a vender en Cartagena de Indias. Eran tan lentas que parecían inmóviles en la corriente, y familias enteras con niños y animales viajaban en ellas, apenas protegidas del sol con escuetos cobertizos de palma. En algunos recodos de la selva se notaban ya los primeros destrozos hechos por las tripulaciones de los buques de vapor para alimentar las calderas. (1998 [1989]: 57)

En este pasaje se conectan los dos elementos principales generadores de la deforestación en las riberas del río: la expansión del modelo de hacienda, principalmente ganaderas, y la navegación a vapor. A pesar de que esto solo se acelerará a partir de 1850, como se estudió en el primer capítulo, ya para los tiempos post-Independencia eran claros los estragos que podía generar dicho modelo. Algo que el mismo Bolívar, al ver los estragos descritos en el pasaje anterior, dice: “Los peces tendrán que aprender a caminar sobre la tierra porque las aguas se acabarán” (1998 [1989]: 57). Inmediatamente después, el narrador vuelve a la descripción del espacio del viaje por el río:

El calor se volvía intolerable durante el día, y el alboroto de los micos y los pájaros llegaba a ser enloquecedor, pero las noches eran sigilosas y frescas. Los caimanes permanecían inmóviles durante horas en los playones, con las fauces abiertas para cazar mariposas. Junto a los caseríos desiertos se veían las sementeras de maíz con perros en hueso vivo que ladraban al paso de las embarcaciones, y aun en despoblado había trampas para cazar tapires y redes de pescar secándose al sol, pero no se veía un ser humano. (1998 [1989]: 57).

Nótese dos elementos a lo largo del pasaje. En la primera mitad, cómo este extracto, inmediatamente posterior a la denuncia de la deforestación, conversa directamente con dos de los extractos citados en la novela anterior: tanto en el viaje inicial por el Magdalena (1997 [1985]: 204), como en el segundo viaje de Florentino y Fermina (1997 [1985]: 471). La imagen de los caimanes inmóviles con las fauces abiertas que cazaban mariposas se repite conectando las diferentes temporalidades del Magdalena, sino también haciendo palpable su degradación. En cambio, en la segunda, se reitera otro de los argumentos que construyeron la idea del río como un espacio inerte y desprovisto de población, donde “no se veía un ser humano”, y que como ya se ha visto habilitó la conquista de las aguas y las tierras del Magdalena.

En conclusión, las tres novelas leídas en conjunto y a contraluz visibilizan las razones que configuraron el discurso de un río muerto que García Márquez denunciaría en 1981. Como se ha visto, el autor no solo sufre una “nostalgia fluvial”, que lo desplaza de esos espacios que conoció en su juventud, sino que esto lo lleva a explorar, de la manera que mejor

conoce —la literatura—, las razones que llevaron a la muerte del río. Esto no solo lo llevó a visitar temáticas que ya había explorado de manera anónima y general en su ciclo temprano, sino a nombrar el río con nombre propio. Lo anterior podría sugerir que el primer paso para reconocer la responsabilidad como sociedad que tenemos con el curso fluvial parte de reconocer su misma presencia y la complejidad de fenómenos que ocurren en sus aguas y tierras.

Capítulo III: El río de los muertos

En la región del Magdalena Medio no hay fosas comunes, porque los muertos eran arrojados al río Magdalena. (Caracol Radio, “Ramón Isaza admite que las víctimas de los paramilitares las lanzaban al río”, 26 de enero de 2007)

En desarrollo del procedimiento especial de la Ley 975 de 2005, en versión libre del 11 de agosto de 2009, [...] alias “Tripa”, admitió responsabilidad en el hecho, por cuanto fue cometido por personas bajo su mando. [...] Luego de darle muerte a la víctimas, arrojaron el cuerpo al río Magdalena, en el sitio conocido como El Remanso, ubicado en la vereda San Juan de Remolinos, por el sector de una finca de propiedad del extinto narcotraficante Gonzalo Rodríguez Gacha, alias “El Mejicano”, en el municipio de Guaduas - Cundinamarca. (Mag. Eduardo Castellano Roso, Tribunal Superior de Bogotá, sala de Justicia y Paz, “Sentencia Ramón María Isaza Arango y otros”, mayo 29 de 2014: 23)

El sábado 16 de marzo del mismo año, fue encontrado un cadáver de sexo femenino, en estado semi-esquelético, flotando sobre el río Magdalena en la jurisdicción de Puerto Salgar (Cundinamarca), frente a la base aérea Germán Olano de la Fuerza Aérea Colombiana. (Mag. Eduardo Castellano Roso, Tribunal Superior de Bogotá, sala de Justicia y Paz, “Sentencia Ramón María Isaza Arango y otros”, mayo 29 de 2014: 100)

El primer pasaje del 26 de enero de 2007 forma parte de la conversación que el exjefe paramilitar Ramón Isaza Arango sostuvo con la Asociación Madres de la Candelaria en la cárcel de máxima seguridad de Itagüí (Antioquia) tras su desmovilización bajo la Ley de Justicia y Paz de 2005.¹²⁷ La frase, que resonó en los diferentes medios de comunicación, no solo desveló un secreto a voces, sino que puso en palabras una práctica común a las diferentes violencias que han surcado el territorio nacional: la de la desaparición forzada mediante el lanzamiento de cuerpos asesinados a los ríos y diferentes cuerpos de agua. Las dos citas que le siguen son parte de la sentencia proferida por el Tribunal Superior de Bogotá, sala de Justicia y Paz, a cargo del magistrado ponente Eduardo Castellanos Roso, contra Isaza y otros paramilitares del Magdalena Medio el 29 de mayo de 2014. Los extractos seleccionados, parte de un amplio conglomerado de delitos incluidos en las más de 600 páginas de la condena, muestran cómo la desaparición forzada en el río Magdalena fue una práctica cruelmente extendida. A partir de esa imagen de un río cargado con cadáveres, o como lo ha definido la antropóloga María Victoria Uribe, “liquid tombs” (2013), el presente capítulo explora la práctica de la desaparición forzada en el río Magdalena, y concretamente cómo obras literarias han abordado esta realidad. La imagen

¹²⁷ También conocida como Ley 975 de 2005, fue un marco jurídico promovido en el primer gobierno de Álvaro Uribe Vélez (2002 – 2006) con el propósito de facilitar el proceso de desmovilización de paramilitares en Colombia.

del río de los muertos no solo complejiza y materializa la noción de río, sus límites y su composición, sino también vislumbra el curso fluvial como un cuerpo de agua donde se enmarañan diferentes materialidades y diversos discursos.

Este capítulo reflexiona sobre la porosidad del río y, en particular, cómo una perspectiva relacional de las aguas fluviales en relación con otros cuerpos configura el discurso de un río de los muertos, a la vez que puede ofrecer nuevas comprensiones de fenómenos como la violencia en el Magdalena. En este sentido, el capítulo explora cómo las fronteras de un río no son impermeables, sino que constantemente son atravesadas por cuerpos humanos y otros seres más allá de los humanos. Este estudio se centra en dos interacciones que ilustran la porosidad del río Magdalena y cómo esta se manifiesta en dos textos literarios: una, entre las aguas del río y las tierras circundantes, una relación que en los mapas parece estable, pero que en la práctica está marcada por fronteras difusas, creando territorios híbridos (Kuntala, 2014), anfibios (Fals Borda, 2002 [1979]) y que alteran el ciclo hidrosocial (Cunha, 2018); y la otra, entre los cuerpos asesinados por las múltiples violencias del país y su encuentro con las aguas del Magdalena, lo que da origen a nuevos enmarañamientos que refuerzan el acto violento de la desaparición y modifican las formas en que las comunidades ribereñas se relacionan con el río.

A continuación, los dos estudios de caso propuestos configuran un viaje de descenso por el Magdalena Medio. La primera parada será en Puerto Berrío a partir del libro *Los escogidos* (2012) de Patricia Nieto. En esta ciudad portuaria se mezclan los intereses económicos y políticos junto a la disputa territorial entre paramilitares y guerrillas, que la han terminado por configurar como una “geografía del terror”. Nieto propone una reflexión acerca de las prácticas fúnebres de sus habitantes frente a los cuerpos anónimos que bajan el río, mostrando cómo en el Magdalena se enmarañan materialidades, historias y prácticas. En esta geografía no solo se establece un intercambio poroso entre agua y tierra, sino también en como el río se filtra y es filtrado por diferentes cuerpos. La segunda etapa de este río narrativo se ubica en la sección inmediatamente siguiente del río, entre Puerto Berrío y Barrancabermeja, a partir de la novela de Marbel Sandoval Ordóñez *En el brazo del río* (2006), la cual, a través de las historias de Paulina y Sierva María muestra cómo esos cuerpos que navegan el río reconfiguran la idea del Magdalena mismo, conformándolo como un cuerpo de agua viscoso y poroso donde se suceden intercambios entre diferentes cuerpos humanos y más que humanos.

Respecto al fenómeno de la desaparición forzada, el ya mencionado portal “Ríos de vida y muerte” brinda información confiable al respecto. El portal fue el resultado de tres años de trabajo periodístico en los que estuvieron involucrados más de 20 periodistas que documentaron las historias de violencia alrededor de 44 ríos colombianos. Como señala la nota de prensa de su lanzamiento, “una de las conclusiones que deja el proyecto es que son más de mil personas desaparecidas, aunque no se tiene la cifra exacta” (Consejo de Redacción, 2018).¹²⁸ Según datos del Centro Nacional de Memoria Histórica (CNMH), para el caso puntual del río Magdalena, el número de cuerpos encontrados es de 368 desde 1981, repartidos principalmente en los periodos de auge de la violencia paramilitar y el narcotráfico durante la década de los noventa (97 cuerpos) y la primera década del siglo XXI (239 cuerpos). No obstante, nos encontramos probablemente ante una cifra parcial que seguramente es mucho mayor debido al mismo tipo de práctica. Por ejemplo, según cifras del Observatorio de Memoria y Conflicto del Centro Nacional de Memoria, en los municipios que conforman la ribera del río Magdalena existe un total de 9.666 personas desaparecidas entre 1958 y 2017, de las cuales 4.477 casos tienen como presunto responsable a grupos paramilitares¹²⁹. De hecho, algunas investigaciones periodísticas señalan que “el número de personas que terminaron en los ríos es superior al de los muertos sepultados en fosas comunes” (Semana, 2017, 12 de agosto, ‘Cementerio de agua y piedra’). La dificultad de precisar una cifra viene dada por la misma modalidad del crimen, como explica María Victoria Uribe: “murdered bodies are often tossed into a river to conceal the crimes and do away with the evidence” (2013: 18).

A pesar de que es imposible precisar tanto las cifras como los orígenes de la desaparición de cuerpos en los ríos colombianos, investigadores del tema de la violencia en Colombia como Uribe concuerdan en que es en el periodo de La Violencia (1948-1958) donde se empieza a visibilizar el fenómeno. Ya en el primer tomo de *La violencia en Colombia: Estudio de un proceso social* (1962), escrito por monseñor Germán Guzmán Campos junto a los sociólogos Eduardo Umaña Luna y Orlando Fals Borda se menciona cómo el uso de los ríos como lugar de desaparición ya era una práctica existente:

¹²⁸ Un mapa en línea con las desaparición forzadas por río puede ser consultado en <https://storymaps.arcgis.com/stories/147887ebab8c4dada19e059a21ffe3cc> [consultado 15 de marzo de 2025].

¹²⁹ Cabe señalar que el número de víctimas de desaparición forzada varía dependiendo de la entidad que se ocupe. Según María Victoria Uribe (2023: 33), la Unidad Nacional contra la Desaparición Forzada de la Fiscalía General de la Nación investigaba 14.350 casos para 2011; la Unidad de Derechos Humanos y Derecho Internacional Humanitario daba 15.904 entre 1980 y 2005; en cambio, el Observatorio de Memoria y Conflicto del CNMH señalaba 82.998 casos entre 1958 y 2017. Solo con el propósito de contextualizar, la última dictadura argentina del Proceso de Reorganización Nacional, entre 1976 y 1983, tuvo cerca de 9.000 desapariciones forzadas.

‘Cuando los ríos eran sangre’ podría llamarse otro de los episodios de este *programa* colombiano. Se ha observado que entre el hombre y el río existe un nexo de secular emoción. La humanidad va sobre el río en progresivas jornadas de cultura. Siempre fue el río, cuyas aguas sirvieron para la civilización, líquido que se cantó y se amó. Pero en Colombia los ríos fueron sangre.

Por ellos bajaron miles de cadáveres mutilados, maniatados, vestidos, desnudos, confundidos víctimas y victimarios. Meta, Casanare, Guatiquía, Magdalena, Cauca, Saldaña, Amoyá, Cañasgordas, Barroso, Bache, San Juan, Cambrín, Ambeima, Coello, los del Llano, Guinde. . . la lista es interminable. Solo se sabe que los que bajaban sin cabeza eran fruto de la venganza guerrillera. Los otros los embarcaban las fuerzas oficiales. ¿Cuántos fueron? ¡Pregunta absurda! (1962: 232)

El libro mencionaba además cómo dicho fenómeno se había convertido en parte de la violencia; a su vez, explicaba cómo: “A la orilla de aguas remansadas se abría el vientre a las víctimas para que se hundieran hasta el fondo de los charcones” (1962: 232). Asimismo, mencionaba el uso de infraestructura, como los puentes, en la práctica de desaparición:

¡Si los puentes hablaran! Los de Yolombó, Anacaro, La Pintada, Riorrecio, Cucuana entre el Guamo y Ortega, Bolombolo, Juanchito y cien más desde donde eran arrojados miles de ciudadanos, llevados al suplicio con el silencio cómplice de muchas noches. (1962: 232)

Sin embargo, es a partir de los del setenta que el fenómeno aparece de forma sistemática.¹³⁰ Volviendo a Isaza y su clan paramilitar, estos sirven como un buen ejemplo para brindar una panorámica de la situación del Magdalena Medio y de la configuración de la imagen de un río de los muertos. Igualmente, visibilizan la complejidad del entramado del conflicto armado interno en Colombia en la segunda mitad del siglo XX y la primera década del siglo XXI con sus múltiples actores y diversas escalas. De acuerdo con la información recopilada por el CNMH, Ramón Isaza se establece como campesino y colono en el Magdalena Medio antioqueño después de haber combatido como reservista del ejército contra las guerrillas en el Tolima entre 1960 y 1962 (2020: 25). En este primer hecho biográfico de Isaza dos fenómenos históricos nacionales se entrecruzan. Primero, la década de los sesenta marca la transformación del conflicto armado interno colombiano debido, en parte, a la exclusión de ciertos sectores políticos durante el Frente Nacional (1958-1974) y que bajo la influencia de la Revolución Cubana facilitó la consolidación de movimientos guerrilleros de tendencia marxista-leninista como las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia-Ejército del

¹³⁰ Según el CNMH (2016: 75-77), se pueden marcar las siguientes etapas hasta 2015 respecto a las desapariciones forzadas: la irrupción (1970-1981), la generalización (1982-1990), la contención (1991-1995), la explosión (1996-2005) y la desaparición forzada (2006-2015).

Pueblo (FARC-EP) y el Ejército de Liberación Nacional (ELN) en 1964. De hecho, el origen de la primera agrupación es posible rastrearla hasta los enfrentamientos en los que participó el mismo Isaza en el Tolima. Segundo, la llegada de Isaza como campesino y colono a la zona de Las Mercedes en el corregimiento de Puerto Triunfo mostraba cómo las tierras en la margen izquierda del río Magdalena hasta la cordillera Central, al igual que otras a lo largo de la cuenca, eran todavía un espacio de colonización con riquezas aún por explotar y tierras aún por conquistar. La mentalidad predominante del colono, probablemente la misma de Isaza, no estaba ligada al discurso de civilización y barbarie del siglo pasado, como se señaló en el primer capítulo, sino que iba ligado al desarrollo como primacía de lo económico sobre lo social (Palacios Castañeda, 2001: 27).

El establecimiento de Isaza en Las Mercedes y su alianza con viejos amigos del Ejército muestra los gérmenes que facilitaron la aparición de grupos de autodefensa. Su grupo amparado en la ley 48 de 1968, la cual había permitido a las Fuerzas Militares y a la Policía Nacional armar civiles para garantizar su autodefensa y la de sus tierras, se dedicó durante gran parte de los años setenta a combatir bandoleros residuales de la época de La Violencia y los nuevos grupos guerrilleros que intentaban ingresar a la región. Es hacia finales de los setenta que su grupo pasaría a denominarse “Los escopeteros” haciendo referencia al arma cargada por los colonos para abrir monte. Paralelamente, la expansión territorial de las diferentes guerrillas en la cuenca del río, no solo era un avance militar sino también ideológico como el de igualdad entre las clases sociales promovido por la Teología de la Liberación. Esto terminaría por caldear mucho más el ambiente en la región, tanto entre los actores armados como entre los pequeños campesinos y los propietarios de grandes extensiones de tierra. Para el caso de “Los escopeteros” es clave notar cómo la financiación se mantenía por parte de estos últimos, principalmente ganaderos, y el continuo apoyo logístico por parte de militares (CNMH, 2020: 47).

El caso de Isaza no era aislado en la cuenca del río y otros casos similares emergieron en otras zonas del Magdalena Medio. Muchos de estos grupos de autodefensa se vieron fortalecidos a partir de 1978 con la instauración del Estatuto de Seguridad (1978-1982) del gobierno de Turbay Ayala, que dio un camino legal a la formación de dichas agrupaciones, siendo uno de los casos más conocidos el de la Asociación Campesina de Ganaderos y Agricultores del Magdalena Medio (ACDEGAM) formada en 1980 en Puerto Boyacá.¹³¹ El

¹³¹ Esta funcionaría legalmente como brazo político del paramilitarismo y como fachada de su accionar armado. Bajo el liderazgo de Gonzalo y Henry Pérez, su operación agruparía a diversos grupos de

Estatuto de Seguridad también tendría un impacto en la regularización de la desaparición forzada (al igual que las torturas en unidades militares, las detenciones arbitrarias y los allanamientos sin orden judicial), principalmente como mecanismo para hacer frente a la amenaza comunista, que se empieza a transformar de un marco internacional (lucha internacional post-Segunda Guerra Mundial contra la expansión del comunismo soviético) a uno local (lucha contra guerrillas nacionales). En este contexto se produce el primer caso de documentación forzada en el país, cuando agentes del Estado desaparecen a la militante del Ejército de Liberación Nacional (ELN) Omaira Montoya Henao en 1977 cerca de Barranquilla (CNMH, 2014, tomo II: 33-44).

A partir de la década de los ochenta, un nuevo capítulo del conflicto armado se despliega, incrementando el número de hechos violentos, entre ellos las desapariciones forzadas. Sin duda, para el caso del Magdalena Medio, un cambio sustancial sucede con la llegada y establecimiento del narcotráfico en la región a partir de la segunda mitad de los años setenta. Especialmente, a partir de la compra por parte de Pablo Escobar de la hacienda Nápoles en 1978 y otras fincas ganaderas en los corregimientos de Doradal y Las Mercedes zona de influencia de Isaza.¹³² La región se convirtió rápidamente en un corredor estratégico y zona de producción de cocaína para el Cartel de Medellín tanto por su posición geográfica que facilitaba las rutas de exportación, como la facilidad de establecer laboratorios. La inversión y flujo de dinero alrededor de Escobar agitó la economía de la región, pero también estrechó los vínculos entre narcotráfico y grupos de autodefensa. Un hecho clave es la conformación del grupo MAS (Muerte a Secuestradores) en 1981 con el objetivo de rescatar a Martha Nieves Ochoa, hermana de Jorge Luis, Juan David y Fabio Ochoa, narcotraficantes del Cartel de Medellín y socios de Pablo Escobar. Isaza y su clan integraron dicho grupo junto a otros paramilitares, narcotraficantes, empresarios y políticos de la región. A pesar de que Martha fue liberada en 1982 y que el MAS fue en teoría disuelto, la reacción generó un impacto duradero en el país donde el término de ‘masetos’ pasó a ser una denominación genérica para referirse a los grupos paramilitares. Asimismo, en el Magdalena Medio, asociaciones como la ACDEGAM en Puerto Boyacá establecieron vínculos con narcotraficantes como Gonzalo Rodríguez Gacha, alias “El mexicano”, conformando verdaderos ejércitos privados a merced del narcotráfico.

paramilitares, entre ellos el de Isaza, así como comerciantes y políticos de la región, convirtiéndose en el piloto de los grupos paramilitares en el país.

¹³² Solo fue hasta 1977 que Puerto Triunfo recibió la categoría de municipio. Entre sus corregimientos se encuentran Las Mercedes y Doradal.

No obstante, si para inicios de los ochenta el control de la región se había fortalecido alrededor del fortín de la hacienda Nápoles y los grupos paramilitares a ambos lados del río, la revelación del pasado criminal de Pablo Escobar junto a su expulsión del Congreso en 1983, el desmantelamiento del campamento de Tranquilandia y el asesinato del ministro de justicia Rodrigo Lara Bonilla al año siguiente inauguraron una serie de hechos a nivel nacional que terminarían por socavar la estabilidad del país y la región. Tanto la guerra abierta por Escobar contra el Estado y contra los otros carteles de la droga —principalmente el Cartel de Cali— rompieron las relaciones con cierta parte de los paramilitares del Magdalena Medio para finales de los ochenta.¹³³ Especialmente en el caso del grupo de Isaza, pasó de ser un antiguo “aliado” a su rival directo propiciando una guerra sin cuartel, por el control de la zona que duraría toda la década. Todo ello no sin antes haber dejado un sinnúmero de masacres y homicidios.¹³⁴

Como muestran los datos del Observatorio de Memoria y Conflicto, desde 1982 hasta 1991 se registraron 16 masacres en la región ejecutadas por diferentes actores como paramilitares, guerrillas y agentes del Estado (CNMH, 2020: 60). Por otro lado, el Grupo de Memoria Histórica (GMH) señala que a pesar de que los números son inferiores a las dos décadas siguientes, es durante los ochenta que la masacre se configura como una de las modalidades principales del accionar paramilitar con la “función de teatralización de la violencia” que “lleva —desde la perspectiva del perpetrador— un mensaje aleccionador para la población” (GMH, 2013: 40). Igualmente, dicha modalidad iba combinada en varios de los casos con la desaparición forzada de personas, lo que “permitió ocultar la magnitud de sus acciones sin renunciar a la propagación del terror” (GMH, 2013: 61).¹³⁵ Un hecho clave como testimonia Ramón Isaza en sus versiones libres para Justicia y Paz fue que gracias a la alianza con los paramilitares de Puerto Boyacá liderados por Henry Pérez (ACDEGAM), influenciados por el narcotráfico, a sus hombres “les enseñó a descuartizar los cuerpos de las víctimas y cómo arrojarlos al río Magdalena” (Verdad abierta, 19 de marzo de 2014). Como se verá en la segunda parte de este capítulo, una de las primeras acciones paramilitares junto agentes del Estado tuvo lugar el 12 de enero de 1984 en Vuelta

¹³³ En 1992 se forman Los Pepes (Perseguidos por Pablo Escobar), una alianza entre ex-socios de Pablo Escobar, el Cartel de Cali y varios paramilitares, como los hermanos Castaño Gil (Fidel, Vicente y Carlos), líderes de las Autodefensas Campesinas de Córdoba y Urabá (ACCU), y Diego Fernando Murillo, alias “Don Berna”.

¹³⁴ De hecho, el CNMH señala que “prácticamente una generación entera de Puerto Triunfo se perdió como integrantes de uno u otro bando” (2020: 86).

¹³⁵ Cabe observar que el escalón violento de la década de los ochenta, en especial de las desapariciones forzadas, recayó principalmente en las guerrillas, dado que “les era funcional para encubrir su crecimiento militar y su expansión territorial en medio de un proceso de paz con vigencia de una tregua y cese del fuego” (CNMH, 2016: 118).

Acuña, en el municipio de Cimitarra (Santander), inspirando la novela de Marbel Sandoval Ordóñez.

La desmovilización de varias guerrillas entre 1990 y 1991, la desintegración y dispersión de la ACDEGAM en 1991 y el hecho crucial de la muerte de Pablo Escobar en 1993 generaron un proceso de reorganización del poder en la región.¹³⁶ Esos años de la primera mitad de la década de los noventa han sido definidos como un momento de contención de la violencia y las desapariciones forzadas, que precede a la explosión del fenómeno entre 1996 y 2005. Por un lado, los paramilitares se reorganizaron en el Bloque Magdalena Medio liderado por Ramón Isaza y el Bloque de Puerto Boyacá liderado por Arnubio Triana “Botalon”. Mientras tanto el accionar de las diferentes guerrillas no desmovilizadas (principalmente, FARC y ELN) se fortaleció en todo el país con tomas de pueblos, secuestros, desplazamientos y voladuras de torres de energía. Esto motivó al gobierno de César Gaviria (1990-1994) a promulgar el Decreto Ley 356 en 1994, que permitiría la aparición de cooperativas de vigilancia y seguridad privada para la defensa agraria mayormente conocidas como Convivir. Sus miembros tenían legalmente el derecho de portar armas y equipos de comunicación de las fuerzas militares esto no solo complicó la distinción entre civiles y combatientes dentro del conflicto, sino también aumentaría la colaboración entre agentes del Estado y paramilitares. La aparición de las Convivir solo terminó por agravar la situación de derechos humanos en el país y agregar la gota que derramó el vaso en términos de violencia.

A partir de 1996 y hasta 2005, se abre uno de los periodos de mayor violencia en el país: incluyendo una intensificación de las masacres, de los asesinatos selectivos y de los secuestros.¹³⁷ Un dato importante de estos años es la concatenación entre asesinatos selectivos y la desaparición forzada que mostraba claramente el propósito de invisibilización de las víctimas por parte de actores armados (CNMH, 2016: 127). En parte, la tendencia creciente de la violencia al menos hasta 2002 se debió a la reorganización, agrupación y expansión de los paramilitares bajo las recién creadas Autodefensas Unidas de Colombia (AUC). Según el CNMH, la constitución de las AUC el 18 de abril de 1997 fue un “momento central en el país” con un “impacto directo en la región del Magdalena Medio” (2017: 380). Esta organización aglutinaría inicialmente a las Autodefensas

¹³⁶ El 7 de julio de 1991, Colombia promulgó una nueva Constitución que buscaba reemplazar a la centenaria Constitución de 1886. Asimismo, la caída del Muro de Berlín en 1989 y la desintegración de la Unión Soviética en 1992 facilitaron las desmovilizaciones de las guerrillas del M-19 (1990), EPL (1991), PRT (1991) y el Movimiento Armado Quintín Lame (1991), que obtuvieron una participación política.

¹³⁷ Respecto a las desapariciones forzadas, según el CNMH, durante el año más crítico 2002 se registró una persona desaparecida cada dos horas (2016: 127)

Campesinas de Córdoba y Urabá (ACCU) lideradas por los hermanos Castaño, las de Llanos Orientales, las de Ramón Isaza y las de Arnubio Triana en el Magdalena Medio¹³⁸. Su expansión territorial tuvo un crecimiento sin precedentes durante los diálogos de paz entre el gobierno de Andrés Pastrana y las FARC-EP (1998-2002), lo que permitió, ya para la llegada del nuevo siglo, la presencia de las AUC en varios departamentos y una financiación a través del tráfico de drogas, de armas y contrabando. Para el caso específico del Magdalena Medio, los paramilitares bajo el mando de Isaza empezarían a utilizar la etiqueta de Autodefensas Campesinas del Magdalena Medio (ACMM) (CNMH, 2020: 101) y ocuparían territorios en ambos lados del río hasta el norte del departamento del Tolima y en el sur hasta los límites entre Boyacá y Cundinamarca. La consolidación de Isaza vino también acompañada por la expansión territorial de los Castaño en partes del Magdalena Medio antioqueño como Puerto Berrío, del santandereano cerca de Barrancabermeja, y el sur del Cesar. Igualmente, la aparición del Bloque Norte de la AUC permitió la expansión de los paramilitares por casi todo el caribe colombiano, llegando amenazar incluso a ciudades principales como Barranquilla. Adicionalmente, la expansión paramilitar implicó el choque con grupos guerrilleros que no solo propició el aumento de los combates sino la violencia contra la población civil. Para las guerrillas, principalmente el ELN, estas acciones armadas se volvieron una modalidad para presionar al gobierno para ser incluidos en las conversaciones de paz. En cambio, para los paramilitares como documenta el CNMH, fue el momento para empezar a utilizar “la desaparición forzada con un carácter ejemplarizante frente a la población civil” (2017: 380). Esto no es un hecho menor, dado que no solo multiplica el número de víctimas, sino que también mitiga el móvil antisubversivo por uno de códigos de comportamiento impuesto por los paramilitares.

Ya para el cambio de siglo, se podría decir, como lo sintetiza un artículo de la Comisión de la Verdad, que “todas las formas de violencia pasaron por el río Magdalena” (mayo 10 de 2019). Esto es especialmente cierto para este periodo como se puede notar en las tres partes que componen este capítulo: la geografía del terror que formó el río de los muertos en Puerto Berrío, la masacre de Vuelta Acuña en el Magdalena Medio entre Puerto Berrío y Barrancabermeja, o los secuestros y desapariciones forzadas perpetrados por el ELN cerca de Barranquilla. A partir de 2005, se presenta una reducción significativa de los hechos violentos tanto por el debilitamiento de las guerrillas gracias al fortalecimiento y

¹³⁸ En este hecho es clave el rol que jugaron los hermanos Castaño quienes a través vínculos logísticos y de financiamiento lograron congregarse a estos grupos en una sola organización. Esto estuvo acompañado de un modelo suprarregional de cooptar el territorio nacional impulsado por el control de las rentas del narcotráfico, la inversión en proyectos productivos legales e ilegales, la búsqueda de control político local y el acceso a contratación pública (CNMH, 2017: 383)

modernización de las fuerzas armadas colombianas como la desmovilización y transformación del paramilitarismo en diferentes grupos de bandas criminales tras finalizar el proceso de Justicia y Paz con el gobierno de Álvaro Uribe. La desmovilización de las ACMM encabezadas por Isaza tuvo una resonancia nacional, tanto por el fin de casi treinta años de lucha paramilitar como por la oportunidad que abría para las víctimas. Sin duda, fue una oportunidad de retirar de la guerra a un número significativo de combatientes, pero no estuvo libre de dificultades e irregularidades. Algunas de ellas propiciaron la vuelta a delinquir de los desmovilizados, lo cual, junto a la continuidad en las acciones delictivas por los no desmovilizados, continuaron la violencia paramilitar alrededor de los herederos de Ramón Isaza, principalmente su hijo Ovidio Isaza Gómez quien intentaría reconquistar los antiguos territorios de las ACMM en la margen occidental del Magdalena Medio.¹³⁹

La historia de Ramón Isaza y su grupo paramilitar es un claro ejemplo de la complejidad del fenómeno de la violencia en Colombia, de sus raíces históricas y de cómo se desenvuelven en diferentes escalas y ritmos. Especialmente en el último cuarto del siglo XX y en los primeros años del nuevo siglo, la desaparición forzada fue una modalidad de violencia sistemática que el GMH ha definido en su informe general *¡Basta ya! Colombia, memorias de guerra y dignidad* (2013) como “la privación de una persona de la cual se desconoce su paradero, en la que no se pide algo a cambio y el victimario se niega su responsabilidad en el hecho” (2013: 57). Dicha definición se basa en la tardía Sentencia C-37 de 2002 de la Corte Constitucional de Colombia, que define e incorpora esta modalidad de violencia en el ordenamiento jurídico colombiano.¹⁴⁰

En la historia de Ramón Isaza y los paramilitares del Magdalena Medio, al igual que otros actores armados a lo largo del país, la desaparición forzada ha tenido tres motivos principales.¹⁴¹ En primera instancia, el de generar terror con el fin de ganar y ejercer control debido al potencial simbólico de dicha modalidad. En el arrojamiento de cuerpos a los ríos, el terror viene de la angustia que provoca el desconocimiento y paradero de las víctimas,

¹³⁹ Igualmente, el fenómeno de las desapariciones forzadas no desaparecería; una nueva modalidad aparecería, conocida como “falsos positivos”, en la cual las víctimas eran engañadas para llevarlas a lugares lejanos, asesinarlas y presentarlas públicamente como guerrilleros abatidos en combate. Un fenómeno que, como señala el CNMH, no fue ajeno al Magdalena Medio (2017: 422).

¹⁴⁰ Una arqueología de la desaparición forzada lleva al decreto nazi “Nacht und Nebel” (“Noche y niebla”) de 1941, que señala la práctica de desaparición del enemigo y la negación del conocimiento de su paradero. Igualmente, como ya se ha mencionado, en América Latina, durante la década de los setenta, la desaparición forzada estuvo articulada a acciones represivas por los Estados en el marco de la Guerra Fría y con el fin de legitimar las dictaduras del Cono Sur.

¹⁴¹ Estos motivos parten principalmente del informe del Centro Nacional de Memoria Histórica *Hasta encontrarlos. El drama de la desaparición forzada en Colombia* (2016). Esta modalidad de violencia ha sido estudiada extensivamente por el CNMH; véase también los cuatro tomos sobre desaparición forzada: 2013, 2014a, 2014b, 2014c, 2017.

algo que “ha sido considerada una forma de tortura que, por su prolongación en el tiempo, se profundiza y es experimentada por las familias como una vivencia de terror” (CNMH, 2016: 182). De igual forma, el terror que infunde el paso de los cuerpos se configura tanto como un fenómeno de violencia localizada, como en uno donde su “recorrido fluvial era la expresión de violencia de diferentes regiones” (CNMH, 2016: 180). Los cadáveres que flotan, usualmente, con marcas de sevicia, las cuales son profundizadas por la descomposición y por animales no humanos que habitan el río, buscan la resonancia del hecho y causar terror en las poblaciones ribereñas. Esto, muchas veces, acompañado por la prohibición del rescate de dichos cuerpos, “como producto de la reputación de la violencia lograda por el perpetrador” (CNMH, 2016: 181). El terror también aparece en las historias que se cuentan alrededor de la desaparición (tanto factuales como ficticias), las cuales amplían el miedo y la atribución de poder a los perpetradores (CNMH, 2016: 183).

En segundo lugar, la desaparición forzada tenía el objetivo de eliminar los cadáveres de las víctimas borrando así las evidencias, con el fin de afectar los delitos cometidos y tergiversar las cifras. Como ya se mencionó, especialmente en el Magdalena Medio, el arrojamiento de los cuerpos al río era un mecanismo para enmascarar las dimensiones de la violencia e invisibilizar al perpetrador. En este sentido, se configura como un “mecanismo de impunidad” que “dificulta las acusaciones o seguimientos que deberían producirse ante la crueldad y el horror desatados” (CNMH, 2016: 186). Por último, la desaparición forzada tenía como propósito el de castigar y dejar mensajes aleccionadores que buscan inhibir ideologías y prácticas políticas y sociales. Como muestran las historias recolectadas por el CNMH para el caso del Magdalena, algunas de las desapariciones estuvieron ligadas a movimientos de izquierda, llevadas a cabo por agentes estatales o paraestatales. Sin embargo, las historias más impactantes son las recogidas en el informe *Memoria de la infamia. Desaparición forzada en el Magdalena Medio* (2017) donde son narradas también las desapariciones anónimas de gente del pueblo, por donde desfila gente común y corriente antes de ser desaparecidas por paramilitares, grupos guerrilleros, soldados y oficiales del Ejército, narcotraficantes, etc.

En este orden de ideas, los ríos se han convertido, como las ha definido María Victoria Uribe, en “liquid tomb through which countless bodies of the victims of armed conflict have journeyed toward anonymity and forgetting” (2013: 18). Esto pone en palabras, más concretamente en una metáfora, lo dicho por paramilitares, lo recopilado por las sentencias o atestiguado por las comunidades ribereñas. No obstante,

La dificultad para representar tal hecho radica no solo en la opacidad del evento en sí, sino en la imposibilidad de ver a través de la superficie reflectante del espejo de dos caras. No hay quien atestigüe, no hay ninguna imagen que nos remita, así sea parcialmente, al evento. Sin embargo, la opacidad no significa una renuncia a comprender lo que ocurre, ubicando el acontecimiento en el ámbito del sin sentido. (Uribe, 2023: 69)

En este marco referencia, donde el lenguaje es empujado hacia los límites para narrar lo no narrable lo que debe primar es lo ético creando marcos de referencia para explicar lo que parece estar más allá de todo sentido. En este orden de ideas, el siguiente capítulo busca explorar el fenómeno de las desapariciones forzadas mirando desde el río y buscando entender como el encuentro entre los cadáveres humanos y otros cuerpos se transforma en materia narrativa. En otras palabras, en como el río Magdalena es parte activa y activante de los procesos de violencia que han surcado a Colombia.

Geografía del terror: Puerto Berrío en *Los escogidos* de Patricia Nieto

Muchas veces contemplé la fachada del pabellón de los olvidados y destaqué algunas grafías e íconos de los cientos que convierten ese paredón de hormigón en un telón tatuado de jeroglíficos. La palabra Milagros acompañada de una rosa roja fue una de las representaciones que convocó mi atención. Impulsada por ella, atrapada en el primer plano de una lápida, di diez pasos atrás y abrí el lente para contemplar un plano general que me abrumó. La tumba enigmática de Milagros se repetía cientos de veces con otros colores, con diferentes nombres. Cada una protegía el cadáver de un desconocido sepultado por caridad en el cementerio de un pueblo a orillas del gran río de Colombia; cada una representaba la relación de una persona viva con el espíritu que animó a alguno de los ahí sepultados. (Nieto, 2015: 42)

En el pasaje anterior, Patricia Nieto (Sonsón, 1968) confiesa que su libro de crónica *Los escogidos* (2012) surge de la contemplación de la fachada del pabellón de los olvidados del cementerio de Puerto Berrío a orillas del río Magdalena.¹⁴² La citación hace parte de un artículo académico donde la profesora Nieto desentraña su trabajo como cronista: explica su método, su elaboración y el resultado final. Una de las afirmaciones más potentes en ese proceso de introspección de su trabajo como cronista era el efecto que producían esas

¹⁴² El artista antioqueño Juan Manuel Echavarría, en su obra *Réquiem NN*, elaborada entre 2006 y 2015, capturó en tres formatos diferentes —fotografía, video y cine— estas tumbas sin nombre, NN, que inspiran la crónica de Patricia Nieto. La obra completa del artista puede consultarse en: <https://jmechavarria.com/es/work/requiem-nn/> [consultado el 15 de marzo de 2025].

bóvedas, descritas en la citación, que guardaban cada una el cadáver de un desconocido que había bajado por el río Magdalena; Nieto dice “en conjunto producían una metáfora conmovedora de la guerra colombiana” (2015: 42). Esa imagen de las bóvedas narraba, al mismo tiempo, la estela de la desaparición forzada de personas, los “muertos del agua”, como la consecuencia de horror que generaba el asesinato clandestino. Esas bóvedas eran materialidad narrativa. A pesar de que el acto violento de la desaparición forzada desposeía a los cuerpos de un nombre y una historia, las bóvedas y sus fieles les devolvían uno. Esta “inmersión”, confiesa Nieto, “me llevó a tratar de descubrir los pliegues de la metáfora hecha grito en el pabellón de los olvidados” (2015: 43).

El trabajo de Patricia Nieto se ubica en el de una generación de periodistas y cronistas colombianos que ha intentado comprender el conflicto interno colombiano desde los años noventa. Retomando la reflexión de Darío Jaramillo Agudelo respecto a los cronistas latinoamericanos del siglo veintiuno, y extensible al trabajo de Patricia Nieto, estos: “encontraron la manera de hacer arte sin necesidad de inventar nada, simplemente contando en primera persona las realidades en las que se sumergen sin la urgencia de producir noticias” (2012: 11). Por ello no es de sorprender que Nieto cuente con una extensa obra relacionada con el periodismo y con la crónica que se remonta hasta la década de 1990. Entre sus obras más conocidas destacan sus crónicas urbanas sobre Medellín y el libro *Crónicas del paraíso* (2022) donde se compilan algunas de sus crónicas más conocidas sobre la violencia en Colombia. Sin embargo, es el libro *Los escogidos* (2012) el que ha tenido una mayor repercusión nacional e internacional, llevándola a ser vinculada a lo que la Fundación Gabriel García Márquez para el Nuevo Periodismo Iberoamericano (FNPI) ha definido como los “Nuevos cronistas de Indias”.¹⁴³

Los escogidos es un claro ejemplo de ese “ornitorrinco de la prosa” que es la crónica latinoamericana, según Juan Villoro (2012). El libro puede describirse como una compilación de testimonios de los habitantes de Puerto Berrío que se encargan de recoger y dar sepultura a los muertos anónimos que arrastra el río Magdalena tratándolos como si fueran miembros de su propia familia. Sin embargo, sería quedarse corto respecto al trabajo realizado por Nieto. La misma autora confiesa que su libro se estructura en cuatro columnas que atraviesan toda la narración: los personajes que eligen los muertos, los muertos elegidos por los habitantes de Puerto Berrío, sus preguntas y reflexiones, y, por

¹⁴³ Entre los nombres vinculados a dicha etiqueta y que hicieron parte del congreso organizado por el FNPI en la Ciudad de México, destacan Martín Caparrós, Mario Jursich y Gabriela Weiner. Para mayor información del evento, véase: <https://fundaciongabo.org/es/llegaron-los-nuevos-cronistas-de-indias> [consultado el 15 de marzo de 2025].

último, el contexto sociopolítico de la región (2015: 47-48). Es en la interacción de dichas columnas donde se sostiene la crónica y donde reside el proceso de reflexión y meditación que los hechos le imponen al periodista.

Puerto Berrío ubicado al este de Medellín en el denominado Magdalena Medio, se podría describir como un poblado joven. Como se ha explicado en el primer capítulo, su fundación tuvo lugar el 1 de septiembre de 1875, cuando el ingeniero cubano Francisco Javier Cisneros puso la primera piedra de lo que sería la estación terminal del Ferrocarril de Antioquia. De hecho, el poblado fue uno de los tantos que se multiplicaron en las riberas del Magdalena con los diferentes proyectos ferroviarios de la segunda mitad del siglo XIX y nombrados con el apellido del gobernante de turno. A pesar de su construcción difícil, larga e interrumpida por las guerras civiles, los problemas financieros y las inclemencias del entorno, logró su época de oro durante el segundo cuarto del siglo XX. Desde ese entonces, mucha agua ha corrido por las orillas de Puerto Berrío. El poblado, y cuando hablo de este también me refiero al río, ha dejado de ser la esperanza de progreso de la nación para transformarse en ejemplo de la angustia, el abatimiento y la frustración de la violencia. Como dice Braulio Carrasquilla, líder del Movimiento Obrero Independiente Revolucionario (MOIR), entrevistado por Nieto en uno de los capítulos de su libro, desde 1964 los niños del río no han dejado de morir, y a lo cual la cronista agrega: “Y son ellos y sus vecinos y sus primos y sus abuelos y sus novias y sus hijos los que bajan silenciosos, indefensos y anónimo por el río Magdalena, el mismo que les traía la música, la moda y el amor cuando los días eran azules y las noches libres de tormenta” (2020 [2012]: 51). A pesar de ello, hasta nuestros días el río Magdalena no se ha detenido y sigue fluyendo, nutriendo y alimentando a las poblaciones ribereñas. Esta paradoja sintetizada por Cristian Alarcón en el prólogo de la edición española de *Los escogidos* “el mismo río de los muertos es el que alimenta y da vida” (2020 [2012]: 14) conjetura los temas principales que dominan la crónica de Nieto. Halando a partir de la madeja propuesta por Nieto, esta parte se plantea como una reflexión sobre cómo dichas materialidades (cuerpos humanos y más que humanos), historias (principalmente de violencia) y prácticas (recuperación y devoción de los muertos) se hilvanan en *Los escogidos* sugiriendo una “geografía del terror” donde la presencia constante de actores armados ha establecido nuevas relaciones con el espacio anfibio de Puerto Berrío.

Este análisis parte de la propuesta del geógrafo Ulrich Oslender de “geografías de terror” (2008). Originalmente, el propósito fue sugerido como una reorientación de los discursos alrededor del terror y terrorismo de la primera década del siglo XXI, principalmente usados

en el contexto de la “guerra contra el terror”, y que propiciaban una visión restringida entre los fenómenos espaciales y la violencia. En otras palabras, era utilizado en los discursos geopolíticos contemporáneos para referirse a la confrontación contra el estado democrático neoliberal occidental, pero como agrega Oslender obviando los “otros terrorismos” existentes. Por eso, su propuesta era repensar el terror y sus manifestaciones espaciales en contextos locales. El geógrafo toma como estudio de caso las poblaciones rurales afrodescendientes de la zona del Pacífico colombiano y que al igual que las del Magdalena Medio habían experimentado una campaña sistemática de terror por parte de diferentes actores armados. De hecho, el Chocó es otra de las zonas identificadas por Serje como revés de la nación colombiana. Oslender organiza su propuesta en siete puntos principales, de los cuales tres inspiran el siguiente análisis del Puerto Berrío narrado por Nieto: la producción de paisajes de miedo, es decir, cómo el terror y el miedo constante afectan a las poblaciones y su relación con el espacio; a su vez, cómo estos transforman el sentido de lugar propiciando nuevas formas de relacionarse a través de percepciones individuales y colectivas; por último, cómo aparece la resistencia a diferentes escalas de las personas contra la imposición del terror y el miedo¹⁴⁴. A pesar de que Oslender confiesa que su propuesta tenía como objetivo principal brindar un marco para la comprensión del fenómeno del desplazamiento forzado, la noción resulta útil de una manera más amplia para comprender cómo la violencia permea las diferentes relaciones con el espacio en la “multiplicidad de guerras parciales” (Sánchez Gómez, 2014: 102) que afectan a Colombia. Algo que el mismo geógrafo proponía en las conclusiones de su estudio: “la perspectiva geográfica propuesta quiere ser una invitación a pensar espacialmente terror y terrorismo” (2008).

A partir de ello, y partiendo del libro de Nieto, ¿cómo se puede leer el Magdalena Medio? ¿Qué dicen las narraciones sobre una ciudad fluvial como Puerto Berrío, atravesada por un río de los muertos? ¿Qué reflexiones sobre el espacio de encontramos en los cadáveres que bajan la corriente y los devotos que los adoptan? Para ello, es clave no olvidar el territorio fluctuante donde se ubica Puerto Berrío, entre el discurrir de las aguas del Magdalena y las tierras donde se asientan sus habitantes. La mirada propuesta busca insistir que, más que una división clara y tajante, nos encontramos con una invasión constante entre las tierras y las aguas: no solo a través de fenómenos cíclicos como las inundaciones y las sequías, sino en las prácticas diarias de sus habitantes. Obviamente, en el caso de Puerto Berrío,

¹⁴⁴ Los otros cuatro puntos referidos por Oslender (2008) son restricciones en las movilidades y prácticas espaciales rutinarias, desterritorialización, reterritorialización y movimientos físicos en el espacio.

mediadas por la violencia. Por lo tanto, para localizar mejor la “geografía del terror” de Oslender, es menester comprender dicho territorio en su variable cambio material y discursivo generado por su condición anfibia. Teniendo en cuenta esto, se recurre al concepto de cultura anfibia con el fin de referirse a las zonas donde la cotidianidad está constantemente marcada por el encuentro entre el agua y la tierra.

Una referencia directa de ello y ligada también al río Magdalena han sido los ya mencionados trabajos del sociólogo Orlando Fals Borda (2002). Estos han estudiado los territorios anfibios ubicadas en la cuenca inferior del Magdalena dando cuenta de sus prácticas, sus costumbres y sus representaciones híbridas (2002 [1979]). Este define el concepto de cultura anfibia como:

Un complejo de conductas, creencias y prácticas relacionadas con el manejo del ambiente natural, la tecnología (fuerzas productivas) y las normas de producción agropecuaria, de la pesca y de la caza que prevalecen en las comunidades de reproducción de la depresión Momposina. [...] La cultura anfibia contiene elementos ideológicos y articula expresiones psicosociales, actitudes, prejuicios, supersticiones y leyendas que tienen que ver con los ríos, caños, barrancos, laderas, playones, ciénagas y selvas pluviales; incluye instituciones afectadas por la estructura ecológica y la base económica del trópico, como el poblamiento lineal por las corrientes de agua, las formas y medios de explotación de los recursos naturales, y algunas pautas especiales de tenencia de tierras.” (2002 [1979]: 21B).

Asimismo, el uso de la noción anfibia para referirse al espacio, como de los cuerpos humanos y más que humanos que la habitan, resuena con las ideas de espacio híbridos de la geógrafa Kuntala Lahiri-Dutt en referencia a las planicies fluviales del golfo de Bengala: “where not only the binary division of nature and culture breaks down, but where land and water are also inseparable, giving rise to a nebulous and fluid environment” (2014: 507). La “wet theory” de Lahiri-Dutt invita no solo aceptar las negociaciones constantes entre agua y tierra, aceptando su fluidez y su incertidumbre, sino también la configuración del río como un fenómeno natural-cultural donde se entrelazan materialidades e historias. En otras palabras, y teniendo en mente el caso de Puerto Berrío y del Magdalena Medio, como no solo los procesos ecológicos han configurado el espacio, sino también el accionar humano, y en este caso, el de la violencia, el miedo y el terror.

Retornando a *Los escogidos*, la geografía del terror se configura ya desde su primer capítulo a partir de los dos ejes ya mencionados: el de la vida y el de la muerte. Inicialmente, esto sucede a través de su espacialización narrativa de un espacio terrestre (pabellón de la caridad del cementerio) y uno acuático (el río Magdalena).

Desde el pequeño jardín de los cactus, vecino de la parcela que fue el muladar, el pabellón de caridad del cementerio de Puerto Berrío semeja un caleidoscopio. Cuadrados iridiscentes se reproducen ante mis ojos por el efecto de la luz de las dos de la tarde. Amarillos, ocre, magentas, índigos, púrpuras danzan sobre la superficie rústica de la sección destinada hace cuarenta años para los más pobres de una tierra bañada en agua, sembrada de bosques, iluminada por el oro y repleta de petróleo.

Al lado de los desheredados han encontrado lecho los cuerpos inflados, perforados, picoteados que el río deja en playas oscuras desde 1948 más o menos. Los pescadores se cansaron de verlos deshacerse en jirones a la orilla del río. Hoy son colección y propiedad temporal de un pueblo católico que no solo los invoca a cada minuto. Los rescata, les quita el lodo con tapones de esparto, los nombra, los sepulta y adorna sus tumbas como queriendo señalar que la muerte hace vibrar la vida. Se les somete. (2020 [2012]: 22)

Nieto describe las contradicciones que guardan ambos espacios y cómo los habitantes interactúan con ellos. Respecto al pabellón de la caridad del cementerio de Puerto Berrío, señala la paradoja de resguardar a los pobres de la tierra en un territorio rico en agua, madera y minerales. En cambio, en el río Magdalena, señal de vida y alimento, explica cómo los pescadores terminaron rescatando a los muertos para evitar que se deshagan en jirones en sus aguas y orillas.

Los pescadores son los protagonistas del segundo capítulo, “No hay pepes en el río”, donde se nos narra una faena de pesca en el río Magdalena en la que el narrador, que puede ser identificado con la autora, se embarca junto a Saúl Polo, Ciro Bedoya, Wilder Sierra y César. La narración en primera persona pone atención en describir el entorno que la rodea; dice que se embarca en “una canoa estrecha y alargada” y que el agua del río es “insabora y tibia” pero que el “viento trae una lluvia fría que aporrea mi cara” (2020 [2012]: 25). En la escena de pesca resaltan las tres siluetas de los pescadores mayores (Saúl, Ciro y Wilder) en mitad de la canoa y la de un cuarto (César) un niño sumergido dentro de las aguas del río que “parece un animalito de agua” y que funge como un “vigilante anfibio” (2020 [2012]: 27). Luego de unas horas de espera, los pescadores logran su cometido cuando cargan en la barca “un ser de río [que] abre y cierra la boca” (2020 [2012]: 27). Un efecto de extrañamiento se produce alrededor de la narración, tanto por la ambientación lograda por Nieto de la faena como por la descripción ambigua del “ser de río” y que recuerda el río cargado por otros seres que se deshacen en jirones en sus aguas mencionados en el primer capítulo. A pesar de que inmediatamente el narrador explica que estamos ante un pescado, un bagre hembra de 28 kilos, el lector se encuentra no con la naturaleza sino con los

“effetti di natura” (Scaffai, 2017: 12) y que dejan una sensación de incertidumbre en el lector. Este efecto le permite a Nieto, a través de las historias personales de los pescadores, narrar los otros seres que bajan y han bajado por el río. El pescador Ciro relata que la pérdida de su inocencia sucedió cuando era niño mientras pescaba con su padre. La red había capturado su presa, pero al revisarlo la “piel no era de animal de río” sino una que sus “carne se deshacían” (2020 [2012]: 28).

La historia relatada por Saúl es similar: cuando era niño en su pueblo natal a orillas del Magdalena, había encontrado un saco de cabuya verde en una de las playas del río, la cual después de hurgarla se deshizo mostrando “los zapatos del colegial que viajaban dentro” (2020 [2012]: 30). El epítome de la narración llega unas líneas más adelante cuando hilvanando entre las voces de los pescadores sobre la idea de la violencia del río, la narradora dice:

¿Dolor?... el que deja la picadura de una raya”, dice Saúl. Cuenta que siempre chuza el cuerpo cinco, seis, siete veces con una rapidez que no parece propia de un animal de cuerpo plano, circular, dotado con una colla robusta, pesada. Chuza y se va por donde vino mientras que el pescador herido debe salir del agua porque el dolor se le hace insoportable. Harold y Saúl recuerdan sus propias heridas, se buscan cicatrices en las piernas, en los glúteos, en la espalda. Y traen a la boca a otros animales del río: el barbudo, afrodisíaco y delicioso al paladar; el mata-caimán, lleno de puyas y armado con un alicate; el bagre-sapo, tan desagradable que no se ve bien en ningún plato pese a que dicen, quienes se han atrevido a probarlo, que no sabe mal; la yumbila, que se desplaza con su largo cuerpo como si fuera una culebra; el chango salvado de las redes, porque no es apetecido en los mercados; la tota, apodada la manicurista, experta en rebanar las cutículas y los padrastrós de manos y pies de pescadores y bañistas; los fenómenos sin ojos o sin aletas o casi transparentes; y los pepes, enormes, arrastrados por el río como un tiro de gracia en la frente. (2020 [2012]: 31)

En este fragmento, Nieto recurre a diferentes herramientas para transmitir una idea: el discurso indirecto a partir de la segunda oración para evitar una larga citación y la rítmica enumeración para subrayar la variedad de cuerpos presentes en el río. El narrador parte de la raya de la cual menciona su “cuerpo plano, circular, dotado con una cola robusta” que ataca sin piedad a los pescadores para luego dar paso a otros peces que habitan el río con sus nombres coloquiales y enfatizando en sus características violentas. Menciona el mata-caimán con sus “puyas y armado con un alicante” o la tota, “apodada la manicurista, experta en rebanar las cutículas y los padrastrós de manos y pies de pescadores y bañistas”.

Todo esto genera un efecto de acumulación *in crescendo* para concluir con el otro animal que baja el río desde hace décadas: “los pepes, enormes, arrastrados por el río como un tiro de gracia en la frente”. Nótese cómo Nieto recurre a la expresión coloquial “pepes” para referirse a los cadáveres humanos asesinados, equiparándolos al resto de animales no humanos de la enumeración, y cómo, igualmente, son descritos a partir de sus características violentas.¹⁴⁵ La particularidad de un pepe es el tiro en la frente que define su signo de violencia.

Lo anterior junto a los saltos hacia el pasado en las historias de los pescadores Ciro y Harold, no solo revelan la violencia que llevan los pepes, sino también como la violencia persiste a través de las historias de los cuerpos arrastrados por la corriente del río durante décadas. La prolongación temporal del fenómeno también se da de manera espacial, como nos lo recuerda más adelante el propietario de la funeraria Francisco Luis Mesa Buriticá: al final de cuentas un cadáver solo demora cinco minutos para recorrer un kilómetro de río (2020 [2012]: 45). En otras palabras, los cadáveres que encallan en Puerto Berrío también son la suma de cuerpos de otros poblados y de otras (o mismas) violencias. Según Oslender, el paisaje del miedo se concreta en la aplicación continua y prolongada en el tiempo del terror sobre un espacio afectando las actividades del diario vivir de sus habitantes. Como muestra Nieto con los pescadores y las comunidades ribereñas, esto se evidencia en una actividad tan esencial como el pescar.

El capítulo anterior se cierra con una imagen potente: “Una vez, le digo, vi un cadáver flotar coronado por un gallinazo con las alas extendidas como si fuera una bandera” (2020 [2012]: 32); esta imagen transgrede la perspectiva individual del pescador y se concreta en la representación colectiva a nivel de la comunidad o de la nación. La imagen en cuestión remite a una escena repetida en el arte colombiana sobre la violencia, la del ave carroñera, usualmente un gallinazo, que se alimenta de un cadáver humano.¹⁴⁶ Probablemente la obra más llamativa al respecto, contemporánea al trabajo de campo de Nieto, es el óleo sobre tela *Río Cauca* (2002) de Fernando Botero donde se escenifica un río cargado de cadáveres

¹⁴⁵ La definición de la palabra ‘pepe’ no está especificada dentro del libro. El término se refiere a los cadáveres humanos que bajan por el río y probablemente hace referencia al ya mencionado grupo de Los Pepes.

¹⁴⁶ Para la época de *La Violencia*, dos referentes clásicos son la pintura de Débora Arango *La República* (1953) y la de Alejandro Obregón *Velación de un estudiante asesinado* (1956). Igualmente, las obras de Fernando Botero elaboradas entre 1999 y 2004 sobre el tema de la violencia, donde la figura del ave carroñera que devora un cuerpo puede encontrarse en el óleo sobre lienzo *Sin título* (1999) y *Madre e hijo* (2000), o en el dibujo en carboncillo y lápiz sobre papel *Sin título* (2004). También cabe destacar las obras del artista Sair García: el óleo sobre acero inoxidable que cierra el catálogo de la serie *Magdalena* (2019: 244), donde se ve un cuerpo dominado por un gallinazo mientras su reflejo se difumina; asimismo, la instalación *Funerales Celestes* (2020-2023), parte de la serie *Volar del Río* (2023: 84-95).

mientras son devorados por múltiples aves carroñeras. Al respecto de la pintura, el crítico de arte Mario Molano Vega dice: “lejos de recrear poéticamente el mundo de las víctimas, cede ante el peso de la barbarie y hace evidente cierta ofuscación que lleva a romper con el lenguaje pictórico depurado” (2011: 90). Asimismo, en la pintura de Botero encontramos temas clave repetidos en *Los escogidos* como el énfasis en la lenta desintegración de los cuerpos y en la fuerza del río y los animales. Volviendo a la cita del libro de Nieto, esta muestra cómo el fenómeno de los cadáveres que bajan el río se configura como una representación colectiva que se extiende a nivel de la nación. En un país donde miles de cuerpos bajan por el río, el gallinazo con las alas extendidas como una bandera también se convierte en un símbolo patrio.¹⁴⁷

No obstante, la imagen podría pensarse desde otro punto de vista, de cómo el río de los muertos está inevitablemente enmarañado con otros cuerpos más que humanos. En otras palabras, cómo las barreras del cuerpo del río siempre están en negociación. Por la porosidad del río Magdalena, se filtran aves carroñeras y peces, al igual que “los animalitos del río” (2020 [2012]: 111) que toman participación en el acto de la desaparición. Esto se detalla en el capítulo “El Bautista”, dedicado al encuentro entre la narradora y el forense Jorge Pareja, quien ha examinado por más de diez años los cadáveres rescatados en Puerto Berrio:

Pareja ve lo sublime en lo que a mí me espanta; sabe que hay vida en la muerte. ‘Abra ese cuerpo para que vea la belleza’, me dice simulando que soy una de sus estudiantes de anatomía. Y pasa a la catedra. El cuerpo muerto arrojado al río se va a la profundidad donde el agua fría lo conserva por algunas horas. Y en esas horas las bacterias, que no han muerto, convierten el abdomen en un gran flotador repleto de gases. De allí la energía con la que ese cuerpo emerge con los brazos y las piernas abiertas. Y así, me dice el médico, llega a la morgue. (2020 [2012]: 34-35)

El comentario del forense intuye ese enmarañamiento que se da en el Magdalena y en cómo la relación entre bacterias, agua fría y cuerpos humanos configuran nuevas historias sobre la violencia. Es decir, la intervención de otros cuerpos más que humanos (como los

¹⁴⁷ Contemporánea a la pintura de Botero, el escritor Fernando Vallejo, en su novela *La Rambla Paralela* (2002), deja un extracto sobre el papel de estas aves carroñeras en la historia de Colombia: “Gallinazos (para usted que es de un país civilizado y no sabe) son los buitres, el viejo *vultur* latino: los que iban de pasajeros sobre los decapitados del río despanzurrándolos: sacándoles, como un niño travieso, la cuerda a un reloj, de la panza las tripas. Son los buitres de Colombia, el país donde más felices viven estas avecitas negras de alma blanca y vuelo largo. Ensotadas de negro, sí, como los curas salesianos, pero sin el interior sombrío de éstos. Limpías, felices. Y cómo no, si los gallinazos de Colombia se la pasan en permanente banquete de cristianos: desayunan, almuerzan, cenan cristiano, no se dan abasto con tanto asesinado. Para los gallinazos de este mundo, Colombia es Shangrila.” (23).

bagres, las aves carroñeras o incluso los organismos microscópicos) complejiza aún más el proceso de desaparición causado por la violencia. En dicho fenómeno, nos encontramos con que los cadáveres se logran conservar por las aguas frías del río o que el accionar de seres microscópicos, como bacterias, termina por acelerar el proceso de descomposición acompañado por peces y aves. Lo anteriormente señalado no busca afirmar que dichos seres cuenten con una voluntad humana, sino más bien destacar cómo la narración de Nieto es sensible a esos que no son humanos como agentes, testigos y víctimas del acto violento. Para la cronista, también es relevante destacar cómo estos intercambios también tienen lugar con elementos inorgánicos, como las rocas o el fondo del río:

Una vez palpados o vistos, los pepes no se olvidan. Si van entre las aguas y se quedan en la red es porque les han cambiado vísceras por piedras para que viaje a ras del fondo y nadie sepa que van por ahí. Si flotan, aunque sea en pedazos, es porque llevan un mensaje que anticipa el horror que sobrevendrá a quienes no obedezcan las órdenes de los amos de la guerra. (2020 [2012]: 31)

El extracto también señala cómo el acto violento se modifica dependiendo del mensaje deseado por el perpetrador. El empleo de piedras para sustituir el interior de los cuerpos humanos construye una narrativa de desaparición, que oculta al asesino y borra la presencia de la víctima. El lecho del río se transforma en un cementerio sin nombres, donde la desaparición sirve para garantizar el olvido. Por el contrario, los cuerpos flotantes transmiten un mensaje de horror dirigido a los habitantes de las orillas, y construyen una narrativa que refuerza el mensaje de los asesinos. En ambos casos, los “muertos de agua” y los diferentes procesos de violencia a su alrededor terminan logrando infundir terror y miedo permanente, como lo sugiere Oslender. Este fenómeno modifica la sensación del lugar, en el caso de Puerto Berrio, transformando el espacio físico del río Magdalena al de un río de los muertos donde existe una constante aparición de cuerpos que bajan por él.

Este cambio de sensación respecto al espacio, que es crucial en la construcción de una geografía anfibia del terror, se logra tanto por la prosa poética de la autora, que “transforma los testimonios o historias en tramas narrativas” (Hernández Acosta, 2023: 143), como por el uso de intertextualidades. Estas aparecen a lo largo del libro, en la mayoría de casos sin comillas, a diferencia de las citaciones de los personajes, casi siempre en itálicas y referenciadas con una nota al final a una obra literaria o científica. Nieto recurre a diferentes textos de la tradición latinoamericana para mostrar cómo cambia la relación con el espacio. Es el caso del cuento “El ahogado más hermoso del mundo” (1968) de Gabriel García Márquez, que usa para describir los cadáveres que bajan el río con un tono poético,

“el promontorio oscuro y sigiloso” (2020 [2012]: 45), pero también cómo vienen rescatados y limpiados (2020 [2012]: 22) o cómo son escogidos por sus devotos (2020 [2012]: 83)¹⁴⁸. En cambio, la novela *Cien años de soledad* (1967) aparece como referencia través de la relación entre José Arcadio Buendía y el hombre que asesina, Prudencio Aguilar, mostrando como los vivos conviven con los muertos y como interactúan entre ellos (2020 [2012]: 87). Algo similar plantea la intertextualidad con la novela *Pedro Páramo* (1955) de Juan Rulfo, donde las diferentes citas subrayan un espacio donde las ánimas deambulan junto a los vivos (2020 [2012]: 55, 90, 110, 117). A pesar de que Nieto está hablando de Puerto Berrío y sus habitantes, un pueblo existente a las orillas del Magdalena, vuelve al libro de Rulfo como esa “etnografía imaginaria” donde Comala se configura como un “sitio matriz, potente, fundado y fundante a la vez, sorbido por sus propias leyes, por sus propios afanes, por sus propias reglas de tiempo” (Weinberg, 2008: 324).

A pesar del uso de otras referencias que le permiten profundizar sobre la desaparición, la intertextualidad más repetida es referida a la tragedia *Antígona* (1981) de Sófocles.¹⁴⁹ Esta se encuentra desde el mismo epígrafe, “Murieron. Y los responsables de estas muertes son los vivos”, enmarcando la relación entre los vivos y los muertos que se da en el espacio anfibio presente dentro de la crónica. Las referencias a la tragedia aparecen en otros lugares del texto de Nieto, como en el ya mencionado capítulo dedicado a los pescadores, en alusión a la prohibición de enterrar a Polinices en Tebas, se enfatiza tanto que en “Puerto Berrío está prohibido pescar los muertos del agua” (2020 [2012]: 28), como en la rebeldía antigonia de los habitantes porteños de recoger y adoptar los cadáveres. Por otro lado, en el capítulo “Nadie los lloró”, dedicado al propietario de la funeraria del pueblo, Francisco Luis Mesa Buriticá “Pacho”, la intertextualidad refuerza dicho acto de desobediencia civil del entierro y del ritual de los cadáveres olvidados, refiriéndose al acto de sepultura y rituales que Antígona ejerció con Polinices (2020 [2012]: 45). Finalmente, la referencia a la tragedia aparece en otros dos capítulos que relatan las historias de dos devotos que adoptan un “muerto del agua”. Aquí, las citas referidas a la fidelidad de Antígona en enterrar a su

¹⁴⁸ La cita en Nieto es la siguiente: “les eligieron un padre y una madre, y otros se hicieron sus hermanos, tíos y primos. Y así, a través de ellos, todos en el pueblo terminaron por ser parientes entre sí”. En el cuento, incluido en el libro *La increíble y triste historia de la cándida Eréndira y su abuela desalmada* (1972), el cuerpo que llega desde el mar pasa de ser un ahogado que es rescatado por el pueblo del mar a adquirir el nombre de Esteban y relacionarse con todos los habitantes del mismo.

¹⁴⁹ Entre las otras referencias, aparecen menciones al escritor Thomas Lynch y a las reflexiones de la antropóloga forense Clea Koff sobre su experiencias en las exhumaciones en Ruanda o Kosovo. Adicionalmente, el libro cierra con un poema Emily Dickinson referente a la supervivencia en un mundo entre vivos y muertos

hermano Polinices (2020 [2012]: 95 y 106) son usadas para acentuar el amor por la familia que se establece en las relaciones del alma del “muerto del agua” con el devoto.

El uso de la intertextualidad, en especial la referida a *Antígona*, da pie a reflexionar respecto al último elemento de la propuesta conceptual de Oslender respecto a las estrategias espaciales de resistencia y cómo estas son particulares en un espacio anfibio como Puerto Berrío. El libro de Nieto se detiene en cómo las personas resisten la imposición del terror individual y colectivo de muchas formas y escalas. En palabras del crítico Simón Henao, se trata “una performatividad que funciona como espacio de articulación alternativa”, o como aclara más adelante, “como práctica que busca restituir los vínculos sociales haciendo inteligibles los cuerpos, los nichos, las vidas despojadas que trae el río” (2020: 170). Si el río Magdalena impone un miedo temporal y espacial, además de que los actores armados imponen la prohibición de recoger los cadáveres, ¿cómo reaccionan los habitantes de Puerto Berrío? Su combate viene descrito de la siguiente manera por la cronista:

Mientras que la faena del forense prosigue, los adoptantes, sentados a la vera del pabellón y recostados a la fila de lápidas, imaginan lo que vendrá. Darle un nombre para llamarlo, prestarle su apellido para que se sienta en casa, imaginarle un rostro de modo que conversar con él no parezca cosa de otro mundo, contarle su vida como si desgranara una mazorca, rezar todos los días por el descanso de su alma en el entendido de que se encuentra en tránsito y no ya condenada en el infierno, prometerle favores a cambio de ayuda, y cumplirle cada promesa a tiempo y con precisión. (2020 [2012]: 54)

Como se puede notar en el pasaje anterior, el proceso de adopción y veneración implica el ya mencionado amor y fidelidad antigoniano, que se traduce en acciones puntuales como el nombrarlo, prestarle su apellido, imaginarlo, conversarle, rezarle, prometerle y cumplirle. Algo que Nieto agrega unas páginas más adelante:

Solo por amor a alguien hallará el camino para llegar al paredón trasero de este cementerio. La guerra convierte el destino de los hombres en laberinto. Y los únicos que no se rinden frente a los paredones ciegos, a las lenguas monstruosas de las gárgolas, a los cañones fríos de los fusiles son las madres y los hijos. (2020 [2012]: 86)

Aquí, los cadáveres rescatados, en vez de ir a la fosa común, terminan en un osario, donde un devoto los adopta y les dan una tumba. Esto insiste en algo señalado por Henao, donde la violencia que sufren estos cuerpos no es solo el despojo de su tierra, sino también la del “extraer del otro lo propio, dejar lo sí del sí mismo sin sí, sin aquello (tierra, lengua, nombre) que lo hace propio de sí: desapropiar (lengua, territorio, nombre)” (2020: 183).

Esa desapropiación propia de este tipo de actos violentos que “quiebran el sentido y exponen los límites del lenguaje” (Uribe, 2023: 69) le exige a Nieto transitar entre la primera y tercera persona para acercarse y distanciarse de los hechos. Estos cambios constantes le permiten incluir un coro de voces y testimonios que dan cuenta del acto de resistencia que implica el rescate de los cadáveres del río y su posterior adopción.

Volviendo a la escena detonante para la escritura de *Los escogidos*, la contemplación de la lápida de Milagros, la pregunta de Nieto vuelve sobre una cuestión: “¿Pero qué puede hacer un periodista frente al punto culminante de una historia de la que no puede conocer principio ni final?” (2015: 39). Es en esa imposibilidad de encontrar el dato o explicar los hechos de la violencia donde radica la configuración espacial del Puerto Berrío de Nieto. Una imposibilidad de explicar el hecho que ni siquiera el mismo Estado logra responder; como nos lo hace saber la autora en el capítulo 13 sobre el caso del “muerto del agua” llamado Nancy Navarro:

La noticia llegó a la casa de la tía Consuelo tres años después, pero no provocó ningún espaviento. El Estado se tomó más de 36 meses, tres años para confirmarle a Nelson lo que él ya sabía: la mujer de la planta baja, bloque uno, hilera doce del pabellón de los olvidados de Puerto Berrío -a quien unos recordaban como la señora de La Malena y a quien otros llamaban Nancy Navarro- era Gilma Rosa Cossio Higueta: su mamá. (2020 [2012]: 112)

Teniendo en cuenta todo lo anterior, Puerto Berrío, a orillas del río de los muertos, se configura como una geografía del terror. El miedo temporal y espacial que infunda la violencia ejercida por diferentes actores junto a la materialidad del río donde los cuerpos humanos, vivos o muertos, y más que humanos interactúan terminan por transformar las relaciones individuales y colectivas respecto al espacio. No obstante, el pabellón de los olvidados que los habitantes de Puerto Berrío han construido con su rebeldía “ha sido capaces de decir lo indecible, de nombrar lo innombrable, de recordar lo que tantos piden olvidar” (Nieto, 2020 [2012]: 118).

Un río de viscosidad porosa en Marbel Sandoval Ordóñez

El cuerpo de Paulina Lazcarraro nunca fue encontrado. Yo pienso que quedó en el buche de los gallinazos o, por qué no, que se enterró en el fondo del río y alimentó a los coroncoros. De todas maneras, hay noches en que siento que ella me llama. No es que me

hable, propiamente dicho, pero me llama. Me empieza como un desazón y tengo que bajarme a la orilla del río, aparto con cuidado los chamizos y veo cómo el agua lame la arena gris. Aquí todo huele a petróleo, siempre ha oído, desde antes que yo naciera. No me acuerdo de un solo día en que el olor no me sorprenda y de una sola noche en que no haya quedado mirando las teas que botan fuego como los dragones. Antes le decía a mi mamá que los bagres y los coroncoros me sabían a petróleo y ella me regañaba. Ahora, con los años, he optado por callarme, a nadie parece importarle, y a mí se me pasó la idea porque lo que pienso es que me estoy comiendo en el sancocho de pescado un poco de Paulina, porque nunca la encontraron. (2006: 13)

Las líneas anteriores abren la novela *En el brazo del río* (2006) de Marbel Sandoval Ordóñez. La primera persona destaca en este párrafo de apertura donde la voz narrativa del personaje Sierva María Malagón con un tono amoroso narra el hecho tan cruento como el de la desaparición de su amiga Paulina Lazcarraro. A pesar de que la complejidad retórica no se logra totalmente en el párrafo, la sonoridad de la negación del encuentro del cuerpo al inicio y final del mismo dan cuenta de la importancia y notoriedad del evento. Ese desplazamiento que se produce en la revelación de la trama donde el cuerpo de Paulina nunca es encontrado, redirige la atención del lector hacia los temas que giran alrededor del mismo acto de desaparición. De hecho, las líneas intermedias del párrafo encapsulan los diferentes temas que resuenan a lo largo del resto de la novela: la violencia y los efectos en la vida diaria de los habitantes, la memoria de un desaparecido y la pregunta por su desaparición, como el acto violento produce el encuentro del cuerpo del río con otros cuerpos humanos y más que humanos, la cercanía entre vida y muerte que habita en el Magdalena, o la omnipresencia del petróleo en todos los cuerpos. Sandoval nos relata un río Magdalena de viscosidad porosa lleno de cuerpos en constante intercambio entre ellos, de aguas oscuras y turbias, de bagres y coroncoros entrelazados con petróleo o del cuerpo de Paulina, enterrado en el fondo del río o en el estómago de los gallinazos. A la vez, nos muestra que el río no es ni líquido ni sólido; es decir, no es simplemente un fenómeno de aguas y tierras que fluyen hasta desaparecer en el mar, sino que sus componentes materiales narran múltiples historias de riqueza y de violencia.

Al igual que Patricia Nieto, Marbel Sandoval Ordóñez (Bogotá, 1959) tiene una formación profesional en periodismo y comunicación social. Fue redactora del periódico *El Tiempo*, primero como corresponsal en Medellín y luego como reportera de la sección judicial en Bogotá. Asimismo, fue jefa de redacción del periódico santandereano *Vanguardia Liberal*, de Bucaramanga, en la oficina de Barrancabermeja durante la peor época de la violencia

paramilitar.¹⁵⁰ Posteriormente, fue jefa de la Unidad Investigativa de la Agencia Colombiana de Noticias Colprensa en Bogotá. Su primer libro fue la crónica *Gloria Cuartas. Por qué no tiene miedo* (1997), donde planteaba una visión no hegemónica del conflicto a través de la figura de Cuartas, alcaldesa de Apartado entre 1995 y 1997, y sus gestiones contra la violencia en el periodo de expansión del paramilitarismo. Asimismo, a inicios del nuevo siglo publicaría *Petróleo colombiano, más futuro que pasado* (2002) en coautoría con Alberto Calderón Zuleta. A estas publicaciones les siguieron las novelas *En el brazo del río* (2006), *Joaquina Centeno* (2017) y *Las Brisas* (2019), que forman una trilogía publicada solo en España por Punto de Vista Editores titulada *Conjuro contra el olvido* (2021).¹⁵¹ Sandoval Ordóñez confiesa en una entrevista recogida en su blog que el hilo conductor de estas tres novelas es la memoria, tanto la propia, a partir de hechos reales que conoció en su ejercicio periodístico, como la nacional, “que tiene que ser contada como ayuda para reconocernos, para no olvidarnos; quizá así dejemos de repetirnos” (“Censuras, que las hay, las hay”, 3 de noviembre de 2021).

La narrativa *En el brazo del río* sugiere una potente mirada del río Magdalena como un complejo enmarañamiento natural-cultural donde resalta su porosidad. Si el libro de Patricia Nieto sugería una geografía del terror a partir de la tensión entre vida y muerte, el libro de Sandoval Ordóñez termina por invitar a repensar la noción misma de río a través de las historias de Paulina y Sierva María. El Magdalena de *En el brazo del río* se plantea como un cuerpo de agua viscoso con fronteras porosas, enmarañado por otros cuerpos humanos y más que humanos, pero al tiempo también por los discursos de riqueza y violencia.

Partiendo de la estructura de la novela, se retoma el concepto desarrollado por Nancy Tuana en *Viscous Porosity. Witnessing Katrina*, en la que propone “seeing through the eye of a Category Four hurricane” (2008: 188). En este texto, la filósofa feminista invita a pensar la interconexión de elementos materiales y semióticos en la interpretación de un fenómeno como el huracán Katrina. Tuana argumenta que, aunque algunos cuerpos pueden ser percibidos de forma coherente, singular e impenetrable (como el cuerpo sociopolítico de Nueva Orleans o el mismo huracán), también pueden leerse a través de sus porosidades

¹⁵⁰ El departamento de Santander, cuya capital es Bucaramanga, está ubicado en el nororiente de Colombia. Su límite al oeste es con el río Magdalena que lo separa de Antioquia. Gran parte de su territorio se extiende desde la margen derecha del río hasta la cordillera Oriental cuya ciudad más importante es Barrancabermeja. Esta es industrialmente la más importante del departamento dado que es sede de la refinería de petróleo más grande del país.

¹⁵¹ Anteriormente, las tres novelas habían sido publicadas individualmente: *En el brazo del río* y *Joaquina Centeno* en Colombia y *Las Brisas* solo en España. Las novelas fueron publicadas en editoriales independientes.

moleculares, al tomar en cuenta factores sociales y raciales, la toxicidad en el aire o el agua, o la potencia del huracán exacerbada por el cambio climático. Así, se muestra cómo estas porosidades se reconfiguran tanto en lo material como en lo semiótico. El concepto de “viscosidad” permite a Tuana establecer un punto intermedio entre lo sólido y lo líquido, destacando la complejidad de la interacción entre los cuerpos, pero también subrayando la resistencia de estos a cambiar de forma. Por otro lado, la noción de “porosidad”, proveniente de la crítica feminista, busca dismantelar las distinciones entre los cuerpos al poner en evidencia su constante transformación y reconfiguración. Como señala la autora en relación con el huracán Katrina, entenderlo como un fenómeno de viscosidad porosa implica abordarlo desde una ontología relacional que “rematerializes the social and takes seriously the agency of the natural” (2008: 188). Por lo tanto, la presente parte a partir de la representación del Magdalena en la novela de Sandoval Ordóñez, se propone leer esas porosidades moleculares que definen el río Magdalena, mostrando que más que un cuerpo singular o impenetrable, es en cambio un cuerpo con barreras permeables en constante intercambio con otros cuerpos y discursos.

El hecho puntual que inspira *En el brazo del río* es la masacre de Vuelta Acuña, ocurrida entre la noche del 12 y 13 de enero de 1984 en la vereda del mismo nombre, a orillas del Magdalena y en jurisdicción del municipio de Cimitarra (Santander). Este lugar, a medio camino entre Puerto Berrío y Barrancabermeja, era considerado desde la década de los setenta como un bastión de la guerrilla (principalmente de las FARC), configurándolo como un lugar de conflicto entre diferentes grupos armados y estigmatizando a sus habitantes, principalmente campesinos, como miembros de dicha guerrilla (CNMH, 2019: 84).¹⁵² La situación degeneró a partir de 1983 con la apertura de la Decimocuarta Brigada del Ejército en Puerto Berrío y la consolidación de los grupos paramilitares alrededor de la ACDEGAM en Puerto Boyacá, amparados por el Estatuto de Seguridad de 1978. De hecho, durante ese mismo año tuvieron lugar tres masacres ejecutadas por paramilitares en compañía de agentes estatales, con más de 15 víctimas mortales.¹⁵³ A pesar de que Sandoval Ordóñez hace referencias a estos asesinatos múltiples, el suceso puntual narrado tuvo lugar en enero del año siguiente, convirtiéndose en la cuarta masacre en menos de 10 meses en la

¹⁵² Como explica el CNMH, Vuelta Acuña fue un corredor estratégico para las FARC, conectando el Nordeste Antioqueño con el río Magdalena. Este paso proveía abundante alimentación y densa cobertura, lo que facilitaba el avituallamiento y control de la zona por parte de los guerrilleros (CNMH, 2019: 54).

¹⁵³ Los datos son tomados de la tabla 1 del informe de 2019 del CNMH. Según este, en 1983 sucedieron 31 masacres en todo el país (casi el triple que en 1981), de las cuales 23 tuvieron lugar en el Magdalena Medio. De esas, 18 fueron ejecutadas por paramilitares (CNMH, 2019: 101-102).

zona.¹⁵⁴ Como documenta el CNMH, la masacre dejó 7 víctimas mortales generando “el primer gran desplazamiento masivo de esa zona hacia Barrancabermeja” y creando “un fuerte impacto regional” (2019: 85). Inicialmente, las víctimas fueron identificadas por el Ejército como guerrilleros, una afirmación que se desvaneció rápidamente en las semanas siguientes gracias a los testimonios de los familiares y los desplazados, que mostrarían que lo que había tenido lugar era una masacre ejecutada por agentes estatales y paramilitares. Es a partir de dicho hecho, tanto la masacre como su intento de encubrimiento, desde donde nace la intención de Sandoval Ordóñez por escribir una novela, la cual es reconstruida a partir de las crónicas judiciales y notas periodísticas.

La novela toma como argumento principal la historia de dos adolescentes: Paulina Lazcarro de catorce años y Sierva María Malagón de trece años. La amistad entre ambas se quiebra cuando Paulina regresa desde Barrancabermeja a la casa de su familia en Vuelta Acuña, lugar del que había sido desplazada unos meses antes y donde, finalmente, será asesinada y desaparecida. La novela se estructura tanto a partir de las voces narrativas, separadas en capítulos, como de la sucesión de los hechos, organizados en tres actos. Este esqueleto narrativo configura una relación con el espacio y, en especial, con las aguas del Magdalena.

Respecto al primer punto, Sandoval Ordóñez elige dos voces narrativas que mantienen la primera persona en casi toda la novela: una viva, la de Sierva María, y otra muerta, la de Paulina. Cada una de las voces se va intercala, permitiendo el fraccionamiento de la narración y la inclusión de dos puntos de vista diferentes sobre los acontecimientos, tanto desde la víctima desaparecida como desde los vivos que sufren el acto de desaparición. Por un lado, la voz espectral de Paulina, narra lo sucedido antes, durante y después de la masacre. Siguiendo a la crítica literaria Juliana Martínez en su estudio sobre la figura del espectro en la literatura y arte colombiano de inicios de siglo XXI, se puede pensar que el uso de dicha figura por parte de Sandoval Ordóñez tendría que ver más con lo que “hace” que con lo que “es” el espectro en sí (2020: 3).¹⁵⁵ En este sentido, su voz de víctima relata

¹⁵⁴ De hecho, Paulina, desde el inicio de la novela, dice: “Hoy sé que sí existe la eternidad. Y no es este lugar desde el que estoy contando, sino las largas horas que transcurrieron entre la noche del martes doce de enero y el amanecer del miércoles trece” (2006: 19). Igualmente, los extractos de artículos de prensa incluidos en la tercera parte de la novela confirman el informe por parte del CNMH.

¹⁵⁵ Martínez define este modo de contar las historias como “spectral realism”, que explica así: “Despite the many differences between these aesthetic projects, the common use of representational techniques that weave disappearance, ambiguity, and critical reflection into the narrative fabric converge into a visual and literary grammar that, though broad, remains distinctive. By exploring the limits and opportunities of this hauntology, I posit that the proposed framework is a valuable tool to better understand and address the complex relation between representation and historical violence from an ethically informed perspective, which is at the core of much contemporary cultural work” (2020: 3). En su estudio incluye un amplio y variado cuerpo de trabajo

los diferentes modos de violencia que se suceden en la novela, como el asesinato de un familiar, el desplazamiento forzado, los abusos sexuales, la masacre y, por último, la desaparición forzada en un río. En cambio, Sierva María es la voz de los que quedan después del acto de violencia relatando el tránsito desde la confusión y búsqueda de su amiga desaparecida, sin comprender bien lo sucedido, hasta la pérdida de la inocencia frente a la violencia a su alrededor. Esta dualidad narrativa no solo enriquece la comprensión de la memoria sobre el conflicto armado, sino que también interroga las nociones tradicionales sobre los cuerpos que lo sufren, sus experiencias y los efectos que la violencia tiene sobre ellos. La convivencia de estas dos voces, una que aún respira y otra que ya se ha extinguido, refleja el desconcierto y la desconexión entre la vida y la muerte, entre la memoria que permanece viva y la que está condenada a desaparecer.

Igualmente, como ha señalado la crítica literaria Ingrid Vanessa Molano Osorio, el intercambio entre las voces narrativas sugiere el entrecruzamiento de dimensiones espaciotemporales y, por ende, la organización del espacio de la narración (2022: 32). Molano Osorio argumenta de que la posibilidad de que Paulina hable desde la eternidad es “un recurso que le confiere un tono transgresor a la novela”, subvirtiendo el silencio del cuerpo desaparecido y dándole una voz después del hecho violento (2022: 35). Lo anterior ancla la relación entre el cuerpo y el espacio dentro de la novela. Esto es tangible en el mismo título de la novela, que puede indicar tanto un lugar geográfico en el río, por ejemplo, Vuelta Acuña, como también la bifurcación o fragmentación de un cuerpo más grande. Asimismo, como señala y cita Molano Osorio (2022: 34), dicha relación la notamos desde las primeras palabras narradas por la voz de Paulina:

Hoy sé que sí existe la eternidad. Y no es este lugar desde el que estoy contando, sino las largas horas que transcurrieron entre la noche del martes doce de enero y el amanecer del miércoles. trece. La eternidad es un grito que nunca fue escuchado, es la voz que no sale, es el corazón que late desbocado, son las piernas que tiemblan y no sostienen, es el miedo. que seca la boca, es desear que todo termine de una vez y para siempre. La eternidad es lo contrario de la felicidad, como la que yo tenía la mañana de ese mismo martes cuando, madrugadas, llegamos a uno de los puertos de Barrancabermeja y afanosas buscamos la canoa con motor de Honorio Vélez, para que nos llevara hasta La Vega, como se llamaba nuestra finca, en Vuelta Acuña. Hacía mucho tiempo que no íbamos, pero esta vez mi mamá lo pensó y se arriesgó a que pasáramos una semana entera en la casa en la que no vivíamos desde hacía casi tres años, parte de los cuales yo había pasado en el colegio. Por

que incluye novelistas (Evelio Rosero), directores de cine (William Vega, Jorge Forero y Felipe Guerrero) y artistas (Juan Manuel Echevarría, Beatriz González y Erika Diettes)

eso, ese martes por la mañana, en el puerto, el olor a pescado fresco y una brisa que llegaba desde el frente del río, me explayaron el corazón. (2006: 19)

Las voces de Sierva María y Paulina hacen espacial la narración de la historia entre Barrancabermeja, Vuelta Acuña y Puerto Berrío, conectadas por el río Magdalena. El primer lugar es importante, ya que representa el destino de los desplazados (incluida Paulina) y desde donde Sierva María narra su historia. En este lugar, el legado de la industria petrolera sigue marcando, hasta el día de hoy, las profundas divisiones sociales entre ricos y pobres. Es relevante destacar que Barrancabermeja creció en la primera mitad del siglo XX, en torno a la explotación petrolera, la cual definió las dinámicas sociales de la ciudad, influenciada tanto por el extractivismo extranjero como por el emergente proletariado industrial. Simultáneamente, su consolidación como enclave generó una relación compleja con el río y las comunidades ribereñas, debido a la contaminación de las fuentes de agua y alimentos. La situación empeoró en la segunda mitad del siglo con la nacionalización de la explotación petrolera, lo que originó un ambiente de decadencia, agravado por la presencia de diversos grupos armados que percibieron en el petróleo una fuente de riqueza.¹⁵⁶ En cambio, Vuelta Acuña es otro ejemplo de la colonización del Magdalena Medio; poblada principalmente por campesinos que viven de la explotación de sus tierras. Al igual que Las Mercedes, cerca de Puerto Triunfo, para el caso del paramilitar Ramón Isaza fue un territorio donde se entrecruzaron no solo las múltiples violencias del país sino también la disputa por la tierra entre pequeños y grandes propietarios. Por último, se encuentra Puerto Berrío que como se verá dentro de la novela se configura como un centro del poder violento y donde se concentran el eje ejército-paramilitar-ganadero, que quiere adueñarse de las tierras ribereñas del río.

Aparte de las voces narrativas, la novela cuenta igualmente con una macroestructura clásica en tres actos. En el primero se nos presentan los antecedentes de la masacre, como el desplazamiento forzado de Paulina y su familia hacia Barrancabermeja, cómo se entabla amistad entre las dos adolescentes y el posterior regreso de Paulina a Vuelta Acuña. Adicionalmente, en estas páginas se configura tanto la relación con las figuras paternas ausentes como con los diferentes espacios. Cabe destacar que el acto se cierra con la

¹⁵⁶ Al respecto, Jacques Aprile-Gniset dice en su libro *Génesis de Barrancabermeja: un ensayo* (1997) que: “Barrancabermeja, nacida de una concesión, resulta ser el más genuino y perfecto exponente de la ciudad de enclave y del urbanismo petrolero [...] se erige históricamente en la primera localidad colombiana, presentando una morfología espacial, física, estética, poblacional y social, doblemente impactada por determinadas importaciones e influencias exógenas, pero contrarrestadas por la presencia del mundo del trabajo, un pujante proletariado industrial conformado por migrantes de tradición rural procedentes de varias regiones” (3).

narración de Paulina sobre su retorno a Vuelta Acuña, donde la última línea genera un final en suspenso avisando la tragedia que se avecina, “En esas estábamos cuando se escuchó el ruido de los motores de las lanchas que bajaban por el río” (2006: 66).¹⁵⁷

El segundo acto narra tanto las horas de la masacre de forma detallada a través de la voz de Paulina, antes de que caiga la “noche perpetua” (2006: 109) de su asesinato. Paralelamente, Sierva María relata los días inmediatamente posteriores a la masacre, donde el lector descubre en detalle sus consecuencias: el desplazamiento de los campesinos de Vuelta Acuña, la confusión de los habitantes de Barrancabermeja y, en general, el miedo y desinformación por lo sucedido y lo que podría suceder. Los capítulos que conforman este acto son abiertos por paratextos extradiegéticos. Estos son extractos de una noticia de prensa titulada “Abatidos ocho guerrilleros”, publicada en el periódico *Vanguardia Liberal*, donde, como se ha dicho anteriormente Sandoval Ordóñez trabajó como jefe de redacción, y que se configuran como una tercera “voz” a lo largo del segundo acto sugiriendo cómo la masacre fue encubierta como un operativo militar más. Justamente el final en suspenso del segundo acto tiene lugar cuando Sierva María compra el mismo periódico *Vanguardia Liberal* y lee una noticia sobre los hechos. El acto se cierra con la citación de dicho artículo titulado “Exhuman cadáveres en Vuelta Acuña”, que da detalles sobre los cuerpos y rectifica la noticia anterior incluida en los paratextos. La inclusión de dicho artículo de prensa de forma diegética señala un puente entre el hecho real y el ficcional, marcando la pérdida misma de la inocencia por parte de Sierva María.

La novela se cierra con un tercer acto, más corto que los anteriores, donde se narran los hechos sucedidos en los meses siguientes a la masacre. Si Paulina nos cuenta sobre uno de los sobrevivientes y cómo eso conlleva la búsqueda y captura de los perpetradores de la masacre, en cambio, Sierva María va relatando cómo se va transformando mes a mes su percepción sobre la desaparición de Paulina y la violencia que la rodea. La autora se vale nuevamente del uso diegético de recortes de prensa que Sierva María va recolectando en su cuaderno para construirse una opinión personal sobre lo sucedido.

Estos dos elementos de la estructura de la novela, las dos voces narrativas y la organización en actos, tienden a buscar la fragmentación y la no linealidad de la narración. A lo que habría que agregar la impresión que deja la novela de cierta circularidad en su estructura, dado por la apertura y cierre a partir del cuerpo no encontrado de Paulina en la voz de

¹⁵⁷ El sonido de las lanchas que cargan a los agentes armados que cometerán el acto de violencia no es un hecho menor. El sonido de los motores anticipa la masacre y ha cambiado la relación con el espacio fluvial.

Sierva María.¹⁵⁸ Como ya se ha mencionado en la parte anterior y al inicio de esta, la imposibilidad del lenguaje de explicar realmente lo sucedido en el acto de desaparición propicia un desplazamiento hacia lo que se encuentra en el centro de la misma. Lo anterior resuena con la propuesta del crítico literario Marco Caracciolo, quien argumenta que ese tipo de “mesh-like organization” de la forma narrativa “suggests metaphysical parity between human and non human realities” (2021: 15), a diferencia de otras formas más lineales que implican una organización vertical hegemónica.¹⁵⁹ Por lo cual se puede inferir que en la novela de Sandoval Ordóñez el cuerpo del río pasa de ser inerte a complejizarse como un cuerpo a la par de otras entidades. En este movimiento se revela una viscosidad porosa que plantea “an essential—if certainly partial—springboard for renegotiating human societies’ position vis-à-vis the natural world” (Caracciolo, 2021: 179). Cabe advertir que no se está sugiriendo que *En el brazo del río* se configure como un producto cultural cuyo fin último sea la búsqueda de una nueva ontología relacional que desplace el tema central de la violencia y el dolor de las víctimas y sus familiares. En cambio, se propone que la novela en su forma, y al igual que en su tema, va más allá al plantear una relación diferente con el río en el contexto de la violencia paramilitar, situándolo como otro cuerpo más que ha sido testigo y víctima del conflicto armado interno colombiano.¹⁶⁰

En este orden de ideas, la ya mencionada propuesta conceptual de Tuana, “viscous porosity”, resulta de utilidad dado que “reveals that the social and the natural, nature and culture, the real and the constructed, are not dualisms we can responsibly embrace” (2008: 209). La ontología relacional que plantea el concepto de “viscous porosity” viene definida por Tuana como “interactionist attention to the processes of becoming in which unity is dynamic and always interactive and agency is diffusely enacted in complex networks of relations” (2008: 188-189). En la novela de Sandoval Ordóñez, esto se traduce en los diferentes encuentros materiales y discursivos potenciados por la ya mencionada estructura narrativa. Esto queda ya claro desde el párrafo que abre la novela y que se cita al inicio de esta parte, donde, al igual que en *Los escogidos* de Nieto, el río de la vida y el de la muerte se hace tangible en el encuentro de los pescados con los cadáveres que carga el río. Sandoval

¹⁵⁸ La estructura usada por Sandoval Ordóñez se repite, antes y después, en otras novelas latinoamericanas donde la figura del río sirve como una potente metáfora para hablar de la violencia y otros cuerpos. Siempre escritas por mujeres, se pueden destacar la novela chilena *Mapocho* (2002) de Nona Fernández y la argentina *No es un río* (2020) de Selva Amada.

¹⁵⁹ La linealidad narrativa, sugiere Caracciolo, sigue una *scala naturae* donde el objeto inanimado ocupa el fondo de la escalera, seguido por las plantas, animales no humanos y, finalmente, los humanos cerca de Dios (2021: 15).

¹⁶⁰ Justamente, la edición de 2018 de *Diente de León* cuenta con una portada que reproduce el óleo sobre lienzo *Realidades paralelas* (2008) del ya mencionado artista Sair García. Según el crítico de arte Eduardo Serrano, se trata de una obra que insiste en la intangibilidad e invisibilidad de las barreras materiales como discursivas.

Ordóñez deja entrever que es posible que Sierva María podría estar comiéndose el cuerpo de Paulina a través de los coroncoros que componen el sancocho que le prepara su mamá. Esto muestra lo ya repetido en ejemplos anteriores, “all matter, in other words, is a ‘storied matter’” (Iovino y Oppermann, 2014: 1). Aquí, las materialidades y discursos se enmarañan; el cadáver de Paulina, atravesado por la violencia paramilitar, se entrecruza con el de la pobreza y olvido estatal de los pueblos ribereños que viven, a su vez, sobre un subsuelo rico en recursos minerales, del cual solo sufren sus condiciones tóxicas.

En la novela, el petróleo evoca constantemente la degradación ambiental, el etnocidio y el enmarañamiento de los cuerpos. En el último siglo, como sugiere el ya mencionado inicio de la novela, la vista que define a Barrancabermeja es “las teas que botan fuego como los dragones” (2006: 13) y, a pesar de que “ya no se vivía la bonanza del petróleo” (2006: 14) de la primera mitad del siglo XX, el hidrocarburo sigue teniendo una presencia ubicua en el aire, en la tierra y, principalmente, en el agua. De hecho, es a partir de dos sustancias —el agua y el petróleo— que Paulina nos brinda una descripción de la ciudad a la cual ha llegado desplazada:

Precisamente por ser inicio de año, y por estar sus patronos de vacaciones, es que pudo tomarse la semana, si no tendría que repetir su recorrido de todos los días, sin derecho a descanso: salir a las cuatro y treinta de la mañana, aún noche, guiada por las teas de la refinería, y pedalear en su bicicleta por las calles regadas de aceites, para llegar al único barrio donde si hay pavimento de verdad, y agua de verdad, y no esa porquería amarilla y olorosa que sale por las cañerías de las casas donde las hay, motivo por el cual en el comercio los vendedores de frescos gritan con una voz que alarga las vocales:

—Avena, avenaaaa helada, cubana, cubanaaaa, con agua de la USO —y recalcan el estribillo:

— Con agua de la USO.

Es decir, de la del edificio del sindicato que tiene una llave hacia afuera a donde llega la gente —a pie o en bicicleta o en moto porque esta es una ciudad de transporte en dos ruedas— con sus canecas y galones para llevarse el agua del día. Que sea agua de la USO garantiza la venta, porque la otra lo que ofrece es un ataque de amebiasis, aunque yo creo que todos tenemos el estómago lleno de bichos. (2006: 20)

Este extracto es destacable dado que divide Barrancabermeja en dos ciudades: los que reciben agua potable y los que están condenados a consumir esa “porquería amarilla y olorosa” que sale de las cañerías. Al mismo tiempo, se resalta las luchas sindicales que han

tenido lugar en la ciudad desde la década de los años veinte a través de la Unión Sindical Obrera de la Industria del Petróleo (USO) y sus victorias respecto a las condiciones materiales de vida y trabajo de los trabajadores petroleros. Al igual que la violencia paramilitar que desplaza ciudadanos hacia Barrancabermeja, la toxicidad del petróleo también conlleva una forma de violencia. No obstante, esta es desplazada en el tiempo y se acumula e intensifica en los cuerpos humanos o más que humanos que habitan el Magdalena.¹⁶¹ Esto se relaciona con lo señalado por el crítico literario Mark Anderson, “the work of oil extraction and the experience of oil spills alike reveal that there is no experience beyond the body, society, or the environment” (2021: 205). Lo cual explica por qué la presencia del petróleo en la novela de Sandoval Ordóñez sucede siempre a través del cuerpo de las protagonistas de manera sensorial. Volviendo al párrafo inicial, Sierva María lo deja bastante claro: aparece en el sabor de los alimentos: “Antes le decía a mi mamá que los bagres y los coroncoros me sabían a petróleo y ella me regañaba” (2006: 13); pero también, en el olor de la ciudad: “Aquí todo huele a petróleo, siempre ha oído, desde antes de que yo naciera” (2006: 13).¹⁶² Una descripción que contrasta con la que realiza Paulina en su retorno a Vuelta Acuña, caracterizado por el “hondo olor de los naranjos, los limoneros y los mangos” (2006: 50) y donde, a pesar de la violencia que los había desplazado meses antes, algunas flores todavía resistían: “las únicas que seguían floreciendo eran las orquídeas que se sostenían de los troncos, alrededor del patio” (2006: 52).¹⁶³

La violencia, la toxicidad del petróleo y el olvido estatal también se ven en las figuras masculinas. Estas sirven a Sandoval Ordóñez para profundizar el enmarañamiento y resaltar los discursos alrededor de la riqueza intrínseca del Magdalena Medio y la de su violencia que lo constituye. Los esposos y padres dentro de la novela son figuras ausentes. En el caso de Sierva María, su padre es desconocido, como lo relata al lector: “Quiero decir que a mi papá nunca lo conocí, aunque sé que es un petrolero, quizá por eso es esta obsesión con el olor a petróleo, será para tener un pedacito de papá” (2006: 13). A pesar

¹⁶¹ Rob Nixon la define de la siguiente forma: “By slow violence I mean a violence that occurs gradually and out of sight, a violence of delayed destruction that is dispersed across time and space, an attritional violence that is typically not viewed as violence at all. [...] We need, I believe, to engage a different kind of violence, a violence that is neither spectacular nor instantaneous, but rather incremental and accretive, its calamitous repercussions playing out across a range of temporal scales.” (2011: 2)

¹⁶² Una sensación que se mantiene a lo largo de toda la novela: “Me paré a ver cómo llegaba el día, el aire tibio me acarició la piel y una bocanada con olor a petróleo me llenó los pulmones” (2006: 40) o “Todo se tiñó de rojo y sentí que el aroma del petróleo, a esta hora, era más suave y se convertía en perfume” (2006: 70).

¹⁶³ Es llamativo que la única flor que logre sobrevivir a la barbarie del desplazamiento y violencia paramilitar en la narración sea la orquídea, que es considerada flor nacional y, por lo tanto, uno de los símbolos patrios de Colombia.

que su madre nunca le confiesa quién es esta persona, si sabe que era un obrero de la compañía petrolera. Por ello, sospecha que todavía debe rondar por ahí:

Con toda seguridad si el hombre era de aquí todavía debe pisar estas calles que piso yo y alguna vez debemos habernos cruzado sin reconocemos, porque ella nunca me quiso decir quién es. Por eso es que tengo obsesión con el olor a petróleo, porque me digo que un poco -de ese olor debe haberse quedado impregnado en mi papá y aspirarlo en las tardes, cuando me entra a bocanadas, hace más fácil imagina cómo hubiera sido de haberlo conocido. (2006: 15)

La relación sensorial, de nuevo presente, no es casual. El petróleo se revela no como una esperanza para el futuro, como oro negro, sino como un tipo de violencia patriarcal. Aunque no se establece de manera explícita la conexión entre el petróleo y la violencia que afecta a la región, resulta relevante cómo Sandoval Ordóñez, al narrar el desplazamiento forzado de Paulina hacia Barrancabermeja, utiliza una metonimia para describir los ranchos de los campesinos, incendiados por los violentos, describiéndolos como “convertidos en teas” (2006: 25) como las usadas en la industria petroquímica.¹⁶⁴ Esto sugiere no solo la destrucción física de los hogares, sino también su relación con el extractivismo petrolero y las múltiples violencias que atraviesan las comunidades de esta sección del río.

En el caso del padre de Paulina, también se encuentra ausente, aunque los motivos son diferentes. A diferencia de Sierva María, ella lo conoció y lo recuerda como “alto y moreno [...] tenía el pelo negro y ondulado [...] y unos dientes blancos” (2006: 21). Inmediatamente, se revela que el motivo del desplazamiento forzado de Paulina a Barrancabermeja era debido al asesinato de su padre. “A mí papa”, dice, “lo mataron en noviembre, en Puerto Berrio, y no entendimos por qué, sólo supimos que lo balearon un domingo de mercado” (2006: 23). Poco a poco, a medida que avanza la narración y se relata el regreso de Paulina a Vuelta Acuña, se van descubriendo los motivos. En el viaje río arriba desde Barrancabermeja, Paulina explica que su papá, al igual que otros campesinos, fueron colonos de esas tierras, “tumbaron estos montes, hicieron potreros, echaron cultivos, establecieron sus familias y legalizaron sus tierras con la escrituración que hizo el Incora por allá en los años sesenta y setenta” (2006: 24).¹⁶⁵ Ya en Vuelta Acuña, con su

¹⁶⁴ De hecho, la palabra ‘teas’ solo aparece dos veces más en la novela en las páginas 13 y 20. En ambos casos, como ya se ha mencionado, describiendo el paisaje de Barrancabermeja.

¹⁶⁵ Creado por la Ley 135 de 1961, el Instituto Colombiano de la Reforma Agraria (Incora) fue un instituto adscrito al Ministerio de Agricultura, creado durante el gobierno de Alberto Lleras Camargo (1958-1962), con el objetivo de promover el acceso a la propiedad rural. Igualmente, su ordenamiento social, ambiental y cultural, así como el desarrollo productivo sostenible. El instituto fue disuelto en 2003 por casos de corrupción y despojos irregulares. Como señala el portal Verdadabierta, el Incora estuvo vinculado a la

madre y en la búsqueda de restablecer su vida después del asesinato de su papá, su desplazamiento y su retorno, Paulina explica que al final de cuentas “La tierra produce lo que necesitamos” (2006: 56). Solo es hasta el tercer acto, después de la masacre, donde se establece claramente la conexión:

Era como cuando el pueblo de Dios abandonó Egipto para ir a la tierra prometida, sólo que, al contrario. La promesa, que había sido estas tierras hace muchos años, cuando expulsados por otra violencia también tomaron sus posesiones y su parentela y se vinieron a tumbar monte, se había terminado. Unos hombres que bajaban por el río, que se comían sus vacas, quemaban sus casas, violaban a sus mujeres, amenazaban, señalaban, chantajeaban y asesinaban, extinguían la esperanza de una tierra nueva, bajó un sol nuevo. Y no se trataba de que la tierra nueva hubiera sido una mujer fácil. Muchos fueron los que murieron tumbando estos montes, mordidos por serpientes, comidos por las fiebres y los fríos de la malaria o desangrados por un golpe de machete equivocado. Eso sí, es agradecida. Donde se tira la pepa, crece la mata, pero la mata necesita que la desyerben, que le llegue el agua necesaria y que el sol no sea inclemente, que se le fumiguen los bichos, que se le remueva la tierra y para hacerlo los hombres y las mujeres se quiebran el lomo día a día. (2006: 126; subrayado propio)

En dicho extracto, se retoman no solo los discursos mencionados anteriormente —la violencia cíclica y la riqueza del territorio—, sino que se establece de nuevo la relación entre cuerpo y espacio. El abandono de la tierra prometida, Vuelta Acuña, a través de un éxodo inverso plantea la cuestión de la propiedad de la misma.¹⁶⁶ Adicionalmente, ese terruño donde habitaba la familia de Paulina, primero arrebatado al monte y posteriormente violentado por hombres armados, se convierte en una “mujer fácil” que pasa de mano en mano. El uso del símil establece no solo la asociación entre la figura paterna y la violencia contra el cuerpo femenino (desplazamiento y asesinato), sino también hacia las tierras y las aguas de Vuelta Acuña.

En consecuencia, el río Magdalena en la novela de Sandoval Ordóñez se hace viscoso y poroso al convertirse en víctima y, a la vez, testigo de estas múltiples violencias. En

legalización irregular de tierras despojadas por paramilitares en municipios ribereños del Magdalena (“El Incora, ’40’ y sus ladrones de tierras”, 28 de marzo de 2011).

¹⁶⁶ A pesar de que excede los objetivos de esta sección, la cuestión religiosa presenta otros interrogantes dentro de la novela. Paulina y Sierva María encuentran calma y reflexión en el espiral de violencia a través de la catequesis y la figura del padre Eduardo. La primera vuelve a las enseñanzas de este durante la noche de su asesinato, diciendo: “No me puedo contener, el cuerpo se mueve solo. Trato de irme lejos de allí, de poner mi mente en los sábados de la catequesis, en los ejercicios para conocernos, en el padre Eduardo que dice que podemos y debemos ser señores de nosotros mismos” (2006: 106). En cambio, respecto al personaje de Sierva María, cuyo nombre religioso no deja de ser llamativo, es el padre Eduardo quien le sugiere formarse su propia opinión sobre la masacre: “No sabía si sentí rabia o tristeza. O las dos al mismo tiempo. El padre Eduardo no me quiso decir nada, dijo que yo me tenía que formar mi propia opinión” (2006: 114).

especial, en el tercer acto esto queda visible con la desaparición del cuerpo de Paulina. En el proceso de toma de conciencia por parte de Sierva María, se enfatiza de nuevo en los cadáveres que surcan el cuerpo del río:

Todos los cadáveres eran de hombres, todos llevaban lazos en las manos o en los pies, a todos les faltaba el pelo, ninguno llevaba documentos que pudieran servir para identificarlos y sin excepción en todos los recortes se leía que mostraban señales de bala. Llegaban sin bandera y la gente que los avistaba dejaba que la corriente los arribara a algún lugar porque nadie quería problemas con las autoridades. No se podía calcular cuantos kilómetros habían recorrido, pero era el tiempo suficiente para que los cuerpos se hincharan bajo el agua hasta salir a flote, entretanto los bagres y otros peces se alimentaban de sus partes blandas. El periódico publicaba las fotos, pero imposible reconocerlos, ¿quién iba a reconocer esos cuerpos que más bien parecían maniqués, con la calavera al aire, la carne desprendiéndose a jirones y algunas articulaciones ya expuestas? (2006: 130)

Esta escena que Paulina archiva en su cuaderno, le permite cuestionarse si alguno de esos cuerpos es el de su amiga Sierva María: “Me preguntaba”, explica, “si alguno de esos cuerpos era el de Paulina” (2006: 131). Una esperanza que va desapareciendo a medida que se va alejando el evento de la masacre. En cambio, la voz de Paulina que deja la primera persona y pasa a la tercera persona como un narrador heterodiegético, marcando su desaparición, relata el rumbo que van tomando las investigaciones sobre los responsables de la masacre. Las indagaciones apuntaban a diferentes personajes de Puerto Berrío que son capturados y reportados a Barrancabermeja. En ese viaje de regreso en lancha, donde la policía judicial trae a los capturados, el narrador nos deja la reflexión de lo que se ha transformado el río:

Los agentes vigilaban las aguas y las orillas del río con ojos recelosos. A lo lejos, sobre el agua café, se veían las orillas vestidas de verde por árboles frutales, arriba, el cielo azul y despejado y de frente el viento que pegaba en la cara, refrescante en el calor del medio día, pero ninguno disfrutaba ni del viaje ni del paisaje. Parecían condenados, en medio del paraíso, porque eso es el Magdalena, un paraíso, si lo dejaran transcurrir sin llenar sus aguas de muertos y sus orillas de desconsolados. (2006: 147; subrayado propio)

En otras palabras, el Magdalena ha dejado de ser ese territorio idílico para convertirse en un río de los muertos, tanto por los cadáveres que surcan sus aguas como por los condenados que viven en sus orillas. Entre ellos, Paulina, cuyo cuerpo nunca será encontrado, como el de los miles de desaparecidos de la violencia, o adolescentes como Sierva María, cuya inocencia ha sido arrebatada por un conflicto armado que no parece tener fin.

En consecuencia, *En el brazo del río* presenta un río Magdalena de viscosidad porosa. La estructura narrativa fragmentaria y circular de la novela permite mostrar el río como un enmarañamiento natural-cultural definido (o no definido) por sus barreras penetrables por múltiples cuerpos y discursos. El gran logro de la novela no es solo mostrar ese enmarañamiento fluvial —con millones de hebras materiales y semióticas de grosor desigual y entrelazadas— que es el Magdalena, sino cómo en ese mismo entrelazamiento puede surgir la memoria viva de las víctimas del conflicto; como dice Sierva María en el último pasaje de la novela: “Por eso tal vez es que Paulina me llama desde el fondo del río, no creo que sea un llamado desde la muerte, creo que es una súplica para que no la olvide, para que mi memoria sea su memoria, para que el olvido no la sepulte a ella para siempre. Me llama y yo la escucho” (2006: 157). El Magdalena es, pues, memoria material-semiótica del conflicto en Colombia.

Capítulo IV: El río vivo

Atentos a que la nueva visión de una Colombia en paz permita alcanzar una sociedad sostenible, unida en la diversidad, fundada no solo en el culto de los derechos humanos sino en la tolerancia mutua, en la protección del medio ambiente, en el respeto a la naturaleza, sus recursos renovables y no renovables y su biodiversidad (Acuerdo Final de Paz, 2016: 3-4)

Como indica el extracto anterior del preámbulo del Acuerdo Final de Paz de 2016, firmado entre el Gobierno de Colombia y las extintas FARC-EP, una de sus finalidades fue la protección y recuperación del medio ambiente.¹⁶⁷ La inclusión de una visión de la paz donde prevalecía el respeto y la protección ambiental representaba una visibilización de los múltiples territorios en todo el país que habían sido víctimas y testigos, durante más de sesenta años, de la violencia armada. En efecto, desde la firma del Acuerdo, las relaciones entre el medio ambiente y el conflicto armado interno han estado en el centro de los mecanismos de justicia transicional —como la Jurisdicción Especial para la Paz (JEP) o la Comisión para el Esclarecimiento de la Verdad, la Convivencia y la No Repetición (CEV)—.¹⁶⁸ Asimismo, como ejemplo del enfoque territorial y ambiental de los Acuerdos, se encuentran los diversos autos que han reconocido múltiples territorios como víctimas o entidades sujetas de derechos.¹⁶⁹

¹⁶⁷ En especial, en el punto 1, “Hacia un Nuevo Campo Colombiano: Reforma Rural Integral”, y el punto 4, “Solución al Problema de las Drogas Ilícitas” del Acuerdo, se plantean objetivos concretos dirigidos a la protección del medio ambiente.

¹⁶⁸ La Unidad de Investigación y Acusación de la JEP ha elaborado dos informes: *El ambiente como víctima silenciosa* (2022) y *Entre avances ambivalentes y afectaciones persistentes* (2024). Igualmente, se puede destacar la inclusión por parte de dicha Unidad de la categoría “destrucción del medio ambiente” en el Mecanismo Unificado de Monitoreo de Riesgos del Sistema Integral para la Paz. En diferentes momentos, la JEP ha promovido la discusión pública y la publicación sobre el enfoque territorial y ambiental en el marco de la justicia transicional, invitando a sectores de la sociedad civil y la academia a discutir sobre el tema (Rueda Guzmán, 2022). Igualmente, la CEV ha financiado investigaciones sobre casos de conflicto socioambientales en los que participaron actores armados entre 1960 y 2016 (Pérez-Rincón et al., 2022). Para una mirada de la naturaleza dentro del Informe Final, en especial del tomo *Cuando los pájaros no cantaban*, véase: Villegas et al., 2024; Villegas y Castrillón, 2025.

¹⁶⁹ Respecto a los autos judiciales dentro de los dispositivos transicionales, destaca el No. 226 de 2023, que reconoce al río Cauca como sujeto de derechos y como víctima, y resalta las afectaciones a sus aguas, a las especies que habitan en él y a sus relaciones con las comunidades étnicas del norte del Cauca y el sur del Valle. Para otros autos, véase: Villegas y Castrillón, 2025.

Lo anterior se suma al interés por superar una perspectiva antropocéntrica reflejada en la jurisprudencia colombiana desde antes del Acuerdo, como el Decreto-Ley 4633 de 2011, que considera el territorio como una integridad viviente con la cual los pueblos indígenas tienen un lazo especial y colectivo; durante las negociaciones de La Habana con la Sentencia T-622-2016, que otorga al río Atrato, su cuenca y afluentes derechos de protección, conservación, mantenimiento y restauración; o durante el periodo de implementación de los Acuerdos con la declaraciones de entidades sujetas de derechos de la Amazonía en 2018 (Sentencia STC-4360 de la Corte Suprema de Justicia, Sala de Casación Civil), el páramo de Pisba (Sentencia SU399/19 de la Corte Constitucional de Colombia) y el río Cauca en 2019 (T-038 del Tribunal Superior de Medellín), o el Vía Parque Isla de Salamanca en la desembocadura del río Magdalena en 2020 (STC3872 de la Corte Suprema de Justicia, Sala de Casación Civil).¹⁷⁰

Todo lo anterior sugiere una idea de que el conflicto armado trasciende las dimensiones humanas e implican agentes más que humanos. A su vez, estas decisiones judiciales reconocen cómo la violencia, en su múltiples formas, ha deteriorado el vínculo ontológico entre las comunidades y los “territorios de la diferencia / territorios de vida”: en otras palabras, la relación entre la vida misma y una “formación ecológica, cultural y socialmente única de lugar y de región” (Escobar, 2010: 40). En suma, diversos territorios en Colombia han sido reconocidos como titulares de derechos, a la par que se han configurado tanto como víctimas y testigos del conflicto armado interno colombiano (Villegas y Castrillón, 2025: 128).¹⁷¹

Las preguntas que surgen del cambio de posición ontológica respecto al medio ambiente en el escenario de posconflicto que se abrió con la firma de los Acuerdos de Paz son las siguientes: ¿qué efectos ha tenido en la cultura y, específicamente, en la literatura post-2016? ¿Han emergido nuevas formas y sensibilidades estéticas que trasciendan la mirada exclusivamente humana del conflicto? E, igualmente, como se cuestionan Carlos Gardeazabal Bravo, Catalina Arango Correa y Carolina Sánchez en la introducción al

¹⁷⁰ Una recopilación detallada de los antecedentes judiciales donde se declara el medio ambiente como titular de derechos hasta junio de 2022 puede encontrarse en el informe de la JEP *El ambiente como víctima silenciosa* (2022: 14-16).

¹⁷¹ Villegas y Castrillón (2025) argumentan que el reconocimiento de la naturaleza en esa doble condición fue dispar en el Informe Final de la CEV. Los autores resaltan la labor del comisionado Alejandro Castillejo Cuéllar, quien reemplazó al sociólogo Alfredo Molano en el tomo testimonial *Cuando los pájaros no cantaban* y el cual enfatizó en la necesidad de crear nuevas formas de inteligibilidad y audibilidad que permitieran escuchar a entidades no humanas. De hecho, señalan que la centralidad de la naturaleza y su consideración como testigo recayó en buena medida en el trabajo de Castillejo Cuéllar, quien recolectó nuevos testimonios donde la naturaleza fuera central.

dossier “Estéticas más que humanas de la violencia y la memoria en Colombia”: “¿quiénes son los sujetos de la justicia en los mundos que compartimos con la vida no humana? ¿Qué implicaciones tiene incluir a seres más-que-humanos en los procesos de memoria o en los sistemas jurídico-legales?” (2025: 9).

Teniendo en cuenta lo anterior, en este último capítulo se parte del discurso del Magdalena como un río vivo. A diferencia de los capítulos anteriores, los textos literarios analizados a continuación no plantean una relación puntual con un aspecto material del río, sino con toda la materialidad del curso fluvial. Esto muestra cómo el río es un cuerpo complejo no solo atravesado por otros cuerpos humanos y más que humanos, sino cómo se encuentra atravesado por diversas historias. Con esto en mente, se analizarán la novela *Vigilia* (2022) de Daniella Sánchez Russo y el diario de viajes *Grávido río* (2019) de Ignacio Piedrahita, con el objetivo de mostrar cómo estas narraciones amplifican la mirada del río como materia narrativa. Tanto como víctima y testigo del conflicto armado, en el primer caso, como organismos con otras escalas y tiempos, en el segundo. Por un lado, el análisis de la novela de Sánchez Russo enfatiza cómo las aguas del delta del Magdalena convergen la violencia armada y ambiental, planteando preguntas acerca del testimonio de la naturaleza en un territorio que ha sido declarado como sujeto de derechos. En cambio, el diario de viajes de Piedrahita invita al lector a realizar una travesía en carro a lo largo del Magdalena post-Acuerdos de Paz pensando con los tiempos profundos de la geología y deteniéndose en las diferentes capas de materia e historias que componen al Magdalena. Volviendo nuestra atención hacia esas historias geológicas, nos damos cuenta que en el cauce convergen historias materiales del pasado, del presente y del futuro.

Cabe añadir que los dos textos literarios analizados encajan con lo señalado por la crítica literaria Virginia Capote Díaz respecto a la literatura colombiana del siglo XXI, definida por “un paradigma estético caleidoscópico, múltiple y polifónico” (2021a: 235). A su vez, esto concuerda con los cambios políticos y socioeconómicos del nuevo siglo en Colombia, donde la exploración de las múltiples violencias y sus repercusiones continúa siendo un tema clave (Capote Díaz, 2021b: 229). A pesar de que la novela de Sánchez Russo gravita alrededor de una ciudad que recuerda a Barranquilla, el espacio dentro de la novela se construye en relación con esos espacios ‘otros’, como el río y sus aledaños territorios anfibios. En cambio, Piedrahita plantea un viaje por espacios del Alto y Medio Magdalena, deteniéndose en pequeñas ciudades, desiertos o embarcándose en una exploración en las zonas de inundación del río. Los dos libros son un buen ejemplo de la evolución de la literatura colombiana contemporánea de la segunda década del siglo XXI hacia la búsqueda

de “contextualizar la diatriba civilización/barbarie”, como argumenta la crítica literaria Catalina Quesada-Gómez, “en una tendencia a los nuevos ruralismos (o telurismos)” (2018: 148). Estas novelas dejan atrás las narraciones de las crudas realidades urbanas de inicios de siglo (Jorge Franco, Mario Mendoza o Laura Restrepo) y se aventuran por una mirada contemporánea a los espacios rurales. Algunos críticos como Sebastián Saldarriaga-Gutiérrez sugieren la presencia de un “giro rural” en la literatura colombiana contemporánea, donde destaca una preocupación por lo ético y lo estético (2020). Esto también es coherente con las observaciones de la crítica cultural María Ospina Pizano, quien señala, refiriéndose al cine colombiano de las primeras dos décadas del siglo XXI, la presencia de un “rural turn”, donde los espacios urbanos son desplazados por una nueva atención hacia el espacio rural con el propósito de narrar otras historias sobre la vida fuera de la ciudad, la naturaleza, el turismo y el conflicto armado (2017: 248-266).

Las obras estudiadas proponen nuevas relaciones en las dimensiones más que humanas del conflicto armado en Colombia y la producción cultural. Estos textos despliegan, a su vez, un arsenal estético propio desde diferentes procedencias —derechos de la naturaleza y el pensamiento geológico—, proponiendo nuevas reflexiones éticas y políticas frente al legado del conflicto armado, el extractivismo y nuestra relación con el mundo que nos enmaraña. En específico, respecto al río Magdalena, estas obras sugieren nuevas preguntas a la relación que las comunidades humanas y más que humanas han establecido con el río a lo largo de siglo y su impacto en el mismo. Asimismo, dejan interrogantes que la obra literaria solo puede amplificar al pensarlos en relación con la justicia transicional y los debates jurídicos que están tomando lugar en Colombia. Acerca de eso el crítico literario Mark Anderson argumenta: “When society can no longer be conceived of as solely and uniquely human, a radical reevaluation of what it means to have rights, legal personhood, and moral standing will inevitably follow” (2024: 25)

Ríos violentos y el testimonio de la naturaleza en Daniella Sánchez Russo

La novela *Vigilia* (2022) de la escritora Daniella Sánchez Russo configura el complejo delta-estuarino del Magdalena como un territorio de aguas violentas donde han convergido, en el pasado, y siguen convergiendo, en el presente, la violencia ambiental y la armada. En *Vigilia*

está presente la dualidad del territorio como víctima y testigo de dicho complejo de aguas, mostrando su enmarañamiento con otros cuerpos humanos y más que humanos. Para lograr dicho efecto, la novela recurre a diferentes herramientas, como una macroestructura fragmentada, el uso de diferentes tiempos narrativos o el uso constante de sueños y pesadillas que ponen en vilo lo narrado. Es en dichas materialidades donde la novela sugiere un sentido de comunidad que enlace las múltiples violencias con la crisis climática planetaria.

La escritura de Daniella Sánchez Russo (Barranquilla, 1987) se ubica en un grupo de escritores colombianos, junto a Giuseppe Caputo (Barranquilla, 1982), Vanessa Londoño (Bogotá, 1985) y Lorena Salazar Masso (Medellín, 1991), que han publicado sus óperas primas después del 2016, usualmente como producto de un periodo de estudios en el exterior, principalmente una maestría en escrituras creativas.¹⁷² En el caso de Sánchez Russo, ella posee un doctorado en Estudios Hispánicos por la Universidad de Pennsylvania con una tesis titulada “Fictions of Domestic Service and Social Reproduction in Contemporary Latin American Literature”, defendida en 2022, donde analiza el fenómeno del servicio doméstico en la novela latinoamericana del siglo XX. Igualmente, la escritora barranquillera cuenta con una maestría en Escrituras Creativas por la Universidad de Nueva York, que, como ha declarado en una entrevista, fue el lugar de gestación y de las primeras versiones de *Vigilia* (Rincón, 2023). La novela fue publicada en enero de 2022 en la colección Andanzas de Tusquets Editores en Colombia.

La novela de la barranquillera relata la historia de Irene en dos tiempos narrativos que se van entremezclando. Ambos tiempos narrativos cuentan con un narrador en primera persona, donde los capítulos en el presente cuenta la vida adulta de Irene y los otros en el pasado su paso de la infancia hacia la adolescencia. Como se señala en las páginas iniciales de la novela, la diferencia entre los dos es de “al menos quince años” (2022: 19), enhebrando entre lo que ha sucedido y lo que ha de suceder. No obstante, cabe señalar que, a diferencia de novelas como *En el brazo en el río* de Marbel Sandoval Ordóñez, la fragmentación generada por los tiempos narrativos no es intercalada. En cambio, prima la narración del pasado, ocupando la mayor parte de los capítulos de toda la novela. A pesar de que en la novela convergen muchos temas como la maternidad, el paso a la adolescencia o la relación entre clases sociales, son principalmente el de la violencia armada en la narración pasada y el de la violencia ambiental en su adultez los que destacan.

¹⁷² Ana Gallego Cuiñas argumenta que esto hace parte de una tendencia mayor de la literatura latinoamericana actual en busca de nuevas formas de legitimación de la escritura y profesionalización (2021: 33).

La narración de *Vigilia* se sitúa principalmente en una ciudad colombiana caribeña que, a pesar de no ser nombrada directamente, puede ser identificada como Barranquilla. Esto se puede inferir por diferentes elementos dentro de la novela: la presencia de un río que limita la ciudad, los arroyos que la atraviesan cargando todo lo que traen a su paso y la cercanía con la playa y con zonas de ciénagas y manglares. Asimismo, los datos biográficos de la autora respaldan dicha afirmación. De hecho, la única referencia geoespacial es la Ciénaga de El Torno, ubicada en la margen derecha de la desembocadura del río. En cambio, en la margen izquierda se ha edificado la ciudad de Barranquilla, que desde el último cuarto del siglo XIX ha visto un auge industrial y portuario potenciado por el Ferrocarril de Bolívar y el desarrollo de Puerto Colombia. Una importancia que, a pesar de haber declinado en la primera mitad del siglo XX, la hace todavía hoy en día una de las ciudades más importantes del Caribe colombiano. Asimismo, el crecimiento acelerado sin planificación sumado a su topografía plana y a un fuerte régimen pluvial, ha hecho famosas las calles de la ciudad por su escorrentía. Los denominados “arroyos” marcan verdaderos ríos urbanos temporales dentro de la ciudad.

Por otro lado, en la margen derecha del Magdalena, que se extiende hacia el oriente en dirección de la Ciénaga Grande de Santa Marta, aparece el área protegida del Vía Parque Isla de Salamanca.¹⁷³ Esta zona es en realidad un conjunto de islas separadas entre sí por canales formados por la acumulación de sedimentos del río Magdalena que forman un límite natural entre la ciénaga y el mar. Asimismo, es un sitio de gran biodiversidad, declarado en 1998 como sitio Ramsar de importancia mundial y en 2000 como Reserva de la Biosfera por la UNESCO.¹⁷⁴ A pesar de dicha riqueza desde mediados del siglo XX diferentes intervenciones antropogénicas han contribuido a su deterioro ambiental; un hecho concreto es por ejemplo la construcción a finales de la década de los cincuenta de la vía Barranquilla-Ciénaga que interrumpió el flujo hídrico entre los dos cuerpos de agua creando salinidad en la ciénaga y altos niveles de salinidad que afectaron las poblaciones de mangle (Aguilera Díaz, 2011: 12).

En las últimas décadas la violencia ambiental ha provocado el secamiento de los humedales, la deforestación y las quemas ilegales han contribuido al deterioro ambiental del área protegida. En el ámbito legal, esto llevó a que un ciudadano presentara una acción de tutela

¹⁷³ El Vía Parque Isla Salamanca fue declarado como área protegida del orden nacional del Sistema de Parques Nacionales Naturales de Colombia en 1964. El parque ocupa 562 km² y es el único en el país que cuenta con la denominación de ‘Vía Parque’ dado que a través de ella corre la carretera que une a Ciénaga con Barranquilla. En el sur el VIPS limita con el Santuario de Flora y Fauna Ciénaga Grande de Santa Marta.

¹⁷⁴ Véase, <https://rsis Ramsar.org/ris/951> y <https://www.minambiente.gov.co/direccion-de-bosques-biodiversidad-y-servicios-ecosistemicos/reservas-de-la-biosfera-2/> [consultado 18 de febrero de 2025]

solicitando el reconocimiento del Vía Parque Isla Salamanca como una entidad sujeto de derechos y, en consecuencia, ordenara a diferentes instituciones regionales y nacionales generar un plan de acción que mitigara la deforestación y redujera las quemas indiscriminadas. El tutelante argumentaba que las humaredas provocadas por los incendios afectaban principalmente la salud de las niñas y niños barranquilleros y atentaban contra a un medio ambiente sano.¹⁷⁵ A pesar que la demanda fue desestimada en primera instancia por la Sala Civil del Tribunal Superior del Distrito Judicial de Barranquilla en 2019, esta fue impugnada por el tutelante y llevada a segunda instancia y de manera definitiva frente a la Sala de Casación Civil de la Corte Suprema de Justicia de Colombia. Esta le dio la razón al ciudadano a través de la Sentencia STC3872-2020 del 18 de junio de 2020. Resolviendo declarar la zona protegida como sujeto de derechos y que debía ser protegida de la deforestación y la degradación ambiental. La sentencia a su vez expresaba que “el ser humano no es superior a la Naturaleza ni, por tanto, está legitimado para usarla indiscriminadamente como un objeto, sino que ambos conforman en igualdad de condiciones la plurinación”, en definitiva, existe la “necesidad de proteger el derecho fundamental a un medio ambiente sano” (Corte Suprema de Justicia STC3872, 2020: 21-22). A pesar de ello, como señalan diferentes reportes periodísticos —tan recientes como enero de 2025, “Alerta por nuevas quemas en Vía Parque Isla Salamanca” (Caracol Radio)— e informes oficiales como el Boletín 891 de la Procuraduría General de la Nación emitido el 5 de julio de 2023, las quemas seguían teniendo lugar, afectando tanto al territorio sujeto de derechos como la calidad del aire de los barranquilleros.

Al igual que en el Magdalena Medio, la desembocadura y la zona de la Ciénaga Grande también han contado con la presencia de diversos grupos armados. Ya desde los noventa resalta la presencia guerrillera tanto de las FARC como del ELN (CNMH, 2022a: 59), y desde inicios del nuevo siglo, la presencia de paramilitares agrupados bajo el Bloque Norte de las AUC (CNMH, 2022a: 156-159). A pesar de que las acciones militares en la desembocadura y zonas aledañas no alcanzaron los niveles de violencia del Magdalena Medio, el cambio de siglo implicó el recrudecimiento de los asesinatos selectivos, las desapariciones y las masacres. En líneas generales, esto se debía al contexto territorial generado por los Diálogos de paz Pastrana y FARC-EP (1998-2002), que permitieron el avance por el norte del país de los grupos paramilitares organizados bajo las órdenes de “Jorge 40”, al igual que ejecución de acciones violentas contra la población civil por parte

¹⁷⁵ Al respecto, la Constitución Política de Colombia de 1991 en su artículo 79 menciona: “Todas las personas tienen derecho a gozar de un ambiente sano. La Ley garantizará la participación de la comunidad en las decisiones que puedan afectarlo”.

de grupos guerrilleros que buscaban la creación de una zona de despeje en la costa Caribe para entrar hacer parte de las conversaciones de paz con el gobierno.¹⁷⁶

La novela de Sánchez Russo retoma esa tensión que se vivió en ciudades como Barranquilla, donde parte de sus habitantes sentían que el país estaba cayendo bajo las garras de la guerrilla. En concreto, relata el secuestro de nueve personas que hacían parte de un club de pesca deportiva de Barranquilla, perpetrado por el ELN en la ciénaga de El Torno, cerca de la ciudad el 6 de junio de 1999 (CNMH, 2014: 121). El grupo estaba conformado por comerciantes y por políticos; uno de ellos era un exconcejal que estaba acompañado por su hijo, el cual estuvo secuestrado por el ELN por dos años y medio (Caracol Radio, “Liberado el último de los secuestrados en la Ciénaga de El Torno”, 4 de febrero de 2002). Como recolecta el CNMH en su informe de 2014, este evento fue la gota que derramó el vaso generando la retaliación por parte del Bloque Norte contra las poblaciones palafíticas de la Ciénaga Grande, acusadas de colaborar con grupos guerrilleros, propiciando las masacres de Bocas de Aracataca (11 de febrero del 2000, 7 víctimas asesinadas) y Nueva Venecia (22 de noviembre del 2000, 37 víctimas asesinadas).¹⁷⁷

A partir de lo anterior, el río y la ciénaga en la novela se presentan como aguas violentas. Por un lado, en los capítulos que relatan la infancia de Irene se centran en su primera menstruación y en su rito de iniciación en un grupo de estudiantes llamados Los Perros, que tiene como objetivo reivindicar la sangre. Mientras ello toma lugar va apareciendo la creciente violencia armada que amenaza la ciudad. Esta idea se construye mediante una oposición binaria entre los espacios cerrados de la casa, la escuela o el club y el espacio abierto externo a la ciudad. En este último, conformado por el río, las ciénagas y las playas se sitúa dicha violencia armada especialmente a través de acciones violentas como asesinatos selectivos de campesinos y secuestros masivos como los ya mencionados en la ciénaga de El Torno. Por otro lado, la narración de la adultez de Irene se centra en su maternidad y en la ruptura de su matrimonio. Aquí, en cambio, en el trasfondo tienen lugar diferentes fenómenos causados por múltiples motivos, como las quemaduras ilegales

¹⁷⁶ El Bloque Norte de las AUC bajo el liderazgo de Rodrigo Tovar Pupo, alias “Jorge 40”, fue uno de los principales bloques de esta organización paramilitar en el norte del país en la primera década del siglo XXI. Véase: CNMH, 2022a; CNMH, 2022b.

¹⁷⁷ Una mirada desde el arte sobre la sevicia y magnitud de dichas masacres puede encontrarse en la exposición *Volar el Río* (2023) del artista Sair García, quien plantea un recorrido melancólico por el Magdalena y las aguas de la Ciénaga. Al respecto, el crítico de arte Eduardo Serrano señala: “El espíritu de las pinturas, entre resplandeciente y nostálgico, conduce a deducir que también hay crueldad enterrada y tristeza sembrada, y que hay ecos de dolor apaciguados por el verde intenso de las hojas de plátano, grandes, flexibles, impermeables” (“Exposición Volar el Río, Sair García”, 2 de octubre de 2023).

provenientes de la otra margen del río o los arroyos dentro de la ciudad. En esta narración en presente, el río y la ciénaga ya no se oponen a los espacios internos, sino que los invaden. La casa de Irene, donde habita con Tomás y los mellizos, es constantemente asaltada por el humo de los incendios; en cambio, la ciudad es atravesada por arroyos generados por la lluvia que arrastran todo lo que se les atraviesa —cadáveres, basura, entre otros— hasta desembocar en el río. Este cambio de relación que se plantea con el espacio en el tiempo narrativo presente sugiere una relación diferente con el territorio, contribuyendo a una mirada del mismo como enmarañado con los cuerpos humanos y más que humanos.

La violencia armada que atraviesa los cuerpos de agua de *Vigilia* se nota desde el inicio. La novela se abre con un capítulo que nos sitúa en la infancia de Irene, específicamente en los últimos días de clases antes de las vacaciones. En este capítulo se relata la lectura de un texto que un grupo de estudiantes, conocidos como Los Perros, han robado. El texto narra el asesinato de un hombre en la Sierra y las dificultades de su familia para recuperarlo. La mayoría de los estudiantes no logran comprender la historia, salvo Irene y su amiga Beatriz, quien sospecha que ese relato está inspirado “en las engorrosas historias que vemos en las noticias” (2022: 31). A medida que sucede su primera menstruación, estas noticias invaden la narración a través de los medios de comunicación, como la radio, la televisión o los periódicos. A pesar que al inicio se perciben como hechos distantes, ajenos tanto a la ciudad como a la casa donde Irene vive con su hermano menor Federico, su mamá, su papá y la empleada doméstica Luzmila. Principalmente, es esta última, quien se convierte en un puente entre el exterior y el interior de la casa, en especial hacia los hermanos, “al describir la guerra que le es contada por algún familiar o que sigue noche tras noche en el pequeño televisor de su alcoba” advirtiéndole que “la violencia de las zonas rurales se expande a las urbes” (2022: 59). Igualmente, Luzmila cuenta sobre las “listas negras” o “cómo en casetas donde hay bailes los milicianos entran con machetes, sacan a cualquiera de la pista, mutilan en plena noche estrellada con el propósito de infundir terror” (2022: 61).

La empleada doméstica es la que desvela por primera vez a la madre de Irene el “secuestro de un grupo de personas en la ciénaga El Torno” (2022: 41), situada “a treinta minutos en lancha de la ciudad” en “una de las tantas ciénagas que bordean el río por el margen oriental, justo en su desembocadura” (2022: 42). Este lugar se describe como “un laberinto de agua: un punto fácil para desencadenar la guerra en el norte del país” (2022: 42). El hecho de El Torno va ganando presencia en la narración a medida que se va desvelando lo

sucedido y que la violencia se transforma en un temor palpable para los habitantes de la ciudad, que temen que esta se extienda desde las zonas rurales hacia los espacios urbanos. Lo anterior lleva al padre de Irene a decretar en la casa que “nadie debe salir, porque afuera, la ciudad, la ciudad no, ¡el país! está oscurecido por la violencia” (2022: 58), a pesar de que las “autoridades descartaron cualquier posibilidad de asalto en la urbe” (2022: 60). La casa se describe con “la seguridad de una prisión” (2022: 71) y los movimientos de Irene son limitados a un tránsito entre espacios cerrados: la casa y el club social, a tres cuadras de su domicilio, donde toma clases de natación acompañada por Luzmila.

Solo unos capítulos más adelante, se desvelan al lector los hechos concretos sobre el siniestro, explicando primero que “fue un abigeato [...] no de reses sino de seres humanos” (2022: 73) y a lo cual agrega “iban a secuestrar a más de treinta y cinco, pero por el peso de los cuerpos [...] tuvieron que dejar ir a la mayoría, quedándose con nueve” (2022: 74). Los eventos generan diferentes reacciones en los personajes. En una visita de Beatriz a la casa de Irene, esta pregunta por los hechos:

Beatriz deja el maletín en el piso y se sienta en la silla que corresponde a mi hermano. Luego le pregunta a mamá si piensa que podemos estar todavía en peligro y, mientras esta observa los recortes como si de ellos pudiera desprenderse alguna respuesta, papá explica que el río no está dentro de los límites de aquello que transitamos como ciudad, que, si así fuera, hace tiempos nos hubieran aniquilado el olor a podredumbre, los mosquitos, el mal gusto. El río afirma, es una especie de anexo que la ciudad utiliza con fines económicos: a través de su puerto llegan paquetes de importación y salen tantos otros, pero nada más. (2022: 74)

En esta visión propuesta por el padre, los espacios acuáticos son representados como malsanos, dominados por la violencia y peligrosos para quienes viven en la ciudad. Además, el único valor que poseen está relacionado con su función económica o su utilidad para el comercio. A diferencia del padre, el resto de personaje tiene una reacción opuesta. La cercanía espacial que plantea la ‘pesca milagrosa’ y el interés que la madre desarrolla por dicho evento termina por multiplicar la inquietud de Irene y Federico. Este último se balancea entre pulsiones de muerte que lo definen desde el comienzo de la novela y su comportamiento nervioso acrecentado por los relatos del siniestro. A pesar de que por momentos, se describe como un simple niño mimado por su hermana y madre, es la aparición de la sangre —justamente de la primera menstruación de Irene— que exagera su comportamiento:

Atareado dice que vio sangre, que vio el fin del universo, que dentro de los agujeros negros que eran las bocas de las ancianas había un sinnúmero de cascadas por las que caían pétalos de rosas rojas que iba aterrizando en el caudal de un río en donde se convertían en cuerpos: cuerpos de seres humanos sin sexo que poco a poco iban mostrándose como niños, despojados de ropa y desprovistos de vida: niños que al principio estaban intactos, pero que luego, navegando por la corriente, parecían destazados por el filo de machetes. Demoro en entender que Federico está relatando una pesadilla que tuvo la noche anterior y que relacionó con la sangre. (2022: 93)

La relación entre sangre y pesadilla a través del personaje de Federico sugiere la conexión entre la violencia y el cuerpo de los personajes. Asimismo, la descripción de la misma retoma la imagen del río de los muertos, donde este baja cargado de cadáveres marcados por las huellas de la brutalidad de la violencia. A diferencia del padre, la madre de Irene presenta una visión alternativa de los espacios exteriores, mostrándose interesada en saber más sobre lo sucedido en la ciénaga. Esta inquietud la lleva a participar en una de las marchas en apoyo a los secuestrados, donde una frase del alcalde se le queda grabada: “Cuando vienen por mí, entonces sí doy cuenta que también me pueden tocar a mí. No soy invulnerable” (2022: 99). Este pensamiento la impulsa a ir más allá y expresar su intención de viajar a El Torno en los próximos días para entender mejor lo ocurrido. La propuesta, hecha durante una fiesta con amigos de la familia, es desaprobada por su esposo y acogida únicamente por un hombre aficionado a la pesca, quien conoce bien el lugar: “el agua allí es grisácea y densa [...] en el centro se vislumbran orillas repletas de yuyos; que, cuando hay niebla, uno puede jurarse huérfano en medio de tanta blancura” (2022: 100).

De manera paralela a la narración de los recuerdos de su infancia, en la historia de Irene adulta, el espacio exterior se describe a través del humo que intenta invadir el interior de la casa. Desde las primeras páginas, este humo no solo se asocia con el estado de su maternidad y matrimonio, sino también con las tierras más allá de río. Dicha relación, entre Tomás y el fuego, se establece desde las primeras páginas, “porque este reinició al tiempo que se creaba un nuevo orden en la casa con el embarazo de los mellizos y su resistencia a tenerlos” (2022: 21). Es importante destacar que los bebés nacieron a pesar de la oposición de Tomás a tenerlos, lo que lleva a Irene a cuestionarse si realmente le importan. El matrimonio en crisis se ve envuelto por el humo proveniente de los incendios del otro lado del río y cuyos motivos son inciertos. Para Luzmila, es parte de una supuesta invasión para evitar que los ingenieros e inversionistas “puedan construir una carretera que acabaría ahora sí con el total de los mangles” (2022: 53). Sin embargo, también podría ser causado

por “la expansión portuaria, que, al cambiar los flujos del agua, modificó también la irrigación de los suelos” (2022: 23). Incluso en un sueño, Irene imagina que Tomás “participaba de las quemas y se volvía uno con el campesino, uno con el banquero, uno con los brujos y las brujas que desde hacía siglos habitaban la zona” (2022: 23).

Si el humo muestra que el espacio cerrado de la casa no es infranqueable, son los arroyos los que exponen las fronteras porosas que definen a la ciudad. Nótese como estas dos materialidades —aire y agua— rompen la supuesta división entre interior y exterior planteado en el tiempo pasado. Estos son descritos por el narrador de la siguiente forma:

Se trataba de miles de objetos: electrodomésticos, colchones, ropa, zapatos, fotos, cajas de cartón, juguetes, comida, retretes, llantas de automóviles, piscinas de plástico, ladrillos, sofás y muebles para el televisor, vigas de madera, envases, estuches, remedios, armas, neumáticos, botellas de vidrio. En esta ciudad se sabe que cualquier cosa puede tirarse a las corrientes que se forman en épocas de lluvia, en un mecanismo que se ha vuelto cíclico: esperar a que el aguacero arrecie, deshacerse de los objetos que han perdido su significado o que se han convertido en evidencia de lo que ya no existe, sentir el vacío cuando escampa y volver, así sea por unos segundos, al estado primitivo en el que ya uno no es nada y si uno llega a ser algo es apenas una bestia tranquila que muere tan pronto el cuerpo siente la necesidad de rellenar las habitaciones a punta de objetos. [...] La verdad es que si uno se queda en la calle suficiente tiempo una vez escampa, o si permanece quieto en casa esperando las noticias, puede ser testigo de cómo manadas de policías y perros comienzan a buscar, con pistas de terceros, los cuerpos que usualmente quedan atrapados en la frontera que divide, por medio de trampillas de madera o de cemento, la terminación de las avenidas y el comienzo del río. Si esos cuerpos no son hallados, si terminaron no en el límite de la ciudad sino en algún baldío lleno de monte, empiezan a descomponerse [...] hasta otra tarde en que arrecie la lluvia y la corriente los cargue, para atravesar por fin la trampilla y convertirse en nuevas partículas del río: compañeros de las algas, o de las rocas, o de microorganismos como los Volvox. (2022: 53-54)

Véase cómo el pasaje citado converge diferentes materialidades para dar cuenta de la composición de los arroyos en las cuales, curiosamente, se evita nombrar al agua misma. Encontramos la avalancha de basura que señala el consumismo del mundo moderno. Asimismo, la figura de los cadáveres lanzados al agua reaparece, pero no en una clave de violencia armada, sino equiparándolo a la basura. En ese orden, los cadáveres son solo materia orgánica cargada por la fuerza del arroyo y que se convertirá en otra partícula más del río. La última oración destaca la transformación del río, donde los cuerpos humanos arrastrados por la fuerza de las aguas acaban convirtiéndose en parte del mismo. En esta

descripción de Irene, se puede observar no solo la porosidad del cuerpo de agua, sino también lo que Iovino y Oppermann denominan dinámicas de significado en y a través de los cuerpos (2014: 4); es decir, cómo el fenómeno del río se forma a partir del enmarañamiento entre materia y significado. Este río está en constante cambio, no es un espacio distante y ajeno como lo describía el padre de Irene en su niñez, sino que está profundamente vinculado con la ciudad y con otros cuerpos. En uno de los viajes de Irene y Tomás fuera de la ciudad, ella lo describe de la siguiente manera:

En vez de ello, imaginé la geografía de pobreza que se entrevé en el camino de ida o regreso de la ciénaga, en donde, a orillas del mar, se alzan un sinnúmero de casuchas hechas de tabloncitos que albergan a miles de habitantes quienes, en el momento del día en que hace más se conglomeran en sillas de plástico sobre barradas, para hablar, hablar sobre qué. En esas barriadas, alrededor de las casuchas, hay animales: cachorros, perros, gallinas, cerdos desnutridos; y en el cielo están los buitres, que actúan como guardias de un mundo que no ostenta belleza y que está en alianza (que tiene que estar en alianza) con la muerte. (2022: 122)

En este contexto de ideas, la ciénaga y el río no solo experimentan una transformación constante, sino que también se vinculan con la pobreza y la muerte. En cómo la gestión de los arroyos se ha transformado en una necesidad para “mantener en vilo a un sistema, que, de lo contrario, se desmembraría”, o, en otras palabras, “hagamos canaletas, pero hagámoslas mal para que otras calles se inunden” (2022: 173).

Dentro lo anterior, cabe destacar el del microorganismo conocido como Volvox. Estos son descritos como: “esferas de textura gelatinosa, que se encuentran en cuerpos de agua dulce y que dentro tienen gónadas también esféricas que trabajan en grupo, hilvanadas por flagelos, para desplazar el conjunto total hacia la luz” (2022: 54-55). Irene los conoce gracias a Tomás, cuando ambos eran estudiantes de biología. A lo largo de la narración, aparecen como metáfora de la maternidad de Irene. En una primera mención, se narra su reproducción asexual. Aquí, las gónadas empiezan a presionar “hasta que ocurre un desgarramiento que rompe el cuerpo materno; y la colonia que habitaba dentro se independiza; y la placenta que alguna vez buscó, en comunión, la luz, se convierte en materia que termina por hundirse en el fondo del río, y toca la tierra” (2022: 55). La mención del microorganismo volverá a aparecer hacia el final de la novela, cuando Tomás finalmente abandona a Irene y donde la muerte de la matriz primigenia del Volvox se configura como una metáfora de la muerte del cuerpo de Irene al dar a luz a los mellizos.

De vuelta a la narración de la adolescencia, la historia llega a su final con el viaje a la ciénaga, liderado por la madre y acompañada por sus dos hijos. La misma Irene no sabe qué esperar “porque jamás he ido al río” y solo lo ha visto a lo lejos “cuando pasamos el puente para salir de la ciudad, o cuando estoy en la cima de alguna construcción, y este parece una gran sabana brillante, con diminutas arrugas en la superficie” (2022: 197). El trayecto en lancha comienza en la marina, situada en el punto donde el alcantarillado de la ciudad desemboca, un lugar donde el agua es descrita como “fétida y sebácea, espesa como la brea, turbia” (2022: 199). Este ambiente contaminado parece anunciar algo inquietante, como una premonición. Federico, en un gesto de desconfianza, pregunta si alguien se ha bañado en esas aguas, y un hombre que se encuentra en el muelle responde que él y los demás obreros del lugar lo han hecho innumerables veces, lo que le ha conferido inmunidad a cualquier tipo de enfermedad y, lo más sorprendente, “sobre todo a la muerte” (2022: 200). A medida que el viaje avanza, el agua del río comienza a cambiar de color: primero se torna marrón y luego se aclara, adquiriendo un tono metálico, casi platino. Este cambio en el paisaje acuático parece reflejar una transformación interna en Irene, quien, conforme se acercan a la ciénaga, comienza a cuestionar la veracidad de los secuestros de los que había oído hablar. La incertidumbre empieza a invadir sus pensamientos, y se siente atrapada entre la duda y la curiosidad. Mientras tanto, no pasa desapercibido para Irene cómo el corazón de Federico se acelera con cada kilómetro recorrido, lo que sugiere que algo más profundo, quizás relacionado con el pasado o con sus propios temores, lo afecta. Este detalle emocional añade una capa de tensión al ambiente, reflejando una conexión no solo con el entorno físico, sino también con las inquietudes personales que se desatan durante el viaje:

Lo abrazo para inmovilizarlo y me percato de que su corazón palpita más rápido que cuando corre detrás del perro en el jardín, y que, en paralelo, el río también palpita, fluye como la sangre, y comienzo a pensar que el cuerpo de mi hermano y el cuerpo del río se conectan y se confunden. El río, pútrido y viscoso al principio, espeso en las vertientes, platinado cuando se pierden sus orillas, es como mi hermano, luminoso y oscuro. (2022: 202)

El desenlace de Federico y el río se concreta unas líneas más adelante. Al llegar a la ciénaga El Torno, el lancharo narra los hechos violentos que ocurrieron en la zona, relatando cómo los pescadores que se encontraban en la ciénaga fueron secuestrados por hombres vestidos con uniformes del Ejército Nacional. Mientras se narra la historia, Federico, quien parece estar absorbido por el ambiente tenso y turbio del lugar, cae con un golpe seco al río. El

capítulo termina de manera abrupta, con la búsqueda desesperada del niño, dejando en suspenso su destino, sin aclarar si está vivo o muerto. Este final abierto intensifica la sensación de incertidumbre y angustia, cerrando el capítulo sin respuestas claras y reflejando la brutalidad y el caos de un mundo en el que la vida y la muerte parecen entrelazarse de manera ineludible.

Solo en el capítulo siguiente, que constituye el final de la novela, se revela el mecanismo que otorga significado al cierre ambiguo. Volviendo a la narración de la Irene adulta, la narradora nos informa que los incendios han comenzado nuevamente, tras la partida de Tomás, lo que ha llevado a la Alcaldía a emitir un comunicado detallando los planes para los terrenos del otro lado del río, en el que se menciona que se “busca construir un centro comercial, un centro deportivo, una sede de gobierno, un hotel de lujo, tres parqueaderos, todo, supuestamente sin dañar el ecosistema” (2022: 205). A pesar del esfuerzo continuo de los bomberos y del Ejército Nacional, los responsables de los incendios siguen siendo desconocidos. La novela colapsa en este punto cuando Irene le descubre a Luzmila que se encontraba escribiendo un manuscrito que relata los hechos que hemos leído hasta el momento. De hecho, si se observa detenidamente los paratextos de la novela, se puede notar que, de los 23 capítulos, solo el último capítulo no está numerado con números romanos. Luzmila inmediatamente reta los eventos narrados por Irene como las noticias de la violencia que traía desde el exterior y, específicamente, sobre el final ambiguo de Federico. Le relata que el cuerpo de su hermano fue encontrado pocos minutos después de caer al agua, pero que fue imposible recuperarlo. El final que recuerda los manuscritos de Melquiades en *Cien años de soledad* (2007 [1967]), se cierra con la quema del manuscrito en el jardín por parte de ella y de Luzmila. Si el huracán termina por destruir a Macondo durante la lectura del manuscrito por parte de Aureliano Segundo Buendía, en la novela de Sánchez Russo sucede lo contrario. Entre sueño y realidad, las cenizas se confunden con las de los incendios e Irene se da cuenta que no se encuentran solas, que “ha comenzado a crecer, en derredor nuestro, la maleza y que ahora nos cortan la vista pastizales, enneas, matorrales, puyas” (2022: 210). La vegetación termina por ingerir a los personajes, rodeándolos con pisadas enérgicas y con gritos de sus nombres. Como le dice Luzmila a Irene:

Explica que el río palpita detrás de todas las cosas, y del lado de todos los fuegos, y recomienda escondernos en uno de sus cauces mientras cae la noche. Advierte que es en la noche que podremos ver quienes están detrás de los incendios y dice que, de ser brujos, es cuestión de preguntar si debemos, si podemos, unirnos... (2022: 210)

El sí final de Irene cierra la novela, dando a entender que se unió a Luzmila para entender quien se encuentran detrás de los incendios. Por lo tanto, no estamos ante un final apocalíptico, sino ante la posibilidad de nuevo territorio compuesto por los cuerpos humanos junto otros seres como las plantas y el río.

Grávido río: el río geológico de Ignacio Piedrahita

Si pensáramos con el tiempo geológico, el llamado “tiempo profundo”, el norte de la actual Sudamérica se podría considerar joven respecto al resto de los continentes.¹⁷⁸ Es decir, muchos de sus elementos tanto geográficos como físicos o biológicos aún se encontrarían en proceso de formación en comparación con la actualidad. Si nos paráramos en algún momento a comienzos del periodo Terciario, hace 70 millones de años, en algún lugar del norte de la placa sudamericana, prácticamente el territorio estaría constituido por el núcleo de lo que sería la actual cordillera Central, un segmento de la futura cordillera Oriental y una parte de la Sierra Nevada, todo lo anterior sumergido por el único océano de ese momento, el mar de Tethys. Si nos moviéramos 10 millones hacia el Cretácico — hace 60 millones de años —, gracias a la actividad volcánica y tectónica andina, los fondos marinos se habrían levantado, generando un arco de islas que posteriormente daría lugar a la actual cordillera Occidental y las principales montañas de la cordillera Central. La intensificación de las lluvias torrenciales, con el incremento de los procesos erosivos generados por la cordillera Central, habría creado lo que en la actualidad es el valle del Magdalena. Pero solo fue hasta “procesos recientes”, como el alzamiento definitivo de la cordillera Central y de la Oriental ocurridos entre 8 y 6 millones de años atrás (Plioceno), que la cuenca del Magdalena se consolidó. Acerca de esto, el hidrólogo Sean W. Fleming observa que hablar de si la cuenca o el río vino primero sería entrar en un problema de gallina y huevo, y que se puede ver como un “positive feedback loop”, donde una no hubiera existido sin la otra (2017: 12). Estamos ante una cuenca relativamente joven, con cauce definido en su parte alta, pero a la vez sumamente inestable por procesos de disección que profundizan su cauce y transportan grandes cantidades de sedimentos que modifican su curso medio e inferior constantemente. Las historias geológicas del Magdalena son una de las tantas historias que narra la materialidad de la cuenca del río.

¹⁷⁸ Todas las referencias geológicas sobre la cuenca del río Magdalena son tomadas de *Río Grande de la Magdalena* (2003) de Carlos Castaño Uribe.

En dicha materialidad narrativa, y en particular respecto a las cuencas hídricas, la escala temporal es crucial, como observa Sean W. Fleming: “watershed remember -culturally, geologically, ecologically- insofar as what happened before affects what happens now, and how things are now affects what is to come” (2017: 37). En otras palabras, esto explica que un río vuelva a su curso luego de ser desviado y pueda generar catástrofes cuando el agua fluye, luego de meses o años, y se encuentra con presencia humana. En las memorias fluviales no solo convergen la materialidad cambiante del río, como las historias que narra acerca de un pasado que fue, un presente que es y un futuro que podría ser. En este orden de ideas, ¿qué efectos tiene traer a flote las historias geológicas del río? ¿Cómo cambiaría nuestra perspectiva del paisaje de agua del Magdalena si se reconoce su pasado geológico, su tiempo milenario y la profunda interconexión de su cuenca? ¿Cuál sería su impacto sobre su historia reciente, esa de los últimos cincuenta años, sobre las relaciones de poder que instaure, sobre la memoria de un país y la justicia que todavía le debemos al río? ¿Nos expondría un río que esta simplemente vivo?

Con lo anterior en mente, esta parte del capítulo propone una mirada al diario de viajes *Grávido río* (2019) y al ensayo *La verdad de los ríos* (2020) del escritor Ignacio Piedrahita Arroyave (Medellín, 1973). Formado como geólogo en la Universidad EAFIT, el ejercicio profesional de Piedrahita ha girado en las últimas décadas alrededor de la escritura. Su formación literaria tuvo lugar en la Revista Universidad de Antioquia donde escribió crónicas sobre diferentes temas en cada número desde el 2000 hasta el 2017. La obra de Piedrahita se extiende a lo largo de tres décadas publicando en editoriales independientes de Medellín y Bogotá y, principalmente, en el Fondo Editorial de la Universidad EAFIT (Medellín). En esta última han visto la luz la mayoría de sus obras, como su colección de cuentos *La caligrafía del basilisco* (1999), la novela *Un mar* (2006, reeditada en 2023), finalista del Premio Nacional de Novela Inédita del Ministerio de Cultura en 2005 y ganadora de la V Convocatoria de Becas de Creación de Medellín en el mismo año, y finalmente, los diarios de viaje *Al oído de la cordillera* (2011) y *Grávido río* (2019).¹⁷⁹ En el 2020, colaboró con la CEV y la revista ARCADIA en un ensayo que buscaba reflexionar sobre los ríos y su relación con Colombia y las tragedias de la violencia. El texto, presentado en el Hay

¹⁷⁹ El resto de su obra está complementada por los libros de crónicas: *Medias tintas. Crónicas y mentiras* (2002, en coautoría con Andrés Burgos, Pascual Gaviria y Juan Carlos Orrego Arismendi), publicado por Libros Rabodeají, y *El velo que cubre la piedra* (2018, con fotografías de Carlos Felipe Ramírez) de la editorial independiente Atrarraya Editores. Este último cuenta con una nueva edición de 2023, con ilustraciones de Yapi, por el Metro de Medellín y Comfama. Asimismo, Piedrahita participa periódicamente con ensayos y crónicas en publicaciones locales como la *Revista de la Universidad de Antioquia* o el periódico *Universo Centro*.

Festival 2020 de Cartagena, fue titulado *La verdad de los ríos* (2020), contando con un prólogo de Ricardo Camilo Niño Izquierdo, indígena arahuaco de la Sierra Nevada de Santa Marta y ecólogo que se ha dedicado a estudiar y defender los derechos territoriales de los pueblos indígenas.

Como se puede notar, la escritura de Piedrahita es variada y extensa, conjugando diferentes tipos de obra literaria: novela, cuento, ensayo y crónica. La característica general que atraviesa toda su obra es la constante relación entre su formación profesional como geólogo y la escritura. En una entrevista relativa a la publicación de el ensayo *La verdad de los ríos* (2020), el autor se describe de la siguiente manera:

Estudié geología y empecé a tener un contacto profundo con el exterior, con las montañas, los ríos, esas entidades de la Tierra que tienen mucho para contar. Poco a poco fui tejiendo con ellas una relación más literaria a partir de la escritura. Trato de escuchar la voz de esas grandes entidades que tienen su tiempo y su vía -de manera metafórica- y en esa vía el ser humano puede encontrar nuevas metáforas sobre sí mismo. Una nueva manera de mirarse. (Comisión de la Verdad, “Nos da miedo estar en la misma orilla del río: Ignacio Piedrahíta”, 2023)

Su escritura surge del encuentro entre la observación y la imaginación de la tierra, mediada por sus conocimientos geológicos del mundo. Eso permite que la pregunta en sus obras gire alrededor de la complejidad del mundo que nos rodea y de cómo la literatura es usada para representar dicha complejidad. En otras palabras, en la obra de Piedrahita hay más que una elección de temática ecológica, sino que implica una dinámica narrativa en diferentes niveles, que es consciente del mecanismo literario y de la tradición en la cual se inserta. La escritora y columnista Carolina Sanín, en referencia al primer diario de viajes *Al oído de la cordillera* (2011), describe dicha condición de la obra de Piedrahita como de un “humanismo geológico”, dado que inserta sin fisuras “la explicación científica en la descripción poética” y “cómo el conocimiento acentúa la emoción” (Sanín, 2014).

En particular, *Grávito río* (2019) narra el viaje de un escritor-geólogo a lo largo y ancho de la cuenca del río Magdalena. Piedrahita sigue la estela de su libro anterior, *Al oído de la cordillera* (2011), donde, a través de una serie de episodios ensartados entre sí había narrado su viaje a través de Sudamérica siguiendo la cordillera de los Andes desde Colombia hasta Tierra del Fuego. El libro se puede ubicar en el amplio espectro del “travel writing”, siguiendo la

descripción dada por el crítico literario Carl Thompson como una “constellation of many different types of writing and/or text, these forms being connected not by conformity to a single, prescriptive pattern, but rather by a set of what the philosopher Ludwig Wittgenstein would call ‘family resemblances’” (2011: 26). Estas resonancias comunes conectan el libro de Piedrahita en una larga y variada tradición latinoamericana de escritura de viaje: iniciando por las crónicas de Indias, pasando por los relatos de viajeros románticos de finales del siglo XVIII o las narraciones de las comisiones corográficas, hasta los relatos de viaje contemporáneos.

El libro de Piedrahita se estructura en siete capítulos donde diferentes episodios se van entrelazando entre sí, mostrando primero, la especial sensibilidad del autor hacia el entorno que lo rodea y, segundo, la destreza y emotividad para narrarlo. En la narración, Piedrahita el sentido de la mirada se difumina y se iguala a los otros sentidos, marcando una distancia con gran parte de los relatos de viaje sobre América Latina. El texto propone un viaje donde la experiencia del viajero es multisensorial: táctil, auditiva, olfativa, visual y gustativa. La escritura en primera persona ayuda a configurar dicha experiencia autobiográfica que, como señalan los críticos Patrick Holland y Graham Huggan: “it seeks to make retrospective sense out of discrete experiences: to convert a mishmash of impressions into a coherent narrative” (1998: 14). Adicionalmente, en el libro no solo resaltan los conocimientos propios del narrador sobre la geología y otras ciencias afines (hidrología, física, biología, entre otras), sino que se despliega una extensa formación literaria que va desde los antiguos griegos (Parménides de Elea, Heráclito de Éfeso o Pitágoras), pasando por William Shakespeare hasta los poetas estadounidenses como Walt Whitman o Henry David Thoreau. Asimismo, la escritura de Piedrahita se alimenta por otros viajeros que han atravesado el mismo territorio en el pasado, nacionales e internacionales, como Fray Pedro Simón, Alexander von Humboldt, Robert J. Treffy, Agustín Codazzi o Francisco Cisneros. Respecto a este último, Piedrahita añade otra capa al hacer uso de su archivo personal, transcribiendo parcialmente e incluyendo una fotografía de una carta que Cisneros le escribió a uno de sus familiares que trabajaba como secretario de Hacienda del Estado de Antioquia (2019: 116–117). La carta da cuenta del proyecto del Ferrocarril de Antioquia ejecutado en la segunda mitad del siglo XIX y narra algunos de sus pormenores económicos.¹⁸⁰

¹⁸⁰ El proyecto del Ferrocarril de Antioquia, liderado por Cisneros, se comenta en el primer capítulo, en la segunda parte, cuando se habla de Salvador Camacho Roldán.

Las referencias e intertextualidades abundan a lo largo de la narración, como en las características de obra misma. Por ejemplo, el título mismo del libro, *Grávido río*, hace referencia a un verso del prólogo del poemario *Tierra de promisión* (1921) de José Eustasio Rivera.¹⁸¹ Todas estas referencias añaden diferentes capas y estratos a la obra y densifican el relato de viaje a lo largo de la cuenca del Magdalena. De igual forma, las imágenes que acompañan el texto le añaden una capa más. La imagen de portada es la acuarela *Mompox en el Magdalena – 1845*, pintada por Mark Edward Wallhouse, considerado como el “primer paisajista de la historia del país” (Deas 2013: 14) y un pintor clave en la configuración del paisaje nacional a mediados del siglo XIX. El contraste con las fotografías en blanco y negro incluidas al interior del texto y usadas para reforzar visualmente los puntos desarrollados textualmente por Piedrahita agrega un nivel más a dicha estratificación de la narración.

A lo largo del viaje, el escritor-geólogo pone un énfasis en comprender los diferentes procesos geológicos que, con sus diferentes escalas y temporalidades, se dan en la cuenca del río Magdalena. Como se ha dicho, la narración a través de la experiencia multisensorial del viajero y las diferentes capas textuales, ofrece una invitación para pensar el tiempo y la agencia del río, donde destacan el movimiento lento y la escala inhumana. El río está vivo fuera de las escalas de tiempo y espacio humanas. Lo anterior se nota claramente ya desde uno de los primeros episodios, cuando, por primera vez, el viajero y el cauce fluvial del Magdalena se encuentran. Su reflexión no sucede al observar el río, del cual dice “río lucía grávido bajo la canícula ardiente y el agua parecía un líquido más denso que ella misma” (2019: 17), sino en el encuentro que sucede después:

Pero al darme vuelta vi, detrás de la carretera, una pared hecha de arena y guijarros de un color crema claro, que bajo el pleno sol encandilaba la mirada. Dentro de la pared misma, los diminutos granos estaban dispuestos de formas particulares. Semejaban festones y especies de arabescos, como si una cultura antigua los hubiera diseñado. Tras cruzar la pista de asfalto, caminé hacia ella atraído por la sutil magia de las formas de arena. (2019: 17)

Este encuentro podría ser banal para cualquier viajero, en comparación con la magnitud del río que se encuentra al otro lado de la carretera. No obstante, ese muro natural

¹⁸¹ El prólogo-poema de Rivera se incluye en su totalidad al final de la narración de *Grávido río*, propiciando una conversación con el relato de viaje propuesto por Piedrahita.

representaba el retrato de los movimientos de la corriente en su constante búsqueda del mar. Unos párrafos más adelante, Piedrahita explica:

Los guijarros y arenas apiladas en la pared de la vía eran antiguas playas del río, registro de su curso antiquísimo. Y, al mismo tiempo, narraban lo que estaba sucediendo actualmente por debajo y en las orillas del cauce actual. Esa pequeña colina era un río duplicado hacia un pasado de sí mismo. El Magdalena no era solo la corriente que en ese momento fluía por su cauce, sino también aquella que había dejado su huella en esa barranca en otro tiempo. (2019: 20)

Lo que descubre Piedrahita en la ribera del río Magdalena es lo que Jeffrey Jerome Cohen ha definido como “geophilia” en *Stone: An Ecology of the Inhuman*: “Geophilia goes farther and recognizes matter’s promiscuous desire to affiliate with other forms of matter, regardless of organic composition or resemblance to human vitality” (2015: 27). En otras palabras, es cómo la materia, en este caso arena y piedras, oculta diferentes formas de expresarse, organizarse y, en fin, de actuar. La pared en la vera del camino, usualmente ignorada por el viajero, puede hablar de un pasado lejano y de la historia de un cauce que ha cambiado con el tiempo. De hecho, dicha barranca muestra como el río Magdalena no es el mismo que era en el pasado.

En diferentes puntos de la narración, Piedrahita insiste sobre esta conexión entre materia y tiempo. Esta perspectiva es propia del quehacer de la geología, como explica Marcia Bjornerud: “early in an introductory geology course, one begins to understand that rocks are not nouns but verbs— visible evidence of processes” (2018: 8). La noción de que las piedras cuentan con movimiento resuena con el episodio de Piedrahita en el Desierto de la Tatacoa, una región semiárida ubicada en el tramo superior del río cerca de la ciudad de Neiva. Al observar las diferentes formaciones geológicas, en especial las torres o columnas con formas de torpedo construidas por bancos de arenisca endurecidos y que pueden alcanzar varios metros de altura, el narrador dice: “Sentía una gran alegría al saber que aquello, en apariencia tan inmóvil, era en realidad una gran coreografía. Bastaba ponerlo en cámara rápida para ver la danza de la tierra en su ciclo permanente” (2019: 80).

El narrador encuentra que en dichas formaciones supuestamente inmóviles hay movimiento, una “gran coreografía” que cuenta con otros tiempos más largos y lentos. La materia cuenta con agencia, que se transforma en una escala que va más allá de lo humano:

“the past is not lost; in fact, it is palpably present in rocks, landscapes, groundwater, glaciers, and ecosystems.” (Bjornerud, 2018: 162), y eso lo que el viajero percibe en dichas formaciones geológicas. En el párrafo siguiente, el viajero continúa:

Allí, en la soledad del laberinto, vibraba con la compañía de la naturaleza. El desierto me hacía sentir único. Miles de años atrás él estaba escribiendo sus poemas para este momento. Y ahora yo podía leerlos. Eran líneas simples acerca de los fenómenos que gobernaban sus formas, y tenía la sensación de que reflejaban mi estado interior. Todo tenía que ver con el agua y con los fragmentos de roca delicadamente removidos. Sus formas habían sido hechas, más que agregando, quitando. Eran los contornos del vacío que daba sentido aquel lugar. Lo etéreo de las nubes que cubrían el cielo no lo era más que el espacio dejado por la roca que me rodeaba. Había en ello una sutil insinuación del paisaje. Tal vez debería preguntarme que era no estar vivo, y entonces comprendería mejor lo que significaba estarlo. (2019: 80 - 81)

Es interesante tanto como Piedrahita se reconoce dentro dicha observación mientras textualiza el paisaje que está percibiendo. El narrador es consciente que es materia, como el mundo que lo rodea, en este caso el desierto y sus formaciones rocosas, y que una observación atenta puede desentrañar sus procesos. Esto resuena con el concepto de realismo agencial de Karen Barad, que sugiere que no somos observadores externos del mundo o que estamos simplemente localizados en un lugar específico del mismo, sino que “we are part of the world in its ongoing intra-activity” (2007: 184). La alegoría a la poesía del mundo es iluminadora. Por un lado, habilita una escritura a través de las “líneas simples” que conforman el paisaje, en este caso los diferentes estratos de las formaciones rocosas. Por otro, facilita un proceso de lectura de lo que fue a través de los “contornos del vacío”, es decir, del “espacio dejado por la roca”. En ese orden de ideas, como reflexiona otra filósofa feminista, Jane Bennet, si la materia por sí misma es viviente, entonces la diferencia entre sujetos y objetos se minimiza, sino que “the status of the shared materiality of all things is elevated” (2009: 13).

Uno de los aspectos recurrentes en *Grávido río* que refuerzan la invitación a repensar el tiempo y la agencia del río es lo que la escritora y crítica literaria Cristina Rivera Garza ha definido como una escritura geológica que se propone, por principio de cuentas, como una operación de de-sedimentación (2022: 12). De hecho, el desarrollo teórico de Rivera Garza parte de los trabajos críticos de la geógrafa Kathryn Yusoff, que proponen un proceso de

de-sedimentación del lenguaje y las praxis racializadas y colonialistas que subyacen en la geología.¹⁸² En palabras de la autora, una escritura geológica es “disappropriative writing as long as it works ethically and aesthetically with sources texts, making them visible and even palpable in new ones” (2023: 16).

Especialmente, en el cuarto capítulo del libro de Piedrahita dicho proceso de de-sedimentación se hace más visible. Aquí, el viajero, avanzando con el curso del río Magdalena, llega a los restos de la antigua ciudad de Armero, destruida por lo que es considerada la segunda mayor catástrofe originada por un volcán en el siglo XX. La tragedia de Armero tuvo lugar el 13 de noviembre de 1985, cuando, producto de la erupción del volcán Nevado del Ruiz una avalancha de sedimentos (flujos de lodo, tierra y escombros producto de la actividad volcánica) destruyó la ciudad de Armero, localizada a 50 km del volcán, en las riberas del río Magdalena. La tragedia dejó entre 23.000 y 25.000 víctimas humanas e incalculables daños. La narración se detiene en una roca de gran tamaño —el texto viene acompañado por una imagen que retrata la magnitud de la piedra (2019: 92-93) — que hace partir la reflexión en el viajero sobre la magnitud del evento que tuvo allí lugar. El narrador dice al respecto que, seguramente, dicho bloque rocoso fue arrastrado por la fuerza de la avalancha que destruyó el poblado y que cargó “la cantidad de agua y lodo era equivalente a tres veces el río Magdalena, y avanzaba entre cinco y quince metros con cada tic-tac del reloj” (2019: 92).

A partir de ese punto, la escritura geológica de Piedrahita se visibiliza, dado que, como lo explica Rivera Garza, “leads to a vertical reading that, in lifting layer after layer of the materials included, desediments the apparent immutability of power” (2023: 17). Esta verticalidad solo es posible cuando el viajero, al alejarse del río Magdalena, sigue el curso del río Lagunilla y ascender hasta la parte alta de la cordillera, comprendiendo la conexión entre estos. Solo desde las alturas de la cordillera, cerca del Nevado del Ruiz y en la distancia de Armero, comprende la interconectividad material de la cuenca y lo que dio lugar a la tragedia. Esto le permite a Piedrahita indagar en los diferentes estratos y sedimentos de la tragedia, retomando las narraciones de Fray Pedro Simón en *Noticias historiales de las conquistas de Tierra Firme en las Indias Occidentales* sobre la erupción de 1595 y los textos del geólogo inglés Robert J. Teffry sobre la de 1845. Estos fragmentos le sirven

¹⁸² En líneas generales, Kathryn Yusoff argumenta en *A Billion Black Anthropocenes or None* (2018) que la geología no es neutral. Muestra cómo la gramática de la geología se funda en el establecimiento de economías extractivas de la vida y la tierra sujetas bajo el régimen colonial y esclavista.

para sugerir que, a pesar de la tragedia que ocurriría en 1985, 145 años después de la erupción narrada por Teffry, era el “ciclo hermoso de la naturaleza, descrito y avisado con los mismos ruidos y las mismas expresiones.” (2019: 100). La gran diferencia y lo que había generado la tragedia era que, a lo largo del siglo XX, un pueblo de 25.000 personas se había asentado en la fértil planicie que forma el río Lagunilla en su desembocadura con el río Magdalena:

Me parecía asombroso que todo aquello se hubiera originado cerca de donde me encontraba. El silencio de la hondonada y sus cabeceras nevadas estaba pleno de ecos de erupciones y avalanchas como músicas desatadas. El Lagunilla unía a perpetuidad el poderoso nevado del Ruiz con el gran río Magdalena. Y Armero se había levantado en el camino de semejante lazo de amistad. (2019: 103)

En dicho procedimiento de de-sedimentación, que de nuevo ubica el punto de vista dentro de la misma materialidad del mundo, se visibiliza cómo las capas textuales y materiales dan cuenta de una tragedia que pudo ser evitada. Como sentencia Piedrahita, haber escuchado a los viejos hubiera cambiado todo, “pero en el tiempo en que vivimos los hábitos de la naturaleza parecen noticias bobas y desdeñables” (2019: 101). En este orden de ideas, la narración del viaje por la cuenca del Magdalena da cuenta tanto de su capacidad de actuar como de los diferentes tiempos, escalas e interconexiones que la configuran.

La reflexión planteada sobre la tragedia de Armero, a partir de sus características geológicas, abre la posibilidad de sugerir cómo *Grávito río* facilita una reflexión crítica sobre la materialidad del río Magdalena y sus relatos recientes. Sin embargo, para ello resulta necesario, en primer lugar, indagar sobre el mismo viaje propuesto por Piedrahita. A diferencia de otros diarios de viaje que han sido publicados sobre el Magdalena en los últimos años, escritos por autores extranjeros para un público predominantemente foráneo, tales como *The Robber of Memories: A River Journey Through Colombia* de Michael Jacobs (2012, traducido al español en 2018) o el aclamado *Magdalena River of Dreams: A Story of Colombia* de Wade Davis (2020, traducido al español en 2021), el viaje propuesto en *Grávito río* no es lineal (siguiendo el curso del río) ni unidireccional (remontando o descendiendo el río). Se trata de un viaje circular que comienza y concluye en la zona rural de Medellín (en la residencia de Piedrahita). Además, desde el inicio, queda claro que el objetivo del viaje no es promover la imagen del Magdalena, sino que está guiado por un impulso, por una voz fantasmal de carácter hamletiano, tal como la describe el narrador en el primer capítulo, la

cual incita al viajero a explorar su entorno y a buscar comprenderlo. A partir de esta perspectiva, Piedrahita desafía la concepción del río como una línea recta trazada en el mapa o como un objeto estático en el paisaje. En lugar de ello, propone la noción de un río vivo, cargado de historias materiales fundamentales para la comprensión de la realidad colombiana.

En gran parte, esta concepción fluvial es desarrollada en el ensayo de Piedrahita *La verdad de los ríos*, publicado en 2020, solo un año después de *Grávito río*. Como ya se ha dicho anteriormente, en este reflexiona sobre la relevancia de los ríos en Colombia, en particular el Magdalena, discutiendo su relación con la violencia, la memoria y la importancia en el escenario de posconflicto. En particular, respecto a la comprensión de que es un río, dice:

Solemos imaginar un río como una línea, ya sea porque observamos su trazado en un mapa o porque vemos sus aguas confinadas a un lecho entre dos orillas. Pero también podemos imaginarlo con la forma de una letra V, como si lo cortáramos con un gran cuchillo en cualquier punto de su cauce y hasta más allá de sus márgenes. En la parte baja de la letra corre el agua de lo que conocemos propiamente como el río, mientras que las líneas diagonales en picada representan las pendientes de las montañas por donde bajan los arroyos que van a dar a él. Cada una de las gotas de agua lluvia, así como los riachuelos que se van formando en las laderas, recae invariablemente en el fondo de esa V de valle (2020: 32)

Para Piedrahita, el río va más allá del curso de agua en sí, sino que también incluye las montañas que lo rodean, los ríos/quebradas/riachuelos/arroyos que lo conectan y el aire que lo circunda. En este sentido el río Magdalena es entendido como toda la cuenca que permite su existencia. Esto resuena con el ya mencionado trabajo crítico de Dilip da Cunha, que reconoce a los ríos como productos de una “visual” and “material literacy” (2018: 177-178), es decir, productos “of the act of separation [between land and water] facilitated by the drawn line in a chosen moment of water” (2019: 10) y como “means of colonizing rain” (2019: 12). Esta idea es desarrollada por Cunha (2018, 2019) a partir de sus estudios sobre la diferencia entre el Ganga/Ganges en India y Bangladesh, donde analiza el cambio de la concepción en la idea de río. Al mirar este cauce sagrado, el investigador encuentra cómo la concepción del río como una escorrentía de agua solo aparece con la llegada de los griegos al subcontinente asiático y se refuerza por subsecuentes oleadas de colonización por la Compañía Británica de las Indias Orientales desde principios del siglo

XVIII y, posteriormente, por el Reino Unido desde mediados del siglo XIX. Acerca de esto, Cunha sostiene que el Ganges es una invención moderna definida a partir del “Alexander’s Eye” (2019), privilegiando el agua que corre sobre el resto del ciclo hidrológico y representándola a través de la geometría euclidiana (la línea recta), reforzada a su vez siglos más adelante por los proyectos de infraestructura ejecutados bajo el Imperio Británico.

En cambio, el viaje propuesto seguido por Piedrahita en *Grávido río* rompe con esa mirada restringida del río como una línea, su cauce principal y, en cambio, considera la forma tridimensional en “V”. En otras palabras, reconoce la complejidad de su ciclo hidrológico y la interconexión entre sus partes. Esta invitación a comprender la complejidad permite desarrollar diferentes punto de vista sobre los diversos procesos históricos que han configurado y configuran la cuenca del Magdalena.

Particularmente, es en el quinto capítulo de *Grávido río* que se explora dicha complejidad con mayor profundidad. La llegada del viajero a Puerto Berrío sirve como punto de reflexión tanto para comentar cómo las diferentes violencias, y las historias que contamos sobre ellas, atraviesan la materialidad del río. Sin recaer en el exotismo de la violencia, como lo hacen los otros viajeros, Piedrahita explica sintéticamente cómo en el Magdalena Medio se han cruzado las violencias guerrilleras, paramilitares y del narcotráfico, afectando a comunidades humanas y más que humanas. Asimismo, agrega cómo las aguas del río se han convertido en esa tumba de cuerpos arrastrados por la corriente. Sin embargo, es otro tipo de reflexión la que se presenta con insistencia a lo largo del capítulo y que se enfoca en la relación con la materialidad del río. Piedrahita propone una reflexión sobre los efectos antrópicos en la cuenca del Magdalena, comprendiéndolo como un organismo vivo cuya degradación afecta a toda la nación. Al inicio del capítulo, el viajero se une a una comitiva de científicos que estudian las recientes y desproporcionadas inundaciones del río. El destino del grupo es un caserío río abajo llamado Bocas de Barbacoas, donde el objetivo es estudiar una de las ciénagas aledañas al río Magdalena. El viaje en lancha plantea una experiencia nueva para el viajero en una geografía anfibia aún por descifrar. La llegada al canal de Barbacoas le descubre poco a poco al viajero los efectos antrópicos de la ganadería intensiva y la deforestación de los bosques, que ocurre desde los tiempos de la Colonia. Y que hoy en día: “llegaba al límite del exterminio” (2019: 134). Como señala, son los sedimentos de la deforestación intensiva los que probablemente generaban el bloqueo entre

las ciénagas y el río: “Tal como la sangre no logra fluir por una vena, así quedaba limitado el paso entre ambos cuerpos de agua.” (2019: 138). A diferencia de las metáforas corporales analizadas relacionadas con el discurso del río para la nación y analizadas en el primer capítulo, aquí se usa por Piedrahita para insistir en un discurso del río vivo, visible en la interconectividad de la cuenca y, en especial, en las consecuencias que genera en el fluir del río:

La irrigación de la sangre en los pulmones de un ser vivo y la manera como un río se nutre de los numerosos arroyos de las montañas en una gran red, no es una analogía hueca. En realidad, ambas formas arborescentes obedecen a leyes matemáticas que explican lo que la intuición y la vida en la naturaleza ya se sabe: que solo sobrevive aquel sistema al que no se le impide su mejor manera de fluir. El Magdalena no solo es el río, es todos los ríos y lagunas que lo alimentan. Es incluso el agua que llueve y lentamente va a dar a él. Si en algún momento usamos esa agua, es él quien nos lo permite (2019: 138)

Es la capacidad de fluir la clave misma para entender cómo Piedrahita ve el río Magdalena y sus cuerpos de agua aledaños. El agua es sinónimo de vida y es esencial para la existencia de Colombia. De hecho, Wade Davis argumenta que “we turned our backs on the river that gave us life”, pero denegarlo es “betray all that we are as Colombians” (2020: 347). Y es que, como agrega Piedrahita en su ensayo:

Bajo nuestra identidad como país, marcada por la historia, las tradiciones y otros asuntos de índole social, subyace una unión más fuerte y poderosa, que es la unión por medio de una telaraña irrefutable de agua, cuyos hilos más fuertes son el Cauca y el Magdalena. Esa telaraña tiene en Colombia la forma de un gran árbol acostado verticalmente sobre nuestro mapa. El tronco son estos dos ríos; las raíces son los numerosos cauces que nacen en la parte alta de las cordilleras; y las ramas son los canales y ciénagas en los que se desmiembra el Magdalena en la costa atlántica antes de entregarse al océano. (2020: 31)

El énfasis de Piedrahita en esta “telaraña” de aguas que compone a la nación insiste en los diferentes niveles de enmarañamiento que tiene Colombia con el río Magdalena. Plantea que su materialidad está íntimamente ligada con los procesos históricos, culturales, sociales y económicos que se dan en el país. Y en ese sentido, “Lo que cada habitante del centro del país haga con el agua, en su tierra o en las ciudades, lo van a sentirlo las poblaciones de las orillas de nuestros dos grandes ríos.” (2020: 33). Pero también está íntimamente ligada con

los procesos geológicos y con la realización de que estamos frente a un mundo más que humano con distintas escalas y ritmos de acción.

Uno de los principios de la geología es el del uniformismo, es decir, lo que ocurre hoy y la manera como está ocurriendo es similar a cómo eso mismo solía ocurrir en el pasado. La crisis ambiental ha roto con esos esquemas, donde el accionar humano termina por acelerar la velocidad de los procesos del presente en comparación con los del pasado. Esta aceleración de los ciclos naturales establece una ruptura en la idea de un mundo estático, subrayando que los humanos ahora desempeñan un papel activo en la evolución del planeta. *Grávido río* de Ignacio Piedrahita nos recuerda que el río no es inerte ni tampoco estático, sino que cuenta con ritmos y escalas que sobrepasan los límites humanos. Además, que el río es un sistema interconectado, no una línea de agua, sino una telaraña de agua, una cuenca en constante comunicación con otros cuerpos de agua, con las zonas altas y bajas, y hasta con la lluvia. Aquí el verso de Rivera “Soy un grávido río...”, que da el título al diario de viajes es aleccionador. Dado que da cuenta tanto de lo que carga el río —ya sean sedimentos geológicos, cuerpos humanos o más que humanos— como de su rol central en el futuro de Colombia y de sus habitantes. Como menciona Piedrahita en su ensayo, entregarnos a los ríos colombianos reconociendo la guerra que los ha afectado y el mal manejo que hemos hecho de ellos, servirá para convertirlos en “hilos conductores de una historia de Colombia equilibrada, que pretende ir en busca de su propia unidad, su propio mar de alentador sosiego.” (2020: 45)

Comentarios finales

Como nos recuerda Sean W. Fleming, las cuencas de los ríos tienen el poder de recordar: culturalmente, geológicamente y ecológicamente. Es decir, lo que ocurrió en el pasado influye en lo que sucede en el presente y, a su vez, lo que acontece hoy afectará lo que está por venir (2017: 37). Esta investigación ha tomado al río Magdalena como un caso de estudio central, adoptando una perspectiva histórica de largo alcance que abarca desde mediados del siglo XIX, cuando las reformas de los liberales radicales impulsaron la expansión hacia las tierras calientes de Colombia, hasta los años posteriores a la firma del Acuerdo de Paz con las FARC-EP en 2016. Esta visión del río como una ecología líquida ha buscado evidenciar la relación inseparable que tenemos —humanos y más que humanos— con el río Magdalena, así como señalar la transformación ontológica que se está gestando en la relación entre naturaleza y sociedad. Como explican Serenella Iovino y Serpil Oppermann:

What lies behind the nodes of the ecological crisis—pollution, mass extinctions, poverty, enslavement of humans and animals, and many other forms of oppression—are tangles of natures and cultures that can be unraveled only by interpreting them as narratives about the way humans and their agentic partners intersect in the making of the world. (2014: 3)

Por ello, a lo largo de este estudio, se ha explorado la presencia de la materialidad narrativa del río Magdalena en una variedad de textos literarios producidos por autores colombianos durante un extenso período. En este sentido, la cartografía propuesta ofrece una nueva interpretación sobre la relación que se ha establecido entre la materialidad y los textos literarios. El río se configura como un espacio idóneo para la reflexión sobre la nación colombiana, reflejando tanto las aspiraciones de civilización y progreso de la segunda mitad del siglo XIX, como el desencanto que se manifiesta a lo largo del siglo XX y las nuevas reflexiones impulsadas por los Acuerdos de Paz en el siglo XXI.

Respecto a esa relación entre el ser humano y su medio ambiente, el escritor colombiano Eduardo Caballero Calderón ha señalado que:

Hoy nosotros sabemos, por reflexión sobre la historia, que la más espléndida geografía es cosa inerte sin el hombre, y más vale tierra mala poblada de quienes son capaces de enriquecerla con su trabajo, que la mejor parcela poblada por hombres insensatos y abúlicos. El balance de la geografía colombiana indica un déficit del hombre. El colombiano ha devastado su tierra, la ha desperdiciado, la ha contagiado de erosión, la ha

desmantelado, la ha empobrecido y la ha perdido. Esto quería decir también que en Colombia es el hombre y no la tierra quien está en deuda con la historia (1963: 271)

En este sentido, esta investigación ha buscado desvelar, o al menos visibilizar, el enmarañamiento material narrativo y reconocer la deuda histórica que el ser humano tiene con el medio ambiente en Colombia. Siguiendo a Caballero Calderón, la sociedad, la naturaleza y las historias que contamos sobre ellas están íntimamente conectadas. Para ello, no solo se ha recurrido a pensar en otros tiempos, como se señalaba previamente, sino también a otras escalas y cruces de pensamiento que visibilicen la complejidad del fenómeno que es el curso fluvial del Magdalena.

En el primer capítulo, la materialidad del río se manifiesta tanto en la construcción narrativa de los espacios, a partir del intento de controlar el flujo del Magdalena, como en la representación de los deseos y sueños de diversas clases sociales. La fluidez del río se convierte en un elemento crucial en la construcción de la nación, entrelazando las aspiraciones de civilización y desarrollo económico con las dificultades internas de la nación que impidieron su plena realización. En cambio, el discurso del río muerto, expuesto en el segundo capítulo, revela las consecuencias de dicho proceso y las estrechas relaciones que este tiene con el presente y el futuro del Magdalena. Pensar con la ciclicidad del río expande la comprensión de lo que es un río, observándolo en relación con sus tierras y con los otros cuerpos humanos y más-que-humanos que habitan el territorio del Magdalena. No obstante, como muestran las historias materiales que rodean al río de los muertos, agrupadas en el capítulo tres, este se encuentra siempre en constante negociación; es decir, es poroso. En este sentido, el río es un ser vivo, con agencia, siempre atravesando y siendo atravesado por otros cuerpos, a la vez que un generador de narrativas. Especialmente en lo que respecta a la violencia que han sufrido los ríos en Colombia, retomando uno de los versos en lengua quechua del poeta Fredy Chicangana (Wiñay Mallki) de la nación Yanakuna Mitmak, del suroriente del Cauca, que abren esta investigación: si el río pudiera hablar, probablemente respondería desde lo profundo de la selva: “La historia es tan miserable / que los ríos prefieren callar...”

El último capítulo, “El río vivo”, presenta el interesante panorama de la producción cultural en Colombia en las últimas décadas, potenciado por una justicia transicional que ha ampliado nuestra noción de las víctimas del largo conflicto que ha afectado al país. Asimismo, el proceso de paz de La Habana ha visibilizado, aunque sea por un período corto, esos territorios olvidados en el discurso nacional: espacios habitados por diversas comunidades humanas y más que humanas sobre los cuales se ha edificado la nación

colombiana, dándoles la espalda y relegándolos al olvido. El enfoque de ecologías líquidas reconoce que lo más que humano, como el río Magdalena, también está gobernado por sus propios apetitos e intereses, y que su generosidad ha sido utilizada por la nación colombiana para lavar gran parte de sus males. Al respecto, Ignacio Piedrahita señala magistralmente: “Aguas estancadas y malsanas estarán presentes en nosotros como sociedad mientras no seamos conscientes de que siempre nos bañamos en el mismo río” (2020: 39). Reconocer el río vivo es, por lo tanto, ser consciente de sus diferentes escalas y temporalidades, así como de su estatus como sujeto con derechos a la protección, conservación, mantenimiento y restauración.

Realizar esta operación es reconocer, como invita el Papa Francisco en su *Landato si'. Lettera enciclica sulla cura della casa comune* (2015), la casa común en la que habitamos los humanos y lo más que humano, donde “fra i poveri più abbandonati e maltrattati, c'è la nostra oppressa e devastata terra” (3), y donde olvidamos nuestra posición situada dentro de ella: “Il nostro stesso corpo è costituito dagli elementi del pianeta, la sua aria è quella che ci dà il respiro e la sua acqua ci vivifica e ristora” (4). La interconexión entre todos los seres vivos y el medio ambiente no solo es una realidad material, sino también una llamada ética y espiritual a reconocer nuestra responsabilidad colectiva en la protección de la casa común. Ignorar esta conexión nos lleva a continuar con prácticas destructivas que amenazan tanto nuestra supervivencia como la de las generaciones futuras.

Para cerrar, la antropóloga Andrea Ballesterio (2019) señala que el agua se está transformando de ser una generosa máquina de teoría a una máquina de aprendizaje. Siguiendo esta lógica, las aguas del río Magdalena no son “una simple yuxtaposición o reflejo entre naturaleza y cultura” (Iovino y Oppermann, 2014: 3), sino el continuo devenir entre ambos. Resaltar la materialidad del Magdalena, como hacen los textos literarios a lo largo de esta investigación, es reconocer tanto su presencia en el mundo como la nuestra. Al mismo tiempo, es considerar que los textos “are matter and do matter” (Iovino, 2016: 5), y donde percibir los ríos como “un sujeto que cuenta historias podría conducir a un cambio de mentalidad y, en consecuencia, a la transformación de prácticas capitalistas excesivamente perjudiciales” (Oppermann, 2023: 54). En el caso de Colombia, también implica reconocer el rol de los cuerpos de agua en la construcción de un “nuevo relato nacional” donde “quepa nuestra increíble riqueza natural” (Ospina, 2022: 214). En otras palabras, lograr ubicar a “los ríos de agua viva [...] como hilos conductores de una historia de Colombia equilibrada, que pretende ir en busca de su propia unidad” (Piedrahita, 2020: 45).

Bibliografía

- Abreu Mendoza, Carlos. 2020. “José María Samper entre Colombia y Europa: La economía de lo sublime en la literatura de viajes”. *Perífrasis. Revista de Literatura, Teoría y Crítica* 11 (22): 47–66. <https://doi.org/10.25025/perifrasis202011.22.03>.
- Acevedo Latorre, Eduardo. 1981. *El Río Grande de La Magdalena. Apuntes sobre su historia, geografía y sus problemas*. Bogotá: Banco de la Republica.
- Acosta Peñaloza, Carmen Elisa. 2015. “Rema, rema. Las literaturas del río Magdalena”. *Revista Credencial Historia*, n. 292. <https://www.revistacredencial.com/historia/temas/rema-rema-las-literaturas-del-rio-magdalena>.
- ———. 2018. “A propósito”. En *La maldición*, de Manuel María Madiedo. Bogotá: Diente de León.
- Adams, Clementina. 1995. “Endless Rains of Death and Desolation in Garcia Marquez’s Short Stories”. En *Climate and Literature*, editado por Janet Pérez y Wendell Aycock, 65–72. Austin: Texas Tech UP.
- Aguilera-Díaz, María Modesta. 2011. *Habitantes del agua: El complejo lagunar de la Ciénaga Grande de Santa Marta*. Bogotá: Banco de la Republica. <https://doi.org/10.32468/dtseru.144>.
- Ahmed, Sara. 2008. “Imaginary Prohibitions: Some Preliminary Remarks on the Founding Gestures of the “New Materialism””. *European Journal of Women’s Studies* 15 (1): 23–39.
- Alaimo, Stacy. 2010. *Bodily Natures: Science, Environment, and the Material Self*. Bloomington: Indiana University Press.
- Alaimo, Stacy, y Susan J. Hekman, eds. 2008. *Material Feminisms*. Bloomington: Indiana University Press.
- Alvear Sanín, José. 2005. *Manual del Río Magdalena*. Bogotá: Cormagdalena.
- Álzate, Carolina. 2009. “Modos de la metáfora orientalista en la Hispanoamérica del siglo XIX. Soledad Acosta, Jorge Isaacs, Domingo F. Sarmiento y José María Samper”. *Taller de Letras* 45:131–45.
- Anderson, Benedict. 1991. *Imagined Communities: Reflections on the Origin and Spread of Nationalism*. Londres: Verso.
- Anderson, Mark. 2021. “Differential Viscosities: The Material Hermeneutics of Blood, Oil, and Water in Crude and The Blood of Kouan Kouan”. En *Pushing Past the Human in Latin American Cinema*, de Gisela Heffes y Carolyn Fornoff, 205–28. SUNY Press. <https://doi.org/10.1515/9781438484051-012>.
- ———. 2024. *The rights of nature and the testimony of things: literature and environmental ethics from Latin America*. Nashville, Tennessee: Vanderbilt University Press.
- Anderson, Thomas F. 2000. “La descomposición, la putrefacción y la muerte en *El coronel no tiene quien le escriba* de Gabriel García Márquez”. *Hispanófila*, núm. 130, 69–78.
- Appelbaum, Nancy P. 2007. *Dos plazas y una nación: raza y colonización en Riosucio, Caldas; 1846 - 1948*. Bogotá: ICANH.
- ———. 2016. *Mapping the Country of Regions: The Chorographic Commission of Nineteenth-Century Colombia*. Chapel Hill: The University of North Carolina Press.
- Aprile Gniset, Jacques. 1997. *Génesis de Barrancabermeja: ensayo*. Bucaramanga: Instituto Universitario de la Paz.
- Argullol, Rafael. 1983. *La atracción del abismo. Un itinerario por el paisaje romántico*. Barcelona: Plaza & Janes.

- Arias Vanegas, Julio. 2007. *Nación y diferencia en el siglo XIX colombiano*. Bogotá: Universidad de los Andes.
- Arnold, David. 2000. *La naturaleza como problema histórico: El medio, la cultura y la expansión de Europa*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Bachelard, Gaston. 2022 [1978]. *El agua y los sueños. Ensayo sobre la imaginación de la materia*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Balderston, Daniel. 2008. “Baladas de la loca alegría. Literatura queer en Colombia”. *Revista Iberoamericana* 74 (225): 1059–73. <https://doi.org/10.5195/reviberoamer.2008.5224>.
- Banerji, Debashish, y Makarand R. Paranjape, eds. 2016. *Critical Posthumanism and Planetary Futures*. New Delhi: Springer India. <https://doi.org/10.1007/978-81-322-3637-5>.
- Barad, Karen. 2006. *Meeting the Universe Halfway: Quantum Physics and the Entanglement of Matter and Meaning*. Durham: Duke University Press. <https://doi.org/10.1215/9780822388128>.
- Bell, Michael. 2005. “Not Flaubert’s Parrot: *Love in the Time of Cholera*”. En *Love in the Time of Cholera* (Bloom’s Modern Critical Interpretations), editado por Harold Bloom, 49–69. Philadelphia: Chelsea House.
- Bell Lemus, Carlos. 2014. “Barranquilla y la modernización del delta del río Magdalena (1842-1935)”. *Revista M* 11 (1): 52. <https://doi.org/10.15332/rev.m.v11i1.952>.
- Bennett, Jane. 2010a. *Vibrant Matter: A Political Ecology of Things*. Durham: Duke University Press.
- ———. 2010b. “A Vitalist Stopover on the Way to a New Materialism”. En *New Materialisms: Ontology, Agency, and Politics*, de Diana Coole y Samantha Frost. Durham & Londres: Duke University Press.
- Bingham, Hiram. 1909. *The Journal of an Expedition Across Venezuela and Colombia (1906-1907)*. Londres: T. Fisher Unwin.
- Bjornerud, Marcia. 2018. *Timefulness: how thinking like a geologist can help save the world*. Princeton: Princeton University Press.
- Blackmore, Lisa, y Liliana Gómez-Popescu. 2020. *Liquid Ecologies in Latin American and Caribbean Art*. Nueva York: Routledge, Taylor & Francis.
- Bocarejo Suescún, Diana. 2018. “Lo público de la Historia pública en Colombia: reflexiones desde el Río de la Patria y sus pobladores ribereños”. *Historia Crítica*, n. 68 (abril), 67–91. <https://doi.org/10.7440/histcrit68.2018.04>.
- Boccaletti, Giulio. 2021. *Water. A biography*. Nueva York: Pantheon.
- Bonneuil, Christophe, y Jean-Baptiste Fressoz. 2016. *The Shock of the Anthropocene: The Earth, History, and Us*. Londres; Brooklyn: Verso.
- Boym, Svetlana. 2015. *El Futuro de la Nostalgia*. Traducido por Jaime Blasco Castiñeyra. Boadilla del Monte: A. Machado Libros.
- Braidotti, Rosi. 2019. *El conocimiento posthumano*. Barcelona: Gedisa editorial.
- Brisson, Jorge. 1899. *Viajes por Colombia. En los años de 1891 a 1897*. Bogotá: Imprenta Nacional.
- Buehrer, David. 1990. “‘A Second Chance on Earth’: The Postmodern and the Post-Apocalyptic in García Márquez’s *Love in the Time of Cholera*”. *Critique: Studies in Contemporary Fiction* 32 (1): 15–26. <https://doi.org/10.1080/00111619.1990.9933795>.
- Buell, Lawrence. 1996. *The Environmental Imagination: Thoreau, Nature Writing, and the Formation of American Culture*. Cambridge: Harvard University Press.
- ———. 2001. *Writing for an Endangered World: Literature, Culture, and Environment in the U. S. and Beyond*. Cambridge: Harvard University Press.
- ———. 2005. *The Future of Environmental Criticism: Environmental Crisis and Literary Imagination*. Malden: Blackwell.

- Bushnell, David. 1994. *Colombia, una nación a pesar de sí misma: de los tiempos precolombinos a nuestros días*. Bogotá: Planeta.
- Caballero Bonald, José Manuel. 2024. *Una travesía por el río Magdalena*. Barranquilla: Editorial Uninorte.
- Caballero Calderón, Eduardo. 1963. “Dónde estamos parados”. En *Obras*, volumen II: 269–77. Medellín: Editorial Bedout.
- Cacia Prada, Antonio. 1990. *Salvador Camacho Roldán*. Tunja: Publicaciones de la Academia Boyacense de Historia.
- Camacho Roldán, Salvador. 1897. *Notas de Viaje. Colombia y Estados Unidos de América*. Bogotá, París: Garnier Hermanos, Librería Colombiana.
- Capote Díaz, Virginia. 2016. *Reescribir la violencia: Narrativas de la memoria en la literatura femenina colombiana contemporánea*. Peter Lang B.
- ———. 2021. “La literatura escrita por mujeres hoy: aproximación a su recepción y notas preliminares a un fenómeno incipiente. El caso de Colombia”. *Kamchatka. Revista de análisis cultural*, núm. 17 (julio), 453. <https://doi.org/10.7203/KAM.17.18708>.
- Caracciolo, Marco. 2021. *Narrating the Mesh: Form and Story in the Anthropocene*. Charlottesville, Londres: University of Virginia Press.
- Caracol Radio. 2002. “Liberado el último de los secuestrados en la Ciénaga del Torno”, el 4 de febrero de 2002. https://caracol.com.co/radio/2002/02/04/judicial/1012806000_080037.html
- ———. 2007. “Ramón Isaza admite que las víctimas de los paramilitares las lanzaban al río”, el 28 de enero de 2007. https://caracol.com.co/radio/2007/01/26/judicial/1169833620_383667.html.
- Carballo, Emmanuel. 1967. “Gabriel García Márquez, un gran novelista latinoamericano”. *Revista de la Universidad de México*, núm. 3.
- Cárdenas Santamaría, Jorge Andrés. 2017. “Representación narrativa de la violencia y el conflicto armado en la obra En el brazo del río de Marbel Sandoval”. *Cuadernos de Literatura*, n. 26 (noviembre). <https://doi.org/10.15648/cl.26.2017.6>.
- Castaño Restrepo, Germán. 2007. “Cultura popular, oralidad y literatura en ‘Los funerales de la Mamá Grande’”. *Anales de Literatura Hispanoamericana* 36:255–68.
- Castaño Uribe, Carlos. 2003. *Río Grande la Magdalena*. Cali: Banco de Occidente.
- Ceballos Gómez, Diana L. 2006. “Desde la formación de la República hasta el Radicalismo Liberal (1830-1886)”. En *Historia de Colombia. Todo lo que hay que saber*. Bogotá: Taurus.
- Centro Nacional de Memoria Histórica. 2013. *Desaparición Forzada. Tomo II (Huellas y Rostros de la Desaparición Forzada)*. Bogotá: Centro Nacional de Memoria Histórica.
- ———. 2014a. *Desaparición Forzada. Tomo I (Normas y dimensiones de la desaparición forzada en Colombia)*. Bogotá: Centro Nacional de Memoria Histórica.
- ———. 2014b. *Desaparición Forzada. Tomo III (Entre la incertidumbre y el dolor. Impacto psicosociales)*. Bogotá: Centro Nacional de Memoria Histórica.
- ———. 2014c. *Desaparición Forzada. Tomo IV (Balance de la acción del Estado Colombiano frente a la desaparición forzada)*. Bogotá: Centro Nacional de Memoria Histórica.
- ———. 2014d. “Ese día la violencia llegó en canoa...”: *memorias de un retorno: caso de las poblaciones palafíticas del complejo lagunar Ciénaga Grande de Santa Marta*. Primera edición. Bogotá: Centro Nacional de Memoria Histórica.
- ———. 2016. *Hasta encontrarlos. El drama de la desaparición forzada en Colombia*. Bogotá: Centro Nacional de Memoria Histórica.
- ———. 2017. *Memoria de la infamia. Desaparición forzada en el Magdalena Medio*. Bogotá: Centro Nacional de Memoria Histórica.

- ———. 2019. *El estado suplantado: las autodefensas de Puerto Boyacá*. Serie Informes sobre el origen y la actuación de las agrupaciones paramilitares en las regiones, informe no. 4. Bogotá: Centro Nacional de Memoria Histórica.
- ———. 2020. *Isaza, el clan paramilitar. Las autodefensas campesinas del Magdalena Medio*. Serie Informes sobre el origen y la actuación de las agrupaciones paramilitares en las regiones, informe no. 6. Bogotá: Centro Nacional de Memoria Histórica.
- ———. 2022a. *La tierra se quedó sin canto. Trayectoria e impactos del Bloque Norte en los departamentos de Atlántico, Cesar, La Guajira y Magdalena. Tomo I*. Vol. 1. 2 vols. Serie Informes sobre el origen y la actuación de las agrupaciones paramilitares en las regiones, informe no. 11. Bogotá: Centro Nacional de Memoria Histórica.
- ———. 2022b. *La tierra se quedó sin canto. Trayectoria e impactos del Bloque Norte en los departamentos de Atlántico, Cesar, La Guajira y Magdalena. Tomo II*. Vol. 2. 2 vols. Serie Informes sobre el origen y la actuación de las agrupaciones paramilitares en las regiones, informe no. 11. Bogotá: Centro Nacional de Memoria Histórica.
- Cervera Salinas, Vicente. 2014. “Genesis y contextos de El amor en los tiempos del colera o cuando Gabo se despidió de Macondo”. *Cartaphilus. Revista de investigación y crítica estética*, n. 13, 84–93.
- Chakrabarty, Dipesh. 2009. “The Climate of History: Four Theses”. *Critical Inquiry* 35 (2): 197–222. <https://doi.org/10.1086/596640>.
- Chen, Cecilia, Janine MacLeod, y Astrida Neimanis. 2013. *Thinking with Water*. Montreal: McGill-Queen’s University Press.
- Cohen, Jeffrey Jerome. 2015. *Stone: An Ecology of the Inhuman*. Minneapolis: University of Minnesota Press.
- Colmenares, Germán. 1997. *Partidos políticos y clases sociales*. Santafé de Bogotá: Tercer Mundo Editores.
- Consejo de Redacción. 2018. “Conoce los detalles del lanzamiento de ‘Ríos de vida y muerte’”. el 18 de mayo de 2018. <https://consejoderedaccion.org/noticia/conoce-detalles-lanzamiento-rios-vida-muerte/>.
- Coole, Diana, y Samantha Frost. 2010. *New Materialisms: Ontology, Agency, and Politics*. Durham & Londres: Duke University Press.
- Cormagdalena. 2021. *Atlas: Cuenca del Río Grande de la Magdalena*. Bogotá: Cormagdalena.
- Correa Restrepo, Juan Santiago. 2011. *Ferrocarriles y tranvías en Antioquia*. Bogotá: Editorial CESA.
- ———. 2018. *Trenes y puertos en Colombia. El ferrocarril de Bolívar (1865-1941)*. Bogotá: Editorial CESA.
- Correa Restrepo, Juan Santiago, y Andrés Felipe Reyes Pérez. 2022. “Conectividad fluvial y ferroviaria del Caribe colombiano en los siglos XIX y XX: el ferrocarril de Cartagena”. *Memorias*, núm. 47 (julio), 162–91. <https://doi.org/10.14482/memor.47.385>.
- Crutzen, Paul J. 2002. “Geology of Mankind The Anthropocene”. *Nature* 415 (enero).
- Cunha, Dilip da. 2018a. “River literacy and the challenge of a rain terrain”. En *Critical humanities from India: contexts, issues, futures*, editado por D. Venkat Rao. Londres; Nueva York: Routledge.
- ———. 2018b. *The invention of rivers: Alexander’s eye and Ganga’s descent*. Philadelphia: University of Pennsylvania Press.
- Curcio Altamar, Antonio. 1957. *Evolución de la novela en Colombia*. Bogotá: Instituto Caro y Cuervo.
- Davis, Wade. 2020. *Magdalena: River of Dreams*. Nueva York; Toronto: Alfred A. Knopf.
- ———. 2021. *Magdalena. Historias de Colombia*. Bogotá: Planeta.

- Davis, Wade, Sonia Achila Montañez, Alberto Baraya, Mónica L. Espinosa Arango, Germán Ferro Medina, Juan D. Restrepo Ángel, Efraín Sánchez Cabra, y Andrés Ospina. 2021. *Río Magdalena: territorios posibles*. Bogotá: Banco de la República.
- De Wolff, Kim, Rina C. Faletti, y Ignacio López-Calvo, eds. 2022. *Hydrohumanities: water discourse and environmental futures*. Oakland, California: University of California Press.
- Deas, Malcolm. 1993. *Del poder y la gramática y otros ensayos sobre historia, política y literatura colombianas*. Bogotá: Tercer Mundo Editorial
- Deas, Malcolm D. 1997. “Prólogo”. En *Edward Wallhouse Mark: acuarelas*. Bogotá: Banco de la República, El Áncora.
- DeLoughrey, Elizabeth M. 2019. *Allegories of the Anthropocene*. Duke University Press.
- Del Valle Idárraga, Mónica María, Jorge Antonio Mejía Escobar, y Luisa Rubiela Bárcenas Mantilla. 2020. “Escritores sobre el Río Grande de la Magdalena (Colombia): Memorias del Agua”. *Revista Iberoamericana* 86 (270): 109–30. <https://doi.org/10.5195/reviberoamer.2020.7890>.
- Díaz, Eugenio. 2020. “Manuela”. En *Museo de cuadros de costumbres y variedades. Tomo II*, de José María Vergara y Vergara, editado por Felipe Martínez Pinzón. Bogotá: Universidad de los Andes, Universidad del Rosario.
- Díaz Angarita, Sandra Lorena, y María Rosario Rojas Robles. 2024. “El Salto de Honda: un lugar-actante en la historia de Colombia”. *Gestión y Ambiente* 26 (1): 14. <https://doi.org/10.15446/ga.v26n1.104280>.
- Diener, Samuel. 2020. “New Materialism (Review)”. *The Year's Work in Critical and Cultural Theory* 28 (1): 44–65.
- Dobrin, Sidney I. 2021. *Blue Ecocriticism and the Oceanic Imperative*. Routledge Environmental Humanities. Abingdon, Oxon: Routledge.
- Dünne, Jörg, y Jenny Haase, eds. 2024. *Estéticas de la tierra en América Latina: literatura, cine, arte*. Iberoamericana Editorial Vervuert.
- Edwards, Paul N. 2003. “Infrastructure and Modernity”. En *Modernity and Technology*, editado por Thomas Misa, Philip Brey, y Andrew Feenberg, 182–225. Cambridge, MA: MIT Press.
- Emmett, Robert S., y David E. Nye. 2017. *The Environmental Humanities: A Critical Introduction*. Cambridge, MA: MIT Press.
- Escobar, Arturo. 2014. *Sentipensar con la tierra*. Bogotá: Ediciones UNAULA.
- Escobar Muriel, Oswaldo. 2022. *Los rieles de una ilusión: historia del Ferrocarril del Norte (1870-1950)*. Bogotá: Editorial Pontificia Universidad Javeriana.
- Escobar Villegas, Julia. 2024. “El río Magdalena como guardián de memoria y árbol de agua de Colombia en Los escogidos y Grávido río”. *Recherches* 32: 169–79. <https://doi.org/10.4000/11uz8>.
- Etter, Andrés, Clive McAlpine, y Hugh Possingham. 2008. “Historical Patterns and Drivers of Landscape Change in Colombia Since 1500: A Regionalized Spatial Approach”. *Annals of the Association of American Geographers* 98 (1): 2–23. <https://doi.org/10.1080/00045600701733911>.
- Etter, Andrés, y Willem Van Wyngaarden. 2000. “Patterns of Landscape Transformation in Colombia, with Emphasis in the Andean Region”. *AMBIO: A Journal of the Human Environment* 29 (7): 432–39. <https://doi.org/10.1579/0044-7447-29.7.432>.
- Fadellin, Nicole. 2022. “Infrastructure Studies and Literature in Latin America and the Caribbean”. En *The Routledge Companion to Twentieth and Twenty-First Century Latin American Literary and Cultural Forms*, editado por Guillermina De Ferrari y Mariano Siskind, 1a ed., 294–301. Londres: Routledge. <https://doi.org/10.4324/9780429058912>.

- Fals Borda, Orlando. 2002. *Historia doble de la Costa. Tomo I. Mompox y Loba*. Segunda edición. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, Banco de la República, El Áncora Editores.
- Ferro, Germán. 2013. “El río Magdalena. Territorio y cultura en movimiento”. *Boletín Cultural y Bibliográfico* 47 (84).
- Ferro, Germán. 2021. “Catorce abordajes para vadear el río Magdalena y no ahogarnos en la indiferencia.” En *Río Magdalena: territorios posibles*. Bogotá: Banco de la República.
- Fischer, Thomas. 2003. “Empresas de navegación en el río Magdalena durante el siglo XIX: dominación extranjera y lucha por el monopolio”. En *Empresas y empresarios en la historia de Colombia, siglos XIX-XX: una colección de estudios recientes*, editado por Carlos Dávila L. de Guevara, Cepal, Universidad de los Andes. Vol. 2. Bogotá.
- Fleming, Sean W. 2017. *Where the river flows: scientific reflections on Earth's waterways*. Princeton: Princeton University Press.
- Flores, William. 2021. “Dark Ecology in One Hundred Years of Solitude and Love in the Time of Cholera”. En *The Oxford Handbook of Gabriel García Márquez*, editado por Gene H. Bell-Villada y Ignacio López-Calvo, Oxford University Press.
- Forero Flórez, Jaime Andrés, y Alice Beuf. 2023. “El río Magdalena de cara al país. Abandono, nuevos usos y territorialidades en conflicto”. En *Geografía de Colombia desde sus Territorios. Tomo II*, editado por Alice Beuf. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- Fornoff, Carolyn, y Gisela Heffes, eds. 2021. *Pushing past the human in Latin American cinema*. Albany: State University of New York Press.
- Francesco. 2015. *Laudato si'. Lettera enciclica sulla cura della casa comune*. Milán: Paoline Editoriale.
- Franco, Jean. 2005. “Dr. Urbino's Parrot”. En *Love in the Time of Cholera* (Bloom's Modern Critical Interpretations), editado por Harold Bloom, 99–113. Philadelphia: Chelsea House.
- Fuentes Delgado, José Eduardo. 2022. “Desaparición de las islas: cambios ambientales en el delta del río Magdalena desde la cartografía histórica.” *Historia y Espacio* 18 (58). <https://doi.org/10.25100/hye.v18i58.11446>.
- Gallego Cuiñas, Ana, ed. 2021. *Novísimas: las narrativas latinoamericanas y españolas del siglo XXI*. Iberoamericana Vervuert.
- Galvis-Aponte, Luis Armando, y Camilo Andrés Quintero-Fragozo. 2017. “Geografía económica de los municipios ribereños del Magdalena”. Bogotá, Colombia: Banco de la República. <https://doi.org/10.32468/dtseru.265>.
- Galvis Rivera, Federico. 2011. “La nación en el espejo: el referente estadounidense en las Notas de Viaje de Salvador Camacho Roldán”. Maestría en Historia, Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- Gamble, Christopher N., Joshua S. Hanan, y Thomas Nail. 2019. “What Is New Materialism?” *Angelaki* 24 (6): 111–34. <https://doi.org/10.1080/0969725X.2019.1684704>.
- García Dussán, Éder. 2015. “Reflejos de la identidad social en la cuentística de Gabriel García Márquez”. *Estudios de Literatura Colombiana*, núm. 37 (junio). <https://doi.org/10.17533/udea.elc.n37a05>.
- García Márquez, Gabriel. 1966. “Exclusiva: ‘Cien años de soledad’ (Primer capítulo de su novela inédita)”. *El Espectador*, el 1 de mayo de 1966, sec. Magazin Dominical.
- ———. 1981. “El río de nuestra vida”. *El Espectador*, el 22 de marzo de 1981.
- ———. 1997. *El amor de los tiempos del cólera*. Barcelona: Penguin Random House Grupo Editorial.
- ———. 1998a. *El general en su laberinto*. Barcelona: Penguin Random House Grupo Editorial.

- ———. 1998b. *La bojarasca*. Barcelona: Penguin Random House Grupo Editorial.
- ———. 1999a. *El coronel no tiene quien le escriba*. Barcelona: Penguin Random House Grupo Editorial.
- ———. 1999b. *La mala hora*. Barcelona: Penguin Random House Grupo Editorial.
- ———. 2002. *Vivir para contarla*. Madrid: Penguin Random House Grupo Editorial.
- ———. 2007. *Cien años de soledad (Edición conmemorativa)*. Barcelona: Real Academia Española, Asociación de Academias de la lengua española.
- ———. 2010. “La soledad de América Latina - Estocolmo, Suecia, 8 de diciembre de 1982”. En *Yo no vengo a decir un discurso*, de Gabriel García Márquez. Barcelona: Penguin Random House Grupo Editorial.
- ———. 2015. *Crónica de una muerte anunciada*. Barcelona: Penguin Random House Grupo Editorial.
- ———. 2019. *Todos los cuentos*. Barcelona: Penguin Random House Grupo Editorial.
- Gardeazabal Bravo, Carlos, Catalina Arango Correa, y Carolina Sánchez. 2025. “Estéticas más que humanas de la violencia y la memoria en Colombia”. *Visitas al Patio* 19 (1): 9–19.
- Gardeazabal Bravo, Carlos. 2025. “Petroficción, fotografía y memoria en Recuerdos del río volador de Daniel Ferreira”. *Visitas al Patio* 19 (1): 59–82. <https://doi.org/10.32997/RVP-vol.19-num.1-2025-3786>.
- Gerbi, Antonello. 1993. *La disputa del Nuevo Mundo: historia de una polémica, 1750 - 1900*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Gilard, Jacques. 1976. “Cronología de los primeros textos literarios de Garcia Marquez (1947-1955)”. *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana* 2 (3): 95. <https://doi.org/10.2307/4529784>.
- Glotfelty, Cheryll. 1996. “Introduction: Literary Studies in an Age of Environmental Crisis”. En *The ecocriticism reader: landmarks in literary ecology*, editado por Cheryll Glotfelty y Harold Fromm. Athens: University of Georgia Press.
- Gobierno de Colombia, y FARC-EP. 2016. “Acuerdo final para la terminación del conflicto y la construcción de una paz estable y duradera”.
- Gómez, Ramón. 1880. *Apuntes de viaje*. Bogotá: Imprenta de Gaitán.
- Gómez Picón, Rafael. 1945. *Magdalena. Rio de Colombia*. Cuarta edición ilustrada y Popular. Bogotá: Editorial Nuevo Mundo.
- Gomez-Barris, Macarena. 2017. *The Extractive Zone: Social Ecologies and Decolonial Perspectives. Dissident Acts*. Durham (N.C.): Duke University Press.
- Grupo de Memoria Histórica, ed. 2013. *¡Basta ya! Colombia, memorias de guerra y dignidad: informe general*. Bogotá: Centro Nacional de Memoria Histórica.
- Gudynas, Eduardo. 2014. *Derechos de la naturaleza: ética biocéntrica y políticas ambientales*. Lima: Programa Democracia y Transformación Global.
- Guzmán Campos, German, Orlando Fals Borda, y Eduardo Umaña Luna. 1962. *La violencia en Colombia. Estudio de un proceso social. Tomo I*. Bogotá: Ediciones Tercer Mundo.
- Haraway, Donna. 1992. “The Promises of Monsters: A Regenerative Politics for Inappropriate/d Others”. En *Cultural Studies*, editado por Lawrence Grossberg, Cary Nelson, y Paula Treichler. Nueva York: Routledge.
- Haraway, Donna Jeanne. 2003. *The companion species manifesto: dogs, people, and significant otherness*. Paradigm 8. Chicago: Prickly Paradigm Press.
- Hartog, François. 2003. *El espejo de Heródoto. Ensayo sobre la representación del otro*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Hazera, Lydia D. 1973. “Estructura y temática de «La mala hora» de Gabriel García Márquez”. *Thesaurus* XXVIII (3).

- Heffes, Gisela. 2013. *Políticas de la destrucción, poéticas de la preservación: apuntes para una lectura (eco)crítica del medio ambiente en América Latina*. Rosario: Viterbo.
- ———. 2014. “Para una ecocrítica latinoamericana: entre la postulación de un ecocentrismo crítico y la crítica a un antropocentrismo hegemónico. Introducción”. *Revista de crítica literaria latinoamericana*, núm. 79, 11–34.
- ———. 2022. “Estratos sumergidos y la condición del conocimiento en América Latina”. *Tabula Rasa*, 29–46. <https://doi.org/10.25058/20112742.n46.02>.
- ———. 2023. *Visualizing Loss in Latin America: Biopolitics, Waste, and the Urban Environment*. Cham: Springer International Publishing.
- Heise, Ursula K. 2010. *Sense of Place and Sense of Planet: The Environmental Imagination of the Global*. Nachdr. Oxford: Oxford University Press.
- Henao, Simón. 2020. “El río y sus despojos. Perspectivas estéticas de la desposesión en Colombia”. *Cuadernos del CILHA*, núm. 33, 167–88.
- Herendeen, Wyman H. 1982. *From landscape to literature: the river and the myth of geography*. Pittsburgh, PA: Duquesne University Press.
- Hernández Acosta, Miguel Ángel. 2023. “Los escogidos, de Patricia Nieto, la construcción de la trama como origen de lo literario en la crónica”. *HArtes* 4 (8): 138–58. <https://doi.org/10.61820/ha.2954470X.v4n8.1138>.
- Herrera, Martha Cecilia, y Alfonso Torres Carrillo. 2022. “El Magdalena, río de tumbas y ánimas benditas: las persistencias de las memorias”. *Historia y memoria*, n. 26 (diciembre), 235–68. <https://doi.org/10.19053/20275137.n26.2023.14266>.
- Holland, Patrick, y Graham Huggan. 2010. *Tourists with Typewriters: Critical Reflections on Contemporary Travel Writing*. Ann Arbor: University of Michigan Press.
- Homero. 2006. *La Odisea*. Editado por Antonio López Eire. Traducido por Luis Segalá y Estalella. Madrid: Austral.
- Hoyos, Héctor. 2019. *Things with a History: Transcultural Materialism and the Literatures of Extraction in Contemporary Latin America*. Columbia University Press. <https://doi.org/10.7312/hoyo19304>.
- ———. “Matter”. En *Handbook of Latin American Environmental Aesthetics*, editado por Jens Andermann, Gabriel Giorgi, y Victoria Saramago. Berlin Boston: De Gruyter. <https://doi.org/10.1515/9783110775907>.
- Ingold, Tim. 2000. *The Perception of the Environment: Essays on Livelihood, Dwelling and Skill*. Londres: Routledge.
- Iovino, Serenella. 2006. *Ecologia letteraria: una strategia di sopravvivenza*. Milano: Ambiente.
- ———. 2016. *Ecocriticism and Italy: Ecology, Resistance, and Liberation*. Londres: Bloomsbury.
- Iovino, Serenella, y Serpil Oppermann. 2012. “Theorizing Material Ecocriticism: A Diptych”. *Interdisciplinary Studies in Literature and Environment* 19 (3): 448–75. <https://doi.org/10.1093/isle/iss087>.
- ———, eds. 2014. *Material Ecocriticism*. Bloomington: Indiana University Press.
- Isherwood, Christopher. 1949. *The Condor And The Cows*. Londres: Methuen & Co.
- Jacobs, Michael. 2013. *The Robber of Memories: A River Journey through Colombia*. Berkeley: Counterpoint Press.
- Jaramillo Agudelo, Darío, ed. 2012a. *Antología de crónica latinoamericana actual*. Madrid: Alfaguara.
- ———. 2012b. “Collage sobre la crónica latinoamericana del siglo veintiuno”. En *Antología de crónica latinoamericana actual*, editado por Darío Jaramillo Agudelo, 11–51. Madrid: Alfaguara.

- Jaramillo Uribe, Jaime. 1982. *El pensamiento colombiano en el siglo XIX*. Bogotá: Editorial Temis.
- JEP. 2022. “El ambiente como víctima silenciosa. Un diagnóstico de las afectaciones en el posacuerdo de paz (2017-2022)”. Bogotá: Jurisdicción Especial para la Paz.
- ———. 2024. “Entre avances ambivalentes y afectaciones persistentes. El asedio al medio ambiente natural y las posibilidades de prevenir los ecocidios en Colombia (2022-2024)”. Bogotá: Jurisdicción Especial para la Paz.
- Jiménez de Quesada, Gonzalo. 1892. “Epítome de la Conquista del nuevo Reino de Granada (1536)”. En *Colección de documentos inéditos sobre la geografía y la historia de Colombia*, editado por Antonio Basilio Cuervo. Vol. II. Bogotá: Vapor de Zalamea.
- Jones, Brandon. 2018. “Mattering”. En *Posthuman Glossary*, editado por Rosi Braidotti y Maria Hlavajova, 244–47. Londres: Bloomsbury.
- Julius Berger Konsortium. 2019. *Memoria detallada de los estudios del Río Magdalena, obras proyectadas para su arreglo y resumen del presupuesto*. Bogotá: Sociedad Geográfica de Colombia, Academia de ciencias geográficas.
- Kalmanovitz, Salomón. 2018. *Breve historia económica de Colombia*. Bogotá: Ministerio de Cultura.
- Kaul, Chris. 2020. “A Review of Magdalena: River of Dreams. A Portrait of a River.” *ReVista. Harvard Review of Latin America* XIX (3). <https://revista.drclas.harvard.edu/magdalena-river-of-dreams/>
- Kelly, Jason M., Philip Scarpino, Helen Berry, James Syvitski, y Michel Meybeck, eds. 2017. *Rivers of the Anthropocene*. Oakland: University of California Press. <https://doi.org/10.1525/luminos.43>.
- Kressner, Ilka, Ana María Mutis, y Elizabeth M. Pettinaroli, eds. 2021. *Ecofictions, Ecorealities and Slow Violence in Latin America and the Latinx World*. Nueva York, Londres: Routledge, Taylor & Francis Group.
- Lago Graña, Josefa. 2015. “La colmena y el hormiguero: una lectura eco-crítica de ‘Cien años de soledad’”. *Káñina* 39 (1): 141. <https://doi.org/10.15517/rk.v39i1.18407>.
- Lahiri-Dutt, Kuntala. 2000. “Imagining Rivers”. *Economic and Political Weekly* 35 (27): 2395-2397.
- ———. 2014. “Beyond the Water-Land Binary in Geography: Water/Lands of Bengal Re-Visioning Hybridity”.
- Larkin, Brian. 2013. “The Politics and Poetics of Infrastructure”. *Annual Review of Anthropology* 42 (1): 327–43. <https://doi.org/10.1146/annurev-anthro-092412-155522>.
- Latour, Bruno. 2007. *Reassembling the Social: An Introduction to Actor-Network-Theory*. Oxford: Oxford Univ. Press.
- Linton, Jamie. 2010. *What Is Water? The History of a Modern Abstraction*. Vancouver (Canadá): UBC Press.
- Londoño Krakusin, Margarita. 2000. “Novela histórica e intertexto musical Wagner y Verdi en Pax”. En *Literatura y Cultura. Narrativa colombiana del siglo XX. Volumen 1. La nación moderna. Identidad*, editado por María Mercedes Jaramillo, Betty Osorio, y Angela I. Robledo. Bogotá: Ministerio de Cultura.
- López Arévalo, Robinson. 2018. “Salvador Camacho Roldán. Lector y vendedor de libros”. En *Lectores, editores y cultura impresa en Colombia: siglos XVI-XXI*, editado por Diana Paola Guzmán Méndez, Paula Andrea Marín Colorado, Juan David Murillo Sandoval, y Miguel Ángel Pineda Cupa. Bogotá: Universidad Jorge Tadeo Lozano. <https://doi.org/10.2307/j.ctvc5pc42>.

- ———. 2022. “La Librería colombiana. Entre la nación y el mercado internacional (1882-1900)”. Maestría en Bibliotecología y Estudios de la Información, México DF: Universidad Nacional Autónoma de México.
- Lúquez Fonseca, Jesús. 2013. “Diez omisiones narrativas en La hojarasca”. *Letralía. Tierra de Letras* XVIII (292).
- Madiedo, Manuel María. 1859. *Poesías, precedidas de un tratado de métrica*. Bogotá: Imprenta de la Nación.
- ———. 2018. *La maldición*. Bogotá: Diente de León.
- Madriñan, Santiago. 2014. “Flora de Macondo”. *Boletín Cultural y Bibliográfico* 48 (85): 66–99.
- Malm, Andreas. 2020. *Capital fósil: el auge del vapor y las raíces del calentamiento global*. Madrid: Capitán Swing.
- Marín Colorado, Paula Andrea. 2012. “La narrativa de Gabriel García Márquez vista por Ángel Rama y la recepción de su crítica en Colombia”. *Estudios de Literatura Colombiana*, núm. 30, 109–28.
- Márquez Calle, Germán. 2022. *Una Historia natural y ambiental de Macondo*. 1st ed. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, Unibiblos.
- Márquez Calle, Germán Eugenio. 2022. “Un río difícil. El Magdalena: historia ambiental, navegabilidad y desarrollo”. *Memorias* 28 (marzo):29–60. <https://doi.org/10.14482/memor.28.8108>.
- Marroquín, Lorenzo. 1907. *PAX. Novela de costumbres latinoamericanas (dos prólogos: Dr. Miguel Navia, Guillermo Camacho)*. 2da edición. Bogotá: Imprenta de la Luz.
- Martin, Gerald. 2009. *García Márquez: Una vida*. Barcelona: Debate.
- ———. 2012. *The Cambridge Introduction to Gabriel García Márquez*. Cambridge: Cambridge University Press. <https://doi.org/10.1017/CBO9780511843549>.
- Martínez, Frédéric. 2001. *El nacionalismo cosmopolita: La referencia a Europa en la construcción nacional en Colombia, 1845-1900*. Institut français d'études andines. <https://doi.org/10.4000/books.ifea.2819>.
- Martínez, Juliana. 2020. *Haunting without ghosts: spectral realism in Colombian literature, film, and art*. Austin: University of Texas Press.
- Martínez-Pinzón, Felipe. 2011. “Tránsitos por el río Magdalena: el boga, el blanco y las contradicciones del liberalismo colombiano de mediados del siglo XIX”. *Estudios de Literatura Colombiana*, núm. 29, 17–41. <https://doi.org/10.17533/udea.elc.12909>.
- ———. 2013. “Celebrar la indisciplina: Candelario Obeso, la lengua inasimilable y el ocio productivo”. *Afro-Hispanic Review* 32 (1).
- ———. 2016. *Una cultura de invernadero: trópico y civilización en Colombia (1808-1928)*. Madrid Frankfurt am Main: Iberoamericana Vervuert.
- ———. 2020. “Estudio introductorio”. En *Museo de cuadros de costumbres y variedades. Tomo I*, de José María Vergara y Vergara, editado por Felipe Martínez Pinzón. Bogotá: Universidad de los Andes, Universidad del Rosario.
- McGrady, Donald. 1963. “Sobre una alusión literaria en la novela PAX”. *Revista Iberoamericana* XXIX (55).
- Meisel Roca, Adolfo. 2020. *Casandra del desarrollo regional: la Liga Costeña*. Barranquilla.
- Mejía Rivera, Orlando, y Orlando Araujo Fontalvo. 2015. “El arquetipo de Macondo (Las babuchas, los almendros y las flores amarillas en Cien años de soledad)”. En *El legado de Macondo. Antología de ensayos críticos sobre Gabriel García Márquez*. Barranquilla: Universidad del Norte.
- Mendoza, Plinio Apuleyo, y Gabriel García Márquez. 1994. *El olor de la guayaba*. Barcelona: Mondadori.

- Menton, Seymour. 1993. *La nueva novela histórica de la América Latina, 1979-1992*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Mentz, Steve. 2020. *Ocean*. Nueva York: Bloomsbury Academic & Professional.
- ———. 2023. *An Introduction to the Blue Humanities*. Nueva York: Routledge. <https://doi.org/10.4324/9781003166665>.
- Mentz, Steven. 2009. "Toward a Blue Cultural Studies: The Sea, Maritime Culture, and Early Modern English Literature". *Literature Compass* 6 (5): 997–1013. <https://doi.org/10.1111/j.1741-4113.2009.00655.x>.
- Mogollón Vélez, José V. 2013. *El Canal del Dique: historia de un desastre ambiental*. Bogotá: El Ancora Editores.
- Molano Osorio, Ingrid Vanessa. 2022. "Signos cardinales de Libia Posada y En el brazo del río de Marbel Sandoval: narrativas cartográficas sobre los cuerpos del desplazamiento forzado". *Escritos* 30 (64): 25–40. <https://doi.org/10.18566/escr.v30n64.a02>.
- Molano Vega, Mario Alejandro, y Elkin Rubiano, eds. 2011. *La violencia en Colombia según Fernando Botero: consideraciones historiográficas, estéticas y semióticas*. Bogotá: Universidad de Bogotá Jorge Tadeo Lozano.
- Moore, Jason W. 2020. *El capitalismo en la trama de la vida. Ecología y acumulación de capital*. Madrid: Traficantes de sueños.
- Mora Pacheco, Katherine Giselle, y José David Cortés Guerrero. 2021. "Bajo el sol ardiente y la lluvia torrencial. Viajeros extranjeros y clima colombiano en el siglo XIX". *Anuario de Historia Regional y de las Fronteras* 26 (2). <https://doi.org/10.18273/revanu.v26n2-2021005>.
- Moraña, Mabel. 1990. "Modernity and Marginality in Love in the Time of Cholera". *Studies in 20th & 21st Century Literature* 14 (1). <https://doi.org/10.4148/2334-4415.1241>.
- Moreno Blanco, Juan. 2023. "Hernando Téllez y el cambio de la escritura garciamarquiana de 1952". *Entretextos* 17 (32): 322–29. <https://doi.org/10.5281/ZENODO.7883703>.
- Murillo Sandoval, Juan David. 2017. "La aparición de las librerías colombianas. Conexiones, consumos y giros editoriales en la segunda mitad del siglo XIX". *Historia Crítica*, núm. 65 (junio), 49–69. <https://doi.org/10.7440/histcrit65.2017.03>.
- Museo Nacional de Colombia. 2010. *Navegando por una nación*. Bogotá: Ministerio de Cultura.
- Mutis, Ana María. 2013. "The Death of the River and the River of Death: The Magdalena River in El Amor En Los Tiempos Del Cólera and La Novia Oscura". *Hispanic Issue Online*, 12. <https://conservancy.umn.edu/items/2bf0ec1d-2819-4591-b30a-361cd503ad97>
- ———. 2014. "Del río a la cloaca: la corriente de la conciencia ecológica en la literatura colombiana". *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana* 40 (79): 181–200.
- Neimanis, Astrida. 2017. *Bodies of Water: Posthuman Feminist Phenomenology*. Londres: Bloomsbury academic.
- Nieto, Patricia. 2015. "Los escogidos: acertijos de un cronista". *Folios* 33–34:39–53.
- ———. 2020. *Los escogidos*. Valencia: La Caja Books.
- ———. 2022. *Crónicas del paraíso*. Colección Andanzas. Bogotá, Colombia: Tusquets Editores.
- Nieto Villamizar, María Camila, y María Riaño Pradilla. 2011. *Esclavos, negros libres y bogas en la literatura del siglo XIX*. Colección Prometeo. Bogotá D.C: Universidad de Los Andes, Facultad de Ciencias Sociales-CESO, Departamento de Historia.
- Nixon, Rob. 2011. *Slow Violence and the Environmentalism of the Poor*. Cambridge: Harvard University Press.

- Noguera Mendoza, Aníbal, ed. 1980a. *Crónica grande del río Magdalena*. Volumen 1. Bogotá: Ediciones Sol y Luz.
- ———. 1980b. *Crónica grande del río Magdalena*. Volumen 2. Bogotá: Ediciones Sol y Luz.
- Obeso, Candelario. 2015. *Cantos populares de mi tierra (presentación de Idelber Avelar)*. Bogotá: Ministerio de Cultura, Biblioteca Nacional de Colombia.
- O'Bryen, Rory. 2016. "Literature, Culture, and Society of the Magdalena River". En *A History of Colombian Literature*, editado por Raymond Williams, 1a ed., 215–37. Cambridge University Press. <https://doi.org/10.1017/CBO9781139963060.012>.
- ———. 2018. "On the Shores of Politics: Popular Republicanism and the Magdalena River in Candelario Obeso's Cantos Populares de Mi Tierra". *Bulletin of Latin American Research* 37 (4): 464–78. <https://doi.org/10.1111/blar.12704>.
- Ochoa Gautier, Ana María. 2014. *Aurality: Listening and Knowledge in Nineteenth-Century Colombia*. Durham: Duke University Press.
- Oppermann, Serpil. 2019a. "How the Material World Communicates. Insights from Material Ecocriticism". En *Routledge Handbook of Ecocriticism and Environmental Communication*, editado por Scott Slovic, Swarnalatha Rangarajan, y Vidya Sarveswaran. Abingdon, Oxon; Nueva York, NY: Routledge, 2019.: Routledge. <https://doi.org/10.4324/9781315167343>.
- ———. 2019b. "Storied Seas and Living Metaphors in the Blue Humanities". *Configurations* 27 (4): 443–61. <https://doi.org/10.1353/con.2019.0030>.
- ———. 2023. *Blue Humanities: Storied Waterscapes in the Anthropocene*. 1a ed. Cambridge University Press. <https://doi.org/10.1017/9781009393300>.
- ———. 2024. "Reading Storied Corals with the Scientific Poetics of Water". *Configurations* 32 (3): 281–303. <https://doi.org/10.1353/con.2024.a932026>.
- Orozco Sánchez, Jaiber Alberto, y Mauricio Genet Guzmán Chávez. 2024. "Imaginación geográfica y procesos de resignificación del río Magdalena, Colombia". *Desacatos* 74:118–33.
- Ortiz Cassiani, Javier. 2018. *Un diablo al que le llaman tren: el Ferrocarril Cartagena-Calamar*. Bogotá: Fondo de Cultura Económica.
- Oslender, Ulrich. 2008. "'Geografías del terror': un marco de análisis para el estudio del terror". *Scripta Nova. Revista electrónica de geografía y ciencias sociales* XII (270): 144.
- Ospina Pizano, María. 2017. "Natural Plots: The Rural Turn in Contemporary Colombian Cinema". En *Territories of Conflict. Traversing Colombia through Cultural Studies*, editado por Andrea Fanta, Alejandro Herrero-Olaizola, y Chloe Rutter-Jensen. Rochester: University of Rochester Press.
- Ospina Vásquez, Luis. 2017. *Industria y protección en Colombia 1810-1930*. Bogotá: Ministerio de Cultura.
- Ospina, William. 2022. *En busca de la Colombia perdida*. Literatura Random House. Bogotá, D.C., Colombia: Penguin Random House Grupo Editorial.
- Pachón Muñoz, Álvaro, y María Teresa Ramírez-Giraldo. 2006. *La infraestructura de transporte en Colombia durante el siglo XX*. Bogotá: Fondo de Cultura Económica.
- Palacio Castañeda, Germán A., ed. 2001. *Naturaleza en disputa: ensayos de historia ambiental de Colombia, 1850-1995*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, Instituto Colombiano de Antropología e Historia.
- ———. 2006. *Fiebre de tierra caliente. Una historia ambiental de Colombia 1850-1930*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, ILSA.
- Palacios, Marco. 1999. *Parábola del liberalismo*. Primera edición. Bogotá: Grupo Editorial Norma.
- Palencia-Roth, Michael. 1983. *Gabriel García Márquez: La línea, el círculo y las metamorfosis del mito*. Madrid: Gredos.

- Pérez Arbeláez, Enrique. 1949. *Hilea Magdalena*. Bogotá: Contraloría General de la República.
- Pérez Trujillo Diniz, Axel. 2022. *Imagining the Plains of Latin America: An Ecocritical Study*. Londres: Bloomsbury Academic.
- Pérez-Rincón, Mario, María Del Pilar Peralta Ardila, Fabián Méndez, y Irene Vélez-Torres. 2022. “Conflicto armado interno y ambiente en Colombia: análisis desde los conflictos ecológicos, 1960-2016”. *Journal of Political Ecology* 29 (1). <https://doi.org/10.2458/jpe.2901>.
- Pettinaroli, Elizabeth M., y Ana María Mutis. 2013. “Introduction Troubled Waters”. *Hispanic Issue Online* 12:1–18.
- Piamba Tulcán, Diva Marcela. 2016. “La flora y la fauna de Macondo: un asunto de interpretación”. *Cuadernos del Caribe*, núm. 22.
- Piedrahíta, Ignacio. 2011. *Al oído de la cordillera*. Medellín: Fondo Editorial Universidad EAFIT.
- ———. 2019. *Grávito Río*. Medellín: Fondo Editorial Universidad EAFIT.
- ———. 2020a. *La verdad de los ríos*. Bogotá: Publicaciones Semana.
- ———. 2020b. “Nos da miedo estar en la misma orilla del río”: Ignacio Piedrahíta. <https://web.comisiondelaverdad.co/actualidad/noticias/nos-da-miedo-estar-en-la-misma-orilla-del-rio-ignacio-piedrahita>.
- Piglia, Ricardo. 1980. “Notas sobre Facundo”. *Punto de Vista* 3 (8): 15–19.
- Pineda Botero, Álvaro. 1999. *La fábula y el desastre. Estudios críticos sobre la novela colombiana*. Medellín: Fondo Editorial Universidad EAFIT.
- Pineda Buitrago, Sebastián. 2012. *Breve historia de la narrativa colombiana siglos XVI-XX*. Bogotá: Siglo del Hombre Editores.
- Pizarro, Ana. 2009. *Amazonía, el río tiene voces: imaginario y modernización*. Santiago, Chile: Fondo de Cultura Económica.
- Posada Carbó, Eduardo. 1985. “La Liga Costeña de 1919, una expresión de poder regional”. *Boletín Cultural y Bibliográfico* 22 (3).
- ———. 1998. *El Caribe colombiano: una historia regional, 1870-1950*. 1. ed. en español. Bogotá: Banco de la República: Ancora Editores.
- Poveda Ramos, Gabriel. 1998. *Vapores fluviales en Colombia*. Bogotá: Tercer Mundo Editores.
- Pratt, Mary Louise. 1992. *Imperial Eyes: Travel Writing and Transculturation*. Londres, Nueva York: Routledge.
- Prescott, Laurence E. 2021. *Candelario Obeso y la iniciación de la poesía negra en Colombia*. Bogotá: Instituto Caro y Cuervo.
- Procuraduría General de la Nación. 2023. “Boletín 891 - 2023: Es un deber de Minambiente proteger el Parque Isla Salamanca: Procuraduría”. el 5 de julio de 2023. <https://www.procuraduria.gov.co/Pages/deber-minambiente-protector-parque-isla-salamanca-procuraduria.aspx>.
- Quesada-Gómez, Catalina. 2018. “Narrativas posMcOndo. La ficción colombiana del siglo XXI”. En *McCrack: McOndo, el Crack y los destinos de la literatura latinoamericana*, editado por Pablo A. J. Brescia y Oswaldo Estrada. Palabras de América 7. Valencia: Albatros.
- Rama, Ángel. 1969. “Un novelista de la violencia americana”. En *9 asedios a García Márquez*, 106–26. Santiago de Chile: Editorial Universitaria.
- ———. 1984. *La ciudad letrada*. Hanover: Ediciones del Norte.
- Rama, Ángel. 1991. *Gabriel García Márquez y la edificación de un arte nacional*. Colección Cuadernos de Gaceta. Bogotá: Instituto Colombiano de Cultura.

- Ramírez Palacios, David Alejandro. 2020. “Los mapas de la Nueva Geografía de Colombia de Francisco Javier Vergara y Velasco (1901-1902)”. *Confins*, núm. 44 (marzo). <https://doi.org/10.4000/confins.26347>.
- Reclus, Élisée. 1893. *Colombia*. Traducido por Francisco Javier Vergara y Velasco. Bogotá: Papelería de Samper Matiz.
- Restrepo Ángel, Juan D., ed. 2005. *Los sedimentos del río Magdalena. Reflejo de la crisis ambiental*. Medellín: Fondo Editorial Universidad EAFIT.
- Restrepo, J.D., A.J. Kettner, y J.P.M. Syvitski. 2015. “Recent Deforestation Causes Rapid Increase in River Sediment Load in the Colombian Andes”. *Anthropocene* 10 (junio):13–28. <https://doi.org/10.1016/j.ancene.2015.09.001>.
- Restrepo, Juan de Dios. 2020. “La Tierra Caliente”. En *Museo de cuadros de costumbres y variedades. Tomo II*, de José María Vergara y Vergara, editado por Felipe Martínez Pinzón. Bogotá: Universidad de los Andes, Universidad del Rosario.
- Rincón, Juan Camilo. 2023. “Daniella Sánchez Russo habla de ‘Vigilia’, el libro que presentará en el Hay Festival 2023”, el 26 de enero de 2023. <https://www.elpais.com.co/entretenimiento/daniella-sanchez-russo-habla-de-vigilia-el-libro-que-presentara-en-el-hay-festival-2023.html>.
- Ripple, William J, Christopher Wolf, Jillian W Gregg, Johan Rockström, Thomas M Newsome, Beverly E Law, Luiz Marques, et al. 2023. “The 2023 State of the Climate Report: Entering Uncharted Territory”. *BioScience* 73 (12): 841–50. <https://doi.org/10.1093/biosci/biad080>.
- Rivas, Medardo. 1899. *Los trabajadores de la Tierra Caliente*. Bogotá: Imprenta y Librería de Medardo Rivas.
- Rivera Garza, Cristina. 2022. *Escrituras geológicas*. Madrid; Frankfurt am Main: Iberoamericana; Vervuert.
- ———. 2023. “Geological Writings”. En *Latin American Literature in transition 1980-2018*, editado por Mónica Szurmuk y Debra A. Castillo. Cambridge, Nueva York: Cambridge University Press.
- Rivera, José Eustasio. 1921. *Tierra de promisión*. Bogotá: Casa Arboleda y Valencia.
- Rockström, Johan, Joyeeta Gupta, Dahe Qin, Steven J. Lade, Jesse F. Abrams, Lauren S. Andersen, David I. Armstrong McKay, et al. 2023. “Safe and Just Earth System Boundaries”. *Nature* 619 (7968): 102–11. <https://doi.org/10.1038/s41586-023-06083-8>.
- Rojas, Cristina. 2001. *Civilización y violencia. La búsqueda de la identidad en la Colombia del siglo XIX*. Bogotá: Editorial Norma.
- Rueda Guzmán, Lily Andrea, ed. 2022. *Conflicto armado, medio ambiente y territorio: reflexiones sobre el enfoque territorial y ambiental en la Jurisdicción Especial para la Paz*. Bogotá: Jurisdicción Especial para la Paz. <https://www.jep.gov.co/Infografias/docs/libro-comision-territorial-2022.pdf>.
- Rueda, María Helena. 2021. “Writing and Politics in García Márquez’s Early Works”. En *The Oxford Handbook of Gabriel García Márquez*, editado por Gene H. Bell-Villada y Ignacio López-Calvo, Oxford University Press.
- Rulfo, Juan. 1955. *Pedro Páramo*. Fondo de Cultura Económica.
- Safford, Frank. 2014. *El ideal de lo práctico. El desafío de formar una élite técnica y empresarial en Colombia*. 2da edición. Medellín: Fondo Editorial Universidad EAFIT.
- Saldarriaga Gutiérrez, Sebastián. 2021. “Giro rural y memorias del conflicto armado en la novela colombiana del siglo XXI”. *Catedral Tomada. Revista de crítica literaria latinoamericana* 8 (15): 35–61. <https://doi.org/10.5195/ct/2020.479>.

- Salgado, Jorge, Jonathan B. Shurin, María I. Vélez, Andrés Link, Laura Lopera-Congote, Catalina González-Arango, Fernando Jaramillo, Imenne Åhlén, y Gabriela De Luna. 2022. “Causes and Consequences of Recent Degradation of the Magdalena River Basin, Colombia”. *Limnology and Oceanography Letters* 7 (6): 451–65. <https://doi.org/10.1002/lol2.10272>.
- Samper, José María. 1860. *Ecos de los Andes. Poesía Lírica*. Imprenta de E. Thunot. Paris.
- ———. 1862. *Viajes de un colombiano en Europa. Tomo I*. Paris: Imprenta de E. Thunot y C.
- ———. 1881. *Historia de un Alma. Memorias íntimas y de historia contemporánea, 1834 á 1881*. Bogotá: Imprenta de Zalamea Hermanos.
- ———. 1963. *Ensayo sobre las revoluciones políticas y la condición social de las repúblicas colombianas Hispano-americanas; con un apéndice sobre la orografía y la población de la Confederación Granadina*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- Sánchez, Efraín. 1998. *Gobierno y geografía: Agustín Codazzi y la Comisión corográfica de la Nueva Granada*. Bogotá: El Áncora Editores.
- ———. 2017. “El río Magdalena en el siglo XIX: la ‘espina dorsal de Colombia’”. En *Banrepcultural*. https://enciclopedia.banrepcultural.org/index.php?title=El_r%C3%ADo_Magdalena_en_el_siglo_XIX:_la_%E2%80%99Espina_dorsal_de_Colombia.
- Sánchez, Carolina. 2024. “La represa es una forma de frontera. Una noción de memoria histórica ambiental a partir de la obra de Carolina Caycedo”. *Escritos* 32 (68): 1–19. <https://doi.org/10.18566/escr.v32n68.a08>.
- Sánchez Gómez, Gonzalo. 2014. *Guerras, memoria e historia*. Medellín: La Carreta Editores.
- Sánchez Russo, Daniella. 2022. *Vigilia*. Bogotá: Planeta.
- Sandoval Ordóñez, Marbel. 1997. *Gloria Cuartas. Por qué no tiene miedo*. Bogotá: Planeta.
- ———. 2006. *En el brazo del río*. Medellín: Hombre Nuevo Editores.
- ———. 2021a. “Censuras, que las hay, las hay”. *Pase la voz* (blog). el 3 de noviembre de 2021. <https://marbelsandoval.blogspot.com/2021/11/censuras-que-las-hay-las-hay.html>.
- ———. 2021b. *Conjuro contra el olvido (Trilogía)*. Madrid: Punto de vista editores.
- Sanín, Carolina. 2014. “Humanismo geológico”. *Revista Arcadia*, el 23 de septiembre de 2014.
- Santa, Eduardo. 1990. “Consideraciones en torno a la novela «Pax»”. *Thesaurus: Boletín del instituto Caro y Cuervo* 45 (2): 441–65.
- Santana-Acuña, Álvaro. 2020. *Ascent to Glory: How One Hundred Years of Solitude was written and became a global classic*. Nueva York: Columbia University Press.
- Sarmiento, Domingo Faustino. 2005. *Facundo: civilización y barbarie*. Editado por Roberto Yahni. Madrid: Cátedra.
- Scaffai, Niccolò. 2017. *Letteratura e ecologia: forme e temi di una relazione narrativa*. Roma: Carocci editore.
- Schmidt, Elmar, y Monika Wehrheim, eds. 2022. *Imaginario ecológico en América Latina: Crónicas coloniales, ensayos, novelas, cine y prácticas culturales*. Göttingen: V&R Unipress.
- “Sentencia (Ramón María Isaza Arango y otros)”. 2014. Bogotá. <https://www.fiscalia.gov.co/colombia/wp-content/uploads/2014/12/2014-05-29-82855-RAMON-ISAZA.pdf>.
- Serje, Margarita Rosa. 2011. *El revés de la nación: territorios salvajes, fronteras y tierras de nadie*. Bogotá: Ediciones Uniandes.
- Serrano, Eduardo. 2023. “Exposición Volar el Río, Sair García”. el 2 de octubre de 2023. <https://galeriaduquearango.com/blog/exposicion-volar-el-rio-sair-garcia/>.

- Sierra Mejía, Rubén, ed. 2005. *El radicalismo colombiano del siglo XIX*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- Silvestre, Luis Segundo. 1886. *Tránsito*. Bogotá: Imprenta de Silvestre y Compañía.
- Silvestri, Graciela. 2021. *Las tierras desubicadas: paisajes y culturas en la Sudamérica fluvial*. Aura. Colección Contemporánea 5. Paraná, Entre Ríos, Argentina: EDUNER.
- Skiveren, Tobias. 2023. “New Materialism and the Eco-Marxist Challenge”. *Environmental Humanities* 15 (2): 181–94. <https://doi.org/10.1215/22011919-10422355>.
- Smith, Amanda. 2025. “La deposición de cuerpos en Réquiem NN (2013): cuidado fluvial en tiempos de violencia”. *Visitas al Patio* 19 (1): 37–58. <https://doi.org/10.32997/RVP-vol.19-num.1-2025-5089>.
- Sófocles. 1981. “Antígona”. En *Tragedias*, traducido por Assela Alamillo. Madrid: Editorial Gredos.
- Sommer, Doris. 2007. *Ficciones fundacionales: las novelas nacionales de América Latina*. Bogotá: Fondo de Cultura Económica.
- Sorela, Pedro. 1988. *El otro García Márquez: Los años difíciles*. Bogotá: Editorial Oveja Negra.
- Stepan, Nancy. 2001. *Picturing Tropical Nature. Picturing History*. Londres: Reaktion Books.
- Suárez, Marco Fidel. 1907. *Análisis gramatical de “Pax”, por un sobrino de don Ramón González Mogollón*. Bogotá: Imprenta de la Luz.
- ———. 1921. *Mensaje del presidente de la República de Colombia al Congreso Nacional en las sesiones de 1921*. Bogotá: Imprenta Nacional.
- ———. 1941a. “El sueño de la canalización”. En *Los sueños de Luciano Pulgar*, editado por José J. Ortega Torres, 7:226–47. Bogotá: Editorial Voluntad.
- ———. 1941b. “El sueño del Magdalena”. En *Los sueños de Luciano Pulgar*, editado por José J. Ortega Torres, 7:135–55. Bogotá: Editorial Voluntad.
- Thompson, Carl. 2011. *Travel Writing*. Londres: Routledge.
- Thoreau, Henry David. 1985 [1849]. *A Week on the Concord and Merrimack Rivers*. En *Henry David Thoreau: A Week on the Concord and Merrimack Rivers / Walden; Or, Life in the Woods / The Maine Woods / Cape Cod*. Nueva York: Library of America.
- Tuana, Nancy. 2008. “Viscous Porosity: Witnessing Katrina”. En *Material Feminisms*, editado por Stacy Alaimo y Susan J. Hekman. Bloomington, IN: Indiana University Press.
- Tuin, Iris Van Der. 2018. “Neo / New Materialism”. En *Posthuman Glossary*, editado por Rosi Braidotti y Maria Hlavajova, 277–79. Londres: Bloomsbury.
- Uribe Celis, Carlos. 2006. “¿Regeneración o catástrofe? (1886-1930)”. En *Historia de Colombia. Todo lo que hay que saber*. Bogotá: Taurus.
- Uribe, María Victoria. 2013. “Liquid Tombs for Colombia’s Disappeared”. *ReVista. Harvard Review of Latin America* XIII (1).
- ———. 2023. *Cuerpos sin nombre, nombres sin cuerpo: Desapariciones en Colombia*. Bogotá; Medellín: Siglo del Hombre Editores.
- Valcárcel, Eva. 1997. “Símbolos de construcción y destrucción: La casa y el agua en el Monólogo de Isabel viendo llover en Macondo”. En *El cuento hispanoamericano del siglo XX: teoría y práctica*, editado por Eva Valcárcel y José Ángel Valente, 385–394. La Coruña: Universidad de da Coruña.
- Vallejo, Fernando. 2002. *La rambla paralela*. Madrid: Alfaguara.
- Van Ausdal, Shawn. 2009. “Pasture, profit, and power: An environmental history of cattle ranching in Colombia, 1850–1950”. *Geoforum* 40 (5): 707–19. <https://doi.org/10.1016/j.geoforum.2008.09.012>.
- Vargas Llosa, Mario. 1972. *Historia de un deicidio*. Barcelona, Caracas: Monte Ávila Editores.

- Vélez de Piedrahita, Rocío. 2014. *Marco Fidel Suárez y Luciano Pulgar: el político y el hombre de letras*. Medellín: Fondo Editorial Universidad EAFIT.
- Verdad Abierta. 2011. “El Incora, ’40’ y sus ladrones de tierras”, el 28 de marzo de 2011. <https://verdadabierta.com/el-incora-40-y-sus-ladrones-de-tierras/>.
- Vergara y Velasco, Francisco Javier. 1901. *Nueva geografía de Colombia*. Bogotá: Imprenta de Vapor.
- ———. 1907. *Un nuevo escritor militar. Pax y el arte de la guerra*. Bogotá: Imprenta Eléctrica.
- Vergara y Vergara, José María. 2020. *Museo de cuadros de costumbres y variedades. Tomo II*. Editado por Felipe Martínez Pinzón. Bogotá: Universidad de los Andes, Universidad del Rosario.
- Vidal Ortega, Antonino, y Giuseppe D’Amato Castillo. 2016. “Enlazando la Nación. Del río Magdalena al Gran Caribe, 1840-1890”. En *Economía del Caribe colombiano en la construcción de la Nación 1770-1930*, editado por Raul Romero. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- Villareal Larios, Giancarlos. 2025. “Alerta por nuevas quemas en Vía Parque Isla Salamanca”. *Caracol Radio*, el 19 de enero de 2025. <https://caracol.com.co/2025/01/20/alerta-por-nuevas-quemas-en-via-parque-isla-salamanca/>.
- Villegas, Álvaro. 2008. “Heterologías y nación: proyectos letrados y alteridad radical en la Colombia decimonónica”. *Signo y Pensamiento* XXVII | (53).
- ———. 2014. “El valle del río Magdalena en los discursos letrados de la segunda mitad del siglo XIX: territorio, enfermedad y trabajo.” *Folios*, núm. 39 (enero), 149–59. <https://doi.org/10.17227/01234870.39folios149.159>.
- ———. 2021. “El ecomarxismo entre el Antropoceno y el Capitaloceno: rupturas metabólicas, capital fósil y régimen ecológico”. *Colombia Internacional*, núm. 108 (octubre), 15–38. <https://doi.org/10.7440/colombiaint108.2021.02>.
- Villegas, Álvaro Andrés, y Catalina Castrillón Gallego. 2006. “Territorio, enfermedad y población en la producción de la geografía tropical colombiana, 1872-1934”. *Historia Crítica*, n. 32 (julio), 94–117. <https://doi.org/10.7440/histcrit32.2006.04>.
- Villegas, Andrés, y Catalina Castrillón Gallego. 2025. “¿Podemos escuchar a la naturaleza? La naturaleza como víctima y testigo en el Informe final de la Comisión de la Verdad en Colombia”. *Revista de Estudios Sociales*, núm. 91 (enero), 123–40. <https://doi.org/10.7440/res91.2025.07>.
- Villegas Restrepo, Juan Esteban, Óscar Javier González Molina, y Catalina Castrillón Gallego. 2024. “Cuando los pájaros no cantaban: comunidades afectivas humanas y no humanas en el escenario transicional colombiano”. *Revista de Estudios Colombianos* 62 (enero). <https://doi.org/10.53556/j2xw3r41>.
- Villoro, Juan. 2012. “La crónica, ornitorrinco de la prosa”. En *Antología de crónica latinoamericana actual*, editado por Darío Jaramillo Agudelo, 577–83. Madrid: Alfaguara.
- Vilorio-de-la-Hoz, Joaquín. 2016. “Empresas de vapores en el Caribe Colombiano: la navegación fluvial y los ferrocarriles en el Magdalena Grande y el Bajo Magdalena, 1870-1930”, octubre. <https://doi.org/10.32468/chee.40>.
- Volkening, Ernesto. 2010. “Gabriel García Márquez o el trópico desembrujado”. En *Gabriel García Márquez. “Un triunfo sobre el olvido”*, de Ernesto Volkening. Bogotá: Fondo de Cultura Económica.
- Walde, Erna von der. 2007. “El ‘Cuadro de Costumbres’ y el proyecto hispano-católico de unificación nacional en Colombia”. *Arbor* CLXXXIII (724): 243–53. <https://doi.org/10.3989/arbor.2007.i724.95>.

- Weinberg, Liliana. 2008. “Fundación mítica de Comala”. En *Pedro Páramo: diálogos a contrapunto (1955–2005)*, editado por Yvette Jiménez de Báez, 321–36. México: El Colegio de México.
- Westphal, Bertrand. 2011. *Geocriticism: Real and Fictional Spaces*. Nueva York: Palgrave Macmillan.
- Williams, Raymond Leslie. 2010. “An Eco-Critical Reading of One Hundred Years of Solitude”. En *The Cambridge Companion to Gabriel García Márquez*, editado por Philip Swanson, 94–112. Cambridge: Cambridge University Press.
- Winkiel, Laura. 2019. “Introduction”. *English Language Notes* 57 (1): 1–10. <https://doi.org/10.1215/00138282-7309633>.
- Ybot León, Antonio. 1952. *La arteria histórica del Nuevo Reino de Granada, Cartagena-Santa Fe, 1538-1798*. Bogotá: Editorial ABC.
- Yusoff, Kathryn. 2018. *A Billion Black Anthropocenes or None*. Minneapolis: University of Minnesota Press.